

POSGRADO EN HISTORIOGRAFÍA

**ENTRE LO CRIOLLO Y LO HEROICO:
LOS EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS DE ENRIQUE DE OLAVARRÍA**

TESIS

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN HISTORIOGRAFÍA**

PRESENTA

ALFREDO MORENO FLORES

SINODALES

**DRA. LETICIA ALGABA MARTÍNEZ
DR. JOSÉ RONZÓN LEÓN
DR. CHRISTIAN CURT SPERLING
DR. ALEJANDRO JOSÉ GONZÁLEZ ACOSTA**

ESTA INVESTIGACIÓN RECIBIÓ FINANCIAMIENTO
DEL PADRÓN NACIONAL DE POSGRADOS CALIDAD DEL CONACYT

MÉXICO, D. F., A 17 DE MARZO DE 2014.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
--------------------	---

CAPÍTULO 1. EL HORIZONTE ENUNCIATIVO DE UN HISPANO-MEXICANO Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA LITERATURA PATRIA.....44

1.1 LAS POSIBILIDADES Y LOS LÍMITES DEL HORIZONTE DE ENRIQUE DE OLAVARRÍA.	44
1.1.1 DEL HORIZONTE MELANCÓLICO AL ESPERANZADOR.....	45
1.1.2 LA CIUDAD LETRADA Y SUS MIEMBROS.....	51
1.2 LA LITERATURA PATRIA EN TIEMPOS LIBERALES.....	56
1.2.1 LOS ESPACIOS CULTOS: LAS ASOCIACIONES LITERARIAS, LAS VELADAS Y EL PERIÓDICO <i>EL RENACIMIENTO</i>	58
1.3 LA CONSTRUCCIÓN DEL PANTEÓN HEROICO: DE LOS DISCURSOS FESTIVOS A LOS RELATOS DE LAS NOVELAS HISTÓRICAS.....	61
1.4 ENRIQUE DE OLAVARRÍA EN SU CIRCUNSTANCIA MEXICANA.....	66
1.4.1 EN LA INTIMIDAD DE UN HISPANO-MEXICANO: EL ARCHIVO PERSONAL Y LOS PORMENORES DE SU VIAJE A EUROPA.....	70
1.4.2 DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA A LA VOCACIÓN HISTÓRICA.....	72
1.4.3 ENTRE EL NACIONALISMO DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, EL OLVIDO A NICETO DE ZAMAÇOIS Y EL HISPANISMO DE ANSELMO DE LA PORTILLA.....	76

CAPÍTULO 2. ENTRE LO LITERARIO Y LO HISTÓRICO: LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....84

2.1 DELIMITACIÓN HISTORIOGRÁFICA.....	84
2.2 LA ASPIRACIÓN NACIONAL Y LA IDENTIDAD CRIOLLA.....	87
2.3 UNA APROXIMACIÓN GENERAL A LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....	92
2.4 LOS REFERENTES HISTÓRICOS DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....	95
2.4.1 ESPACIOS, LUGARES Y TEMPORALIDAD.....	95
2.4.2 BIOGRAFÍAS, DATOS, FECHAS, Y NARRADOR.....	97
2.5. UN ACERCAMIENTO DETALLADO A LA ESTRATEGIA NARRATIVA.....	98
2.6 LOS PERSONAJES CENTRALES: PRIMERO, EL ANTAGONISTA.....	100
2.6.1 LA AVENTURA DE LOS ARIAS.....	102
2.6.2 BENITO: CRIOLLO, TESTIGO Y AMANTE.....	103
2.6.3 MARÍA, SÍMBOLO DE AMOR Y PATRIOTISMO.....	106
2.6.4 CARLOS MIGUEL, EL NARRATARIO CON VOCACIÓN HISTÓRICA.....	110

CAPÍTULO 3. LAS FUENTES Y LOS HEROES PATRIOS DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....114

3.1 ENTRE TELONES DOCUMENTALES.....	114
3.2 EN MEDIO DEL ACTO CREATIVO: LA RELEVANCIA DE LA DIMENSIÓN HISTÓRICA EN EL UNIVERSO DIEGÉTICO OLAVARRIANO.....	115
3.3 VISIONES ENCONTRADAS: LAS HISTORIAS SOBRE LA INDEPENDENCIA DE LUCAS ALAMÁN Y CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE EN LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....	116
3.4 DE CRIOLLOS, ESPAÑOLES Y PATRIOTAS: LA PREPONDERANCIA DE LOS PERSONAJES HEROICOS DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....	119
3.4.1 MIGUEL HIDALGO Y LA COMPLICADA PRIMERA FASE DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.....	125
3.4.2 JOSÉ MARÍA MORELOS, LA FASE GLORIOSA Y HUMANA DE LA GUERRA.....	131
3.4.3 DE 1815 A 1821: LA FASE FINAL DE LA GUERRA.....	140

CAPÍTULO 4. DE HOMBRES COMUNES Y DE HÉROES PENINSULARES: LA VISIÓN INCLUYENTE DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....143

4.1 LOS PERSONAJES CLAVE EN LA VISIÓN HISTÓRICA DE LOS EPISODIOS.....	143
4.2 LO LIBERAL, LO CRIOLLO Y LO HEROICO EN LA VISIÓN DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS.....	144
4.3 LOS HÉROES OLVIDADOS Y LOS HOMBRES DE VALOR.....	148
4.3.1 LOS AMERICANOS: EL AMO TORRES.....	150
4.3.2 LOS HÉROES FUNDACIONALES, EL <i>PÍPILA</i>.....	153
4.4 EL ÚLTIMO GRAN HÉROE INSURGENTE: EL ESPAÑOL XAVIER MINA.....	158

CONCLUSIONES.....175

BIBLIOGRAFÍA.....192

PARA LEER LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS: UNA INTRODUCCIÓN

Los análisis centrados en el siglo XIX han estado en boga durante años recientes en México, pero son pocos los elaborados sobre la obra histórico-literaria de Enrique de Olavarría pese a su relevancia para el estudio de la vida cultural y social del último tercio del siglo XIX mexicano. Sus escritos incluyen una amplia labor en la crítica teatral, publicación de novelas y trabajos como historiador. Sorprende aún más por la gran cantidad de obras publicadas y tipos de registro que manejara el escritor hispano.

Antes de continuar, conviene establecer que el análisis historiográfico, en una perspectiva amplia, incluye géneros narrativos considerados ancilares en su respectiva época y que con el paso del tiempo han sido retomados desde diversas posiciones. En este caso, desde la óptica historiográfica escogida sería “un estudio crítico que tiene la tarea de identificar las condiciones de posibilidad de las obras historiográficas, así como la forma y los recursos mediante los cuales expresan una determinada conciencia de historicidad”.¹ La idea es ampliar el *corpus* documental en los análisis historiográficos y buscar en ellos algunas respuestas al tipo de interrogantes que en el tiempo de la publicación se hacía el autor, en este caso la década de 1880, siempre como parte de una elite intelectual que sentía el deber de guiar al resto de la sociedad.² Este *corpus*, para el caso del siglo XIX mexicano, ya consta de algunas investigaciones que han privilegiado diferentes tipos de narraciones literarias:³ novelas históricas,⁴ historias noveladas, obras de teatro⁵ y algunas representaciones pictóricas o iconográficas.

¹ En “La historiografía como crítica. Apuntes para una teoría de la historiografía”, *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea*, 2002, p. 74.

² Sobre el papel de las elites se puede consultar el trabajo coordinado por François Xavier Guerra y Antonio Anino, *Inventado la Nación...* del que citan algunos fragmentos adelante.

³ Una colección reciente es la serie “Ida y vuelta al siglo XIX” publicada por la UNAM en los últimos años y de la cual se retoman algunos textos en el capítulo.

⁴ Un ejemplo relevante es la investigación que hizo Leticia Algaba a una polémica entre el presbítero Mariano Dávila y el general Vicente Riva Palacio que no era otro conflicto que el de no reconocer el nuevo orden republicano y liberal por parte del religioso. Ver *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, 2008, UAM-A. Otro trabajo de relevancia para la comprensión de la novela mexicana del siglo XIX, *El enigma de Jicotencal* (UNAM, 1997) de Alejandro González Acosta.

⁵ Beezley, William. “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”. En *Historia Mexicana*, Núm. 26, 2007, México, COLMEX.

Aunque esta investigación se centra en la primera serie de episodios históricos que escribió Enrique de Olavarría, entre 1880 y 1884, y su objetivo central es estudiar su horizonte enunciativo, desde las posibilidades y limitantes que ofrece una lectura actual con un enfoque historiográfico y con una intención hermenéutica. Antes conviene hacer un breve balance a los estudios más relevantes sobre el autor y sus textos más representativos. Se trata de conocer cómo ha sido considerado su trabajo desde distintas ópticas, y no sólo los episodios, ya que su tipo de registro narrativo tan particular, es decir, decimonónico, hace indispensable el acudir a otros de sus escritos para comprender su visión.

I LOS ESTUDIOS SOBRE EL *CORPUS* OLAVARRIANO Y LAS PREMISAS INICIALES

Es singular que en un mismo periodo de tiempo, la década de 1880, Enrique de Olavarría haya escrito los tres trabajos por los que es más reconocido, sus episodios, su participación en *México a través de los siglos* y su reseña sobre el teatro mexicano, en su versión en folletines y publicada en *El Nacional* entre 1880 y 1884,⁶ aunque en formato de tomos lo fue hasta 1895. Incluso, se dio tiempo para escribir varias novelas y editó un periódico para niños. En algunos casos y según sea la perspectiva que se tome, salen mejor libradas las obras de Olavarría de la crítica. El análisis más referido es el prólogo que hiciera Salvador Novo, en 1961, a la tercera edición de su *Reseña histórica del teatro en México*; el balance es positivo. Lo anterior quizá obedece al hecho de que a Olavarría se le considera como “máximo cronista del género” teatral.⁷ El estudio sobresale por su estilo claro, su fortaleza en datos y es una de las principales fuentes biográficas sobre el hispano-mexicano que otros han retomado en años más recientes.⁸ Novo alaba el gran esfuerzo de investigación y análisis de casi cuatro siglos de vida cultural:

Era [la *Reseña histórica...*] la única fuente –próvida, caudalosa– de información puntual, testimonial y amplísima, acerca de un fenómeno tan generalmente

⁶ José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, 2004, p. 258.

⁷ Según Álvaro Matute, la obra de Olavarría sólo interesaba a específicas clases de lectores; los investigadores, la gente de teatro y los historiadores por su colaboración en *México a través de los siglos*. Álvaro Matute, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, pp. VIII- IX.

⁸ Por ejemplo, Álvaro Matute en el “Prólogo” a la edición moderna y facsimilar de los *Episodios históricos mexicanos* de Enrique de Olavarría publicados en 1987.

menospreciado por los historiadores; tan efímero y fugaz en sus intermitentes, espasmódicas manifestaciones, como el teatro.⁹

Pero ese trabajo no se limitó a develar los datos biográficos más relevantes de Olavarría, los cuales siguen siendo la primera guía para el que quiera acercarse al hispano-mexicano.¹⁰ También el cronista e historiador examina los inicios letrados de Olavarría en su patria adoptiva y su importante relación con otros españoles, como Anselmo de la Portilla, que tanto le ayudaron en sus primeros pasos como traductor, periodista, poeta, dramaturgo, esporádico actor y novelista. El recorrido por los temas, géneros y sucesos de la vida del ibérico son engarzados con equilibrio para mostrar su crecimiento e integración en una sociedad como la mexicana. Son detallados los diferentes espacios y las diversas características generales de las obras que escribiera Olavarría. Una opinión sobre él, citada en el prólogo por Novo, que vale la pena recuperar corresponde a un contemporáneo, Juan de Dios Peza, que así se refería a su labor:

Olavarría ha trabajado mucho. Sus novelas publicadas son cinco y forman diez volúmenes; sus obras dramáticas son seis; sus obras históricas abrazan veinticinco, y las literarias y las escritas para sus cátedras constan de otros doce volúmenes. Forman, pues, todas ellas cincuenta y cuatro volúmenes, de veintiocho páginas el que menos hasta ochocientas el que más, y recuerdo que el mostrármelos me decía tomando la frase de Cervantes y con natural modestia que le distingue: “estos libros no por la calidad pero sí por la cantidad, han vaciado los aposentos de mi cerebro”.¹¹

Sus tareas literarias, continúa Novo, no impidieron que el hispano-mexicano mantuviera otras como docente en la Escuela Normal para profesores; como administrador del Colegio de las Vizcaínas y más actividades con las cuales complementar un ingreso que por momentos parecía ser escaso, según consta en misivas de su archivo personal.¹² Sigue una amplia ponderación al valor documental y a la metodología utilizada por Olavarría en su investigación teatral, para sostener que su riqueza está en el contraste con el análisis moderno de “exploración de las fuentes; de escueta exposición de sus datos” y de la “fría

⁹ Salvador Novo, “Prólogo” a *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, 1961, p. IX.

¹⁰ Es necesario aclarar que para evitar equívocos se considera a Enrique de Olavarría como parte de esa élite ilustrada que hoy se denomina República de las letras y que al hacer referencia a él u otros se les denominará escritor, literato o letrado ibérico o hispano-mexicano.

¹¹ Salvador Novo, “Prólogo” a *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, 1961, p. IX.

¹² Este punto se desarrolla en el capítulo primero.

objetividad, como quien diseña un cadáver, para componer una tesis que les convierta en Doctores en Filosofía”.¹³ El hispano-mexicano, puntualiza Novo, contaba con una “locuacidad comunicativa e inagotable, libre de estrechos límites que le induce constantemente el comentario del teatro al comentario político, social, literario, periodístico, musical o costumbrista”.¹⁴

En otras palabras, lo que fascina al prologuista de la reseña teatral es la forma decimonónica de relatar del literato hispano al incluir en su narración puntos de vista que no sólo se circunscribían al tema central: el desarrollo de las artes escénicas, especialmente en la capital de la república. Olavarría enriquece su narración al incorporar el comentario social, el juicio político e incluso el testimonio personal para sostener argumentos y no sólo ofrecer descripciones. Tal estilo hoy sirve no sólo al interesado en la historia del teatro mexicano, también ayuda a entender al autor y su circunstancia, en su horizonte enunciativo. Un ejemplo:

Como era de esperarse, los conservadores no se conformaron con la victoria de los liberales, dueños, según ya dije de la capital desde fines de 1860, y la guerra civil continuó terrible. El 3 de junio de 1861, don Melchor Ocampo fue proditoriamente asesinado por una fuerza reaccionaria; el mismo 16 del mismo, corrió suerte semejante don Santos Degollado, que a vengarle había salido de México, y el 22 fue a su turno fusilado por aquel enemigo sin piedad, el general don Leandro Valle. Ciego de indignación el gobierno liberal puso precio a las cabezas de Zuloaga, de Márquez y de Mejía y otros, y después de rechazar a las tropas del segundo de los nombrados, que intentó atacar la capital, alcanzó en el 13 de agosto el triunfo de Jalatlaco, dando a los conservadores un golpe que por completo los nulificó. Pero entonces más que nunca movieron sus los resortes de su ira, y sus agentes en Europa, don José María Gutiérrez Estrada, don Juan Almonte y don José Hidalgo, determinaron a tres poderosas naciones a intervenir en los asuntos de México.¹⁵

La cita muestra la consonancia ideológica entre Olavarría y los liberales del periodo triunfalista, después de 1867. Tales juicios y forma de calificar al grupo político contrario y perdedor abundan en las primeras novelas históricas sobre la Intervención y el Segundo Imperio, un ejemplo las dos primeras de Juan A. Mateos,¹⁶ y en versiones históricas de

¹³ Salvador Novo, *Op. cit.*, p. XIII.

¹⁴ *Loc. Cit.*

¹⁵ Enrique de Olavarría, *Reseña histórica del teatro en México...*, T. IV., p. 667.

¹⁶ Tanto *El cerro de las campanas* como *El sol de mayo* se publicaron en 1868.

sesgo liberal.¹⁷ Asimismo, el estilo narrativo es cercano a la explicación histórica, nada extraño si se reflexiona que el letrado ibérico ya había dejado muestras de éste en obras históricas como él mismo considerase, al tomo cuarto de *México a través de los siglos*, y a sus episodios. Con lo anterior se puede puntualizar que la vocación por narrar los sucesos, explicarlos, y tomar partido fue una constante en sus distintos registros.

A la parte medular de su estudio Novo la titula: “Valores adicionales de la *Reseña*”, y está centrada en ejemplos relevantes del análisis de Olavarría, a las “mil facetas de la vida mexicana por él aguda y tumultuosamente observada y documentada”.¹⁸ Son varios los ejemplos citados para demostrar la calidad de la prosa y el análisis político o social que tanto gustaban al letrado español. Una que destaca corresponde a sucesos atestiguados por el propio Olavarría, en el año de 1883, con la famosa implementación de la Ley del níquel durante el gobierno Manuel González. Un fragmento es lo que sigue:

La noticia de tan rápida depreciación circuló en pocos momentos por toda la ciudad y todos sus habitantes temieron que si aquello proseguía, pronto la moneda de níquel no iba a representar ningún valor como ya acontecía en muchas poblaciones. Al amanecer el viernes 21 y al abrirse el mercado de la Merced, las vendedoras de los puestos dieron por hecho que el níquel nada valía ya, y negándose a cambiar por él sus efectos; algunos compradores recurrieron a imponérselas por medio del gendarme, mientras otros maldecían del Gobierno y de su suerte, viendo que, como en los cuentos de magia el dinero que creían tener se les evaporaba en las manos; y sin saberse cómo ni de qué manera, pues se puso especial empeño en que no se averiguase la verdad del suceso estalló un motín en el referido mercado, y mientras vendedores y compradores llegaban a vía de hecho, aporreándose sin consideración.¹⁹

Con explicaciones como las anteriores no es casual que Novo destaque el valor histórico de la reseña teatral olavarriana que va de las veladas literarias, en 1867; a inéditos descontentos públicos por la reelección de Porfirio Díaz, en abril de 1892, nombrada el “motín de los pambazos” dada en plena Alameda y con proyectiles lanzados contras las fuerzas del orden. En fin que de modas, eventos populares y prácticas sociales está plagada la reseña y por ende es una fuente inapreciable para estudiar ese periodo.

¹⁷ Un claro ejemplo la introducción de José María Vigil al quinto tomo de *México a través de los siglos*.

¹⁸ Salvador Novo, *Op. cit.*, p. XVI.

¹⁹ Salvador Novo, *Op. cit.*, p. XVII.

Un segundo análisis sobre la obra literaria olavarriana es, por contraste, escueto, crítico y publicado en inglés por los mismos años, en 1966, por John Brushwood: *México en su novela, una nación en búsqueda de su identidad*. Aunque la visión del norteamericano pueda parecer lejana, lo cierto es que sirve a este análisis por la forma específica en cómo limita las novelas de aquella generación de letrados que desde su trinchera intentaban dar forma a una literatura nacional. En otras palabras, se trata de revalorizar las potencialidades del género episódico a contra luz de un análisis lejano, pero que sirven para cimentar nuevas lecturas y formas de comprensión desde el presente. En la edición en español del análisis de Brushwood se encuentran opiniones sobre las primeras novelas que escribiera Olavarría, a las que el especialista acerca ideológicamente a las escritas por Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio, después del triunfo republicano de 1867:

Las novelas de Vicente Riva Palacio y Enrique de Olavarría y Ferrari, aunque son tan auténticamente históricas como las de [Juan A.] Mateos, poseen muchos menos interés ideológico. Con toda probabilidad, a los tres autores les atrajo lo histórico por su *conciencia de estar forjando la nacionalidad*, pero los dos últimos no pueden compararse siquiera con Mateos en lo tocante al vigor de sus convicciones liberales.²⁰

Es importante identificar cómo desde esta perspectiva se resalta que el proyecto literario de los hombres del liberalismo triunfante mexicano estaba ligado a un proyecto político que se basaba en los preceptos republicanos y liberales. La excepción a los juicios negativos lanzados a casi todos los literatos de ese periodo serían los vertidos sobre las novelas de Altamirano, único letrado que merece encomios. La crítica sigue, y si Mateos goza de la simpatía del especialista norteamericano, y se ocupa varias veces de sus novelas, lo cierto es que no sale bien librado; de hecho, ninguno de los tres nombrados en la cita. Por ejemplo, y sobre la primera novela de Mateos cuestiona su liberalismo “radical y absoluto”, su descuido en la forma y su maniqueísmo que dejaba del lado oscuro de la historia al lado conservador, y en lo que tiene que ver con el estilo, remata “Su sátira, como cuando tiene como objeto a los francófilos que dieron su apoyo a Maximiliano, es demasiado amarga como para resultar verdaderamente divertida”.²¹

²⁰ John Brushwood, *México en su novela, Una nación en busca de su identidad*, 1973, p. 194. Cursivas añadidas.

²¹ John Brushwood, *Op. Cit.*, p. 192.

De Riva Palacio señala que “la idea de contar un buen cuento se impone a todo lo demás”,²² y, en su opinión, sus novelas fallan conforme se alejan del presente del autor: “No hizo nada por recrear la atmósfera del periodo en que la acción, presumiblemente, tuvo lugar, y el único interés de las novelas es el que se desprende del desenlace”.²³ Para el norteamericano lo mejor del militar mexicano fueron sus escritos breves, *Cuentos del general* (1896), que al final lograrían, según su opinión, un aporte a la literatura nacional. En lo relacionado a la narrativa de Olavarría, Brushwood acremente señala que el literato español “no sabía cómo contar un cuento”,²⁴ y así se refiere con respecto a sus novelas:

El tálamo y la horca (1868) y *Venganza y remordimiento* (1869), se sitúan en el periodo colonial. La acción comienza en España y luego pasa a México. A quien le gusten los incidentes que ponen los pelos de punta, las obras les parecerán buenas, pero no vale la pena buscar más en ellas. Más tarde Olavarría escribió una serie de *Episodios Nacionales Mexicanos*, que tienen más valor que las novelas anteriores. Aun este valor, sin embargo, está muy limitado. Mal se pueden llamar novelas, pues son colecciones de datos que Olavarría, esporádicamente y sin suerte, trató de engarzar en la trama de la ficción.²⁵

Ante tal contundencia de intencionalidad canónica que incluye el *lapsus* de equivocar el nombre correcto de los episodios olavarrianos, parecería que éstos carecerían de profundo interés analítico. Por el contrario, las “fallas” que Brushwood señala son parte de la especificidad del modelo y del propósito expreso que el literato español plasmó en el prólogo de la versión de lujo de sus episodios, publicados en 1886, y que forman parte auxiliar de esta investigación. En otras palabras, la gran cantidad de “datos” que no especifica el especialista norteamericano remiten a un cúmulo de fuentes documentales, de pretensión histórica, que son integrados a los episodios por vía del narrador, en primera instancia, y que posteriormente ingresan al texto. Esta “falla” estructural es el intersticio inicial por el cual se consideró pertinente elaborar un estudio historiográfico a los episodios olavarrianos ya que falta reconstruir la tonalidad narrativa de Olavarría, que por fortuna dejó plasmada.

²² John Brushwood, *Op. Cit.*, p. 194.

²³ *Loc. Cit.*

²⁴ John Brushwood, *Op. Cit.*, p. 195.

²⁵ *Loc. Cit.*

Con afán de comprender la a veces poco disimulada animadversión de Brushwood para la obra olavarriana, y especialmente a sus episodios, conviene hacer una digresión para citar la opinión que sobre sus novelas históricas tenía otro de sus contemporáneos, Justo Sierra:

Un literato español, fraternalmente unido al grupo de jóvenes que hace veinte años empujó a la vida literaria el poderoso aliento de Altamirano y que llegó en plenitud de sus facultades aquí en nuestra patria, aclimatando para siempre en ella su espíritu y su corazón, don Enrique de Olavarría fue el encargado de dar cima a la temerosa labor. Con el nombre de *Eduardo Ramos*, publica desde hace algunos años en el género de los famosos Episodios de Pérez Galdós una serie de novelas históricas mexicanas bastante populares. Olavarría conoce nuestra historia y la sabe explicar porque la ha meditado y comprendido. Maravilla cómo en breve tiempo de que podía disponer pudo allegar buena copia de datos importantes, algunos desconocidos y que tanto le han servido para dar variedad y dramático interés a su narración. El espíritu dominante en el libro [sic] es profundamente, íbamos a decir exageradamente mexicano; este mexicanismo es eminentemente latino, como era natural, como era justo. De aquí un odio altivo hacia cuanto a *yankee* trasciende.²⁶

La cita es clara por sí misma, sólo conviene puntualizar que la afirmación de Sierra sobre el antinorteamericanismo vale para los sucesos narrados en la segunda serie de episodios de Olavarría, es decir entre 1822 y 1838, y en esta investigación se concentra en la primera: entre los prolegómenos de la guerra de Independencia, en 1808, y la proclamación de la misma en 1821.

En otro sentido, el análisis de Brushwood es relevante ya que muestra que la mayoría de las novelas históricas que se publica, entre el triunfo republicano y el periodo inicial del denominado porfiriato²⁷ marcaron una preferencia por el pasado inmediato de la nación, como las escritas por Mateos, y por el pasado colonial, como las elaboradas por Riva Palacio. Durante los años de la primera novela publicada por Olavarría y el comienzo de los episodios, 1868-1880, se escriben un poco más de sesenta que corresponden a menos de veinticinco autores de los cuales destacan, además de los tres antes mencionados: Ignacio Manuel Altamirano, José Rivera y Río, Eligio Ancona, José María Roa Bárcena, José Tomás de Cuellar, Francisco Sosa, Ireneo Paz, Vicente Morales y Victoriano Agüeros.

²⁶ Citado en Álvaro Matute, "Prólogo" a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, p. X.

²⁷ Es necesario señalar que el texto, como el título propone, analiza las principales novelas publicadas en México entre 1832 y 1971.

Al revisar las temáticas de esas novelas se nota una gran variedad. Un ejemplo, el amor imposible, por un lazo filial desconocido, de *La piedra del sacrificio* (1871) de Irineo Paz. Este mismo autor retomaría el tema histórico en *Amor y Suplicio* (1873) y *Doña Marina* (1883) narraciones dadas durante la época de la Conquista. Por cierto, el crítico señala que Paz fue “probablemente el mejor novelista histórico de su generación”, aunque “a menudo no supo cómo trocar la historia en ficción y solemos encontrarnos páginas de estadísticas, documentos legales y demás cosas por el estilo”.²⁸ El anterior juicio de Brushwood a Paz busca poner en un marco más equitativo a la tarea de los que escribieron novelas de pretensión histórica, como Olavarría, que desde un punto de vista constituido casi un siglo después parecen fallidas en su estructura.

El tema histórico que acompañó a las novelas de ese periodo se centró en diferentes épocas de la historia mexicana,²⁹ al igual que la temática variada, asimismo lo fue la adscripción ideológica de los autores. Alguno exaltaba la moral cristiana como el sacerdote José F. Sotomayor en *El solitario del Teira* (1873) y *Un santuario en el desierto* (1877). De este autor Brushwood destaca:

Todas las novelas de Sotomayor tienen fondos históricos que son indispensables para la narración. *Los personajes se relacionan con la circunstancia histórica únicamente cuando no actúan dentro de la trama. Cuando salen de la historia e ingresan en el relato de Sotomayor, todos tienen problemas...que se resuelven gracias a la fe, la esperanza o la caridad cristiana.*³⁰

La cita ayuda al análisis episódico ya que muestra ese ir y venir de los personajes entre el complot y el telón de fondo histórico. Lo anterior viene a cuento ya que Olavarría, en el prólogo de sus episodios, expone que construye sus narraciones con la idea de no confundir al lector entre “lo real” y “lo fingido”.³¹ Esta aparente dicotomía entre lo histórico y lo literario no implica que en el universo creado por Olavarría se separen tajantemente una y otra dimensión, más bien tiene que ver con un estilo de narrar que superaba a los propios géneros como hoy los entendemos. Más adelante se explica esto a fondo, lo rescatable es

²⁸ John Brushwood, *Op. cit.*, p. 196.

²⁹ Por ejemplo, *Julia* (1868) de José Martínez de Castro que retoma la época de la Intervención Norteamericana; *El pecado del siglo* (1869) de José T. Cuellar ambientada en el siglo XVIII; *Un hereje y un Musulmán* (1870) de Pascual Almazán sobre las prácticas de la Inquisición en el siglo XVI.

³⁰ John Brushwood, *Op. cit.*, p. 214. Cursivas añadidas.

³¹ Enrique de Olavarría, “Prólogo” a la edición de lujo de los *Episodios históricos mexicanos*, 1886, p. V.

señalar que el estilo de él y de otros letrados de ese tiempo no era resultado de un modelo establecido, como bien apunta Brushwood; en las novelas se apreciaban atisbos de modelos e influencias europeas que se confundían.³²

Un tercer estudio sobre la obra olavarriana tiene que ver con su labor de historiador, específicamente con su colaboración en *México a través de los siglos*. Aunque es de fecha más reciente, 2004, conviene citarlo antes que otros dos centrados en los episodios. José Ortiz Monasterio, en un trabajo sobre la faceta de historiador de Vicente Riva Palacio,³³ analizó la labor historiadora de Olavarría retomando los estudios de Salvador Novo y de Álvaro Matute (prologuista de la reimpresión facsimilar de los episodios olavarrianos, publicados en 1987), enfatizando su desarrollo literario, sus relaciones con los letrados de México y su vocación narrativa. Por otro lado, es muy relevante para comprender el tipo de lugar de Olavarría en la sociedad letrada mexicana el subrayar lo complejo, y al mismo tiempo privilegiado, que fue al ser parte del grupo de escritores que desarrolló una de las historias generales que ha sobrevivido hasta el presente. No fue poca cosa, considerando que tal versión fue un esfuerzo de sesgo liberal apoyado por el gobierno de Porfirio Díaz.

Como hoy se sabe, en plena escritura del tomo IV “México independiente”, el autor designado, Juan de Dios Arias, enfermó gravemente dejando al director de la obra Riva Palacio en la disyuntiva de escoger un remplazo con las mismas virtudes que el poeta, periodista, diputado del mítico constituyente de 1857 y militar en la guerra de Intervención, entre otros cargos públicos.³⁴ Lo sorpresivo del suceso y las premuras, ya que la obra se publicaba por entregas, urgían a conseguir un autor que complementara el tomo que inconcluso quedaba hasta el año de 1828. El propuesto para tal labor fue Olavarría ya que según los editores contaba con los méritos y las recomendaciones necesarias. Una relevante fue la del general Ramón Corona, embajador en España durante el viaje a Europa que realizara el hispano-mexicano y la favorable opinión que de él tuviera el ahijado de Riva Palacio y amigo de Olavarría: Juan de Dios Peza. Éste en una misiva le señalaba a su

³² “Hacia estas fechas [1881-85], el romanticismo ya nada tenía que ver con la Reforma. La exageración romántica persistió porque la afición a las lágrimas del público lector no se corrige fácilmente. Y lo confirmó el hecho de que el realismo natural de la tradición hispánica oscureció todavía más la línea divisoria entre romanticismo y realismo científico, que en el mejor de los casos nunca estuvo muy claramente trazada” John Brushwood, *Op. cit.*, p. 219.

³³ José Ortiz Monasterio, *México eternamente, Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, 2004.

³⁴ José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, pp. 251-252, 2004.

padrino que hablara con el hispano respecto a la posibilidad de retomar el trabajo inconcluso de Arias.³⁵

Aunque la buena opinión que tenían sobre el letrado español tanto el director como el editor de la obra histórica fue definitiva para que Olavarría se animara a escribirla, lo cierto es que tuvo algunos titubeos como le puntualizara el editor Ballescá a Riva Palacio ya que comenzaría a escribir con “mucho miedo, pero con buenos deseos” días antes de la muerte de Arias.³⁶ El mismo Olavarría es puntual:

Realmente no sé cómo entendérmelas con la historia que por recomendación de usted me encomendó el amigo Ballescá, pues aunque creo conocer efectivamente los sucesos de México, *no es lo mismo verterlos en narraciones de forma novelesca que en una obra de los tamaños de la concebida y realizada por usted.*³⁷

El anterior comentario de Olavarría es muy importante para esta investigación: al escribir sus episodios utilizó una gran cantidad de fuentes históricas, que incluso le servirían en su colaboración en *México a través de los siglos* y un rigor similar en ambas obras, pero señala que el formato y los alcances de ambas versiones históricas eran diferentes. Tal afirmación muy relevante ya que develaría una postura crítica que, desafortunadamente, no explica en sus episodios. Así, se desvanece una posibilidad de fundamento epistemológico, en una supuesta disociación disciplinar, de lo que hoy se estudia, generalmente, con perspectivas diferentes: lo histórico y lo literario. Lo que sí queda establecido en sus episodios es un esfuerzo narrativo para que al lector le quede claro cuando se hace referencia a un plano ficcional y a uno histórico. En otras palabras, Olavarría no deja pruebas que expliquen la intención o necesidad de escribir una versión novelada de la historia mexicana que logre “aislar” lo imaginado y lo documentado. Quizá sólo fue una forma de resguardo contra posibles ataques de quienes pudiera no parecerles adecuado el que un español fuera parte de ese esfuerzo colectivo y editorial.

³⁵ “Con esta carta envío a usted un abrazo con nuestro común y buen amigo don Enrique de Olavarría y Ferrari, que vuelve a México después de haber publicado dos obras que han dado a conocer en España nuestros adelantos literarios [...] me atrevo a suplicar a usted que si puede ayudarlo que tenga éxito en un negocio de que le hablara”. Carta de Juan de Dios Peza a Vicente Riva Palacio, noviembre de 1878 citado en José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, pp. 258, 2004.

³⁶ Santiago Ballescá, “Cartas del editor de *México a través de los siglos*”, octubre de 1886. Citado en José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, pp. 259, 2004.

³⁷ Carta de Enrique de Olavarría a Vicente Riva Palacio, abril 20 de 1887, citado en *ibid*, p. 261. Cursivas añadidas.

Por otro lado, es significativo que el segmento que complementa Olavarría en *México a través de los siglos* fue similar a lo narrado en la segunda serie de sus episodios (1821-1838), tres años más que la versión histórica. Pese a las dudas e intenciones el letrado hispano continuó el trabajo histórico Juan de Dios Arias y su estilo narrativo, señala Ortiz Monasterio, le permitió:

Narrar una historia episódica, de acontecimientos, de peripecias. La trama está siempre en movimiento, como una novela de folletín, sumando a una complicación otra complicación y *los personajes entran y salen de la escena* representando papeles patéticos, cómicos y trágicos y sólo por excepción sublimes.³⁸

La cita que parece más adecuada para la novela que para la narración histórica, muestra el estilo de Olavarría que no podía dejar de contar sucesos como narraba sus episodios novelescos. Tal característica es esencial para entender su tipo de registro y para la forma en que aquí se analizan sus episodios. Además, la cita muestra que para los historiadores de la actualidad, el estilo narrativo del hispano-mexicano era tal que tiende a ser percibido como una obra de teatro puesto que los analistas de sus obras coinciden remarcar en ese ir y venir de los grandes personajes históricos de un primer a un segundo plano y viceversa.

Otra virtud que se expone en la narración histórica del letrado hispano es que le dio un lugar a los textos del conservador Lucas Alamán, y con ello validez, para que se convirtiera por este acto en el “séptimo autor involuntario” de *México a través de los siglos*.³⁹ Este dato es imprescindible para entender las pretensiones de equilibrio ideológico y en el cuidadoso acopio documental que el hispano-mexicano mantenía como precepto, no se debe olvidar que la versión histórica sobre la Independencia de Alamán es básica en la estructura argumentativa de los episodios.⁴⁰

A este punto resta traer a cuento dos análisis que se han hecho de los episodios olavarrianos; uno panorámico, el prólogo que acompaña la reimpresión facsimilar en 1987 y otro sobre la forma en que son presentados los indígenas durante la guerra de Independencia. En el primero, y en quince páginas, el historiador Álvaro Matute analiza los rasgos generales de la biografía de Olavarría para concentrarse de forma breve en su labor

³⁸ José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, p. 260. Cursivas añadidas. El estilo olavarriano mantiene resabios de la puesta escena con personajes que simplemente se difuminan para volver a integrarse a la narración.

³⁹ *Ibid*, p.261.

⁴⁰ Punto desarrollado en el capítulo 2 y 3.

como letrado y señalar que la obra del hispano-mexicano “sólo ha tenido comentaristas de aspectos parciales”, aludiendo el caso de Salvador Novo y delimitar que ésta se puede dividir en dos, siguiendo el propio criterio que estableciera el propio Olavarría, la literaria y la historiográfica y que vuelve a mostrar que siempre tuvo en mente el que sus narraciones tenían pretensiones diferentes.⁴¹ Sobresale que Matute revela algunos elementos no sólo para entender los episodios olavarrianos, sino otros que sirven para deducir el quehacer y el valor histórico del siglo XIX mexicano.

Al principio, el análisis expone que el auge y el interés de literatos y de algunos segmentos de la sociedad, tanto en América como en Europa, en las narraciones sobre el pasado, tuvo que ver con la aparición de tres elementos: “historiadores, novelistas y lectores”,⁴² desde luego en cada país tuvo sus particularidades. Con la anterior premisa como base, Matute puntualiza la importancia de novelistas como Walter Scott, Alexandre Dumas o Victor Hugo para la popularización de las narraciones sobre el pasado en Francia, Europa y por influencia en Hispanoamérica. Apunta que tal interés se nutrió de otros formatos como las obras de teatro y la ópera. Asimismo, propone como posibilidad que la obra de Michel Zevaco, *Los Pardaillan*, contada en episodios, pudiera ser un modelo anterior el establecido por el español Pérez Galdós sobre el cual establece que “en nuestra lengua son, indudablemente el modelo”.⁴³ La diferencia entre los dos estilos entraña la clave para su decodificación:

A diferencia de las novelas de Zevaco, las de Pérez Galdós acaso son menos entretenidas, pero más históricas. Es decir, en el relato de los Pardaillan predominan más la aventura que lo que podríamos denominar... didáctica o propósito en enseñar historia. Desde luego ambas cuestiones intervienen. Se entretiene enseñando y se enseña entreteniéndose. Pero los equilibrios no se logran a la perfección.⁴⁴

Entonces, la dimensión pedagógica sería clave para entender al tipo episódico galdosiano. Estilo que, según Matute, estaría más cercano al de los narradores de episodios mexicanos

⁴¹ Álvaro Matute, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, p. VII.

⁴² *Ibid.*, p. I.

⁴³ *Ibid.*, p. II.

⁴⁴ *Loc. Cit.*

que no utilizaron la historia como un simple “marco de las aventuras de personajes reales y ficticios”.⁴⁵ En el mismo sentido se señala:

En *Trafalgar* la historia real se impone sobre la trama ficticia. El protagonista queda avasallado por el suceso. La colorida descripción de los combates navales alcanza el primer plano y deja a un lado lo que podría denominarse la “comidilla histórica”, tan útil y necesaria como elemento colorido y como algo que vale mucho la pena rescatar, ya que en la historiografía de corte científico todo ello se pierde.⁴⁶

Este comentario es clave en dos sentidos: muestra que en el análisis histórico reciente todavía se presuponía como válida una “historia real” que desde un punto de vista crítico puede ser débil analíticamente. Lo que hoy es considerado con validez historiográfica es suponer que tanto el discurso narrativo como el histórico son construcciones verbales que difieren en su pretensión de sentido (verosimilitud), pero ambas son fuentes que sólo pueden ser referentes de lo que pasó y nunca “copia” de ello. En otras palabras, una es la historia “acontecimiento” y otra la historia “relato”. En contraste, el comentario revaloriza al género episódico, en general y en el caso de los episodios olavarrianos porque el formato amplio que les da su esencia: ir del comentario costumbrista a la minucia histórica y de ahí al encumbramiento heroico de los personajes históricos que los torna en una lectura más amena para un público habituado al estilo “parco”, califica Matute, de los textos de pretensión historiográfico de “Bustamante, Mora, Alamán y García Icazbalceta”.⁴⁷ Entonces, según el mismo argumento, la ficción histórica fue un formato que coadyuvó más en la divulgación del conocimiento histórico que la propia práctica docente, un ejemplo: al comparar el compendio histórico de Manuel Payno, y su forma “catequística” (vía pregunta-respuesta) que privilegiaba la memorización, con *Los bandidos de Río Frío*, la novela saldría ganando. Por lo cual “la forma episódica resultaba ideal para mantener el interés del lector”.⁴⁸

Sólo resta analizar un trabajo que se concentra en una dimensión específica de los episodios olavarrianos. En 2002 se publica el libro: *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, el cual contiene

⁴⁵ Álvaro Matute, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, p. III.

⁴⁶ *Loc. Cit.*

⁴⁷ Álvaro Matute, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, p. III.

⁴⁸ *Ibid.* p. IV.

un estudio de María José Garrido sobre el papel de los indígenas en la narración episódica de Olavarría.⁴⁹ En esa investigación se explican posibles causas de la poca relevancia de los personajes indígenas en el universo episódico olavarriano, los cuales se difuminan después de que se narran las campañas del cura Miguel Hidalgo, es decir los primeros siete episodios que narran los sucesos entre el 29 de julio de 1808 y el 30 de julio de 1811. Casi al mismo tiempo que el lector se enterara que Olavarría había utilizado un seudónimo en los primeros seis.⁵⁰

Garrido toma como base los estudios de Novo y Matute para proponer un análisis que en principio, plantea el cambio de percepción del pasado en las sociedades surgidas de la caída del Antiguo Régimen. En éstas, el modelo ya no se circunscribía al ideal religioso del cristianismo. Los nuevos ejemplos sociales del mundo occidental subrayaban el cambio hacia la modernidad y el progreso.⁵¹ Se pasaba del “santo como símbolo de identidad, modelo de conducta y voz cantante de la historia, al héroe nacional. De las virtudes cristianas a las virtudes ciudadanas”.⁵² Asimismo, explica que en México, como en otros países, la narración historiográfica fue concebida como uno de los medios para conseguir la unidad nacional, al mismo tiempo que señala el crecimiento de la novela, especialmente la de tipo histórico que vino bien al proyecto literario de personajes como Ignacio Manuel Altamirano.⁵³

En otro apartado del estudio, y al mismo tiempo que se aportan datos biográficos de Olavarría, se destacan dos puntos relevantes: que el autor consideró a los episodios dentro sus obras históricas y que éstos, opinión compartida de Garrido con Matute, son los espacios simbólicos en los cuales “acusa un mayor esfuerzo hermenéutico” el hispano-

⁴⁹ El capítulo doce: “Los episodios históricos mexicanos de Olavarría y Ferrari: la novela histórica y los indios insurgentes”, pp. 305-330, 2002.

⁵⁰ La nota al inicio del sexto episodio, “Las norias de Baján”, señala: “Tanto este Episodio como los cinco que le preceden y ya han visto luz, son originales del señor D. Enrique de Olavarría y Ferrari, quien al recurrir al pseudónimo de *Eduardo Ramos*, sólo tuvo por objeto dejar á la prensa y al público en libertad de juzgar sin preocupación alguna su difícil obra, que él ofrece como tributo de consideración y respeto á su segunda y bien querida Patria.” En toda esta investigación se citará en el siguiente orden: nombre y apellido del autor, número de serie, episodio y página. La edición es facsimilar y publicada en 1987, por el FCE y el ICH con base en la correspondiente a la casa J.F. Parrés y Cía de Barcelona. Enrique de Olavarría, Ira., VI, p. 538.

⁵¹ “de lo sobrenatural a lo racional, del fiel al ciudadano, del reino de los cielos a la patria, de la historia prescrita por Dios a la historia como responsabilidad y voluntad de los hombres”, María José Garrido, Los episodios históricos mexicanos de Olavarría y Ferrari: la novela histórica y los indios insurgentes”, en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros...*, p. 305, 2002.

⁵² María José Garrido, *Op. cit.* p. 306.

⁵³ Este punto es analizado con detalle en el capítulo primero.

mexicano.⁵⁴ Lo anterior resalta ya que dos investigadores especializados consideran que un conjunto de novelas, y por ende la narración y visión particular, tiene la validez actual de ser pertinentes para la indagación historiográfica, incluso por encima de la colaboración olavarriana a *México a través de los siglos*.

La investigadora parte de una opinión del literato hispano-mexicano sobre los indígenas, expresada años después de la publicación de los episodios, en 1898, en la cual se intenta una taxonomía que los divide entre los más “civilizados”, los que habitan el centro y sur del país, y los menos: las tribus del norte. Olavarría llegaba a la conclusión de aconsejar que el gobierno promoviera la mezcla con los demás grupos para facilitar el progreso de la nación ya que: “los individuos, y no pocos, de esa raza, que por su ilustración se han asimilado a los de la blanca, se han hecho notables en las profesiones que han adoptado”.⁵⁵

Detenerse en lo anterior es muy importante ya que en este trabajo no se toca el análisis sobre la manera a veces crítica y a veces negativa en que algunos de los personajes indígenas son presentados en los episodios.⁵⁶ Las casusas son dos: el análisis de Garrido ya lo hizo y lo torna innecesario; y la más importante, la estructura argumentativa de los episodios no se concentra en ese grupo, salvo al principio y paulatinamente se difumina. En la narración olavarriana el peso se enfoca en lo hispano en un sentido amplio, es decir incluye lo criollo y lo peninsular.

Así pues, Garrido expone la trama episódica, describe las tribulaciones de los principales personajes literarios, la familia Arias, y explica la técnica olavarriana: “la obra está llena de *personajes reales* de la época de quienes se conoce su filiación política y que a Olavarría sirven para mostrar, junto con otros *personajes ficticios*, las diversas opiniones sobre la guerra”.⁵⁷ La separación del universo diegético en dos categorías que hace Garrido no es cosa menor desde el punto de vista del análisis histórico, pues coincide con la lectura de Álvaro Matute y muestra nuevamente que el estilo narrativo olavarriano tiende a llevar al lector, incluso al académico, a una narración que se percibe con dimensiones separadas. De hecho, y pese a lo que se puede hoy apuntar sobre la no validez de considerar que en

⁵⁴ María José Garrido, *Op. cit.* p. 306.

⁵⁵ *Apuntes de un viaje por los estados de la República Mexicana*, 1898. Citado en María José Garrido, *Op. cit.* p. 312.

⁵⁶ Esto no quiere decir que en los episodios los únicos personajes negativos o malvados hayan sido indígenas, de hecho la perfidia, ambición y oportunismo se muestran en peninsulares, criollos y mestizos.

⁵⁷ María José Garrido, *Op. cit.* p. 317.

una narración literaria haya algo “verdadero”, lo cierto es que Olavarría se encargó por todos los medios de que al lector de su tiempo le quedara claro que en sus novelas había una dimensión ficticia y otra histórica. Esta característica es quizá lo que Brushwood, como se vio al inicio de este apartado, considera como fallida.

Falta señalar lo que Garrido interpreta como la visión olavarriana de la independencia y, de ella, se explicaría en parte el papel secundario de los indígenas:

La independencia no se hizo para reponer el trono del Imperio azteca a los descendientes en línea más o menos directa de Moctezuma y Cuauhtémoc. Según Olavarría, su civilización, costumbres y tradiciones habían caído con ellos para no volver a levantarse. La independencia fue obra de los criollos, y no se realizó en nombre de una raza con la que compartían menos sangre que con los españoles: los criollos se sentían y eran tan españoles como los peninsulares.⁵⁸

Entonces, sólo los criollos eran los que tenían la fuerza e ilustración necesarias para lograr la independencia. Aunque en los episodios olavarrianos, continua Garrido, se señala la importancia de las huestes indígenas del cura Hidalgo, al final resulta en un balance negativo para la casusa insurgente y en una visión muy crítica de ese sector social.

Con el recuento de los análisis al *corpus* olavarriano han quedado claros varios puntos que ayudan a entender al autor y a su obra. Del análisis de Novo queda esclarecida la gran relevancia de Olavarría para la historia del teatro mexicano y se conoce el estilo amplio, decimonónico y con vocación para la crónica y la historia del literato español. El breve y crítico estudio de Brushwood sirve para proponer que las fallas estructurales que le atribuye a la obra literaria de Olavarría y que comparte, según el crítico norteamericano, con la mayoría de los novelistas históricos mexicanos, son más resultado de un estilo que no pudo dejar de lado el dato y las fuentes documentales. Por lo mismo, Matute considera a los episodios olavarrianos como el mejor esfuerzo interpretativo de la historia mexicana del letrado hispano, porque revaloriza el relato en un nivel pormenorizado y rescata al individuo como parte de la historia. La siguiente opinión permite conocer los alcances, como Matute denomina, “hermenéuticos” de los episodios:

⁵⁸ *Ibid.* p. 321.

El abuso del rigor cronológico puede llevar a la narración histórica a la efeméride. Ciertamente, Olavarría no llega a ella, pero en gran medida está entre la historia y la crónica. Se salva de la efeméride gracias a seguir las secuencias históricas de los sucesos, que naturalmente no se dan año tras año, sino que tienen su duración propia. En ese sentido hay una crónica que la presencia del autor hace historia cuando recapitula, analiza, comenta, explica y manifiesta su comprensión de los hechos por encima de su exclusiva consignación.⁵⁹

II LAS NARRATIVAS DEL PASADO Y LA HISTORIA RETÓRICA

Es de conocimiento general que el siglo XIX es una época en que la escritura de la historia se desarrolla en Occidente. Tal práctica va paralela, en el continente americano, a la creación de los nuevos Estados-nacionales después de los diferentes procesos de Independencia. En México, los modelos literarios, incluyendo las narraciones de pretensión histórica, conformaban sus bases de poéticas y retóricas llegadas de España y en algunos aspectos retomados del pensamiento clásico. Obras con carácter preceptivo y canónico, como el hoy texto denominado “La invención retórica” (*De inventione*) del latino Cicerón, fueron textos estudiados por los letrados mexicanos.⁶⁰ En la actualidad a la retórica se le ve con cierta desconfianza aunque su esencia sea el arte de la persuasión,⁶¹ esto no sólo se limitaba a seguir reglas para armar un discurso y convencer con él. Debe recordarse que en su origen estaba ligada a la ética y a la sabiduría:

⁵⁹ Álvaro Matute, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, p. XI.

⁶⁰ “En términos generales se puede afirmar que los tratados publicados en México se dedican a la enseñanza de los estilos y la métrica, y usualmente sólo recogen de manera sintética y simplificada las partes que debe tener todo discurso, según la Invención retórica de Cicerón. Para los estudios superiores se reserva el estudio de Aristóteles y Quintiliano y se profundiza en la preceptiva de Cicerón; en éste último se estudia la manera de elaborar y pronunciar los discursos destinados a que el público los escuche y en Aristóteles y en Quintiliano se aprenden los secretos de los discursos que serán leídos”, María Luna, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1835)” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, p. 32, 2004.

⁶¹ Aristóteles, considerado como uno de los principales creadores del canon, señalaba: “Entendamos por retórica la facultad de teorizar lo es adecuado en cada caso para convencer. Esta no es ciertamente tarea de ningún otro arte, puesto que cada uno de los otros versa sobre la enseñanza y persuasión concernientes a su materia propia; como por ejemplo, la medicina sobre la salud y lo que causa la enfermedad... La retórica sin embargo, parece que puede establecer teóricamente lo que es convincente en –por así decirlo– cualquier caso que se proponga... En cuanto a las pruebas por persuasión unas son ajenas al arte y otras son propias del arte. Llamo ajenas al arte a cuantas no se obtiene por nosotros, sino que existían de antemano, como los testigos, las confesiones bajo suplicio, los documentos, y otras semejantes; y propias del arte, las que pueden prepararse con método y por nosotros mismos, de modo que las primeras hay que utilizarlas y las segundas inventarlas”. Entonces, lo retórico no sólo le compete a lo histórico, sino a todas las disciplinas. *Retórica*, 2000, pp. 39-40.

La sabiduría sin elocuencia es poco útil para los estados, pero que la elocuencia sin sabiduría es casi siempre perjudicial y nunca resulta útil. Por ello, quien descuida el estudio noble y digno de la filosofía y la moral y consagra todas sus energías al ejercicio de la palabra, se convierte en un ciudadano inútil para sí mismo y perjudicial para su patria.⁶²

Así expuesto es fácil comprender el porqué los letrados daban tanta importancia a su formación, que les permitía un horizonte amplio y un orden expositivo el cual volcaban en sus escritos. Por cierto, conviene puntualizar que las poéticas se actualizaban por vía del intercambio cultural entre los pueblos. Por ejemplo, la obra antes citada, de un muy joven Cicerón, no estuvo libre de críticas del propio autor que parece subestimarla años después cuando era un reconocido orador, y de estudiosos actuales que la consideran como obra menor. Aunque lo que se tiene como indiscutible es que conoció a los más reputados oradores romanos y filósofos griegos de la época.⁶³

El valor del texto ciceroniano tiene que ver con el trabajo de adaptación de las reglas de la retórica a la “realidad social y cultura romanas”.⁶⁴ Cabe puntualizar que *De inventione* nunca se terminó y los dos únicos libros escritos se concentraban en la pericia de armar un discurso capaz de derrotar a otro en la habilidad que separaba, y hacía superiores, a los hombres de los demás seres vivos: la capacidad del habla;⁶⁵ la cual, por ser aprendida y desarrollada, podía alcanzar la categoría de arte y denominarse, retórica.⁶⁶ Asimismo, en el texto se reconoce el fin persuasivo que le atribuye Aristóteles, y se señala que son cinco las partes que la conforman:

La *invención* consiste en la búsqueda de argumentos verdaderos o verosímiles que hagan creíble nuestra causa; la *disposición* sirve para ordenar adecuadamente los argumentos hallados; el *estilo* adapta las palabras apropiadas a los argumentos de la invención; la *memoria* consiste en retener firmemente las ideas y las palabras. La

⁶² Cicerón, *La invención retórica*, p. 86, 1997.

⁶³ El abanico de pensamiento al que estuvo influenciado Cicerón incluyó: “estoicos y académicos, peripatéticos y epicúreos, asianistas y rodios, oradores que desdénaban la enseñanza en griego y oradores que la defendían, maestros en tesis filosóficas y de ejercicio declamatorios, juristas y políticos. Salvador Núñez, “Introducción” a *La invención retórica*, p. 13, 1997.

⁶⁴ *Ibid.* p. 14.

⁶⁵ Esta idea de considerar el habla como la principal diferencia entre hombres y animales, eran un lugar común en el pensamiento clásico en autores como Aristóteles, Isócrates, Salustio, Quintiliano. Salvador Núñez, *Op. cit.* 91

⁶⁶ Cicerón, *Op. cit.*, pp. 90,92.

representación es el control de la voz y del cuerpo de manera acorde con el valor de las ideas y palabras.⁶⁷

Aunque de forma evidente, Cicerón se refiere al discurso oral, algunos otros elementos se recuperan cuando se enfrenta una causa (litigio) judicial y se tiene que construir discursos escritos. En este sentido, conviene rescatar algunas ideas del *retor* romano sobre la narración y cómo, tanto en su forma oral como escrita, se debían mostrar los hechos. Había tres maneras para exponerlos, a través de *relatos legendarios* los cuales narraban sucesos “que no son ni verdaderos ni verisímiles”; *históricos* que eran “reales” pero alejados del presente y *ficcionales*: “imaginados pero que hubieran podido ocurrir”.⁶⁸ Esta taxonomía no resulta meramente ilustrativa ya que el concepto de verosimilitud es determinante en las narraciones literarias decimonónicas. Resta señalar que *De inventione* fue considerada una actualización de modelos retóricos que conjuntó visiones anteriores y nuevas. Situación que se va a repetir en los diferentes autores y modelos poéticos europeos que posteriormente llegarían a tierras americanas.

En el caso de México había reglas para el arte de escribir, las cuales se basaban en textos que subsisten a la Edad Media. Después pasan a las entonces colonias americanas junto a modelos de carácter preceptivo como *La poética o reglas de la poesía general y de sus principales especies* (1736) de José Ignacio Luzán que a su vez toma sus preceptos de modelos italianos de autores como Ludovico Muratori.⁶⁹ Tales modelos mantenían un conjunto predeterminado de temas de tipo pedagógico con los cuales enseñar a expresarse con gusto y propiedad, tanto de forma verbal como escrita. Jorge Ruedas expone, con base un estudio preceptivo para el caso brasileño, que en esos manuales había:

Una parte introductoria dedicada a los problemas generales, la distinción entre elocuencia y retórica, entre genio y arte, los fines de la elocuencia, los atributos del orador, consideraciones sobre la dignidad del hombre en tanto que ser hablante, etcétera. Después venían las divisiones técnicas de la elocuencia: demostrativa, deliberativa, judicial, clasificación heredada de los antiguos. Pero estos manuales enumeraban también otras formas conocidas en la época: elocuencia del foro, del

⁶⁷ *Ibid*, p, 97.

⁶⁸ Cicerón, *Op. cit.*, p. 121.

⁶⁹ Esto lo señala Jorge Ruedas de la Serna, “Por los caminos de la retórica. El tránsito del siglo XVIII al XIX” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, pp. 11-12, 2004.

pulpito, política, militar, académica, didáctica, los elogios fúnebres, *hasta la historia y la novela*.⁷⁰

El modelo primordialmente fue utilizado para estudiantes en formación profesional como futuros abogados, parlamentarios o periodistas.⁷¹

En este sentido, es necesario señalar que hubo un desarrollo de la tradición retórica en la nueva nación mexicana que corre de forma paralela al proceso de conformación identitaria.⁷² En los diferentes espacios letrados surgidos después de la emancipación, las elites culturales desarrollan y actualizan los modelos discursivos heredados del pensamiento clásico y conforman una tradición retórica que, según María Luna, “subyace a las diferencias político-ideológicas”, a las “corrientes literarias” y a las “teorías de la historia”.⁷³ La gran aspiración de tales agrupaciones, además de crear espacios de intercambio intelectual y de vocación pedagógica para un público en formación, fue coadyuvar en la construcción de una identidad; esa fue su mayor misión.

Sin embargo, tal tarea no estuvo exenta de complejidades y disputas ideológicas que resultó en una senda con distintas bifurcaciones que en momentos rechazaba abruptamente la herencia hispana, especialmente la institución monárquica, y se quería cimentar la identidad de la patria sobre las bases ideológicas del liberalismo y en un modelo de gobierno republicano, como algunos miembros de la Academia de Letrán proponían, además de romper el ejercicio literario monopolizado por religiosos y gente educada.⁷⁴ Esto relevante, ya que el origen social, la posición ideológica o la edad no impedían el ingreso a espacios en los cuales los individuos se consideraban libres, es decir ciudadanos. Otros grupos surgirían después de la extinción de la Academia de Letrán, revela Luna, para dejar su lugar a otras sociedades en las cuales se lee a los escritores europeos, se les imita, pero

⁷⁰ *Ibid.* pp. 16-17.

⁷¹ Aunque tales preceptos fueron del conocimiento de los letrados del XIX no necesariamente siguieron a pie juntillas lo vertido en tales obras, y por ello en algunos se podrá notar más o menos el apego al paradigma.

⁷² María Luna, *Op. cit.*, pp. 31-106.

⁷³ *Ibid.* p. 35.

⁷⁴ “Los miembros de la Academia [de Letrán] niegan el pasado colonial y rechazan las instituciones españolas, porque las consideran despóticas y autoritarias...En la Academia se hace un ensayo de un programa republicano y liberal en tres sentidos. Primero, su rechazo al pasado monárquico al que estos literatos juzgan despótico. Segundo, es una de las primeras organizaciones «modernas» puesto que la adhesión de sus miembros ya no es por corporaciones o estamentos como en el Antiguo Régimen virreinal, sino que es una asociación voluntaria, de afiliación individual, cuyos participantes han interiorizado su condición de ciudadanos.” María Luna, *Op. Cit.*, p. 39.

también se les crítica, un ejemplo: el rechazo del “Manifiesto romántico” de Victor Hugo, ya que los literatos mexicanos proponían que el valor de la literatura no devenía únicamente de su función estética: también servía para crear modelos virtuosos, criticar vicios morales, y moldear “una identidad nacional”.⁷⁵

Es ineludible aclarar que por literatura se entendía algo diferente a lo que la separación disciplinar de hoy considera válida. Por ejemplo, José María Lafragua con un toque de providencialismo que remite al catolicismo hispano, la concibe como “la expresión moral del pensamiento de la sociedad” ya que la “palabra divina ha hecho al mundo” y la “palabra humana ha hecho a la sociedad”.⁷⁶ El literato republicano le otorgaba un papel “sublime” ya que su ministerio cubría con “sus alas protectoras a todas las ciencias y a todas las artes” además de que endulzaba la aspereza de la enseñanza y franqueaba la espinosa senda de la sabiduría.⁷⁷ En el mismo año, en 1844, Luis de la Rosa, más explícito, proponía que “los idiomas, la oratoria, la poesía”, todos “los escritos inspirados en la imaginación” y “la historia” con sus “ramos anexos” eran parte de la literatura.⁷⁸

Aunque la materia de análisis son los episodios olavarrianos, es decir un tipo especial de novela histórica, es necesario hacer un paréntesis y exponer la forma en que los letrados del siglo XIX mexicano concebían y edificaban el relato histórico tan cercano al literario. No se trata de considerar a los episodios olavarrianos como documentos históricos, más bien se trata de puntualizar que su forma narrativa se acercaba demasiado al relato histórico del momento y por esto a un crítico como Brushwood le parecen en algún grado fallidos como novelas. Eso sí, en ellos hay una visión sobre la historia de la guerra de Independencia nacional, que se puede calificar como de revaloración hispana, que es propicia para el análisis.

Los mexicanos letrados pensaban que la narración histórica no tenía un estatuto disciplinario definido, por lo que se le consideraba parte de las “artes liberales” en ese tiempo. Ese sustrato, aproximaba el estilo del discurso histórico con el literario. Como

⁷⁵ *Ibid.* pp. 41-42.

⁷⁶ José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura, en *La Misión del escritor*, 1996, p. 69.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 70.

⁷⁸ Además, la literatura fungía como garante contra la barbarie: “Si las naciones actualmente civilizadas no cultivasen la literatura, volverían incansablemente al estado salvaje, y, pasados algunos siglos, caerían de nuevo en la barbarie”. Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura” en *La Misión del escritor*, 1996, p. 87.

planteaba De la Rosa, se debería de narrar apegándose a los hechos, sin dejar de lado “ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático”,⁷⁹ necesario para resaltar el interés del lector. Sin embargo, la tarea del que narraba con intención histórica tenía que ser muy puntual para el que lo leyera no se equivocara, pese a que su discurso utilizara un tono persuasivo y un andamiaje similar al de la narrativa literaria. La diferencia, propone Luna, en la narración histórica de tipo retórico era su pretensión de veracidad:

La verosimilitud es un concepto clave para la historia en su modo retórico. Refiere al objeto mismo de la retórica: persuadir. Los discursos no sólo deben convencer a los lectores sino también conmoverlos, por eso se admite y aun exige que la historia utilice los recursos que hoy consideramos propios de la ficción.⁸⁰

Tal intención se comprueba al revisar algunos conceptos de los letrados mexicanos que proponían fijar el objeto de la historia. Por ejemplo, tres años después de proclamada la Independencia, Lorenzo de Zavala puntualizaba la pertinencia de separar a los hechos de “las ciencias físicas y matemáticas” de aquellos ya idos; los primeros “están presentes” y pueden manifestarse; en cambio los otros “están muertos” y no se puede confrontarlos desde el presente o frente a testigos.⁸¹ Por lo cual, los hechos “históricos” siempre serán *referidos* y parecen “fantasmas en el espejo irregular del entendimiento humano” y por lo tanto no pueden “adquirir más fuerza que la de la verisimilitud o probabilidad”.⁸² Sin embargo, tal claridad de conceptos no fue la regla y la mayoría de los letrados no especificaban de manera tajante que era lo que consideraban como “verdad” histórica, pero al leerlos se entiende que defendían una verosimilitud. Aunque muchos de ellos apelan a un imperativo moral: el historiador se tenía que apegar a una pretendida neutralidad y obraba de buena fe. Esto no quiere decir que no supieran las limitaciones y particularidades de la narración histórica, así como una metodología que variaba y remitía a modelos europeos,

⁷⁹ Luis de la Rosa, *Op. cit.*, p. 98.

⁸⁰ María Luna, *Op. Cit.*, p. 39.

⁸¹ Lorenzo de Zavala, “Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2001, p. 31.

⁸² *Loc., cit.*

principalmente franceses como Lamartine, Rousseau o Volney, y referencias a pensadores clásicos como Cicerón o Plutarco.⁸³

En este sentido, José María Lacunza, fundador de la Academia de Letrán, se congratulaba porque el gobierno, en 1843, había incluido el estudio de la historia como materia necesaria, y como parte de la formación tanto intelectual y moral, independientemente de la profesión elegida por los estudiantes.⁸⁴

De su disertación destacan algunas ideas como la necesidad del estudio de la historia y después de una división por periodos, señala que ésta debía de “buscar la verdad” utilizando diversas estrategias como la ineludible formación académica en diferentes saberes y en consultar otras versiones históricas,⁸⁵ incluso contrarias a sus ideas. Aclara que en caso de que el historiador escribiera una narración que involucrara sucesos contemporáneos, en los cuales éste hubiera podido ser testigo parcial, no tendría el mismo valor que le otorgaría la distancia temporal. Aunque le reconoce relevancia ya que: “su escrito es un ejemplo de las ideas dominantes de su siglo”.⁸⁶ Además, sostiene que era más fácil la tarea del historiador al contar con fuentes documentales y vestigios, y de estos le parecen poco confiables los oficiales ya que podían “estar afectados de grandes intereses”.⁸⁷ Y como posibilidad de qué aunque la narración histórica y la literaria se acercaran en su estructura persuasiva, la finalidad de los géneros parecía no confundirse en algunos, lo demuestran las afirmaciones de Lacunza al puntualizar que las memorias tienen menor validez como documento y por tanto debían ser leídas con “desconfianza” ya que era “fácil escribir novelas bajo el nombre de memorias”.⁸⁸

Otro ejemplo del oficio de historiar lo aporta un ensayo de Manuel Larraínzar de 1865, el mismo año de la llegada de Olavarría a México. En el estudio se destaca que la historia ya era “un ramo importante de la literatura” que “sin apartarse de los bellos

⁸³ Un trabajo de la época rico en citas y referencias de este tipo es de Manuel Larraínzar: “Algunas ideas sobre la Historia y Manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea...”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2001, pp. 160-306. 31.

⁸⁴ Tal disertación tuvo como resultado la primera polémica mexicana sobre la historia después de la Independencia, entre Lacunza y José Gómez, Conde de La cortina, que se ventiló en el periódico *El Siglo XIX*, desde el 8 de febrero de 1844. Ver “Polémica epistolar entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza” en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, pp. 79-150, 2001.

⁸⁵ José María Lacunza, *Op. cit.*, p. 95.

⁸⁶ *Ibid.* p. 94.

⁸⁷ *Ibid.* p. 94.

⁸⁸ *Ibid.* p. 96.

modelos que nos ha dejado la antigüedad se ha procurado corregir algunos defectos y aumentar su utilidad”.⁸⁹ A la historia se le pensaba como maestra de la vida ya que descubría “los hechos dignos de memoria”.⁹⁰ Asimismo, se precisa que a través de ella, además de adquirir reglas y máximas, se enseñaba “a conocer, a los hombres, especialmente a los que rigen los destinos de las naciones” y se señalaba que su objeto no era “agradar, sino instruir”, siempre con el anhelo de apegarse a la verdad.⁹¹ Esto último relevante ya que no todos los hechos eran históricos, sólo aquellos en los que se inmiscuían las acciones de los grandes personajes. Este punto es algo que será explotado en las novelas históricas decimonónicas, sobre todo las de tema patrio que aquí atañe, al crear ficciones que apuntalaban al discurso histórico del momento, ya que no estaban obligados a respetar a pie juntillas lo que se consideraban pruebas documentales y podían apelar al recurso de libertad poética. Esta situación conseguía una inmediata identificación con el lector del último tercio del siglo XIX, pero que también podía prestarse a una mal disimulada estrategia hoy considerada doctrinaria.⁹² Incluso se puede aseverar que tal libertad creativa podía traer conflicto entre los géneros:

El nudo conflictivo reside en los conceptos de “verdad” y de “verosimilitud”, “realidad” y “ficción”. Sabemos que hay verdades parciales, verdades *a priori* y a *posteriori* y que el historiador pretende dar una versión de los procesos, los sucesos, los personajes del pasado. Entendemos también que no todo lo real es histórico, y que la función social de la historia ha variado, desde ser *magistra vitae*, hasta la sospecha y aun la certeza de que la historiografía está contaminada por la ficción.⁹³

Esta última afirmación es fundamental para el tipo de lectura e interpretación aquí propuesto para los episodios de Enrique de Olavarría: tales novelas históricas llevan al género, al límite de sus posibilidades al intentar convencer desde una narración literaria

⁸⁹ Manuel Larrainzar: “Algunas ideas sobre la Historia y Manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea...”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2001, p. 170.

⁹⁰ *Ibid.* p. 162.

⁹¹ “Debe procurarse ante todas las cosas, cerciorarse de su exactitud, por los medios que sugiere una crítica ilustrada, consultando las fuentes más puras, para extraer de ellas la verdad”. *Ibid.* p. 173.

⁹² Un ejemplo de cómo el novelista podía “combatir” ideológicamente desde lo literario fue la polémica surgida por la publicación, en 1868, de *Monja y casada...*, del liberal y republicano Vicente Riva Palacio, cuyo centro eran los procesos de la Inquisición, por la respuesta que le dio el presbítero Mariano Dávila representante del “conservadurismo más extremo”, en *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, 1997, p.18.

⁹³ Leticia Algaba, “La semilla y la cosecha”, Los escritores mexicanos del siglo XIX ante las poéticas y las retóricas, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, p. 108, 2004.

utilizando estrategias que en lapsos refieren al oficio de historiar. Para aclarar lo anterior es necesario analizar al propio género episódico, y no sólo al escrito por Olavarría, desde la perspectiva que más lo ha estudiado: la crítica literaria.

III LA CRÍTICA LITERARIA, GALDÓS Y EL *EPISODIO NACIONAL*

Uno de los trabajos en el que se considera al episodio nacional como un tipo de novela histórica es *Historia y Novela, Poética de la Novela Histórica* de Celia Fernández. Este análisis abarca el origen mismo de la novela histórica y muestra su cercanía con el texto histórico. Fernández revela cómo la novela histórica ha crecido al margen de poéticas y retóricas, asimismo sostiene que su modelo “formal” y “pragmático” proviene del relato histórico, ya que su evolución a lo largo del devenir es “inseparable de la concepción y de los caracteres del discurso historiográfico”.⁹⁴ Punto en conjunción con el análisis sobre la historia de tipo retórico citado al inicio.

En el caso del episodio nacional se señala que éste: “significa una renovación de la novela histórica que opta por situar su diégesis en un periodo de la historia nacional próximo al presente de autor y lectores”.⁹⁵ En cuanto a su especificidad, por términos generales, en el episodio hay uno o varios sucesos que ciñen el relato, y éstos no son muy lejanos del presente del autor y del lector. Entonces, aquí se propone que el episodio nacional es un tipo particular de narración literaria en el que la trama se ve inmersa y se desarrolla, en medio de un lapso temporal de un país, muchas veces definitorio para su perfeccionamiento como nación. Aunque no es el tema central de la investigación, conviene incluir un muy breve apunte sobre el modelo que influyó varios escritores: el galdosiano.

Los episodios escritos por Benito Pérez Galdós remiten a sucesos relevantes de la España decimonónica y su publicación comienza en 1873, con *Trafalgar*, para continuar hasta el año de 1912 con el episodio final, el 46: *Cánovas*. Si bien no es necesario establecer categóricamente que el modelo seguido por Olavarría fuera el galdosiano, lo cierto es que las obras del español fueron muy conocidas en México, incluso se tiene la certeza de que algunas de las primeras series se publicaron, en 1875, en el “folletín” de *La*

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 35-36.

⁹⁵ En Celia Fernández, *Historia y Novela: Poética de la novela histórica*, 1998, p. 115.

Iberia,⁹⁶ uno de los espacios más relevantes de la comunidad española en México. El dato no es menor ya que en ese periódico, dirigido por el hispano Anselmo de la Portilla, fue en el cual Olavarría publicara algunos de sus primeras colaboraciones periodísticas, sobre todo de teatro y del ámbito cultural desde el año de 1867.⁹⁷ Sin embargo, en 1875 el hispano-mexicano se encontraba de viaje en Europa, en donde realizó diferentes tareas tanto de carácter personal como para el gobierno mexicano en la última parte de su viaje que fue en España. Para el año en que Olavarría regresa a México de su viaje (1878), Galdós ya ha publicado *Doña Perfecta*, *Marianela* y casi completaba sus dos primeras series de *Episodios Nacionales*. Por lo tanto, el tiempo el episodio galdosiano es conocido y ya tiene éxito coincide con los años en que Enrique de Olavarría publica los suyos en México, a partir de 1880.⁹⁸

Asimismo, es necesario puntualizar que el formato episódico alcanzaría un auge y desarrollo durante las dos últimas décadas del siglo XIX en México,⁹⁹ incluso se escribieron episodios en varias latitudes americanas.¹⁰⁰ Es de resaltar que la obra galdosiana tuvo influencia en otros escritores de novelas históricas más cercanos a Olavarría – en lo generacional y en la temática, como fue el mexicano Ireneo Paz.¹⁰¹ Por lo expuesto, no es exagerado presumir que el modelo galdosiano haya sido la base, pero no uno copiado a pie juntillas que fácilmente se reconocen las diferencias en una lectura comparativa.

Establecido lo anterior, conviene traer a cuento un estudio paradigmático sobre los episodios galdosianos: el de Hans Hinterhäuser ya que sirve como un ejemplo que expone las potencialidades del género, modelo que incluso ha sido utilizado para el caso mexicano.¹⁰² El análisis de Hinterhäuser está separado en tres partes: los episodios como

⁹⁶ *La iberia*, martes 30 de noviembre de 1875, p. 1. Aviso sin firma.

⁹⁷ Hay constancia de trabajos bajo la firma de Enrique de Olavarría desde el 12 de noviembre de 1867, “Traducción castellana”, *La iberia*, martes 30 de noviembre de 1867, p. 2.

⁹⁸ El primer episodio de Galdós, “Trafalgar”, se publica en Madrid, en 1873; el quinceavo, “El 7 de Julio”, que corresponde a la segunda serie, lo será en el año de 1876. Ver “Bibliografía Galdosiana”, *Obras completas I, Episodios Nacionales*, p. LXXXIX-XC.

⁹⁹ El formato sigue hasta 1910 con una edición conmemorativa que recogía fragmentos de diferentes autores pertenecientes a diversas generaciones y filiaciones políticas.

¹⁰⁰ En Buenos Aires se publicaron en 1888 unos *Episodios nacionales* de Juan M. Espora; en Barcelona otros en 1905 los *Episodios nacionales de la Independencia de Chile* de Luis Orrego Luco; en Lima Ernesto A. Rivas escribiría, en 1898, sus *Episodios nacionales de la Guerra del Pacífico: 1879-1884*.

¹⁰¹ Antonia Pi Suñer, Op. cit. p. 387.

¹⁰² Francisco Jiménez, prácticamente calca el modelo de Hinterhäuser para su análisis *Los episodios nacionales de Victoriano Salado Álvarez*, 1974.

novela, historia y forma educativa. Aquí sólo se hará referencia a la segunda parte y en fragmentos específicos. Según Hinterhäuser, a Galdós, desde el mismo momento de su publicación, se le criticaba por hacer poca investigación histórica. Se le cuestionaba que en cada serie de episodios, el escritor español se basara en una sola fuente especializada para el periodo novelado complementándola con alguna obra de historia general, por ejemplo la muy famosa *Historia General de España* de Modesto Lafuente. No obstante, algunos tomaron a las obras utilizadas por Galdós como parte de “la conciencia histórica” de la “minoría intelectual de su tiempo”.¹⁰³ En contraste, para otros, tal situación carecía de relevancia y se señalaba que Galdós no era un investigador, era un escritor que le interesaba hacer asequible al lector popular una síntesis histórica de hechos aceptados como históricos en el momento.¹⁰⁴

En lo que respecta a la visión de la historia presente en los episodios galdosianos, siguiendo a Hinterhäuser, hoy se sabe que las primeras series apenas aludían al pasado español. Además, en ellos había una visión “progresista” de la historia, heredera del pensamiento ilustrado que aspiraba a dejar de lado el pasado para dar paso al desarrollo del porvenir.¹⁰⁵ De manera general, ésta se anclaría en tres preceptos: la historia es un camino a la perfección como parte del progreso de la civilización; es resultado de la realización de la libertad y se cumple como parte del plan de la Providencia.¹⁰⁶ Hay, pues, una evolución lentísima de la historia española que la llevaría inexorablemente a una plenitud. En síntesis, el estudio de Hinterhäuser muestra las potencialidades de cómo se puede estudiar un universo ficticio tan complejo como el creado en los episodios galdosianos con sus más de ochocientos personajes. Con lo anterior, se entiende que el episodio galdosiano por su gran formato, riqueza de personajes y anclaje en grandes sucesos históricos sirvió en varios sentidos, el más relevante: como versión popular y pedagógica del devenir español

Otro análisis que ha ayudado a esta investigación es el de Doris Sommer, en el cual se señala que durante la segunda mitad del siglo XIX, se publicaron una serie de novelas “nacionales” que mantenían detrás de la propuesta estética otra, cuyo fin fue apoyar a los distintos proyectos políticos de las naciones americanas, y con el paso del tiempo se

¹⁰³ Hans Hinterhäuser: *Los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós*, 1963, p. 60.

¹⁰⁴ *Loc. Cit.*

¹⁰⁵ Hans Hinterhäuser, *op. cit.*, p. 92.

¹⁰⁶ Hans Hinterhäuser, *op. cit.*, p. 117.

convertirían en textos fundacionales de un nacionalismo que recién se conformaba a lo largo de todo el continente. Novelas “cuya lectura es exigida en las escuelas secundarias oficiales como fuente de la historia local y orgullo literario”,¹⁰⁷ textos, hasta hace poco, identificables junto a otros símbolos patrios como el himno nacional. Y con respecto a los literatos de esa época propone: “para el escritor/estadista no existía una clara distinción epistemológica entre el arte y la ciencia, la narrativa y los hechos y; en consecuencia, entre las proyecciones ideales y los proyectos reales”.¹⁰⁸

Aunque el planteamiento sirve para entender las posibilidades de lectura de los episodios olavarrianos, sobre todo en su aspiración patriótica al revisar lo propuesto por Sommer, se encuentran algunos puntos incompatibles. La relación amorosa en el universo olavarriano, dada entre dos criollos de la clase media novohispana que no tenían un sentimiento desarrollado de patriotismo, no coincide con la idea central de las “novelas nacionales”: los sectores sociales a los que pertenecen los personajes que luchan por alcanzar su relación amorosa están en conflicto y al realizar su amor hasta el idílico final feliz representan, simbólicamente, la unión de opuestos que forman la nueva patria:

La coherencia [de las novelas nacionales] nace de su proyecto común de construir un futuro mediante las reconciliaciones y amalgamas de distintos estratos nacionales imaginados como amantes destinados a desearse mutuamente. Esto produce una forma narrativa consistente que puede asimilar distintas posiciones políticas pues está impulsada por la lógica del amor. Con un final feliz, o sin él, los romances invariablemente revelan el deseo de jóvenes y castos héroes por heroínas igualmente jóvenes y castas: la esperanza de las naciones en las uniones productivas.¹⁰⁹

Por contraste, en el universo episódico olavarriano los amantes en conflicto pertenecen al mismo estrato social y étnico.¹¹⁰ Sus diferencias no son propias de su condición, o de su ideología, sino les llegan de afuera, de otros que se oponen a su relación. Existen algunas dudas por parte del protagonista, Benito, que son sabia y pacientemente desechas por la heroína: María, a la cual le sobra convicción. Aunque sí se percibe una aspiración incluyente: al darles espacio en el texto, a personajes considerados históricos de diferente

¹⁰⁷ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales*, 2004, p. 20.

¹⁰⁸ En *Ficciones fundacionales*, 2004, p. 24.

¹⁰⁹ Doris Sommer, *Op. cit.* p. 41.

¹¹⁰ Es pertinente señalar que la categoría social de criollo no estaba delimitada a los hijos de españoles nacidos en América. De hecho, cada autor lo entendía de manera diferente. En el capítulo segundo se abunda sobre el tema.

relevancia por las fuentes que fundamentan los propios episodios. Ganadores y perdedores, líderes y héroes junto a integrantes de diversos grupos sociales humildes; criollos, tanto que estuvieron a favor como en contra de la emancipación, peninsulares, mestizos y castas. Sin embargo, el grupo indígena queda relegado, como se ha señalado, a resquicios oscuros y taimados de la narración; se presentan al lector sumidos en condiciones de pobreza e ignorancia, y como tal no aptos para comprender lo que significaba la Independencia y menos para poder liderarla. Al minimizar a los indígenas en sus episodios Olavarría mira al futuro y no sabe cómo conciliar al pasado. En descargo, se puede señalar que para muchos de los españoles avecindados en México y de los propios letrados mexicanos, independientemente de su ideología, la cuestión indígena fue algo que no podían entender;¹¹¹ en todo caso es mejor considerar que su horizonte los limitaba.

IV ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y SUS EPISODIOS, LAS CLAVES PARA UNA TONALIDAD ESPECÍFICA

Lograr una decodificación como problema de la hermenéutica y pertinente de los episodios olavarrianos, desde una perspectiva historiográfica, obliga a situarlos en un acento determinado. Como si fuera una pieza musical escrita en diferentes variaciones así se pueden leer los episodios, prueba de ellos son dos de los cuatro análisis citados al comienzo de esta introducción. Pero, hay una que el autor expuso y que permite reconocer la intencionalidad de su obra. Esto último no puede ser algo menor si se considera que una de los puntos centrales es reconstruir el horizonte desde el cual se elaboraron los episodios, siempre considerando las limitaciones propias del que los estudia desde el presente y que apuntaría a la fusión de horizontes del autor con el lector de la actualidad.

En general, y durante buena parte del siglo XIX mexicano hubo dos modelos al escribir novelas de tipo histórico: el que situaban a la trama y a los personajes ficticios en primer plano y dejaba a los sucesos históricos en segundo siguiendo un modelo parecido al utilizado por Walter Scott. Otro en el cual lo “real es el centro de la trama narrativa, ocupa

¹¹¹ Por ejemplo, el mentor de Olavarría, Anselmo de la Portilla que había llegado a México décadas antes tenía una idea que en la época era común entre los letrados: María Bono, “Los conservadores y los indios: Anselmo de la Portilla”, en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, 2002, pp. 237-260.

el primer plano, así como el escenario de los sucesos”,¹¹² que seguía el modelo de *Cinq Mars* de Alfred de Vigny.¹¹³ Es decir, en el modelo de Scott lo histórico es un telón de fondo que poco tiene de relación con la trama; en cambio en el de Vigny se privilegia la importancia del suceso y el valor “testimonial” de la narración. Por su estructura, los episodios olavarrianos se identifican más con el segundo modelo. En ellos hay una visión de la historia patria que se basa en fuentes historiográficas, opuestas ideológicamente, en las que se apoya el autor y que por estilo narrativo e intencionalidad son develadas gradualmente al lector. El sustrato histórico no es un telón de fondo, es parte primordial de una intencionalidad narrativa que se parece o está en consonancia con la historia de tipo retórico, explicada por María Luna.

Dos elementos que coexisten en las novelas de Olavarría pueden ayudar en la comprensión de su gradación específica, ambos desarrollados en el capitulado: la preeminencia de los personajes heroicos en los episodios y las fuentes documentales que ingresan al texto. En los episodios olavarrianos perviven una coloración patriótica y una aspiración pedagógica por lo que los grandes héroes adquieren una relevancia extrema. La forma narrativa destaca intencionalmente lo que el narrador quiere establecer como “histórico”; particularmente el accionar de los héroes de la guerra de Independencia de la patria. Este elemento, junto a la tenacidad en mostrarle al lector la dimensión humana de los líderes de la insurrección, les da su especificidad de una forma que, más que oponerse a lo señalado por el relato histórico de su tiempo, lo complementa por la facultad de la licencia poética.

Los personajes heroicos, como los líderes de la rebelión insurgente, son representados al lector siguiendo un apego a los acontecimientos de los que se da cuenta, y la preponderancia o espacio que les son otorgados en los episodios está relacionado más con el rol desempeñado en los sucesos históricos que con las peripecias que acontece a la

¹¹² Leticia Algaba, *La semilla y la cosecha*, Los escritores mexicanos del siglo XIX ante las poéticas y las retóricas, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, p. 110, 2004.

¹¹³ Alejandro González Acosta, “Introducción” a *El enigma de Jicotencal*, 1997, pp. 11-41. Además, en el texto se expone la forma en que la novela histórica latinoamericana tiene una herencia con la novela española y de ésta toma su propio crecimiento pese a las prohibiciones del periodo colonial. Otro mérito del estudio es develar una explicación abarcadora, desde una pléyade de posiciones teóricas que va desde Menéndez y Pelayo, Hegel, Lukács, Imbert y hasta Amado Alonso, de los orígenes y desarrollo de la novela, en sus diversos formatos: de caballerías, pastoril, etc., para señalar, que la prosa novelesca tiene un antecedente en la poesía heroica que remite a una tradición épico-histórica.

familia Arias. Lo anterior se entiende si se considera que en esa época la visión heroica de grandes personajes que forjaban la historia era una postura presente en las fuentes historiográficas, las cuales acentuaban el papel de ciertos hombres excepcionales que, con características visionarias, y un carisma abrumador eran los supuestos “motores” del devenir histórico de las naciones. Además, se puede entender en la lectura que sus intenciones fueran guiadas por fuerzas metafísicas como la Providencia, muy en consonancia con el dogma cristiano-católico, parte y base del horizonte enunciativo de la mayoría de los literatos en el México de ese tiempo.¹¹⁴

En lo relacionado al soporte documental, que es la base en la narrativa episódica olavarriana, sobresalen dos obras muy importantes dentro de la historiografía de la Independencia: *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente* (1849), del conservador Lucas Alamán y el *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, Cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán* (1843, 2da. Ed.), escrito por Carlos María de Bustamante. Lo relevante es puntualizar que fueron integradas al relato literario de forma atípica y esto torna complejo la decodificación por parte del lector.

Las dos versiones históricas son comparadas, criticadas y en ocasiones validadas por vía de un autor-narrador. Esta categoría, tomada de la teoría literaria especializada en la novela histórica, considera que el autor se puede manifestar en la diégesis a través de diferentes estratagemas: un personaje principal, algunos secundarios o incidentales e incluso poniendo en boca de algunos personajes históricos frases que lejos de mantener una intención únicamente descriptiva, son juicios sobre los sucesos, los personajes o las situaciones que se presentan como históricas. El autor-narrador es diferente a la voz narrativa, ya que adquiere protagonismo y puede juzgar a los personajes y a los hechos.¹¹⁵

¹¹⁴ Las propias versiones de Bustamante y Alamán son prueba de ello. Sin duda, en el imaginario decimonónico occidental, el héroe como hombre “iluminado” era un espacio común. Basta recordar un texto (basado en seis conferencias dadas en Londres en 1840) de Thomas Carlyle que circuló mucho en ese tiempo, *Los héroes, el culto a los héroes y lo heroico en la historia* como respuesta a un “materialismo mecanicista, contra el utilitarismo obtuso del industrialismo” que parecía “despersonalizar al hombre” y ahogarlo en un anonimato. Ver de Raúl Cardiel, “Prólogo” a *Los Héroes...*, 2000, p. IX y ss.

¹¹⁵ En Kurt Spang, “Apuntes para la definición de la novela histórica” en *La novela histórica. Teoría y comentarios*, 1998, p. 66.

Lo anterior se ejemplifica al leer una aclaración del narrador que explica la forma en la que los documentos formarían parte del texto y apunta a una intencionalidad metaliteraria:

De ahora en adelante advierte el autor que cuantas frases entrecomilladas aparezcan en los *Episodios nacionales*, son originales de los personajes que las pronuncian, y extraídas de los libros, cartas ó documentos estrictamente históricos.¹¹⁶

Lo señalado sirve para comprender la particular fórmula episódica, pero es necesario retomar lo que Olavarría mantenía como finalidad y alcances de sus novelas históricas en su propio contexto, por lo cual se es necesario un breve apunte sobre su labor como letrado y la recepción entre sus pares mexicanos.

Al revisar en la prensa de la época las colaboraciones del hispano-mexicano resalta que tuvo un apoyo fundamental, en especial en *La Iberia*, y en otros periódicos que notificaban los prospectos de sus novelas que, por entregas, saldrían publicadas. Por ejemplo, en medio de la noticia sobre el descarrilamiento del tren de Apizaco y el aviso de la llegada a la capital de Guillermo Prieto, se anunciaba una de las primeras obras que fue resultado de las veladas literarias de 1867: “Los Misioneros de amor, Este es el título de una comedia que acaba de escribir el Sr. Don Enrique de Olavarría y que leyó antes de anoche á varios amigos que se reunieron en casa del Sr. Luis G. Ortiz”.¹¹⁷

Su llegada al medio letrado capitalino debe haber sido bien recibida ya que en las referencias periodísticas de ese tiempo sale bien librado y en algunas de ellas, de corte liberal, se le da espacio como la que *El Boletín Republicano* retoma de *La Iberia* para congratularse de la calidad literaria, traducción y adaptación de la pieza *El Jorobado* del francés Paul Feval.¹¹⁸ El fragmento asignado a los elogios de la obra es considerable y casi tiene el mismo que otra noticia de la misma página, *Las ejecuciones de Querétaro* que reproduce un lacónico informe sobre los últimos momentos de Maximiliano.¹¹⁹ Mejor suerte que una carta del monárquico general Miramón cuyo punto medular quedó al lado de

¹¹⁶ De Olavarría, III, 1ra, 1987, p. 223.

¹¹⁷ *La Iberia*, 20 de noviembre de 1867, p. 3.

¹¹⁸ *El Boletín Republicano*, 5 de julio de 1867, p. 3.

¹¹⁹ *Loc. Cit.*

un anuncio de pastillas “pectorales” y el de una casa en renta, en Tacubaya, que por precio “muy barato” daba “de comer, casa y cama”.¹²⁰

Al hacer una revisión por los periódicos capitalinos se nota que Olavarría era reconocido y sus obras se anunciaban o comentaban en algunos de ellos como *La Orquesta*,¹²¹ *El Constitucional*,¹²² *El Siglo XIX*,¹²³ o *La libertad*.¹²⁴ Resalta que las buenas opiniones recorrieran el espectro político del periodo. Pero ninguno como el apoyo que le brindó *La Iberia* que publicó tanto escritos literarios como artículos sobre teatro o poesías. Así se anunciaba en ese diario su primera novela:

El Tálamo y la Horca. Pronto comenzará a publicarse la novela histórica que con este título está escribiendo el Sr. Don Enrique de Olavarría. Según dice el prospecto que han dado á luz los editores «la acción de la novela comienza en Madrid, cuyas costumbres durante el novelesco reinado de Felipe II de Austria, se encuentran exactamente descritas y viene á terminarse en esta Ciudad de México, durante el gobierno Virreinal de D. Martín Enríquez, y la grande epidemia ocurrida en 1576, en la que perecieron dos millones de naturales. De este modo únense las leyendas Española y mexicana».¹²⁵

La cita es relevante en dos sentidos; muestra el apoyo a Olavarría y su vocación narrativa que desde el comienzo cruzaba el relato con su vocación historiadora, así como sus

¹²⁰ *El Boletín Republicano*, 5 de julio de 1867, p. 4.

¹²¹ *La Orquesta*, marzo de 1868. En la sección “Pitos” hay una defensa sobre la puesta en escena de “Los misioneros del amor” que defiende la libertad poética del autor contra un crítico denominado “Querubín”.

¹²² Durante varios días en la sección de avisos de *El Constitucional* se señalaba la próxima publicación de la segunda novela de Olavarría, *Venganza y Remordimiento*, como continuación de *El tálamo y la horca* augurando gran éxito, ya que de ésta se había agotado dos ediciones en menos de un mes. *El Constitucional*, enero de 1868.

¹²³ El 4 de abril de 1869 se publicaba en la sección “Avisos” de *El Siglo XIX*, el inserto completo de *Venganza y Remordimiento* adicionando más datos a lo señalado meses antes en *El Constitucional*. Se precisaba que debido al buen recibimiento de la primera novela en la capital y los estados, la segunda se había “colocado la acción en México, el año de 1578, durante el virreinato de D. Martín Enríquez...La novela por si sola una obra completa é independientemente de la anterior; pero podría muy bien estimarse como una continuación de la primera”. Se puntualiza que el precio de cada entrega será de medio real, en la capital y real y medio en provincia. Además, se garantiza la culminación de la obra por Santiago White y se especifica como lugares de venta en la ciudad a dos librerías, una papelería, un despacho, la redacción de un diario y una encuadernadora.

¹²⁴ El periódico *La libertad* del 22 de diciembre de 1878 anunciaba la edición de *El arte literario en México*, bajo editorial firmada por Antonio Hidalgo que en la parte medular señalaba: “Bien puede estar satisfecho el autor...de su trabajo que en segunda edición ve ahora la luz pública, por ser el que presenta por primera vez en España coleccionado y comentado el resumen de todo el movimiento intelectual de un pueblo amante del progreso y de la civilización moderna, y porque, como dijimos anteriormente, ha sabido mostrarse en su obra con la triple investidura de historiador severo, de ilustrado crítico y de conocedor profundo de la literatura...”

¹²⁵ *La Iberia*, 15 de Noviembre de 1868, p. 3.

preocupaciones por la relación de su país natal con el que lo acogía. Sus novelas subsecuentes fueron publicitadas en el periódico español, incluso después de la muerte de su fundador, Anselmo de la Portilla, en 1879.

El saldo final es positivo y salvo una que otra discrepancia cultural sobre su tarea como redactor, sus obras fueron bien aceptadas. Esa opinión persistió en el tiempo y para los años en que publicaría Olavarría sus episodios se encuentra una que sobresale, la respuesta de El Gran Círculo de obreros de México, al obsequio de un ejemplar de su texto, publicado en primera edición en España un año antes, *El arte literario en México*. Tal respuesta fue a través de su órgano de difusión el periódico *El Municipio Libre*. La nota es relevante porque exhibe lo bien considerado que estaba por ese segmento social:

Si Olavarría hubiera nacido en México, sus conceptos, podrían tener el carácter de apasionados; pero el joven poeta, que acepta como á madre adoptiva á nuestra patria; el que no rebusca nuestros defectos sociales para arrojárnoslos al rostro... Los que á nuestra vez, sentimos germinar en nuestras venas la sangre española; nosotros que hemos heredado su civilización y que de la España hemos aprendido á ser libres y patriotas, no podemos menos que sentirnos profundamente obligados... al ver en las páginas del libro de Olavarría, que alguna vez se nos hizo justicia.¹²⁶

Lo anterior en referencia a que el libro era una refutación a los “insultos y desprecios injustos” que con frecuencia llegaban de Europa, sin conocer siquiera “nuestro carácter, nuestras virtudes y nuestro patriotismo”.¹²⁷ Asimismo, en la nota se reconoce que lejos de percibir clasismo por parte del hispano-mexicano se le reconoce como cercano al sector trabajador, lo cual sigue mostrando el horizonte enunciativo de Olavarría.

En lo que respecta a los episodios, su publicación, y éxito posterior, se comprueba con una nota de *El diario del Hogar*, de 1881, en la cual se remarca su popularidad y se precisaba que dejaban de ser publicados por la casa Dublan para continuarse en la editorial de Filomeno Mata y se les denomina “Colección de novelas patrióticas” a un precio de “dos reales” la entrega y se precisa que a cada tomo finalizado “lo acompaña cuatro magníficas láminas grabadas sobre madera por artistas mexicanos”.¹²⁸ Unas semanas después, un editorial publicado en primera plana se dedicaba casi exclusivamente a los episodios.

¹²⁶ *El municipio libre*, 1879, p.3.

¹²⁷ *Loc. Cit.*

¹²⁸ *El diario del Hogar*, 4 de octubre de 1881, p. 4.

Iniciaba el análisis quejándose de la poca importancia que el público mexicano daba a los estudios históricos, más proclive a “la ligereza, donaire y cosa fugitiva”.¹²⁹ Y en la parte medular exponía:

Ni siquiera las sublimes epopeyas de la Conquista y la Guerra de Independencia despiertan el interés de millares de mexicanos apáticos, que apenas y tiene noticia de los sucesos de mayor nombradía, y eso porque los han oído muy á bulto en un corrillo de desocupados. De la antigüedad, sólo saben que los aztecas eran muy valientes y practicaban sacrificios inhumanos; de los siglos coloniales que hubo muchos frailes, muchos golillas y muchos virreyes; y de los tiempos posteriores a la dominación española, que los insurgentes son padres de la patria y que después todo se volvió sangre y fuego, escándalo y destrozo como en un melodrama de gran aparato.¹³⁰

Lo anterior arroja pistas sobre la importancia de la publicación de los episodios y el saber aprovechar un hueco temático en las novelas históricas que se publicaban en ese tiempo. Igual de relevantes son los calificativos para el hispano-mexicano al que se le reconoce que haya suministrado “en pequeñas dosis nuestra historia, aliñándola con galas y resplandores de fantasía, para que no resultase la narración descolorida y seca y fuera posible que la turba indocta aprendiese algo”.¹³¹ La claridad sobre el lector ideal de los episodios y su dimensión pedagógica son evidentes. El editorial incluso señala las fuentes históricas que más utilidad tienen en la narración episódica y sobre su labor literaria: “No se limita el Sr. Olavarría á los hechos puramente políticos y militares, sino que, para dibujar mejor el cuadro en que se destacan las figuras culminantes que va presentando al lector desciende a pormenores decorativos”.¹³² Lo anterior resulta suficiente para traer a cuento el último punto de este apartado: la intencionalidad expresa del autor respecto a sus episodios, es decir su propio matiz.

En el prólogo de los episodios, de 1886, hay elementos que sirven como resguardo de la obra y como toma de posición de Olavarría frente a otros ya que precisaba la finalidad de su versión novelada de la guerra por alcanzar la emancipación, la defensa ante la crítica, y lo más relevante para este análisis: el entramado narrativo que intencionalmente separaba,

¹²⁹ F. J. Gómez Flores, *El diario del Hogar*, 24 de noviembre de 1881, p.1.

¹³⁰ *Loc. Cit.*

¹³¹ *Loc. Cit.*

¹³² *Loc. Cit.*

y dejaba en algunos casos a la dimensión novelesca en segundo plano y que es la clave de su tonalidad:

Cierto es que á alguno de mis críticos pareció, en vista del primer tomo, que la trama novelística era poco complicada; pero por una parte así lo exigía mi plan de *no embrollar al lector arrastrándole á confundir lo verdadero con lo verosímil, lo real con lo fingido*.¹³³

Tal forma, para desarrollar el entramado de sus novelas, permite observar una vocación pedagógica. Asimismo, llama la atención que en el citado prólogo se pueda reconocer una defensa que se esperaría más de un historiador que de un novelista:

La falta de una historia de México, tan completa como es de desearse; la multitud de documentos que á cada instante se desentierran del polvo de desorganizados archivos públicos y particulares; los opuestos y apasionados juicios de aquellos que han escrito sobre historia de México, sirviendo con sus relaciones, no á la verdad histórica, sino á ideas y causas personalmente políticas, envuelven en un dédalo de confusión á quien con ánimo imparcial y desapasionado busca la solución del difícil problema de escribir á gusto de todos.¹³⁴

Aunque adelante matiza que no se considera un “historiador” y que escribe básicamente para el sector popular, lo cierto es que con su comentario desvirtúa, en cierto grado, las versiones históricas anteriores. Además, en sus novelas hay una visión histórica sostenida en fuentes documentales. No sólo iluminan los huecos de la historiografía como cualquier novela histórica. En ellas hay una relectura y actualización que intenta rebasar las luchas ideológicas, y junto a la integración de nuevos documentos al universo diegético, tornan a Olavarría en un narrador que no puede, ni quiere, dejar de historiar. No sólo *colorea* los espacios cuando narra los sucesos; explica el proceso final de la emancipación de la entonces Nueva España y al mismo tiempo otorgar justicia a muchos de los hombres que lucharon por ella. Esta dimensión muy importante en su obra, como lo señalara claramente en su texto histórico más publicado.¹³⁵ Lo anterior, ha servido para mostrar que Enrique

¹³³ *Loc. Cit.* Cursivas añadidas.

¹³⁴ *Ibidem*, p. VI.

¹³⁵ “Los hombres de una época cualquiera no son más que lo que quiso que fuesen la época que les precedió, y harto hacen cuando logran no retroceder ante las dificultades que lleva consigo el avanzar. Pero evitemos divagaciones más o menos inoportunas y detengámonos a examinar, siquiera sea sucintamente, cuáles fueron las circunstancias en que a consumarse vino la independencia de México; ellas nos explicarán con elocuencia

Olavarría pretendía que sus textos fueran leídos de forma diferenciada y tenía claro el tipo de público al que particularmente se dirigía, independientemente de su estilo retórico. Éste no podía alejarse del dato y la explicación que inevitablemente tornaban sus narraciones cercanas al taller del historiador.

V EL CAPITULADO

Los capítulos siguen una estructura que pone en relieve aspectos que ayuden con la reconstrucción del horizonte. El primero tiene la finalidad de exponer al lector el estado de las letras mexicanas en los años cercanos a la publicación de los episodios olavarríanos y así comprender las condiciones a las cuales se enfrentó el hispano-mexicano y en las que pudo desarrollar su obra. Se da cuenta del estado general del país después del triunfo liberal sobre las fuerzas monárquicas, remarcando que a ese proyecto político, en su faceta triunfalista y pragmática, se unía una aspiración cultural: el crear una literatura nacional. Asimismo, son caracterizados diferentes espacios, en el periodo de 1867 a 1884, en los que se discutían temas literarios. Lo anterior sirve como base y preámbulo para comprender la vocación patriótica y nacionalista de esa comunidad letrada. Este tipo de producción literaria, en la cual se fundamentaba el culto a los héroes de la patria, mantiene un lazo con los discursos septembrinos que desde el final de la independencia se llevaban a cabo en las plazas más importantes de la capital y de las principales ciudades de los diversos estados de la nación. Por lo anterior, se integra un breve apartado con la finalidad de exponer la relación entre el discurso oral y el escrito, ya que ambos coadyuvaban a consolidar un imaginario heroico y patriota.

Después son analizados diferentes aspectos de la vida de Enrique de Olavarría. Se inicia con un panorama que describe los datos más relevantes de la vida personal del hispano-mexicano, su llegada, incorporación al grupo ligado a Ignacio Manuel Altamirano, sus primeros escritos y los hechos por los cuales decide quedarse en México, como su matrimonio y vida en familia. No se deja de lado los vínculos que desarrolló en su integración no sólo en sociedad sino en la elite ilustrada de la capital del país. También, y

la conducta política de los personajes que en esta parte de la Historia aparecen, pues malamente juzgados hasta hoy por críticos banales, ligeros o apasionados, más que por inexpertos legisladores pudieran ser tenidos por insensatos liberticidas”. Enrique de Olavarría: *México a través de los siglos*, tomo IV, libro 1ro., Capítulo XVII, cursivas añadidas. Versión CD. 2007. P. 2.

por su preeminencia, son citados una serie de documentos epistolares pertenecientes al archivo personal de Olavarría. Algunos, para exhibir la riqueza de las relaciones personales que cultivó como las cartas que cruzó con personajes relevantes del gobierno mexicano durante su viaje a Europa; y apreciar en esas misivas cómo era ponderado. Asimismo, al ser Olavarría un español que llegaría muy joven a México y se integra de manera casi inmediata en la sociedad de letrados, es pertinente ponderar algunos datos sobre otros iberos y sus textos en el mismo periodo, Anselmo de la Portilla y Niceto de Zamaçois, que desde años antes se habían adjudicado la labor de rescatar del ostracismo la herencia española, ya que en ciertos periodos resurgía un cierto antihispanismo.

En el segundo capítulo se exponen los elementos fundamentales de los episodios olavarrianos. Primero se fundamentan como productos literarios que mantienen una visión con pretensiones de sentido histórico. Por otro lado, se muestra y subraya cómo el segmento social denominado criollo es la base de muchos personajes relevantes del relato episódico. Después, se ofrece una descripción general de la trama que incluye su delimitación temporal, el conflicto con el que inician los episodios entre el criollo Benito Arias y el peninsular Gabriel de Yermo por ser ambos jefe y subalterno a la vez que líderes de sus respectivos partidos en tiempos del Virrey Iturrigaray. Además, se da cuenta del obstáculo que para la realización de amor representa el antagonista: Miguel Garrido que pretende a María, la mujer que ama a Benito. Otro segmento pasa de lo general a lo particular concentrándose en describir los elementos que se han considerado ineludibles para el análisis historiográfico: espacios, lugares, biografías, fechas, datos, diálogos y, en general, todos aquellos presentes en la diégesis que facilitan la decodificación de la dimensión que el narrador pretende histórica. Se devela el punto de vista narrativo que mantiene Carlos Miguel, hijo del matrimonio entre Benito y María, que funge como narratorio de las memorias que el padre le dicta en su vejez y que por necesidad complementa con documentos, versiones y con supuestos testimonios. Como resultado de lo anterior, se entrega al lector una versión que resulta de los recuerdos del narrador, Benito, enriquecidos por documentos históricos que son citados en la narración episódica como si de un texto histórico se tratase.

El tercer capítulo se concentra en el análisis de los elementos que muestran dimensiones de la tonalidad específica de los episodios: las fuentes documentales y los

grandes personajes. Posteriormente se explica el papel que tienen las dos versiones históricas preponderantes en la diégesis: las versiones de Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán. También se describe la forma en las que se compararon esas visiones con la presente en los episodios. Para enriquecer tal cotejo documental se incluyeron en el análisis otras fuentes historiográficas con el fin de mostrar cómo la visión desde un tipo de novela histórica como el episodio es cercana y vigente en la historiografía liberal de ese tiempo. La última sección del capítulo se centra en exponer la importancia que la voz narrativa otorga a los personajes considerados héroes en el universo narrativo, siendo subrayadas diferentes cualidades como valor o arrojo para con su casusa -cualquiera que fuera, tanto insurgente como realista-, pero expresamente es ponderada la condición de español, de criollo o de patriota.

Para el capítulo final se ha dejado el análisis a dos características específicas de los episodios olavarrianos: su visión incluyente de la guerra de independencia y su acento en las figuras poco conocidas y en los combatientes que tenían una clara herencia hispana. Antes y en un preludio final se explica cómo la manera en que algunos de los líderes insurgentes como el cura Morelos y sobre todo el español Mina, se acercan al personaje romántico: aquel que lucha por una causa a la cual no logrará ver una feliz culminación y en ello se le irá la vida, punto medular de la manera en que los episodios persuadían al lector de la grandeza de los actos de hombre calificados como próceres. Después, se exponen tres dimensiones que guían los episodios: su visión desde lo liberal, su inquietud por vindicar lo criollo y el homenaje a los grandes personajes que la tradición historiográfica pro insurgente destaca.

En la última sección del capítulo se analiza una preocupación, que se percibe sincera, por desempolvar de la memoria social a personajes olvidados o relegados por la historia en el conflicto de la guerra por lograr la independencia. Lo anterior, en algún sentido, honra esos actos individuales hasta un grado de martirio por la forma en cómo son narrados cada uno de sus lances, esa combinación de acto heroico y personaje histórico funciona con el lector que aprende sobre esos sucesos postergados. De los varios ejemplos fueron dos los escogidos: un americano, o mexicano si se quiere: el “amo” Torres; y un hombre representante de las clases humildes: *El pípila*. Aunque el énfasis del narrador se aglutina en las grandes figuras de la historia no deja de señalar que junto a éstos hubo

personajes de valía que los rodearon y que sin ellos muchos de los éxitos en la guerra no se hubieran alcanzado. Sin embargo, el gran héroe, según los episodios olavarrianos, tan importante como Hidalgo o Morelos fue un español: Xavier Mina, y por eso el último apartado del análisis expone la forma en cómo es presentado el personaje al lector y cómo es cuidado por parte del narrador que lo cobija como no lo hace con cualquiera de los otros.

CAPÍTULO 1. EL HORIZONTE ENUNCIATIVO DE UN HISPANO-MEXICANO Y SU PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA LITERATURA PATRIA

1.1 LAS POSIBILIDADES Y LOS LÍMITES DEL HORIZONTE DE ENRIQUE DE OLAVARRÍA

Como se ha señalado uno de los puntos medulares de esta investigación es analizar aspectos clave del horizonte enunciativo de Enrique de Olavarría, en el entendido de que no sólo es el lugar espacio-temporal de un autor determinado. Se trata de percibir los alcances y limitaciones de su perspectiva y reconstruirlos con el estudio de datos biográficos, circunstancias, adherencia política y demás categorías de pensamiento que lo constriñen dentro de un grupo específico en una sociedad particular.

De las diferentes perspectivas para acceder a ese horizonte destaca la desarrollada por Hans-Georg Gadamer, la cual sostiene la posibilidad de estudio de un autor y su obra; al considerar que ambos son parte indisoluble.¹³⁶ Es decir, sólo con una ponderación que considere ambos aspectos se puede alcanzar un correcto análisis hermenéutico. En otras palabras, un texto no se puede entender sin el autor ni sus ideas, no debe ser estudiado con ideas preconcebidas que lo limiten. Es necesario concebirlo como un interlocutor autorizado: “el que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él”.¹³⁷ Es posible alcanzar una comprensión válida del pasado, si la lectura está orientada a verlo en sus propias limitaciones y alcances. Es decir, se trata de evitar tanto patrones como prejuicios contemporáneos; se trata de verlo “desde su propio horizonte histórico”.¹³⁸ La clave está en considerar a esos prejuicios como la llave para acceder al horizonte y la tradición a la que pertenece el autor. Ésta se cruza con la del lector-investigador, y no se puede dejar de lado, al igual que el mundo histórico dado, ya

¹³⁶ Hans-Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios”, en *Verdad y Método*, 1987, volumen II, p. 342.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 335.

¹³⁸ *Ibidem*, pp. 331-360.

que hay circunstancias que no podemos controlar, de ahí derivan los prejuicios, los cuales, más que los juicios de un individuo, constituyen “la realidad histórica de su ser”.¹³⁹

A partir de lo anterior, y para examinar a detalle los elementos antes puntualizados, este capítulo está dividido en cuatro apartados. El primero se centra en algunos aspectos relevantes del horizonte letrado predominante en México antes de la llegada de Enrique de Olavarría, y en el papel de éste tipo de personaje; su importancia en la sociedad y la influencia que tuvo como parte de una elite que igual se desenvolvía en lo cultural que lo político. Se trata de exponer el cambio de imaginario de la elite letrada, de uno pesimista, ya que se apreciaban los problemas de la nación como prácticamente insuperables y a las instituciones como entes que no funcionaban, a otro más positivo que emergió entre 1868 y 1876. En seguida, el análisis se concentra en algunos pormenores del crecimiento de la literatura patria con el apoyo derivado del relativo periodo de paz. La idea es exponer algunos ejemplos paradigmáticos espacios letrados, y de las obras que resultaron de esos esfuerzos.¹⁴⁰ Se trata de descubrir la forma en que la elite ilustrada concebía que su labor en la nueva situación de la patria mexicana fue coadyuvar en el fin del largo ciclo de conflictos e invasiones, y en la construcción de un imaginario nacionalista y patriótico, que enfatizaba en los actos heroicos.

Relacionado con el último punto, el tercer apartado examina el proceso que permite la constitución de un panteón heroico que toma como punto inicial algunos discursos festivos, espacios simbólicos que rendían homenaje a los personajes heroicos de la Independencia, ya que con ellos se inicia el culto cívico, el cual crece con el paso de los conflictos internos e invasiones que llegaron de fuera. Tal espacio es considerado como precursor de otras formas de homenaje y vindicación ideológica que se desarrolla en las novelas de tema patrio que surgen años después. En la parte final del capítulo se concentra en las circunstancias personales de Enrique de Olavarría, su viaje a Europa, su obra y, sobretudo, la forma en que logra asimilarse en una comunidad letrada que le era ajena en su calidad de español. Con tal análisis se puede comprender sus limitantes, aspiraciones,

¹³⁹*Ibidem*, p. 344.

¹⁴⁰ En este sentido, es necesario aclarar que en las citas correspondientes a versiones de la época o facsimilares que se incorporan a esta investigación se respeta su estilo ortográfico.

apoyos e influencias que recibió desde su llegada a México y cómo todo esto conforma el horizonte desde el cual se atrevió a novelar un periodo definitorio en la historia mexicana.

1.1.1 DEL HORIZONTE MELANCÓLICO AL ESPERANZADOR

Antes de reconstruir el horizonte enunciativo de Olavarría conviene hacer una breve digresión sobre el siglo XIX mexicano. La intención es separar lo que hoy se ha descubierto sobre ese complejo espacio y lo que en su momento, aquellos literatos concebían de él. En otras palabras, la idea es diferenciar entre el horizonte de Olavarría y el de quien estudia su obra en el presente. En este sentido, una idea que permea sobre ese periodo histórico se relaciona con las discrepancias entre lo que las narraciones de ese tiempo exponían, y los análisis contemporáneos que se han logrado establecer en la actualidad. Un ejemplo, el ensayo sociológico de Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios*, en el cual así se señala en las conclusiones:

El siglo XIX mexicano, visto de prisa y sin mucha atención, parece una comedia de errores en lo que nada es lo que debería ser. Es un tiempo extraño y confuso donde los demócratas fabrican elecciones, los militares hacen carrera por la desobediencia y la indisciplina, las leyes se veneran tanto más cuanto menos se cumplen, los empresarios alimentan con gusto la inseguridad y los patriotas buscan el camino a Veracruz.¹⁴¹

Tal crítica fundamentada en un análisis que desmonta las acciones de muchos personajes y políticos de todo rango, de comerciantes y hacendados inescrupulosos, de gobiernos débiles y corruptos, cualquiera que fuera su adscripción ideológica, y de instituciones como la Iglesia y el Ejército que no eran modelo de honor, patriotismo y pureza. No obstante, el estudio muestra que el paso del súbdito al ciudadano, elemento necesario para instaurar un nuevo modelo social, no pudo darse: “no había ciudadanos porque no había *individuos*. La seguridad, los negocios, la política eran asuntos colectivos”, los cuales no siempre tenían una solución general y eficaz.¹⁴²

Hay que puntualizar que los problemas venían desde el comienzo de la vida como entidad independiente de México, ya que se heredó “una estructura sociopolítica del

¹⁴¹ Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios...*, 2002, p. 287.

¹⁴² *Ibidem* .p. 290.

antiguo régimen que la guerra de insurgencia, la revolución liberal española [en referencia a la constitución de Cádiz en 1812], y el movimiento de Iguala habían dejado casi intacta”.¹⁴³ De hecho, numerosas prácticas del viejo sistema se reproducirían en el nuevo: corporativismo, caudillismo y caciquismo local se impusieron a un poder estatal que poco pudo hacer para contrarrestar una situación muy compleja, en medio de una falta endémica de recursos tributarios. Los gobiernos no imponían la ley, la negociaban. Por lo mismo, la mayoría de las revueltas llegaban a un destino parecido: una amnistía para los levantados y algunos grados militares más para los líderes.

Por contraste, el mismo Escalante reconoce un cambio *sui generis* y un avance en la sociedad mexicana que se comprueba al revisar los datos económicos, especialmente si se consideran perspectivas que se alejan de una tradición historiográfica que remarca el estancamiento o la crisis económica entre 1810 y 1876. Aunque lento, segmentado y lleno de situaciones límite -la propia Independencia, las diversas invasiones extranjeras, las guerras intestinas, las épocas de sequía o hambruna y las epidemias- hubo un crecimiento que se refleja en los principales números macroeconómicos para el inicio del porfiriato y años posteriores e incluyendo a la población que pasó de, aproximadamente, seis millones de habitantes en 1810 a casi diez en 1877.¹⁴⁴ Y a diferencia de lo que algunos han señalado, hoy es posible sostener que lo segmentado y complejo del cambio económico fue debido a una reestructuración de la economía y no una continuación del modelo novohispano.¹⁴⁵ Un modelo más moderno que lograría su máximo esplendor en el porfiriato, un periodo al cual por cierto se le considera desde el horizonte letrado de ese momento, y de forma coincidente desde estudios recientes, como un espacio en el que el país alcanzó una paz social y mejoras económicas inéditas.¹⁴⁶

¹⁴³ Annick Lempérière, “De la república corporativa a la nación moderna. México (1821-1860)”, en *Inventado la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, 2003, p. 317.

¹⁴⁴ Asimismo, el PIB pasó de 225 millones de pesos en 1810 a 349 en 1877, en el mismo sentido el ingreso *per capita* tuvo un promedio de 36 pesos promedio durante todo el periodo, pese a todos los sucesos aciagos. Ernest Sánchez, “El desempeño de la economía mexicana, 1810-1860: de la Colonia al Estado-Nación” en *Historia económica general de México*, 2010, pp. 276 y ss.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 298.

¹⁴⁶ Paul Garner considera que hubo una fórmula exitosa: “Porfirio Díaz logró mantener un equilibrio entre las dos culturas políticas decimonónicas, el caudillismo y el liberalismo. El logro esencial y la efectividad de la estrategia se encuentran en la construcción de un *modus vivendi* entre las tradiciones de autoridad personal y patriarcal, representada por el caudillismo, y las garantías constitucionales y las prácticas electorales que

Es importante señalar que para muchos personajes relevantes en lo político y cultural de la sociedad mexicana decimonónica, el espacio temporal que va de la caída del primer Imperio hasta el final de la Guerra de Intervención francesa y el Segundo Imperio fue una época caótica y de nulo avance. El mayor trauma fue sin duda la pérdida del territorio como resultado de la Guerra contra Estados Unidos. En este sentido, en el citado texto de Escalante, específicamente el prefacio, se citan opiniones muy esclarecedoras al respecto. El común denominador es la desesperanza para que la patria alcanzara ese sueño idílico que representaba las sociedades europeas que los letrados mexicanos, y los de toda Latinoamérica, consideraban civilizadas.

Tales opiniones señalaban perdida toda posibilidad de lograr el establecimiento de un gobierno y marco jurídico aplicable en un país plagado de rebeliones, asonadas, traiciones, pobreza, desorden, y toda una serie de situaciones que señalaban una anarquía casi imposible de erradicar; en una frase: un país que parecía no tener remedio. Entre los citados están: Ignacio Comonfort, José López Uruga, José María Iglesias, Lucas Alamán, José María Luis Mora, José María Tornel, Ignacio Aguilar y Moracho, Carlos María de Bustamante o José Fernando Ramírez.¹⁴⁷ Todos coincidían, en algún momento, en considerar que a México lo perseguía un destino infausto y esto llevaba a un desencanto profundo y a una desesperanza por un futuro mejor. Aunque es necesario aclarar que la mayor parte de ellos vivió procesos que los dejaron del lado “perdedor” de la historia.

De los muchos ejemplos que trae a cuento Escalante sobresale la misiva que le enviara Ignacio Comonfort a Manuel Doblado en noviembre de 1855, al final de la Revolución de Ayutla en la cual señalaba: “No se necesita más que dirigir una ojeada sobre la actualidad para conocer que la República es un edificio de arena que por todas partes amenaza desmoronarse”.¹⁴⁸ Aunque las opiniones personales no eran las mismas que las acciones públicas; por lo cual no fue extraño que Comonfort fuera presidente entre 1856 y 1858, aunque al final no pudo llevar a buen término una de las promesas de Ayutla, la Constitución de 1857, y como tantos otros salía al destierro forzoso a Nueva York desde donde publica un manifiesto en el cual explica los motivos para dejar el gobierno: “Mi

defendía el liberalismo decimonónico mexicano”. *Del héroe al dictador, una biografía política*, 2003, pp. 222-223.

¹⁴⁷Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios...*, 2002, pp. 13-19.

¹⁴⁸Citado en *Ibidem*, p. 13.

presencia [en el país] no habría servido más que para aumentar los elementos de anarquía que á toda prisa se desarrollaban”.¹⁴⁹

Por otro lado, en el horizonte personal de Enrique de Olavarría sobresalen dos momentos fundamentales: 1867 y 1880; el primero, cuando se comprueba su adhesión al grupo literario ligado a Altamirano, al leerse una de sus obras en la primera velada literaria. El segundo, al iniciar la escritura de sus episodios históricos, el obtener su carta de naturalización como mexicano y el tener un lugar propio en la comunidad letrada. La primera fecha coincide con un cambio en el sentir del grupo letrado mexicano, ya que en los gobiernos civiles de Benito Juárez, y como resultado de un natural triunfalismo, algunos miembros del grupo liberal vislumbran un futuro promisorio, y se considera que lo peor para la patria había pasado. Así, para el líder cultural del periodo, Ignacio Manuel Altamirano, las condiciones eran inmejorables, ya que se rompía “el hondo silencio en la república de las letras”.¹⁵⁰ Aún es más clara su esperanza al puntualizar “la paz ha venido á ponernos en posibilidad de hacer llegar á todas partes el incomparable bien de la civilización”,¹⁵¹ en referencia a la instrucción pública.¹⁵² Sin embargo, la paz y armonía que se pregonaba no durarían, y entre los liberales comienzan los problemas en los siguientes años, por las diferentes facciones que se conformarían: juaristas, porfiristas, lerdistas e iglesistas, cada una de las cuales apoyaría a su candidato en los siguientes procesos electorales.¹⁵³

El idilio de la victoria se esfumaría entre las primeras decisiones del presidente Juárez al formar su gabinete y desde principios de 1868 comenzaron las rebeliones y pronunciamientos, no de conservadores sino de militares de alto rango. El gobierno resistió los embates y después de firmar una amnistía (en octubre de 1870), Juárez volvería a ganar

¹⁴⁹ Citado en Anselmo de la Portilla, *México en 1856 y 1857. Gobierno del General Comonfort*, 1987, p. 336.

¹⁵⁰ Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción”, en *El Renacimiento*, T. I, 1993, p. 4.

¹⁵¹ Ignacio Manuel Altamirano, “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, T. I, 1993, p. 17.

¹⁵² Otro recuento de la época y con claro sesgo liberal y triunfalista se encuentra en el texto de 1868 escrito por el cubano Pedro Santacilia en el cual se destacaba que la “Republica trajo como consecuencia el renacimiento de la literatura” y que ya existían los “elementos de progreso para el porvenir”. Entre otros se hacía referencia a “el derecho de pensar y la libertad de escribir”, *Del Movimiento literario en México*, 1868, p. 9.

¹⁵³ Los porfiristas, según Altamirano, fueron peor tratados que los conservadores derrotados en 1867 a los que “se les conmutó la pena de muerte en que habían incurrido, según las leyes, en prisión, destierro o confinamientos”. Ignacio Manuel Altamirano, “Revista Histórica y Política (1821-1882)”, en *Obras completas II, Obras históricas*, 1986, p. 97.

las elecciones contra los candidatos liberales: Porfirio Díaz y Sebastián Lerdo de Tejada, lo que trajo de nuevo asonadas e inconformidades.¹⁵⁴

Para 1872 los problemas políticos seguían siendo recurrentes y Juárez moría en medio de nuevas rebeliones, crisis del erario y, según Altamirano, entre el mayor descontento.¹⁵⁵ Su sucesor, Lerdo de Tejada, que en las siguientes elecciones derrotó a Díaz, pudo mantener un cierto grado de pacificación que contrastan con medidas drásticas en lo político que desembocaron en una nueva rebelión: el Plan de Tuxtepec, contra la reelección del presidente. Tal proceso culminó con el fin de la era civil e inició los largos años del porfiriato. Los años de la escritura de los episodios coinciden con el intervalo del gobierno de Manuel González y el segundo gobierno de Porfirio Díaz. Un periodo considerado en la visión de aquel momento como uno de paz inusitada. Por ejemplo, Altamirano narraba en 1882 los principales acontecimientos, logros y problemáticas en los gobiernos de Lerdo de Tejada, Díaz y González, subrayando los errores políticos del primero y los avances de los dos últimos y concluir:

Los antiguos intentos de revolución están ya olvidados, y la pobre república tan destrozada y fatigada por las guerras internacionales y las revueltas civiles, reposa tranquila y estima tanto más los bienes de la paz cuanto que ha aprendido, en seis años que lleva de disfrutarla, a comprender cuánto la necesita para aprovechar sus elementos de riqueza.¹⁵⁶

Un año después y en el mismo tenor se expresaban voces que sin olvidar algunos de los traumas nacionales, la guerra perdida con los norteamericanos en 1847, consideraban al tiempo presente como positivo y alentador. Así lo describía el letrado y conservador José María Roa Bárcena:

La situación geográfica de México y sus riquezas mismas, aún no explotadas, ponen a la República en condiciones cuyo desarrollo natural traerá consigo a un mismo

¹⁵⁴ En lo que respecta al espacio letrado, uno de los últimos esfuerzos colectivos e incluyentes que sobresalen fue la publicación, en 1871, del texto colectivo *El libro rojo*, ya que es una de las pocas versiones histórico-literarias del periodo que incluye a los sucesos históricos de la Independencia.

¹⁵⁵ Ignacio Manuel Altamirano años después y sobre ese momento señala: “Combatido siempre [Juárez] por numerosísimos adversarios del partido conservador, a quienes batió para siempre; del extranjero, a quienes humilló, y de su propio partido a quienes *proscribió con saña* y que le habían ayudado en la guerra de Reforma y en la independencia, no cejó nunca en sus propósitos, ni en sus opiniones, *ni en sus odios...*” en “Revistas históricas, 1868-1882”, en *Obras Completas, Obras históricas II*, 1986, p. 106. Cursivas añadidas.

¹⁵⁶ *Loc. Cit.*

tiempo la grandeza y prosperidad material del país [...] Median en la actualidad circunstancias favorables a México y que deben ser aprovechadas ante todo. *La paz pública, el desahogo rentístico, la organización militar, la seguridad individual y el aumento de los medios del trabajo y del bienestar material son patentes.* El gobierno, a quien no faltan, por cierto, ni inteligencia ni valor, ha podido vencer dificultades internacionales que no carecían de gravedad, y cuyo arreglo es altamente honorífico para la República.¹⁵⁷

Un optimismo semejante era descrito, años después de terminado el porfiriato, por uno de los señalados como intelectuales del régimen, Emilio Rabasa, quien justificaba la rebelión de Tuxtepec y la posterior dictadura:

Lo que quedaba en pie era el general Díaz con el propósito de gobernar, de mantenerse en el poder, sin duda, a semejanza de Santa Anna, de Juárez, de Lerdo en la historia nacional; a semejanza de todos los que en la historia del mundo, han podido colocarse en condiciones de intentar la perpetuidad en el poder. Pero también con el propósito de organizar, de construir, de excitar las fuerzas de la nación [...] Tan exento de pasiones malévolas que lo perturbaran, como de sentimientos afectuosos que lo sedujeran, [Díaz] ni guardó rencores contra los enemigos, ni apego intenso a los que le ayudaran en sus luchas; la parte sentimental, que no puede menos que haber tenido, era mucho más débil que su voluntad de ir a sus fines y de cumplirlos todos.¹⁵⁸

Tales sucesos, *groso modo*, conformaron algunas de las vivencias y parte del horizonte letrado desde el cual escribe Olavarría sus episodios que pasa de uno desalentado y con desánimo, antes de 1867, a otro en el que la mayor parte de las voces de la elite intelectual consideraban como promisorio, pacificado y esperanzador.

1.1.2 LA CIUDAD LETRADA Y SUS MIEMBROS

En la segunda mitad de este apartado es preciso concentrarse en los espacios letrados para percibir cómo pudo haber sido el proceso de inclusión para un español. Si bien aquellos hombres igual sostenían la pluma que la espada, en el caso de Olavarría sus tareas se concentraron en desarrollar sus talentos literarios y periodísticos. Aunque con sus naturales particularidades, la *ciudad letrada*, como le denomina Ángel Rama, no fue un fenómeno

¹⁵⁷ José María Roa Bárcena, “Recuerdos de la invasión norteamericana”, en *Lecturas Universitarias 12, México en el siglo XIX, fuentes e interpretaciones históricas*, 1973, p. 487. Cursivas añadidas.

¹⁵⁸ Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, 1986, pp. 122-123.

cultural exclusivo de México, el efecto se multiplicó a través del continente americano proveniente de la cultura de Europa que tanto influyó en las primeras asociaciones literarias,¹⁵⁹ espacios naturales de aquellos letrados.¹⁶⁰

El letrado fue un personaje netamente urbano que igual deambulaba por la ciudad de México, Buenos Aires o La Habana. En un espacio específico de las grandes capitales latinoamericanas de no “más de veinte manzanas”.¹⁶¹ Lo urbano fue su medio, no sólo porque la cultura, a la que siempre aspira, allí habitaba, también por que las capitales de los distintos territorios o virreinos fueron la reproducción de un orden heredado del modelo europeo colonizador.

El trazado citadino impuesto en las ciudades americanas reproduce el modelo administrativo, comercial y militar que quiso borrar el antiguo orden prehispánico y apuntalar el nuevo modelo racional, capitalista y, en el caso de la Nueva España,¹⁶² católico; que va de lo alto del poder a lo bajo; “de España a América”.¹⁶³ Una planificación que no sólo reproduce orden sino que previene contra futuros descontentos. Tal proceso ocurre con rapidez, y en menos de treinta años ya están en funciones los virreinos del Perú y de la Nueva España. Resalta que como consecuencia, tal orden transforma al campesino ibérico en propietario urbanizado que adiciona a su nombre el nobiliario y

¹⁵⁹ Desde el Renacimiento europeo y por herencia directa las asociaciones literarias mexicanas tienen un lazo que las liga con las Academias de Francia y España. Desde luego el intercambio de ideas y obras no estaba circunscrito a estas instituciones, durante los siglos XVII y XVIII se agrupaban personas en monasterios, casas particulares y colegios que derivarían en los famosos salones franceses que evolucionarían hasta convertirse en Academias con las aspiraciones preceptivas y canónicas que aún hoy mantienen. Sobre el origen cortesano de los letrados y algunas de sus prácticas relevantes, como el arte de escuchar y la cortesía imperante, se puede consultar de Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, 2001, p. 18 y ss.

¹⁶⁰ Más adelante en este capítulo se analiza con detalle algunas de las sociedades letradas a partir de 1868.

¹⁶¹ Según Monsivais tal espacio se limitaba a “cuartos saturados de libros y cigarros, redacciones colmadas de intrigas y rumores, oficinas gubernamentales que garantizan sueldos modestos, universidades como estaciones de paso, ateneos donde la importancia se mide por los alcances de la vocalización, salas de conferencias, salas de conciertos, cafés que son el segundo o primer hogar de los que escriben a deshoras [...] despachos de abogados, sedes de los partidos políticos, prostíbulos que son clubes del diálogo ansioso o satisfecho. Librerías donde se examinan las novedades de Barcelona y París”. Carlos Monsivais, “La República de las letras y la Ciudad Letrada”, en *Las esencias viajeras*, 2012, pp. 210.

¹⁶² Una de las ordenanzas reales sobre la fundación de las ciudades así lo señalaba: “Vistas las cosas que para los asientos de los lugares son necesarias, y escogido el sitio más provechoso y en que incurrieren más de las cosas que para el pueblo son menester, habréis de repartir los solares del lugar para hacer las casas, y estos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por orden; por manera que hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejaré para plaza, como el lugar en que hubiere la iglesia, como en el orden que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la orden en el comienzo sin ningún trabajo”, citado en Ángel Rama, *La ciudad letrada*, 1984, p. 6.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 7.

aspirativo “don”. La ciudad como punta de lanza contra la idea que concebía al campo como un lugar, supuestamente, salvaje e incivilizado. Es en las ciudades que el modelo colonialista pasa a través de los siglos de evangelizar a educar, y en esa tarea sería fundamental el segmento social letrado con un ministerio “que lo equiparaba a una clase sacerdotal” al servicio,¹⁶⁴ primero de la monarquía y después de los gobiernos republicanos surgidos del proceso de emancipación del siglo XIX.

La clase letrada se conformó por religiosos, administradores, escritores, educadores y otros eruditos que estaban al servicio del poder central, lo que les otorgaba de facto un rango alto dentro de la colectividad. Desde luego, tales beneficios no fueron recibidos por igual, pero en muchos casos los letrados vivían con mejor fortuna que otros miembros de la sociedad. Su labor los lleva a concebirse como apóstoles encargados “de preservar y ampliar el conjunto de valores que va del catolicismo a la cultura greco-latina, de las ceremonias sociales al ejercicio de la escritura”.¹⁶⁵

Debe recordarse que dado el aparato burocrático del periodo colonial varios de ellos tuvieron la doble labor de ser empleados y productores de bienes culturales. Aunque Rama engloba a la mayoría de ellos como parte del aparato de dominación ideológica, en especial los que formaban la Orden de los Jesuitas, en el siglo XIX algunos fueron precursores de los movimientos de liberación contra el orden monárquico. De hecho, buena parte de esa sociedad de letrados sobrevive a la hecatombe del Antiguo Régimen y su influencia sigue hasta el periodo finisecular, nada extraña si se considera que eran “dueños de la letra” y no sólo como meros ejecutores de un modelo de control sino como capaces de lograr un poder autónomo que “diseñaba modelos culturales, destinados a la conformación de ideología públicas”.¹⁶⁶ En apoyo de lo anterior, la crítica de Carlos Monsiváis al modelo de Rama sirve de sustento, ya que considera que los letrados latinoamericanos se dividieron en dos: los que se apropiaron de la letra, negando valor a la oralidad, para someter la cultura del pueblo; y aquellos que lucharon por constituir las repúblicas de cuño liberal, así como la

¹⁶⁴ “para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que las ciudades que eran asientos de la delegación de poderes dispusieran de un grupo social especializado”. *Ibidem* p. 23.

¹⁶⁵ Carlos Monsiváis, “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en *La república de las letras...*, Vol. I, 2005, p. 89.

¹⁶⁶ Ángel Rama, *op. cit.*, p. 30.

formación de literaturas radicales que auspiciaba la diversidad, la oralidad urbana y buscaba justicia social. Aunque ambos grupos no supieron entender el pasado indígena.¹⁶⁷

En el caso mexicano,¹⁶⁸ uno de los mejores ejemplos del modelo emancipador de letrado, y del que se cuenta con abundantes pruebas documentales es el de Ignacio Manuel Altamirano, pese a que éste no se ajustaba al modelo urbano y de raigambre expuesto antes.¹⁶⁹ El camino del tixtleño desde su humilde hogar hasta las altas esferas letradas y políticas sirve para mostrar cómo el apoyo del grupo era la base para acceder a una mejoría social. Además, la importancia de analizar parte de su biográfica radica, no sólo en haber sido el líder de la comunidad letrada mexicana, del periodo de la Restauración y la primera parte del porfiriato, sino en haber tenido lazos de amistad y profesionales con Olavarría. De hecho, su influencia en el hispano es muy clara.¹⁷⁰ Así pues, al examinar algunas de las cartas que Altamirano dirigió a una gran cantidad de personajes relevantes del grupo liberal en el poder, o cercano a él, se puede acceder a los problemas que se presentaban dentro de esa élite. Hay misivas que descansan sobre lo puramente personal y las más que tienen que ver con lo relativo a temas públicos. Al estudiar el archivo del literato se encuentran asuntos que muestran cómo actuaba en el grupo y cómo se lograban objetivos en común.

La sensibilidad de Altamirano se notan desde una de sus primeras cartas de 1850, con dieciséis años, y dedicada al entonces gobernador y cacique del estado de Guerrero, Juan Álvarez al que llama bienhechor y protector. El motivo: unos versos que le fueron atribuidos, y que eran “demasiado obscenos”. Al final, el bisoño letrado le explica que no pudo recuperarlos ya que se le escurrieron por “unas roturas” de sus pantalones.¹⁷¹ Tal documento permite conocer que a pesar de que Altamirano fue pobre y de ascendencia indígena pudo romper el círculo de pobreza y marginación por pertenecer al segmento rural

¹⁶⁷ Carlos Monsiváis, “La República de las letras y la Ciudad Letrada”, en *Las esencias viajeras*, 2012, pp. 217-218.

¹⁶⁸ Señala al respecto Carlos Monsiváis: “El fin del gobierno español y la creación de la República le imprimen otro ritmo a la Ciudad Letrada, más problemática y muy atravesada por las predilecciones políticas que son también ideas de la cultura. Un buen número de sacerdotes lucha por la independencia de México, y no escasean los doctores de la Universidad que abominan cualquier cambio”. En “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en *La república de las letras...*, Vol. I, 2005, p. 90.

¹⁶⁹ Ver de Jesús Sotelo Inclán, “Prólogo”, en *Obras Completas XXI, Epistolario (1850-1880)*, tomo I, 1992, pp.17-52.

¹⁷⁰ Al final de este capítulo se abunda al respecto.

¹⁷¹ Carta de Ignacio Manuel Altamirano al gobernador Juan Álvarez con fecha 19 de agosto de 1850 en Toluca. *Obras Completas XXI, Epistolario (1850-1880)*, tomo I, 1992, pp. 55-57.

y de recursos limitados. Es decir, hubo intersticios por medio de los cuales algunos accedieron a la *ciudad letrada*. Por contraste, diez años después de sus avatares estudiantiles, el literato mexicano ya está intercambiando misivas de otro nivel con correligionarios durante la guerra de Reforma, sin olvidar que había suspendido sus estudios para luchar contra las fuerzas “reaccionarias” en la Revolución de Ayutla.¹⁷²

En el epistolario se nota la red de apoyos que se tejían entre amigos, o compañeros de armas, relaciones que en algunos casos se alargan a través de los años. Un ejemplo, el soporte que en distintos momentos tuvo el letrado mexicano otorgado por paisanos suyos, para continuar con su formación: becas y cartas de recomendación de reconocidos personajes. Al reconstruir el camino de las misivas se nota cómo no fue sólo el talento natural el que posibilitó y dio solución a las distintas solicitudes. En otras palabras, en el archivo de Altamirano se encuentra parte del modo de operar de los grupos, no sólo de letrados, sino de los que formaban parte de la cúpula del gobierno. Por cierto, un tema muy recurrente son las penurias económicas que sufrió el que sería líder intelectual mexicano. Sus problemas para poder ayudar a su “desgraciada familia” son perenes y no dejan de ocupar buena parte de sus preocupaciones, incluso en los años en que ya era un reconocido literato.¹⁷³

Pero no sólo a través de las misivas de Altamirano se sabe de apoyos irrestrictos, también se notan las disputas entre facciones del mismo grupo.¹⁷⁴ Aunque, en muchos casos el respeto por algunos de sus mentores persiste. Un ejemplo, la carta del tixtleño a su antiguo mentor, Ignacio Ramírez, en la cual le explica que se le había conferido la representación legislativa del estado en el Congreso. Aunque Ramírez no acepta, lo relevante es que Altamirano señala que él y otros “jóvenes progresistas”, uno de ellos el

¹⁷² Carta de Ignacio Manuel Altamirano a su paisano, liberal como él, General Vicente Jiménez, en mayo de 1860. *Ibidem*, pp. 63-70.

¹⁷³ Altamirano igual solicitaba apoyo para poder terminar por anticipado su carrera de leyes en el Colegio de San Juan de Letrán, por tener un “anciano y enfermo padre” que sostiene con trabajo a una “familia e indigente”, que años después sus salarios devengados en algunas plazas de profesor que en diferentes tiempos ocupó. *Ibidem*, pp. 55-57.

¹⁷⁴ Altamirano se quejaba amargamente del gobierno de Juárez a Juan Álvarez: “Todos los desaciertos que se pueden cometer, los ha cometido el señor Juárez en su gobierno que se va haciendo la plaga de la sociedad. Yo no sé qué le sucede a este hombre; pero el caso es que el disgusto del partido liberal hacia él es completo. Ninguna de las esperanzas que se concebían de su gobierno ha realizado. Él ha perdonado a los jefes reaccionarios [...] Él ha colocado en los empleos más elevados a los servidores de la reacción”. Carta de Ignacio Manuel Altamirano al General Juan Álvarez, en septiembre de 1861. *Ibidem*, p. 94.

novelista Juan A. Mateos, también formaran dicho cuerpo legislativo.¹⁷⁵ Una prueba más de cómo se tejían las redes de apoyo que iban del espacio civil al cultural sin conflicto. Nada extraño si se considera que el letrado fue el impulsador, y en grado sumo, el creador de las nuevas leyes y reglas que substituyen al marco jurídico del antiguo régimen.¹⁷⁶

Con respecto a los años en que Olavarría ya había llegado a México, en 1865, en el archivo epistolar de Altamirano se encuentran algunas cartas que revelan la importancia que éste ya tenía como líder entre sus correligionarios. Otras cartas muestran al círculo de personalidades que lucharon, tanto en la campaña militar como en el Congreso de la Nación, y que años después siguen estando en contacto con él. Con lo anterior, se explica la manera en que el horizonte letrado mudó su forma de percibir la realidad social de la República que va modificándose de una pesimista a una esperanzadora. Además, el analizar parte del archivo epistolar de Altamirano ayuda a comprender la forma de operar y relacionarse, así como de lograr metas comunes al grupo, especialmente el de sesgo liberal.

1.2 LA LITERATURA PATRIA EN TIEMPOS LIBERALES

Durante la guerra de Reforma (1858-1861) la publicación de obras literarias casi se paralizó por el conflicto armado.¹⁷⁷ Sería hasta el triunfo militar y político de 1867 que tendría lugar un auge literario, especialmente de novelas. Un recuento de la producción literaria hasta ese periodo, que es ineludible no citar, se encuentra en las *Revistas Literarias* que escribiera Altamirano y que aparecieran primero como folletín en el periódico *La Iberia*, entre junio y agosto de 1868,¹⁷⁸ y que posteriormente se publicaran como un solo volumen.¹⁷⁹

¹⁷⁵ Carta de Ignacio Manuel Altamirano a Ignacio Ramírez, julio o agosto de 1861. *Obras Completas XXI, Epistolario (1850-1880)*, tomo I, 1992, pp. 90-91.

¹⁷⁶ Al respecto Ángel Rama señala: “A través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, la ciudad letrada articuló su relación con el Poder, al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlos”, en *Op. cit.*, p. 41.

¹⁷⁷ Sólo se publicaron algunas novelas de Juan Díaz Covarrubias como *La clase media*, *El diablo en México* o *Gil Gómez el insurgente* entre 1858 y 1859. Sin embargo, después de 1861 se reanuda la publicación de novelas como *El monedero* y *La Coqueta* de Nicolás Pizarro; *Mártires* y *verdugos*, *Fatalidad* y *providencia* y *Las tres aventureras* de José Rivera y Río o *El hombre de la situación* de Manuel Payno. Ver de John Brushwood, *México en la novela*, 1973, pp. 172 y ss.

¹⁷⁸ Otro recuento de la época y con claro sesgo liberal y triunfalista se encuentra en el texto de 1868 escrito por el cubano Pedro Santacilia en el cual se destacaba que la “República trajo como consecuencia el renacimiento de la literatura” y que ya existían los “elementos de progreso para el porvenir”. Entre otros se

Las mencionadas *revistas* son valiosas ya que no sólo son una vía para conocer el estado de las letras nacionales hasta ese año, sino que puede considerarse como una virtual historia literaria por su estructura, crítica y alcances.¹⁸⁰ En su afán por impulsar una literatura propiamente mexicana Altamirano elogia obras y autores. Muchos de los nuevos escritores recibieron el apoyo a sus novelas, poesías y demás productos culturales. Abundan juicios favorables sobre las novelas de Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio, que narraban sobre los recientes sucesos del Segundo Imperio,¹⁸¹ o las poesías de José Rivera y Río; en general a todas las obras literarias (incluyendo desde luego a las de corte histórico) que se adhirieran al impulso de las letras nacionales.

El líder letrado sostenía que la historia nacional era una “mina inagotable” para el desarrollo literario desde la más antigua: “nuestras guerras de independencia”, “nuestras guerras civiles” que incluían al “último Imperio”.¹⁸² Altamirano consideraba a la novela como el medio más adecuado, para que el lector lego aprendiera sobre su propia historia y desarrollar en él sentimientos patrios que junto a las libertades políticas llevaría a la nación por la senda de progreso “intelectual y “moral”;¹⁸³ es decir, hacia un país de ciudadanos.¹⁸⁴

hacía referencia a “el derecho de pensar y la libertad de escribir”. *Del Movimiento literario en México*, 1868, p. 9.

¹⁷⁹ José Luis Martínez, “Prologo”, en *La literatura nacional*, t.1., 1949, p. XXI.

¹⁸⁰ A pesar de que ya se conocían diferentes textos y autores, desde el siglo XVIII, que contribuyeron a la conformación de una “historiografía de la literatura mexicana” (Ver en *Ibidem*, pp. viii-ix), lo cierto es que la serie de “Revistas” que escribiera Altamirano resaltan por su orden expositivo que cronológicamente explica el estado de las letras nacionales después de culminada la Independencia y hasta su presente. El recuento enfatiza el “renacer” de la literatura mexicana, así como a muchos autores y obras reconocidos en aquel 1868, deteniéndose en los textos como lo haría un crítico literario, exponiendo la importancia, influencias visibles y alcances de cada una de las obras que cita.

¹⁸¹ Es necesario puntualizar que Altamirano también hacía referencia a textos históricos y los calificaba como las “Glorias Nacionales” los cuales fueron publicados para dar a conocer en el país las batallas de la guerra de Intervención, destacando la del 5 de mayo, por mencionar sólo una. En Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, t.1., 1949, p. 84.

¹⁸² *Ibidem*, pp. 10-13.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 29

¹⁸⁴ Sobre el complejo proceso de la conformación del ciudadano en el México decimonónico se puede consultar la obra de Fernando Escalante. En este sentido se menciona que hombres como Alamán tenían claro lo que impedía el proceso de pasar de súbditos a ciudadanos fue que no se pudo: “fundar la autoridad del Estado” y romper con prácticas que según Alamán “acomodaban las instituciones políticas al estado de las cosas y no pretender que las cosas se amolden a las instituciones”. Citado en *Ciudadanos Imaginarios...*, p. 191.

1.2.1 LOS ESPACIOS CULTOS: LAS ASOCIACIONES LITERARIAS, LAS VELADAS Y EL PERIÓDICO *EL RENACIMIENTO*

Conviene señalar que antes de 1867 ya existían diferentes lugares, como librerías, cafés y algunas asociaciones, en las que se discutía y creaban productos literarios desde el fin de la guerra de Independencia.¹⁸⁵ Sin embargo, hubo un importante crecimiento de estas agrupaciones después de la culminación de la “segunda” independencia,¹⁸⁶ como considerara Juárez al triunfo republicano sobre los conservadores, después de regresar a la ciudad de México al final del gobierno itinerante. En ese tiempo los espacios formales se multiplicarían, sobresaliendo por su importancia y número las que se crearon en la ciudad de México y en menor grado en los estados de la república.¹⁸⁷

La mayoría de las asociaciones literarias que surgen entre 1867 y 1889 mantienen como gran precepto el nacionalismo y como paradigma al liberalismo.¹⁸⁸ En gran parte fueron impulsadas por Altamirano y éste tuvo presencia en muchas de ellas.¹⁸⁹ Sin embargo, no todos los grupos se unieron alrededor de los impulsos incluyentes y conciliadores del insigne literato. Hubo algunas sociedades que resguardaron su posición política e ideológica como fue *La Sociedad Católica*, fundada en 1869 y con ramificaciones en varios estados de la república que, como su nombre lo indicaba, defendía preceptos doctrinales como la defensa del culto y la propagación de la fe, y por ende, sus adeptos eran

¹⁸⁵ Un panorama de la época se encuentra en *La vida literaria en México* escrito por Luis G. Urbina que tiene como origen unas conferencias que el mexicano dictara en Buenos Aires en 1917. En el texto sobresale el Capítulo III sobre la vida literaria después de la independencia. 1965, pp. 89-124.

¹⁸⁶ Al arribar Benito Juárez a la ciudad de México, en 1867, se expide un manifiesto, con fecha 15 de Julio, en el que el presidente señalaba al final del mismo: “Mexicanos hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria”. Manifiesto con el que, por cierto, finaliza el último tomo de *México a través de los siglos*.

¹⁸⁷ Alicia Perales sostiene que hubo espacios tanto formales como informales en los que se discutía temas y obras literarias, pero después de la Restauración hubo un inusitado crecimiento en las asociaciones formales que se fundaron en el último tercio del siglo XIX. Especialmente en la capital y en algunas regiones del interior del país que por su importancia así clasifica: Yucatán, Jalisco, Michoacán, Puebla, Veracruz, Nuevo León, Estado de México, Oaxaca, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Coahuila, Campeche, Chiapas, Aguascalientes, Tamaulipas, Tlaxcala e Hidalgo. En “Introducción” de *Las Asociaciones Literarias Mexicanas*, T. I, 2000, pp. 31-32.

¹⁸⁸ Habría que puntualizar que el nacionalismo en las letras de 1867 no era el nacionalismo criollo de los primeros años de la vida independiente de la nación mexicana; en conflicto con el liberalismo mexicano al que se refiere David Brading: era una aspiración por integrar una memoria en común para todos los habitantes de la patria después de un largo proceso de lucha e intervenciones. Ver “Nacionalismo criollo y Liberalismo mexicano”. En *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 1993, pp. 96-138.

¹⁸⁹ Entre las más importantes estuvieron en esos años: *El Liceo Hidalgo*, las *Veladas Literarias*, *La Bohemia Literaria*, *La Sociedad Laterana*, y destaca el liderazgo del grupo de *El Renacimiento*.

del partido conservador.¹⁹⁰ En el lado opuesto estaba *La Sociedad de Libres Pensadores*, fundada en 1870, instituida por integrantes del Partido Liberal, que abogaba contra “la superchería religiosa”.¹⁹¹

Por otro lado, es necesario detenerse en las veladas literarias que surgieron por la idea del poeta Luis G. Ortiz, en 1867, de congregar a sus amigos y escuchar una comedia escrita por Olavarría (*Los misioneros del amor*) ya que éste deseaba “conocer a los autores y críticos mexicanos para poder así hablar de ellos en España”.¹⁹² Así pues, se llevaron a cabo doce tertulias en las diferentes casas de importantes letrados de ese tiempo y que al final logró publicar algunas poesías que se leyeron en esas reuniones.¹⁹³ Pese a su éxito esas reuniones sólo subsistieron seis meses, aunque lograron el objetivo de impulsar la literatura unificando a diferentes generaciones de literatos y dando a conocer a jóvenes promesas junto a escritores consolidados.¹⁹⁴

De esos círculos informales surgirían publicaciones como el periódico literario *El Renacimiento* que, siguiendo los preceptos y liderazgo de Altamirano, no sólo reunió a los de ideología liberal, también se incluyó a los conservadores, el español Niceto de Zamaçois,¹⁹⁵ y al mexicano José María Roa Bárcena. Se trataba de impulsar la “bella literatura” por medio de la mezcla de lo “útil con lo dulce” llamando, para ello, a los miembros “de todas las comunidades políticas”.¹⁹⁶ Altamirano urgía a la escritura de obras

¹⁹⁰ *La Sociedad Católica* tuvo su órgano de difusión titulado igual que la propia asociación y funcionó de 1869 a 1873. Entre algunos miembros destacados estaban: José Sebastián Segura, Rafael Gómez, Néstor Alpuche, José María Roa Bárcena, entre otros. Por cierto, este último uno de los pocos que aceptaría participar en el periódico cultural *El Renacimiento*, asistiendo al llamado de Altamirano. Alicia Perales, *op. cit.*, pp. 116-120.

¹⁹¹ Ignacio Manuel Altamirano, *El Libre pensador*, México, 1870. Citado por Alicia Perales, en *ibidem*, p. 120.

¹⁹² Alicia Perales, *op. cit.*, p. 103. El dato es revelador sobre las intenciones de Olavarría por regresar a su patria, y llevar consigo la tarea de publicitar la literatura mexicana estaban claras desde ese año.

¹⁹³ Un cuadro con las fechas y los lugares de las doce reuniones se encuentra en *ibidem*, p. 107.

¹⁹⁴ Es necesario aclarar que algunos de los asistentes a las *veladas* se siguieron reuniendo en casa de Altamirano, al grupo se le conoció como la Bohemia Literaria y continuaron hasta 1872. Además, tuvo una publicación de una docena de números y se llamó *La linterna Mágica*.

¹⁹⁵ El caso de Zamaçois es muy revelador e importante para este trabajo ya que algunos lo relacionaban con los liberales moderados, pero otros le han considerado un conservador. Esta situación pudiera ser causa de que su *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días...*, en veinte tomos publicada entre 1876 y 1882, no sea citada o validada por otros españoles, ni siquiera por el propio Olavarría, pese a sus pretensiones vindicativas para México y a que se publicó los mismos años que sus episodios. Antonia Pi Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y la conmemoraciones”, en *México en el mundo hispánico*, 2000, V.1, p. 113.

¹⁹⁶ Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción” a *El Renacimiento, periódico literario*, 1993, p. 6.

literarias de temas netamente mexicanos.¹⁹⁷ Para el maestro de generaciones de literatos, ese periodo permitía las condiciones necesarias para el desarrollo de la literatura nacional y patriótica, especialmente un género como la novela. Ésta, como se ha mencionado, era el medio más adecuado, según Altamirano, para la difusión de las ideas, vehículo por el cual los grandes pensadores “han logrado descender a las masas doctrinas”, que de otro modo habría sido más difícil.¹⁹⁸

El auge letrado permitió que las discusiones sobre acontecimientos y personajes supuestos como heroicos salieran de los ámbitos cultos de las asociaciones, un proceso que se dio de forma parecida a través de todo el continente americano y no sólo en México,¹⁹⁹ y comenzara a “vulgarizarse”, en palabras de Altamirano, a través de espacios públicos y populares.²⁰⁰ Los sucesos y hechos heroicos de la guerra de emancipación y las varias intervenciones libradas contra tropas españolas, norteamericanas y francesas que se sucedieron durante más de medio siglo de vida independiente de la nación salieron, poco a poco, de los espacios letrados. La novela era una vía junto a las representaciones teatrales para unirse a los escasos, pero oficializados exordios y discursos patrios de cada septiembre o, en los años posteriores a 1867,²⁰¹ de cada 5 de mayo; todos espacios de conmemoración pero también de lucha doctrinaria. Es decir, a la par del crecimiento literario se desarrolló el homenaje a los héroes y tuvo como sustento ideológico un nacionalismo que buscaba despertar la conciencia cívica y por ende influir en la construcción de imaginarios.²⁰²

¹⁹⁷ “¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta, para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o sus dramas?”. Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas Literarias, (1821-1867)”. En *La literatura Nacional*, 2002, p. 10.

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 17.

¹⁹⁹ El auge editorial se daba en toda Latinoamérica en este periodo y ante la falta de una metodología historiográfica hegemónica surgió la figura del “escritor-estadista” para el cual no “existía una clara distinción entre el arte y la ciencia, la narrativa y los hechos y, en consecuencia entre las proyecciones ideales y los proyectos reales”. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales*, 2004, p. 24.

²⁰⁰ Es difícil calcular el número de lectores aunque algunos se aventuran a señalar hasta el medio millón. Cálculo propuesto por José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, 2004, p. 98.

²⁰¹ Uno de los primeros discursos conmemorativos a la victoria de las tropas mexicanas sobre las fuerzas invasoras europeas de 1862 fue pronunciado por Julio Zárate en Atlixco, Puebla en 1867. En él se hacía un recuento de los sucesos y se liga a los hombres excepcionales con una supuesta misión providencial de los pueblos que los llevaba “marchando a su perfeccionamiento social y obedeciendo la ley eterna del progreso que emana de Dios”. En *El cinco de mayo de 1862 a través de la historia de México*, 1983, p. 16.

²⁰² Una definición de *imaginarios sociales* señala que son “referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda una colectividad”, y por medio de ellos la colectividad “elabora una representación de sí misma”, imponiendo creencias y modelos a emular: “el guerrero”, “el héroe”, o “el patriota”. Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas*, 1991, p. 28.

1.3 LA CONSTRUCCIÓN DEL PANTEÓN HEROICO: DE LOS DISCURSOS FESTIVOS A LOS RELATOS DE LAS NOVELAS HISTÓRICAS

Por el tipo de relato histórico-literario en el que se centra este análisis, la primera serie de novelas históricas escritas por Enrique de Olavarría que tienen como personajes centrales a los considerados héroes de la patria, conviene detenerse en los espacios de homenaje que antecedieron a los productos literarios para comprender cómo estos espacios tuvieron una pretensión pedagógica similar a las novelas de tema patrio.²⁰³ Los discursos fueron una de las primeras manifestaciones de fervor nacional, aunque también se establecieron como espacios simbólicos de reivindicación ideológica similar al que ofrecían los diversos géneros literarios.²⁰⁴ Al rememorar cada suceso notable de la historia mexicana, el orador en turno hacía un recuento de los actos heroicos y respectivos martirios que sufrieron los líderes de cada uno de aquellos sucesos, pero también tendían a reafirmar el presente con sus respectivas tonalidades ideológicas según fuera el caso. Por lo cual, en 1827 se apelaba al federalismo como sistema “sabiamente calculado para el genio de los mexicanos”.²⁰⁵ Tampoco se dejaba de lado las expectativas de futuro en consonancia con los ideales de progreso y por ello en 1867 se señalara que al separar la Iglesia del Estado el país había dado “el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar “en el camino del “progreso moral” y la civilización.”²⁰⁶

Aunque sería necesario citar algunos ejemplos paradigmáticos de discursos septembrinos, conviene antes hacer una breve digresión sobre el héroe, en su concepción moderna, que explique la relevancia que tuvo en la construcción de la historia nacional. La finalidad es reflexionar sobre la constitución de un panteón laico de personajes heroicos surgido desde la consumación de la Independencia en un proceso que no se detiene durante

²⁰³ En ese tiempo los espacios para la celebración a los líderes, específicamente de la Independencia eran exiguos. El homenaje a los héroes patrios no era algo que los gobiernos hubieran alentado de forma sistemática, si acaso en las fechas canonizadas como patrias. No obstante, desde 1822, y con el marco de una petición de antiguos insurgentes, en pleno Primer Imperio y con la aprobación del Congreso, inicia el correspondiente a Miguel Hidalgo y se escogería el 16 de septiembre como fecha a celebrar. Fausto Ramírez, “Hidalgo en su estudio”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003, pp. 189 y ss.

²⁰⁴ Este proceso se repite, con sus naturales particularidades en toda Latinoamérica, ver de Doris Sommer, “La historia de Carne y Hueso”, en *Ficciones fundacionales*, 2004, pp. 23-46.

²⁰⁵ José María Tornel, “Oración” pronunciada en la plaza mayor de la federación el 16 de septiembre de 1827 en, *La conciencia Nacional y su formación*, 1988, p. 50.

²⁰⁶ Gabino Barreda, “Oración Cívica” del 16 de septiembre de 1867 en Guanajuato, *Estudios*, 1992, p. 86.

el siglo XIX mexicano, pero que se reforzaría en el Segundo Imperio, la República Restaurada y durante los primeros gobiernos de Porfirio Díaz.

De forma resumida se puede sostener que la concepción del héroe moderno deviene, según algunas posturas, de la Revolución Francesa y de la ruptura del modelo absolutista-dinástico del Antiguo Régimen y el advenimiento de los Estados nacionales.²⁰⁷ Los héroes anteriores a este acontecimiento, o “clásicos”, eran de facto los reyes o los príncipes, sin dejar de mencionar que muchos de ellos sentían la obligación de ligar su linaje al de algún héroe mitológico y con características sobrehumanas o excepcionales como Hércules, Eneas o Ulises. Todos personajes de poemas escritos por Homero, Virgilio u Ovidio cuyas hazañas se recuperarían durante el Renacimiento europeo.²⁰⁸ El culto al héroe-monarca se heredaría de España y en la cosmovisión novohispana se identificaba, en los exordios o panegíricos, a Carlos IV con Teseo; en cambio, Felipe IV se equiparaba a Prometeo.²⁰⁹

Ya en el siglo XIX y con las acometidas contra el sistema monárquico de dominación que trajeron las guerras de independencia en el continente americano, los nuevos héroes se constituyeron en el imaginario colectivo de forma distinta, fueron percibidos como forjadores de nacionalidades; eran mártires, patriotas o ciudadanos y, en algunos casos, libertadores. Para el caso mexicano, los personajes más representativos fueron Miguel Hidalgo, Agustín de Iturbide y José María Morelos. Algunas de las principales características del héroe-nacional serían el haber luchado por la independencia, nunca en su contra, haber muerto en las primeras fases de lucha emancipadora y en general pertenecer a un estamento no civil: como militar o eclesiástico.²¹⁰ Un caso excepcional fue el de Iturbide que de combatiente de la Corona pasó a ser libertador de la patria.

²⁰⁷ Posturas desde la religiosidad como la del historiador romántico, el escocés, Thomas Carlyle consideraban, en consonancia con la visión de los literatos mexicanos a mediados del siglo XIX, que la historia: “Universal, lo realizado por el hombre aquí abajo es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que entre nosotros laboraron”. La tipología que Carlyle apunta en sus conferencias es más que clara: el héroe como “divinidad”, Odín; como “profeta” en Mahoma; como “poeta” para el caso de Shakespeare y Dante; como “sacerdote” en Lutero o Knox; como “hombre de letras” en el caso de Rousseau o como “Rey” para Napoleón y Cromwell. Ver *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*, 2000, p. 3.

²⁰⁸ Víctor Mínguez, “Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003, pp. 51-60.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 61.

²¹⁰ La categorización citada sirve para el caso venezolano y en términos generales se aplica a otros países americanos. Ver Germán Carrera, “Del heroísmo como posibilidad al héroe nacional-padre de la patria” en *Ibidem*, pp. 31-38.

El culto a los héroes de la patria siguió un desarrollo complejo para la figura de Hidalgo, contradictorio, en el caso de Iturbide, y algo tardío en el de Morelos, sobre todo si se revisan los discursos septembrinos. La figura que desde inicio tuvo un papel destacado en esas remembranzas fue Miguel Hidalgo, desde el que se pronunció en 1825 por un miembro de los llamados “Guadalupes”, hasta el de 1871 dado por el liberal Ignacio Ramírez, que lo señalaba como el conquistador del principio de “insurrección”, y unía a los logros independentistas con el triunfo de “las instituciones federales” sobre “el trono arruinado de Iturbide” junto a los “defensores de Churubusco” y hasta la rendición de “la espada de Maximiliano”.²¹¹

Caso aparte fue el de Iturbide que de ser considerado como libertador de la patria, hasta mediados del siglo XIX, pasaría al ostracismo, al igual que la celebración del 27 de septiembre.²¹² De hecho ya para 1861 formaría parte de los considerados “cadáveres políticos” junto a Santa Anna, Comonfort o Bustamante.²¹³ El homenaje cívico se dio básicamente en pocos ámbitos: las representaciones y las alegorías iconográficas, los discursos septembrinos y en algunas obras históricas que con el tiempo serían no sólo las más distintivas sino las que ideológicamente se contraponían, las versiones de Carlos María de Bustamante, liberal e insurgente y la del conservador Lucas Alamán.²¹⁴ En ese tiempo ambas versiones históricas gozaban de alguna fama y reconocimiento por parte de miembros de los partidos conservador y liberal, pero estas obras difícilmente eran accesibles a amplios sectores de la población. Así, en el caso de Hidalgo el homenaje a su heroísmo comienza a consolidarse desde la segunda década del siglo XIX. Sin embargo, en el imaginario social, las representaciones pictóricas patrias sólo se llevaban a cabo en los

²¹¹ Ignacio Ramírez, discurso del 16 de septiembre de 1871, en *La conciencia nacional y su formación, discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, 1988, p. 346.

²¹² Todavía en el discurso de 1850 en la Alameda de la ciudad de México José María Tornel así se refería a él: “Iturbide, predestinado para la redención de su patria, como lo fue Moisés... recibió del altísimo las sobresalientes cualidades que correspondían a su elevada misión, y los dotó con gran talento, de señalado valor, de incansable actividad y de esa previsión en el consejo de las empresas colosales.” En *Ibidem*, p. 306.

²¹³ Por oposición, los héroes son “Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos”. Ignacio Ramírez, en Discurso pronunciado en la Alameda, en 1861. En *Ibidem*, p. 318.

²¹⁴ Desde luego hubo otras versiones igual de importantes como la de Lorenzo de Zavala o de José María Mora, pero sin duda las de mayor nivel de enfrentamiento ideológico fueron las de Bustamante y Alamán. En los capítulos siguientes se incorporan fragmentos de ambas obras en el análisis.

discursos septembrinos de las Juntas Patrióticas las cuales constituían espacios de remembranzas, elogio y difusión popular.²¹⁵

Otro caso que conviene citar fue el proceso de construcción como héroe, del cura Morelos que desde el inicio de las celebraciones orales es mencionado, pero casi siempre queda detrás de la figura de Hidalgo. Uno de los posibles motivos para el diferente proceso de canonización laica del cura de Necupétaro, aun y cuando sus campañas abarcaron más de tres años y logró triunfos militares que ningún otro líder insurgente pudo, quizá fueron sus convicciones políticas, en particular en lo concerniente a “justicia social”.²¹⁶ A los liberales *puros* no les gustaba la “religiosidad e intolerancia” del caudillo, mientras que a los conservadores no les parecía cierto grado de “hispanofobia” y algunas medidas radicales que propuso.²¹⁷ El que no tuvo problema con los ideales de Morelos fue el antiguo insurgente y compañero de armas del caudillo Carlos María de Bustamante que escribiera dos textos fundamentales sobre Morelos: el *Elogio histórico del general Morelos* (1822) y *El cuadro histórico de la Revolución de Independencia* (1844), en los cuales alababa sin el menor empacho a los líderes de la insurgencia.

Así, para el final de la Intervención Francesa y al consolidarse el triunfo republicano hubo un claro intento por recuperar la memoria de los héroes de la Independencia y unirlos en el mismo devenir junto a los recientes mártires del periodo de 1858 a 1867, con lo cual se amplía el panteón laico. Hay muchos ejemplos de las tentativas por adherir en una senda similar a los dos grupos de patriotas y que comienzan en las alocuciones de 1861,²¹⁸ aunque claramente destacan los discursos de Ignacio Ramírez, en 1865, y el Gabino Barreda en 1867 en los cuales se reunían los “gigantes de 1810” junto a la “falange de héroes como “Zaragoza y Ocampo” o “Salazar y Arteaga”.²¹⁹ Lo destacable es que entre los nuevos héroes y mártires se encuentran, además de soldados y clérigos, a ciudadanos civiles.

²¹⁵ Ver de Ernesto de la Torre Villar, *La conciencian nacional y su formación, discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, 1988.

²¹⁶ Carlos Herrejón, “La imagen heroica de Morelos”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003, p. 247.

²¹⁷ *Loc. Cit.*

²¹⁸ En sus respectivos discursos de 1861 Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, integran a los recién considerados mártires de la guerra de Reforma a los héroes, civiles como Santos Degollado y Melchor Ocampo. En *La conciencia nacional y su formación...*, 1988, pp. 318 y 331, respectivamente.

²¹⁹ Gabino Barreda, “Oración Cívica” del 16 de septiembre de 1867 en Guanajuato, *Estudios*, 1992, p. 69.

No obstante, los esfuerzos por crear obras o monumentos a los cuales tuvieran acceso mayor cantidad de mexicanos y rememorar la gesta independentista y el sacrificio de los líderes no habían rendido muchos frutos.²²⁰ Sobresale la serie de retratos de los principales héroes de la Independencia que el archiduque Maximiliano mandó elaborar, en 1865. Algunos de éstos lograron concretarse, como el de Hidalgo y el de Iturbide, otros quedaron en boceto, como fueron los retratos de Morelos y Matamoros, y no se expusieron los de Allende y Guerrero.²²¹

De la anterior digresión se puede entender que los pocos espacios, en ese tiempo, para la rememoración de los héroes de la emancipación estaba en los panegíricos que se les brindaban en contados eventos cada año. Asimismo, se nota la intención por comenzar a edificar un panteón laico que uniera a los combatientes de la Independencia con los recién caídos durante las guerras de la Reforma y de la Intervención aprovechando el triunfalismo inherente. El liberalismo dejó de ser “una ideología en lucha contra unas instituciones, un orden social y unos valores heredados, y se convirtió en un mito político unificador” hacia adentro y legitimador hacia afuera del país.²²²

En este mismo sentido, se hizo necesario el culto a los antiguos y nuevos héroes, con la finalidad de ofrecer modelos en los cuales el pueblo se pudiera identificar, ya que interesaba retratarlos como patriotas y ciudadanos ejemplares, un proceso similar se daría en muchos lugares de Latinoamérica.²²³ A pesar de que desde 1868 se potencia el auge literario, incluyendo en éste a la novela histórica,²²⁴ sólo algunos se atrevieron a novelar el periodo,²²⁵ pero hubo esfuerzos colectivos por traer el tema de la emancipación a la

²²⁰ Ya desde 1868, el poeta José Rivera y Río, en ese entonces vecindado en Estados Unidos, se quejaba de la falta de monumentos históricos en México y comparaba la situación entre los dos países: “Nosotros [los mexicanos], que carecemos de esa veneración épica [de los norteamericanos] necesitamos más que ningún pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan”. En “Prólogo” de la primera edición de *El Cerro de las Campanas*, 1868, p. III.

²²¹ Los retratos fueron encargados a diferentes pintores de la Academia de San Carlos durante una exposición de noviembre de 1865. Los de Hidalgo fueron Joaquín Ramírez; de Iturbide, Petronilo Monroy. Los otros cuadros también fueron encargados a artistas mexicanos. En Fausto Ramírez, “Hidalgo en su estudio”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003, pp. 201-202.

²²² Charles A. Hale. *Las transformaciones de liberalismo en México a fines del siglo XIX*, 2002, p. 15.

²²³ Al respecto y sobre el proceso, y necesidad de crear una historia patria llena de héroes, de Nikita Harwich, “La historia patria”, en *Inventando la Nación...*, pp. 533-549.

²²⁴ Ver J.S. Brushwood, *México en la Novela*, 1973, pp. 171-219.

²²⁵ Ejemplos de la forma en que se glorificaba a los nuevos héroes de la Reforma, la Intervención y el Segundo Imperio para unirlos en la misma senda de los próceres de la Independencia fueron las novelas de

discusión letrada e ideológica.²²⁶ El paso de la palabra hablada al texto escrito, pese al alto nivel de analfabetismo imperante, permitió a los letrados de simpatía liberal acceder a un mayor número de personas.²²⁷

1.4 ENRIQUE DE OLAVARRÍA EN SU CIRCUNSTANCIA MEXICANA

Después del anterior recorrido, es necesario centrar el análisis en una semblanza biográfica de Enrique de Olavarría que permita conocer algunas de sus preocupaciones, temáticas de sus obras y proyectos en aquellos primeros años en la que sería su nueva patria. Olavarría de 21 años y ya con estudios de bachiller y derecho,²²⁸ llegó en 1865 a México, como parte

Juan A. Mateos. Las dos primeras tuvieron mucho éxito y se titularon, *El cerro de las campana* y *El sol de mayo* publicadas en 1868.

²²⁶ Pese a no son propiamente novelas históricas, es necesario puntualizar que en hubo una versión, publicada en 1870: *El Libro Rojo*. El texto una de las obras histórico-literarias de la época cuya temática está centrada en narrar el largo proceso de emancipación de la patria. El texto tuvo la dirección de Vicente Riva Palacio y en el colaboraron, asiduamente, Manuel Payno, Juan Antonio Mateos y Rafael Martínez de la Torre. Ahí se recogían semblanzas de algunos sucesos y de casi dos docenas de personajes que formaban un largo devenir que tenía como hilo conductor un afán de independencia o rebeldía para con la Metrópoli. que va de junio de 1520, a los últimos momentos de la vida de Maximiliano de Habsburgo en julio de 1867. Lo relevante es enfatizar que cada uno de los episodios es narrado en forma literaria, con un halo de suspenso esperable en una novela. Sobre las fuentes se mencionan a historiadores como William Prescott, Diego Duran, Fray Juan de Torquemada, Fernando Ramírez, Fray Bernardino de Sahagún, Lucas Alamán o Joaquín García Icazbalceta. Los retratos entregados al lector subrayaban los aciertos y actos heroicos o patrióticos y disminuía los yerros humanos rodeando de un halo de pureza patriótica y esplendor heroico que al final los integraría, a excepción de Iturbide, al panteón laico de grandes personajes de la emancipación nacional. En lo que respecta a los sucesos y personajes de la Independencia había obras canónicas, pero si se hace caso a la opinión de Riva Palacio en uno de sus episodios se puede percibir que esas versiones históricas no estaban bien consideradas, al menos, por los liberales de ese tiempo. En este sentido y al final de la narración sobre Hidalgo, Riva Palacio señalaría: “Para hablar de Hidalgo, para escribir su biografía, sería preciso escribir la historia de la Independencia”. Es decir, para algunos no había obras que con la necesarias distancia histórica y serenidad intelectual narrara una historia de alcances nacionales.

²²⁷ Aunque el mercado de novelas por entregas había comenzado años antes con novelas como *El fístol del diablo* de Manuel Payno, que convivía con la venta de calendarios, manuales y santorales, para 1868 las dos primeras de Juan A. Mateos –enseguida reseñadas– habían tenido tal éxito editorial mostrando que el público lector estaba ávido de conocer los recientes sucesos históricos, aunque la de tema sentimental también se vendía con éxito. Los periódicos de la capital, como *El Federalista*, estaban llenos de anuncios sobre las novelas, pero también de libros de corte científico, de Almanagues o manuales “para señoritas”. Junto al renacer de las letras liberales los grupos católicos respondían con las publicaciones de corte confesional como *El Ángel de la guarda*. Ver María Teresa Bermúdez, “Las leyes, los libros de texto y la lectura”, 1857-1876, en *Historia de la lectura en México*, 1999, pp. 127-152.

²²⁸ Para todo lo relacionado con documentos personales de Enrique de Olavarría se cita la base de datos y algunos documentos digitalizados por la UNAM que están abiertos al público y de ahí se toma la ficha catalográfica elaborada por el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. *Archivo personal de Enrique de Olavarría y Ferrari*. En adelante se cita: (FR-BN/ A. EO y F) y la clasificación (C1, E8, D3). Existe la constancia de terminación de estudios de Olavarría con fecha de 1863, en España.

de un proyecto laboral ligado al Banco de España,²²⁹ y como se ha señalado, para 1867 formaría parte del denominado grupo liderado por Altamirano, acompañando en diversos eventos al colectivo.²³⁰ Supuestamente el que lo integraría a la vida literaria de México fue su coterráneo: Anselmo de la Portilla.²³¹

En medio de la guerra de Intervención y el Segundo Imperio Olavarría colabora con el gobierno de la Restauración en *El Boletín Republicano*, periódico y órgano oficial del gobierno. Su participación recurrente en proyectos ligados al liberalismo le habría valido simpatías y, al mismo tiempo, mostraba el interés del hispano en asuntos políticos de la que sería su patria adoptiva. Además, comenzaba a escribir en varios periódicos como: *El siglo XIX*, *El federalista* y en uno de adscripción española, *La Iberia*. Incluso su imagen, en “magnífico retrato” fue incluida en una de las entregas iniciales de su novela *Lágrimas y sonrisas*.²³²

Las buenas relaciones, su participación en las veladas literarias, y sus aportes al periódico *El Renacimiento* le valieron contactos sociales y ventajas, por lo que no fue un acto singular que su primera novela estuviera anunciada en el número inicial del semanario cultural.²³³ Aunque pocas, sus colaboraciones en el periódico literario permiten apreciar que después de esos años su producción fue amplia y variada.²³⁴ Escribió en prensa, publicó novelas y obras de teatro. Asimismo, sus talentos y recomendaciones lo llevarían a ocupar plaza como docente en el Conservatorio, en la Escuela de Artes y Oficios para Señoritas y en la Escuela Normal Municipal, impartiendo asignaturas como Literatura, Geografía, Historia “Universal y Particular”, entre otras.²³⁵ Sin duda, esa labor educativa sería

²²⁹ Con fecha de diciembre de 1864 hay un documento previo al nombramiento de Enrique de Olavarría como escribiente del Banco de España. FR-BN/AEO y F. (C1, E8, D4). El definitivo le sería entregado en noviembre de 1865. FR-BN/AEO y F. (C1, E2, D1).

²³⁰ En 1869 se invitaba, por parte del “Conservatorio dramático”, a varias figuras representativas del grupo a un evento que incluía a Olavarría. FR-BN/AEO y F. (C29, E1, D2).

²³¹ Salvador Novo, “Prólogo”, *Reseña Histórica del Teatro en México (1538-1911)*, IX, p. 1961.

²³² *La voz de México*, 23 de junio de 1870.

²³³ “*El Tálamo y la Horca*, cuya dedicatoria a nosotros, con la que tanto nos honró ese estimable joven sin merecerlo, no será un impedimento para que digamos que ha sido recibida con un entusiasmo extraordinario por el público”, Ignacio Manuel Altamirano, *El Renacimiento*, 1993, p. 5.

²³⁴ Sus colaboraciones fueron, en el primer tomo, una composición, en dos partes, sobre el teatro y sus protagonistas y seis composiciones poéticas. En el segundo tomo, la composición poética “La voz del cielo”. Enrique de Olavarría, *El Renacimiento*, 1993, pp. 436, 457, 12, 85, 138, 192, 346. 408.

²³⁵ Salvador Novo, *Op. cit.*, p. X.

primordial a la hora de manufacturar sus episodios históricos y al considerar el tipo de público al que irían dirigidos.

Al mismo tiempo que la obra literaria del hispano se diversificaba, sus conexiones con el gobierno iban en consonancia. El proceso de asimilación de Olavarría por parte de la sociedad capitalina tuvo diferentes momentos, uno sobresaliente en lo personal fue su boda con la mexicana Matilde Landázuri. En ese mismo año, 1872, ya está ligado a proyectos culturales, según consta en una misiva que le enviara Juan de Dios Peza, cercano al grupo liberal más pertinaz ligado al presidente Sebastián Lerdo de Tejada.²³⁶ Por cierto que la amistad que unió a Olavarría con el poeta mexicano fue muy importante y duradera, como lo atestiguan las cartas de su archivo personal; el cultivo de relaciones sociales fue algo que Peza recomendaba continuamente al hispano.²³⁷ A pesar de los logros y nexos que había cultivado, se puede presumir que la idea original de Olavarría era regresar a su patria según consta en su archivo.

Para 1874, y con un hijo de su matrimonio, viaja Europa y se detiene algún tiempo en Francia, Bélgica y Alemania hasta el año de 1876. Diversas fueron las problemáticas a las que se enfrentó el hispano junto a su familia durante su viaje: las tribulaciones y las precariedades económicas lo perseguirían. Quizá, y como resultado de lo anterior un personaje de primer nivel político, José María Vigil, lo incitaba a regresar:

Yo no sé si me equivocaré, y en eso debe Ud. ver simplemente el grande interés que toma mi amistad por su porvenir. Yo creo que lo que mejor podría hacer *era formar el mayor empeño para regresar a este país en el cual cuenta Ud., con tantas y tan bien merecidas simpatías, y en donde pueda Ud. llegar a ocupar una posición digna de su inteligencia y de su honradez.* Es cierto que aquí se tropieza con dificultades como en todas partes, pero también es cierto que México es un país virgen, de inmensos recursos que cualquiera circunstancia imprevista puede desarrollar, como creo que se encuentra ya en la buena vía, y en que por lo mismo toda inteligencia y todo trabajo pueden obtener su empleo y su recompensa. *Ud. encuentra aquí las afecciones de una nueva patria: no tiene Ud. que extrañar el idioma, las costumbres y hasta las preocupaciones de la metrópoli.* La juventud, la dedicación, la

²³⁶ Carta de Juan de Dios Peza a Olavarría fechada el 7 de diciembre de 1872, en la que sostiene que el presidente, Lerdo de Tejada, ha dado su anuencia para la impresión de una “Geografía” –sin dar mayores datos del texto-. FR- BN/ AEO y F. (C6, E2, D2).

²³⁷ Carta de Juan de Dios Peza a Olavarría fechada el 20 de diciembre de 1878, en la cual le da noticias sobre la segunda edición en España de *El arte literario en México* y le anexa un recorte de periódico con una reseña favorable. Además, le señala que siga en contacto con algunas personas que conoció en el barco que lo llevó de regreso a México. FR- BN/ AEO y F. (C6, E8, D12).

constancia y una conducta intachable, son elementos importantes que Ud. posee y que constituyen un verdadero capital moral que le ofrece en perspectiva un porvenir seguro y digno.²³⁸

La misiva muestra no sólo preocupación personal sino cierto grado de interés gubernamental, si se considera que hubo otra carta, meses antes, en la cual Vigil le cuestionaba sobre si había podido publicar alguna obra en México. Sin duda, se puede suponer simpatía por parte del mexicano a favor del español, pero el apoyo no debió ser sólo a título personal si se toma en cuenta que la siguiente epístola está fechada hasta 1906. Si bien algunos de los mensajes remiten a un nivel de intercambio de cortesías entre miembros de la sociedad letrada porfiriana, otras aluden asuntos que tiene que ver con preocupaciones literarias, alguna misión encargada directamente por altos funcionarios y los menos con cierta idea de reconciliar a lo español con la sociedad mexicana que por momentos, según él, se mostraba hispanófoba.

El apoyo al literato ibérico se puede suponer parte de una estrategia de grupo que Olavarría supo aprovechar en cuanto regresó de su periplo europeo. A pesar de lo anterior, en 1880 señalaba tener dificultades para poder escribir sus primeras novelas históricas denominadas *Episodios históricos mexicanos*,²³⁹ cuya publicación en su primera versión estuviera a cargo Dublan y Cía hasta que los derechos de impresión fueran adquiridos por Filomeno Mata, a partir del octavo episodio en 1881.²⁴⁰ Las buenas relaciones del hispano-mexicano con el régimen no se detuvieron al final del primer gobierno del porfiriato. Durante la presidencia de Manuel González formaría, en 1882, parte del equipo de redacción del *Diario Oficial* y su nombramiento fue firmado por el propio presidente.²⁴¹ El rol de letrado de Olavarría y su integración exitosa en la sociedad mexicana se fue incrementando a su favor durante los diversos periodos presidenciales de Porfirio Díaz, el interludio de Manuel González, incluso en los gobiernos de Francisco Madero y Victoriano

²³⁸ Carta de José María Vigil a Olavarría, fechada el 15 de agosto de 1875. FR- BN/ AEO y F. (C6, E5, D15). Cursivas añadidas.

²³⁹ La obra de Olavarría es variada. Véase de Salvador Novo, “Prólogo” a *Reseña histórica del teatro en México*, 1961, pp. X y ss.

²⁴⁰ Contrato entre Enrique de Olavarría y Filomeno Mata firmado el 8 de junio de 1881. FR- BN/ AEO y F. (C3, E6, D2).

²⁴¹ Nombramiento de Enrique de Olavarría como “segundo redactor” del *Diario Oficial*. Oficio con fecha 18 de abril de 1882. FR- BN/ AEO y F. (C1, E6, D2).

Huerta. Su influencia vendría a menos y hasta su deceso, en 1918, tuvo algunos problemas, incluso, para que se le reconociera su derecho a recibir una pensión.

1.4.1 EN LA INTIMIDAD DE UN HISPANO-MEXICANO: EL ARCHIVO PERSONAL Y LOS PORMENORES DE SU VIAJE A EUROPA

En el archivo personal que legó Enrique de Olavarría se encuentra una gran cantidad de documentos de las personas con las que tuvo intercambio epistolar, en algunos casos por décadas.²⁴² Si algo puede unir a tantos personajes en una misma senda es que, en mayor o menor grado, formaron parte de los eruditos que con sus obras y acciones coadyuvaron a la construcción de las letras y cultura mexicana del periodo finisecular del siglo XIX. Es necesario aclarar que a Olavarría lo unía la amistad con algunos, mientras que con otros hay simples cortesías, que se entiende recíprocas o asuntos menores como consejos o recomendaciones. Además, el grueso de las cartas de muchos de los personajes comienza después de mediados de la década de 1890, cuando ya es editor de la segunda época de *El Renacimiento*. No obstante, tuvo comunicación por décadas con Porfirio Díaz e Ignacio Manuel Altamirano.

El hispano-mexicano ejerció cargos que le permitieron conocer de primera mano la situación cultural del país desde dentro y fuera. Por ejemplo, durante su viaje a Europa hay constancia de que realizó labores de búsqueda, que tenían que ver con límites territoriales de la nación, en archivos españoles. La solicitud le llegaría por conducto del general Ramón Corona, cuando éste se desempeñaba como diplomático en España.²⁴³ El viaje parece haber

²⁴² Entre los más relevantes son mencionados: Victoriano Agüeros, Santiago Balleascá, Ángel de Campo, Alfredo Chavero, Carlos Díaz Dufoo, Hilarión Frías y Soto, Antonio García Cubas, Luis González Obregón, José Yves Limantour, José López Portillo y Rojas, Ernesto Madero, Filomeno Mata, Melesio Morales, Gerardo Murillo, Amado Nervo, Jaime Nunó, José Manuel Othón, Juan de Dios Peza, Anselmo de la Portilla, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, José María Roa Bárcena, Victoriano Salado Álvarez, Justo Sierra Méndez y José María Vigil.

²⁴³ Una misiva de la ciudad de México de septiembre de 1877 da las gracias a Olavarría por haber cumplido el encargo del gobierno: “*Muy estimado amigo y Señor: He leído con gusto su apreciable del 18 del mes pasado. Espero que en el desempeño de la comisión a que se refiere, corresponderá Usted debidamente a la confianza que el gobierno ha depositado en su persona, haciendo cuanto esté de su parte por descubrir todos los documentos que puedan ser de alguna utilidad a este país. En su nombre doy a Usted las gracias por los trabajos que ha emprendido para dárlo a conocer en el extranjero. Celebraré que cuanto antes pueda Usted dar a luz la obra que me indica, pues eso será un elemento más para que adquiera México, con respecto a las otras naciones, el concepto que se merece por su adelanto en el ramo de las letras. Sin más por hoy, tengo el gusto de repetirme de Usted su atento amigo y seguro servidor. Porfirio Díaz*”. FR- BN/ AEO y F. (C6, E7, D6).

sido diseñado no sólo por motivos particulares del hispano. Lo que sí queda sustentado es que una de las tareas realizadas fue el promover la literatura mexicana y la otra recopilar cierta información en España, para lo cual visitó diferentes archivos por petición expresa de Porfirio Díaz.²⁴⁴ Durante su viaje contó con apoyos y muestran los esfuerzos de Olavarría en su periplo.²⁴⁵ Una muestra de ello es la siguiente carta:

Señor Don Enrique de Olavarría y Ferrari.

Madrid.

Muy estimado amigo y Señor: He leído con gusto su apreciable del 18 del mes pasado. Espero que en el desempeño de la comisión a que se refiere, corresponderá Usted debidamente a la confianza que el gobierno ha depositado en su persona, haciendo cuanto esté de su parte por descubrir todos los documentos que puedan ser de alguna utilidad a este país. En su nombre doy a Usted las gracias por los trabajos que ha emprendido para darlo a conocer en el extranjero. Celebraré que cuanto antes pueda Usted dar a luz la obra que me indica, pues eso será un elemento más para que adquiera México, con respecto a las otras naciones, el concepto que se merece por su adelanto en el ramo de las letras. Sin más por hoy, tengo el gusto de repetirme de Usted su atento amigo y seguro servidor.

Porfirio Díaz.²⁴⁶

La comunicación prueba que tanto la labor de investigación en archivos españoles como la otra gran tarea de dar a conocer la literatura mexicana fueron proyectos que se desarrollaron al mismo tiempo. Además, se sabe de un intento por formar parte del cuerpo diplomático en España, que finalmente no consiguió, pero sirve para entender lo bien considerado que debió estar en México.²⁴⁷ Asimismo, su trabajo como publicista debió ser muy bueno ya que después de colaborar en algunas revistas literarias publicará un texto, en dos ediciones, Málaga en 1877 y Madrid en 1878: *El arte literario en México*, un recuento de obras nacionales con la finalidad de dar a conocer la literatura mexicana, así como a sus autores,

²⁴⁴ Carta del general Ramón Corral a Olavarría, fechada el 2 de agosto de 1877 en Madrid, puntualizándole que la tarea que Porfirio Díaz le ha solicitado, sobre recabar información sobre límites territoriales ha sido aceptada. FR- BN/ AEO y F.(C1, E8, D6)

²⁴⁵ Un ejemplo se encuentra en la misiva que le enviara Altamirano a Olavarría fechada en junio de 1874 y escrita en Madrid en la cual el mexicano le informa que le apoya en la búsqueda de alojamiento.

²⁴⁶ Carta de Porfirio Díaz a Enrique de Olavarría, fechada el 20 de septiembre de 1877. FR- BN/ AEO y F. (C6, E7, D6).

²⁴⁷ Carta de José María Lafragua a Enrique de Olavarría, fechada el 5 de enero de 1878, en la cual le informa que ha transmitido al Presidente sus deseos por formar parte del servicio exterior y apunta que ve “difícil” que haya algún puesto disponible en alguno de los consulados en España para él. FR- BN/ AEO y F. (C6, E9, D1.)

en España, ante su poca promoción y desconocimiento que de éstas había en la península ibérica.²⁴⁸ Lo anterior viene a cuento para remarcar sus labores durante ese viaje, que duró hasta finales 1878,²⁴⁹ y sirve para mostrar cómo los lazos e intereses en común estaban en acuerdo entre las altas esferas del gobierno y el propio Olavarría.

1.4.2 DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA A LA VOCACIÓN HISTÓRICA

La producción narrativa de Olavarría fue variada, iniciando en 1867 para culminar en 1911 y puede dividirse en obras literarias e históricas. Las más representativas y que anteceden a sus episodios son novelas como *El tálamo y la horca* (1868), *Venganza y remordimiento* (1869) y *Lágrimas y sonrisas* (1870). También de esos años son obras de teatro como: *El jorobado* (1867), *Los misioneros del amor* (1868) y *La cadena de diamante* (1879). En lo que respecta a otro tipo de escritos hay *Ensayos poéticos* (1871), *Historia del teatro español* (1872), *La niñez ilustrada. Periódico infantil* (1873-1874), *El arte literario en México* (Málaga y Madrid, respectivamente en 1877 y 1878), *Poesías líricas mexicanas* (Madrid en 1878). Sobre obras históricas el mismo Olavarría señalaba a los *Episodios históricos mexicanos* (1880-1886), el cuarto tomo de *México a través de los siglos* (1886-1887) y una obra que, según algunos, aún es inédita: *Historia popular de México, desde la conquista hasta nuestros días*, escrita en dos tomos.²⁵⁰

Como se apreciaba, al momento de comenzar a escribir sus novelas históricas sobre la guerra de Independencia nacional, Olavarría ya manejaba diferentes tipos de registro. El gusto por lo histórico y especialmente el correspondiente a la historia mexicana estaba presente desde su primera novela, *El tálamo y la horca*, de 1868. En ésta se nota la vocación y el gusto por aprender de las obras canónicas de la historiografía nacional; hay un marcado interés en el devenir de la que sería su patria adoptiva.

²⁴⁸ Sobre el texto José María Vigil señalaba: “más de cien nombres de escritores consagrados al periodismo, a la poesía, a la novela, a las ciencias y a la historia, son dados a conocer en esa obra, que llamará la atención de los extranjeros con noticias curiosas sobre un país tan desconocido, y de los mexicanos que ven con orgullo enaltecido el nombre de la patria y de sus hijos”. Citado por Salvador Novo en “Prólogo”, *Reseña histórica del teatro en México*, 1961, p. X.

²⁴⁹ Se conserva un telegrama de bienvenida que Altamirano le escribiera en diciembre de 1878, a Veracruz al regreso de Olavarría a México. FR-BN/AEO y F. (C6, E8, D11).

²⁵⁰ Álvaro Matute, “Prólogo”, edición moderna y facsimilar de los *Episodios históricos mexicanos*, 1987, p. VIII.

Habían pasado dos años de su regreso de Europa y el año 1880 parecía muy prometedor y de grandes logros para Olavarría, en julio comenzaría la publicación, bajo el seudónimo de Eduardo Ramos, de los *Episodios históricos mexicanos* y en noviembre recibiría la carta de naturalización firmada por el presidente Porfirio Díaz.²⁵¹ Sobre los motivos para ocultar su verdadero nombre se puede conjeturar que tuvo cierto temor por ser un español novelando la historia mexicana o quizá fue un ardid editorial.²⁵² Al final de 1881 sufrió un duro golpe al estar escribiendo el doceavo de sus episodios: la muerte de su primogénito, de ocho años, y la cuestión económica no parecía pintarle mejor. Señala que fue necesario esperar para reunir dinero y adquirir el mausoleo para su hijo y después apostillaría: “Mucho he trabajado en la vida; pero aun soy pobre”.²⁵³ Algunos años después, Olavarría escribe un extenso prólogo a los episodios, que aparece en la edición de 1886, y ahí se aclaran algunas de las posibles interrogantes sobre los motivos, alcances y pretensiones de sus novelas, incluso aporta algunos datos de carácter personal que sirven para comprenderlo no únicamente como autor, sino como ser humano. En lo relacionado a las pretensiones que mantenían sus dos series de novelas escribe:

Para algo sirvió aquella obra que empecé con la intención de que algún día instruyera á mi hijo en la historia de su patria, tres veces hoy querida por mí, porque es la de mi elección, porque en ella nacieron mi esposa y mis hijos y porque en ella reposan los restos de mi primogénito. Puesto que tal fue mi móvil al escribirla, pues á tal objeto la dedique y pues para tan buen fin sirvió, excusado me parece decir que mi obra histórica es una horada obra. Sí lo es: ni está escrita para lucrar, ni puede tener por fin zaherir á nadie, ni á persona, ni á causa ni á partido político alguno; de otro modo, el ofendido podría, al arrojarla con disgusto lejos de sí, arrojar con ella al polvo del desprecio el nombre del ángel en su primera página impreso.²⁵⁴

²⁵¹ FR- BN/ AEO y F. (C1, E8, D6).

²⁵² El editor da a conocer, al inicio del quinto episodio, el verdadero nombre del autor: “Tanto este Episodio como los cinco que le preceden y ya han visto la luz, son originales del señor D. Enrique de Olavarría y Ferrari, quien al recurrir al seudónimo de *Eduardo Ruiz*, sólo tuvo por objeto dejar á la prensa y al público en libertad de juzgar sin preocupación alguna su difícil obra, que el ofrece como un tributo de consideración y respeto á su segunda y bien querida Patria”. Para evitar confusión al citar los episodios de Olavarría se utilizará la siguiente fórmula, apellido, número de serie, episodio y página en el entendido que tal orden corresponde a la edición facsimilar de 1987. De Olavarría, Ira, VI. p. 538.

²⁵³ Enrique de Olavarría, “Prólogo”, edición en tomos y de lujo de los *Episodios históricos mexicanos*, 1886, p. V.

²⁵⁴ *Loc. Cit.*

Es posible suponer que la escritura y positiva recepción de los episodios olavarrianos, potenció la vocación historiadora del hispano-mexicano,²⁵⁵ y seguramente ayudó a la tarea que se le presentara a la enfermedad y posterior muerte de Juan de Dios Arias: completar el tomo cuarto de *México a través de los siglos*. Por cierto, el proyecto original, que data de febrero de 1881, parece que no tenía como principal finalidad el escribir una historia general de México sino una sobre la guerra de Intervención.²⁵⁶ Al final, el director de tal obra: Vicente Riva Palacio siguió adelante hasta alcanzar una historia de largo plazo y de tendencia liberal.²⁵⁷

El cuarto tomo que continuara Olavarría lleva por título “México independiente” y fue retomado después de los primeros quince capítulos, gracias al editor Santiago Balleescá, que lo consideraba la “persona más adecuada para llevar a cabo tan importante como difícil trabajo”.²⁵⁸ Su labor convenció al editor tan bien que le encargaría una obra histórica de carácter popular diferente a sus episodios y que destacara “los hechos favorables a México”.²⁵⁹ Pero, el hispano no se sentía tan seguro y así se expresaba, en una forma que deja entrever su estilo narrativo y su visión sobre la historia muy en consonancia con el horizonte letrado de aquel periodo:

Algo semejante es lo que nosotros vamos a hacer [volver la vista y contemplar el camino recorrido], procurando apreciar en conjunto el relato histórico que precede, pues importa desvanecer, hasta donde posible sea, el error generalmente extendido de que el cúmulo de anárquicas mezquindades y egoístas intereses que sembraron el caos en el campo político de los primeros años de México independiente, fueron amplia demostración de la impotencia de nuestro pueblo para constituirse en nación libre y autónoma. *El transcurso del tiempo y la lejanía de sus fechas depuran el criterio, y el examen de las causas despoja a la verdad de los velos perniciosos con*

²⁵⁵ Esta opinión compartida por Álvaro Matute en “Prólogo”, edición facsimilar de los *Episodios históricos mexicanos*, 1987, p. X.

²⁵⁶ La obra histórica sería encargada a Vicente Riva Palacio como virtual premio de “consolación” por haber sido el responsable de la campaña electoral de Manuel González, y supuestamente Riva Palacio recibiría un puesto de alto rango en el gabinete, situación que no ocurrió y “sólo” alcanzó una curul de diputado. En José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, 2004, pp. 188 y ss.

²⁵⁷ Es importante remarcar que en 1876 comenzó la publicación de la primera historia general de México, escrita en veinte tomos por el conservador Niceto de Zamañois: *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días...*, 1876-1882 y publicada simultáneamente en Barcelona y México, pero escrita especialmente para vindicar la historia mexicana ante un público español. Ver la “Introducción”, t. I, p. XV.

²⁵⁸ *México a través de los siglos*, t. IV, p. 860.

²⁵⁹ Carta de Santiago Balleescá a Enrique Olavarría fechada el 3 de septiembre 8 de 1888. FR- BN/ AEO y F. (C3, E12, D9.).

*que encubren las pasiones de partido y el presbitismo de los contemporáneos. Entre nosotros es un defecto ingénito la injusticia para con el pasado, cuyos males lastimosamente ponderamos, sin fijarnos jamás en que a ellos debemos la redención cuya sangrienta vía otros por nosotros recorrieron, y que es digna de religioso respeto la víctima que cae bajo el peso de culpas que no fueron suyas. Los hombres de una época cualquiera no son más que lo que quiso que fuesen la época que les precedió, y harto hacen cuando logran no retroceder ante las dificultades que lleva consigo el avanzar. Pero evitemos divagaciones más o menos inoportunas y detengámonos a examinar, siquiera sea sucintamente, cuáles fueron las circunstancias en que a consumarse vino la independencia de México; ellas nos explicarán con elocuencia la conducta política de los personajes que en esta parte de la Historia aparecen, pues malamente juzgados hasta hoy por críticos banales, ligeros o apasionados, más que por inexpertos legisladores pudieran ser tenidos por insensatos liberticidas. El examen de esas circunstancias será su mejor disculpa, y destruyendo vulgares consejas, hará evidente lo laborioso de la tarea que sobre sí tomaron para plantear los principios de reforma y libertad que hoy imperan, después de haber corrido sin sumergirse la tormentosa cuanto dilatada época en que la nave del Estado se vio batida por el choque de las armas y las ideas en conflicto con la ignorancia y la costumbre.*²⁶⁰

Como se señaló en la introducción de este trabajo, la vocación historiadora de Olavarría seguirá en diferentes textos. Uno muy representativo, *Reseña histórica del teatro en México*. En tal obra hay un afán por incluir los sucesos más importantes en cada época de cada una de sus crónicas sobre la cultura y sobre el teatro de México, en especial de la capital. Por ejemplo, cuando narra los hechos entre 1864 y 1867, se basa en documentos y en algunos casos en sus propios testimonios. Así, expone las diferentes compañías de ópera que había en la capital y en medio de comentarios sobre reseñas teatrales, suelta la pluma para entregar al lector su visión y juicios sobre la Intervención que abarca varias páginas del capítulo. En éste da cuenta desde los bonos Jeker, el tratado de Londres, los tratados de la Soledad, el inicio de hostilidades, la victoria liberal en Puebla, sin dejar de nombrar a tirios y troyanos por su nombre y adscripción haciendo acopio de documentos que cita y hace ingresar a la diégesis como si de un texto histórico se tratase,²⁶¹ para después retomar la crónica de teatros sin ningún problema. No antes de destacar que Maximiliano apoyó a

²⁶⁰ Enrique de Olavarría: *México a través de los siglos*, tomo IV, libro 1ro., Capítulo XVII, cursivas añadidas. Versión CD. 2007. P. 2.

²⁶¹ *Ibidem*, pp. 703-711.

todo artista que pudo en su breve gobierno.²⁶² En fin, en cuanta oportunidad se le presentaba salía a relucir su vocación historiadora.

1.4.3 ENTRE EL NACIONALISMO DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, EL OLVIDO A NICETO DE ZAMAÇOIS Y EL HISPANISMO DE ANSELMO DE LA PORTILLA

Secciones del anterior recorrido han dejado en claro la admiración, influencia y guía que fue Altamirano para Olavarría. Ahora es necesario cerrar este capítulo con una reflexión sobre el vínculo que tuvo con otros españoles, y que de una forma u otra pudieron influir en su obra. Es decir, el horizonte intelectual de Olavarría no sólo se pudo haber conformado con las lecturas e intercambios que tuvo con sus pares mexicanos; debe recordarse que parte de su formación la recibió en España. Además, y dada la preocupación de Olavarría por respetar su herencia cultural, al igual que otros españoles avecindados en México, es posible suponer que hubo un horizonte intelectual hispano formado por españoles expatriados, pese a las diferencias ideológicas entre ellos. De hecho, Zamaçois, Olavarría y De la Portilla elaboran narraciones históricas sobre México y el estudio de ellas puede ayudar a entender la visión histórica presente en los episodios olavarrianos. Asimismo, y al revisar textos de los tres ibéricos, se nota una preocupación: que la sociedad mexicana reconociera la herencia hispana en la conformación de su propia identidad.

Uno de esos letrados, natural de Vizcaya, avecindado en México, fue el conservador Niceto de Zamaçois, hoy poco reconocido. Por el tipo de personaje y por la forma tan cuidadosa que llevaba sus relaciones públicas y personales, sería esperable encontrar en las obras o entre las misivas que recibió Olavarría alguna mención, cita, referencia o crítica con respecto a los diferentes textos de Zamaçois, especialmente sobre su amplia versión sobre la historia mexicana en esos años ya publicada. Incluso se esperaría alguna opinión, o crítica, con respecto a los episodios históricos de Olavarría que pudiera haber recibido por parte del conservador español, pero no se ha encontrado información que permita asegurar que ambos personajes se relacionaron de forma estrecha. Sin que lo anterior signifique que fueran desconocidos los textos de Zamaçois para Olavarría y viceversa; dado lo reducido que era la comunidad intelectual española.

²⁶²*Ibidem*, p. 699.

El silencio de Olavarría para con su coterráneo no es entendible, sino por la distinta adscripción ideológica,²⁶³ o quizá alguna discrepancia personal. Llama poderosamente la indiferencia para las obras de Zamaçois ya que éste también luchó por vindicar la mala opinión y falsedades que, según él, se conocían en Europa sobre México. La calidad de su labor literaria, así como su importancia dentro del espacio letrado mexicano puede evidenciarse en su inclusión a un proyecto literario, de 1855, titulado *Los mexicanos pintados por sí mismos* que incluía a diferentes plumas liberales como Ignacio Ramírez, Hilarión Frías, Juan de Dios Arias y Pantaleón Tovar. Asimismo, se percibe un cariño honesto en Zamaçois para el país al cual llegó en 1840, en el que formara una familia, y en el que pasaría la mayor parte de su vida hasta su muerte en 1885; salvo, un viaje que le obligó a regresar a España entre 1857 y 1860. Incluso, en tierras ibéricas publicó diferentes artículos en defensa de lo mexicano en el periódico madrileño *El Museo Universal* en julio de 1857. Ahí puede leerse una honrada descripción del país que lo acogió.²⁶⁴

La mayor parte de su obra se publicaría en México y es algo conocido por escribir la primera historia general mexicana, una versión que mantiene un claro afán vindicativo, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*,²⁶⁵ en contra de la visión negativa que sobre la historia de México había en España.²⁶⁶ En tal versión se apelaba a un método filosófico que anteponía la verosimilitud histórica a todo y se dividía la historia mexicana en cuatro eras.²⁶⁷ Asimismo, al historiador le correspondía ser un

²⁶³ Antonia Pi Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía la prensa y la conmemoraciones, en *México en el mundo hispánico*, 2000, V.1, p. 113.

²⁶⁴ La serie de artículos sobre aspectos generales de la capital mexicana, describiendo su arquitectura, costumbres y tipos de habitantes. La temática es variada y abunda los cuadros de costumbres en los cuales se incluyen diálogos entre mexicanos con su consabida explicación. Por ejemplo, el 30 de julio de 1857, en su “Méjico, un paseo á Santa Anita y á las Chinampas”, describía un diálogo entre gente del pueblo, a la “China”, el “Charro” y al ineludible “lépero”. *El Museo Universal*, Núm. 14, pp. 106-107.

²⁶⁵ El título completo es: *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos no publicados todavía, tomados del Archivo General de México, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en la de los conventos de aquel país*. Constó de veinte tomos publicados, entre 1876 y 1882, por J. F. Parres y Comp., en Barcelona y México.

²⁶⁶ Sobre la obra del literato español puede consultarse, *Niceto de Zamaçois, Vindicación de México*, de José Enrique Covarrubias, 2008, Biblioteca del Estudiante Universitario.

²⁶⁷ La primera: desde los primeros dominios de los “señores naturales” y hasta el fin de los “emperadores aztecas”; la segunda referente a los “maravillosos hechos de la Conquista”; una tercera enfocada en las “tres centurias de dominación española” y la cuarta desde “los primeros sucesos que precedieron al grito de Dolores” en 1810 y hasta el presente. Aunque aclara que se centrará en el último periodo. Niceto de Zamaçois, “Introducción” a *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días...*, 1876, T. I., p. XI.

intermediario, un hombre: “laborioso” y “dedicado a la investigación” capaz de lograr desenterrar las “huellas” de los “grandes personajes”.²⁶⁸ Aunque se incluían en su versión histórica fuentes canónicas, nacionales y extranjeras, se privilegiaba la versión de Alamán. El historiador español revalorizaba la historia de México:

El español que desconozca la historia de Méjico, no puede lisonjearse de conocer, por completo, la historia de su propia patria. En la historia de España se encuentra un gran vacío por llenar; y este vacío es el que corresponde á los acontecimientos de los trescientos años que rigieron los monarcas españoles aquel país como colonia; así como los de su lucha por emanciparse de la metrópoli, y ser reconocido por ésta, como nación independiente.²⁶⁹

Otro personaje del que sí se tiene certeza sobre el influjo en la vida y desarrollo como literato de Olavarría fue el natural de Santander, Anselmo de la Portilla. Hay poca información en el archivo personal de éste último que ayude a cuantificar de manera más puntual la relación personal entre ambos. Sólo se tiene certeza de una carta que el santanderino le enviara a Olavarría a Madrid durante su viaje a Europa. Lo que se conserva es una opinión muy importante que éste incluyó en su *Reseña histórica del teatro en México*. Tanto ésta como la misiva serán citadas, pero antes conviene hacer un breve recuento y datos biográficos sobre De la Portilla que permita entender esa dimensión e influencia hispanas que nunca dejaron de estar presente en Olavarría y que fueron alimentadas, seguramente, por el fundador del periódico más español que hubo en el siglo XIX en México: *La Iberia*.²⁷⁰

Anselmo de la Portilla llegó muy joven a México y trabajó en diferentes periódicos, además de laborar en distintas ocupaciones. Se casó y formó una familia en tierras nacionales. Fue bien ponderado por Altamirano y se nota la cercanía entre ambos,²⁷¹ pese a que en algún tiempo el español fuera acusado de imperialista por su trabajo en el *Diario del Imperio*, durante el gobierno de Maximiliano.²⁷² Las pretensiones vindicadoras de “lo

²⁶⁸ *Ibidem*, p. VI.

²⁶⁹ Niceto de Zamaçois, *Ibidem*, p. XIV.

²⁷⁰ Un recuento sobre españoles y las obras que publicaron en México se encuentra en Antonia Pi Suñer, “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía la prensa y la conmemoraciones”, *México en el mundo hispánico*, 2000, V.1, pp.104-120.

²⁷¹ En la quinta edición en francés, firmada en París en 1890, de su novela *La Navidad en las Montañas* – “Dedicatoria a Francisco Sosa”- calificaba como “nuestro inolvidable amigo” a Anselmo de la Portilla.

²⁷² Alejandro Camiroaga, *Anselmo de la Portilla*, 1960, p. XXXIX.

español” que mantuvo el santanderino durante su larga estadía en México fueron acompañadas de un liberalismo católico y de tonalidad neutra; uno de sus escasos biógrafos propone que fue más liberal de “actitud” que de ideas, incluso le llama “individualista romántico”.²⁷³ No obstante, no le impidieron, a De la Portilla, decantarse por “marchar por las sendas del progreso, sin precipitación y violencia”.²⁷⁴

De personalidad taciturna y con medios económicos siempre escasos, el santanderino combatía por la supervivencia de sus proyectos editoriales, todo para lograr que los mexicanos no renegaran de su identidad hispana.²⁷⁵ Su lucha personal fue contra la intolerancia hacia la herencia española y así poder rehabilitar el buen nombre de su patria. Para tan ardua tarea fundó periódicos como *El Español* y ahí señalaba claramente que su idea era “vindicar la historia y las tradiciones de España en el Nuevo Mundo; combatir las preocupaciones hostiles al nombre español que existían en estas repúblicas y crear vínculos de fraternidad entre españoles y americanos”.²⁷⁶ Sin embargo, tan loables motivaciones no tuvieron el apoyo deseado entre la comunidad hispana. No obstante siguió con su labor, bajo seudónimo, y creó otro periódico con iguales pretensiones: *El Eco de España*.

Ya para 1856, el santanderino era más conocido y muy cercano a otro ilustre hispano: José Zorrilla que años después en sus *Recuerdos del tiempo viejo* lo llamaría “el español más honrado, estudioso y trabajador que pasó a las Américas”.²⁷⁷ Durante el conflicto desatado por la abjuración de la Constitución de 1857 hecha por el presidente Comonfort, De la Portilla, aliado de éste, sale exiliado a Estados Unidos, pasa por Cuba y regresa durante la Intervención, en 1862. En plena campaña y estando en Veracruz con las tropas tripartitas acantonadas, funda el periódico *El Eco de Europa* con la idea de abogar por una solución pacífica. Incluso se entrevistaría con el plenipotenciario español, el General Prim, y apoyaría una salida sin derramamiento de sangre.²⁷⁸ Ya en la capital y con el respaldo de la pareja imperial continuaría su labor en *El Diario del Imperio*, que le atrajo problemas y recriminaciones. Sus contrariedades como su vida continuaban, pero antes

²⁷³ *Ibidem*, p. XLI.

²⁷⁴ *Loc. Cit.*

²⁷⁵ Alejandro Camiroaga, *Anselmo de la Portilla*, 1960, p. XLIV.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. XLIX.

²⁷⁷ *Ibidem*, p. LVII.

²⁷⁸ *Ibidem*, p. LXV.

seguiría con su labor patriótica, se entiende a favor de España, en su último periódico: *La Iberia*.

La obra literaria de Alfonso de la Portilla incluye varios tipos de registro: el histórico, el biográfico y el literario. Entre los históricos destacan: *Historia de la revolución de México contra la dictadura de Santa-Anna, 1853-1855* y *Méjico entre 1856 y 1857, Gobierno del general Comonfort*. La visión de la historia presente en su primer texto histórico, en el que por cierto no firma como autor, es bastante explícita y coincide con su ideología liberal moderada. Para De la Portilla: “los hombres superiores merecen que la historia se pare á contemplarlos, porque son la gloria de nuestra especie”, citando en esa apreciación la *Historia universal* de César Cantú.²⁷⁹ Por cierto, el gran personaje es el General Ignacio Comonfort, al que defiende y engrandece; siguiendo en relevancia el antiguo insurgente, caudillo del sur y líder de la rebelión de Ayutla: Juan Álvarez. Por contraste, un personaje que desaparece es Benito Juárez. En cambio, el gran antagonista y en el cual se centra una clara animadversión es el dictador Santa Ana.

La narración histórica del santanderino es soportada por documentos que incluye en largos apéndices al final del texto. Otras fuentes que deja entrever son al romántico René de Chateaubriand y clásicos como Lisias, Tácito o Virgilio; contemporáneos como Alexis de Tocqueville y el español y liberal moderado Juan Donoso Cortés. Su análisis sobre los sucesos que narra está soportado por juicios que tiene por finalidad aportar al entendimiento de lo narrado, se separa de la crónica al señalar: “Las revoluciones en México, como todas las del mundo en el siglo actual, tienen por causa la exajeración de los principios políticos”.²⁸⁰ Divide en dos a los grandes sectores antagónicos, los “hombres del pasado” y los “hombres del porvenir”. Los primeros aquellos ligados y entregados a sostener la tradición, es decir, los conservadores; los segundos luchan por instaurar cambios a la sociedad que él considera demasiado extremos; la pugna era entre los que defendían el principio de orden y los que abogaban por el de libertad. Su liberalismo moderado y católico empata bien con su creencia en la mano de la Providencia para hacerse presente en ciertos momentos clave del devenir de los pueblos.

²⁷⁹ Anselmo de la Portilla, *Historia de la Revolución de México contra la dictadura de Santa Anna, 1853-1855*, 1987, p. IV.

²⁸⁰ *Ibidem*, p. 1

En sus escritos periodísticos siempre defendió con ánimo acalorado el papel de la madre patria. De estos sobresalen los publicanos en *La Iberia*: “La labor colonizadora de España” aparecido el 15 de julio de 1868; “España, madre de América” del 7 de marzo; “La España Colonizadora” del 9 de marzo de 1870. Y varios más por el estilo, aunque siempre con el ánimo de reconciliar a los mexicanos con su herencia española y atacando a la omnipresente Leyenda Negra. De esas fechas es la única misiva que se conserva y que enviara De la Portilla a Olavarría.

México, 15 de julio de 1875

Señor Don Enrique de Olavarría.

Madrid. Querido amigo:

Publiqué un día la correspondencia de Ud. relativa a la función de Aguado, y el día siguiente la carta que ese señor dirigió a Ud. sobre el mismo asunto; y por el correo inmediato le remití los dos artículos de *La Iberia* en que salieron ambas cosas: supongo que los habrá recibido. Más tarde reproduje el artículo que publicó Ud. en la *Prensa* sobre el Cinco de mayo [...] Veo con pena que las circunstancias de Ud. son aflictivas. Lo peor es que no me es lícito aconsejarle que vuelva a México porque las cosas de aquí no están mejor que las de allá. Más bien creo que podrá Ud. abrirse camino en Madrid con su talento y su trabajo, aunque para conseguirlo necesite Ud. mucho tiempo y mucha paciencia. Nos parecemos bastante en la mala ventura que nos persigue. *La Iberia* se muere. La propaganda contra ella ha sido terrible y los suscriptores se borran. La miseria está ya a mis puertas. No es esto lo peor para mí. *Lo más irritante es que los españoles de México desconocen lo que he hecho por vindicar nuestra historia y nuestras tradiciones en el Nuevo Mundo, por extirpar las preocupaciones hostiles del nombre español que aquí escribimos por tantos años. Aquí se olvida esto y se desconoce, y en España no se sabe.* He buscado al Senador varias veces y no he podido dar con él. Me he hecho retratar para mandar a Ud. el retrato que me pide. Va dentro de la *Iberia* en que salió el artículo de Ud. sobre el cinco de mayo. Por este mismo correo escribo unas letras a Joaquín. Toda esta familia agradece mucho los recuerdos de Ud. Póngame a los pies de su mamá y de doña Matilde y mande lo que quede a su afectísimo amigo.

Anselmo de la Portilla.²⁸¹

²⁸¹ Carta de Anselmo de la Portilla a Enrique de Olavarría FR- BN/ AEO y F.(C6, E5, D11). Cursivas añadidas.

A partir de lo anterior, es pertinente citar la opinión vertida por Olavarría al final del siglo XIX en su reseña teatral: un gesto que no puede ser sino un reconocimiento de la influencia y apoyo que De la Portilla tuvo para Olavarría:

En aquel mes de marzo de 1867 y en sus primeros días, el inolvidable caballero y escritor español don Anselmo de la Portilla, de imperecedera memoria para cuantos respetan la honradez sin tacha y el talento sin límite, empezó la publicación del gran periódico español en México que llamó *La Iberia* y tan bueno y útil fue para con los escritores mexicanos [...] *La iberia* confesaba no tener semejantes pretensiones [la necesidad de defender a los españoles en México], y sí únicamente el de evocar para sus compatriotas los dulces recuerdos de la patria ausente, sin pronunciarse por ningún partido, sin censurar ningún sistema, y sin echar en olvido que en tierra extranjera los españoles no son ni deben ser más que españoles.²⁸²

La nota en medio de una crónica cultural parecía más un, quizá, tardío homenaje para la labor de Anselmo de la Portilla en México. Más adelante Olavarría citará palabras de su maestro y fundador del diario hispano que en lo medular puntualizaba: “todas sus aspiraciones [de *La Iberia*] se reducen a representar modestamente un humilde papel, el ser el eco casi imperceptible de lo que aquí podemos llamar el pensamiento español, que es un pensamiento de paz, de trabajo y de progreso”.²⁸³ Esas últimas palabras que aspiraba De la Portilla se cumplieran en los españoles emigrados al Nuevo Mundo, fue sin duda una senda que siguió Enrique de Olavarría.

Con lo anterior, es posible entender las posibilidades enunciativas de Olavarría y así poder reconocer los alcances y límites de su horizonte. Se ha explicado cómo se fue desarrollando su vocación literaria e histórica al mismo tiempo que se integraba a la sociedad mexicana. Asimismo, se aprecia que su modelo tanto literario como histórico se potencializa en los episodios y de su impronta resulta una versión de la historia nacional que resulta tanto por su adhesión al liberalismo como por el respeto a la herencia hispano-criolla. Si bien la influencia de los guías e interlocutores, como Altamirano y De la Portilla fueron muy importantes en la formación literaria e ideológica del hispano-mexicano; Olavarría supo manejar su vida privada y profesional en medio de ambientes y situaciones

²⁸² Enrique de Olavarría, *Reseña histórica del teatro en México*, 1961, tomo II, pp. 720-721.

²⁸³ *Loc. Cit.*

que al final le favorecieron, antes que perjudicarlo, y pudo integrarse en una sociedad que no era la suya.

La senda cultural que atravesó el hispano-mexicano fue de la mano de los grandes paradigmas nacionalistas en las letras que nunca dejó de lado y que hoy permite vislumbrar otra parte de su horizonte enunciativo, que se reconfigura con el de los letrados mexicanos y de españoles asentados en estas tierras. Su obra está marcada por los tiempos y modelos literarios del último tercio del siglo XIX, pero mantuvo a resguardo algunos de los preceptos ideológicos adquiridos en su patria pese a la crítica que en varios momentos sufrió. Igual de importante es señalar que el conocer la formación de Olavarría, así como el desarrollo de los diversos espacios de discusión literaria mexicanos, en su concepción decimonónica, especialmente los emanados de liberalismo triunfante permite situar la obra olavarriana en el mismo tenor, con su particular liberalismo moderado, entre otros literatos surgidos después del fin del Segundo Imperio.

CAPÍTULO 2. ENTRE LO LITERARIO Y LO HISTÓRICO: LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

2.1 DELIMITACIÓN HISTORIOGRÁFICA

Después de haber descrito y examinado algunos de los elementos que conforman el horizonte enunciativo y circunstancias personales del hispano-mexicano Enrique de Olavarría, conviene centrar el análisis en sus episodios. El fin es proponer algunas rutas de exploración, desde una visión que enfatiza la posibilidad de apropiación desde la historiografía de un texto literario en particular. La ruta analítica en este capítulo comienza con la explicación de la trama, de ahí pasa a los elementos más relevantes de la diégesis para detenerse en los principales personajes por ser estos los que llevan el peso de la estrategia literaria.

Se ha considerado al análisis historiográfico en un nivel similar al que hoy mantiene la crítica literaria en su relación con el producto literario, una de muchas perspectivas que hoy conviven en los estudios históricos; el punto medular es “identificar las condiciones de posibilidad de las obras historiográficas”, como se han considerado a las series de novelas históricas sobre la guerra de emancipación nacional escritos por Olavarría. Para lo anterior se retoman conceptos de diferentes disciplinas que brinden soporte a una lectura, que aloja una perspectiva hermenéutica,²⁸⁴ la cual pone énfasis en los elementos nodales de un tipo específico de novela histórica denominada episodio nacional.²⁸⁵

Es necesario aclarar que se concibe a los episodios olavarrianos como narraciones que mantienen un sustrato y discurso histórico enmarcados por una circunstancia y clara intencionalidad que los torna pertinentes para el análisis historiográfico. En ellos, hay una visión del pasado y sentido de la historia que posibilita su estudio. Tal visión está en consonancia con la escritura que se denomina historiografía liberal y con un estilo retórico que predominaba en las narraciones históricas del periodo. En referencia a los textos de pretensiones historiográficas que se escribieron durante el último tercio del siglo XIX

²⁸⁴ En el sentido que le adjudica Ferraris, que considera a la hermenéutica como “un ejercicio transformativo y comunicativo” el cual se contrapone a una forma de “contemplación de las ciencias eternas, no alterables por el observador”. Es decir, se enfoca en la interpretación como transformación. En Mauricio Ferraris, *Historia de la hermenéutica*, 2007, p. 11.

²⁸⁵ Desde luego, en referencia al título que Benito Pérez Galdós, iniciador del género denominó a sus diferentes series de novelas sobre la historia decimonónica de España.

mexicano y que mantenían primordialmente una visión justificativa (una de las más polémicas, la tomada por Juárez en el juicio y ejecución de Maximiliano); una intención glorificadora (de los héroes de las “dos guerras” de Independencia) y la cimentación ideológica vía la construcción de un panteón laico. Un proceso que integró en la memoria histórica a un puñado de hombres. En palabras de Erika Pani:

Si la historia debía servir de ejemplo, debía mostrar las grandes cosas y los grandes hombres. No había lugar, en el relato épico, para las medias tintas, que no inspiraban pasiones, ni galvanizaban opiniones, ni creaban cultos: las virtudes debían ser incontrastables, los vicios repulsivos. Para acentuar los colores dramáticos de la representación, los historiadores liberales dejaron a pocos actores en escena, pero éstos prácticamente se convirtieron en alegorías de fortaleza y maldad. Se vituperaba los responsables del criminal asalto en contra de la soberanía mexicana, mientras que aquellos que la defendieron subieron al pedestal.²⁸⁶

Por otro lado, es necesario aclarar que de los diferentes modelos de análisis se ha considerado un trinomio formado por las dimensiones: autor, obra y género. Conviene poner el acento en la obra y en el género, al ser analizado el horizonte enunciativo de Olavarría en el capítulo anterior. Además, una condición que ayuda al estudio de los episodios olavarrianos es afirmar que es imposible dejar de lado la propia historicidad – posibilidad y condición tanto del pensamiento como del conocimiento histórico- del tipo de registro que se haya elegido. Como se ha señalado, el texto permite apreciar el horizonte de su autor a través de sus prejuicios, los cuales reflejan su ser histórico.²⁸⁷ Posturas como la anterior, desde la neo-hermenéutica, auxilian en mantener alejados a dos temidos fantasmas en el análisis del discurso histórico: el relativismo y el escepticismo,²⁸⁸ y ayudan a sostener la imposibilidad de una pretendida objetividad o neutralidad valorativa en estudios humanísticos, que incluye, desde luego, a los históricos y literarios.

Respecto a los registros escritos sobre el pasado, las perspectivas analíticas han cambiado de un modelo con pretensión científicista a uno más cercano a la aspiración

²⁸⁶ En Erika Pani, *El Segundo Imperio, pasados de usos múltiples*, 2004, p. 71.

²⁸⁷ Hans-Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios”, en *Verdad y Método*, volumen II, 1988, pp. 335- 342

²⁸⁸ Por ejemplo, ver Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentación y/o narrativa?”, en *Historia y Grafía*, 2005.

propuesta por Benedetto Croce: “el acto de comprender y entender”.²⁸⁹ Los documentos o “huellas” del pasado no son edificaciones asépticas libres de intencionalidad, ideología o mundano interés; son constructos portadores de sentido y significación de una sociedad determinada en el tiempo y en el espacio que intenta dar respuesta a diferentes inquietudes, problemas de su presente y que mantiene un horizonte de expectativas, como ha señalado Koselleck: “un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados”.²⁹⁰

En la actualidad se considera que el conocimiento sobre un hecho pasado no sólo tiene que ver con la cantidad de “nuevos” materiales o documentos que se descubran sobre un objeto de estudio específico. También, se trata de percibir los procesos de significación que tuvieron en el momento de su escritura y, el tipo de preguntas que desde el presente se le hacen a esas huellas o registros. Hoy en día, y con los diferentes enfoques desde otras disciplinas como la filosofía o la literatura, los estudios históricos han derivado en posturas como la del giro lingüístico que reorienta “el foco de la investigación hacia los modos de representación de la realidad, *antes que la realidad misma*”;²⁹¹ las novelas históricas, y por ende los episodios, serían, bajo la anterior propuesta, modos de representación historiográficos.

En el mismo sentido, los análisis contemporáneos incluyen fuentes que en otros tiempos serían consideradas residuales o epigonales: monumentos, rituales y, en general, los que han servido como ejemplo de una apropiación y construcción del pasado, que han pretendido “fijar” la historia o los hechos históricos como parte de una visión ideológica, de grupo, o con fines de tipo nacionalista. Dentro de estos modos de representación, la novela, y particularmente la histórica, sería un espacio discursivo que sirve para entender el horizonte histórico que cada sociedad construye en un espacio y tiempo específico, que la marca culturalmente y la cual tiende a ser una forma de autocomprensión.

A los episodios que escribiera Enrique de Olavarría, bajo el anterior punto de vista, se les puede considerar espacios de lectura y apropiación simbólica de un pasado fundamental de la nación como lo fue el proceso de la guerra por alcanzar la

²⁸⁹ Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, 2005, p. 17.

²⁹⁰ Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*, 2003, p. 113.

²⁹¹ Elías Palti, “El “giro lingüístico” y la dinámica de la reflexividad de la crítica”, en *Reflexiones en torno a la historiografía crítica*, 2002, p. 50.

Independencia. Además, mantienen un sesgo que pondera lo ideológico que no es casual; valiéndose de un aparente hueco historiográfico, presentan al lector espacios de conciliación. Debe recordarse que en la década de 1880, el líder de la comunidad letrada, Ignacio Manuel Altamirano, seguía quejándose de que la literatura en México no alcanzara categoría de nacional.²⁹²

En ese periodo el auge de las novelas por entregas, particularmente la novela histórica, competía con el género histórico por el espacio de los imaginarios, entre otras causas, debido a la poca producción de este tipo de textos que eran escasos y costosos;²⁹³ a una pobre cultura histórica, por la insuficiente formación escolar básica, y a los contados textos accesibles a los grandes sectores sociales que sirvieran para la rememoración y dieran a conocer los hechos y los grandes héroes.²⁹⁴ Una ruta viable en la investigación considera exponer algunos puntos de vista sobre los episodios como un tipo particular de literatura patria. Para después entrar de lleno al análisis de éstos. Asimismo, cabe puntualizar que muchas novelas históricas del último tercio del siglo XIX mexicano toman como sustrato datos avalados por fuentes documentales con la idea de recrear sucesos históricos, que se aúnan con personajes y situaciones ficticias, y pretenden ofrecer al lector una narración que se presume cercana a la veracidad histórica en ese tiempo válida, ya que la Historia como disciplina aún estaba en construcción. Por lo anterior, no se ha considerado adecuado intentar separar las dimensiones histórica y literaria que coexisten como un todo narrativo, sino analizar por separado los elementos más relevantes.

2.2 LA ASPIRACIÓN NACIONAL Y LA IDENTIDAD CRIOLLA

Se torna necesario abrir un paréntesis y reflexionar sobre el tipo de nación que un segmento de esa generación de literatos imaginaba, modelo que se repetía en algunos casos en

²⁹²Se considera que las obras de crítica literaria de Altamirano (como sus diferentes *Revistas*) son propiamente, como señala José Luis Martínez, una historia de la literatura del periodo que integra “una reflexión crítica y una secuencia histórica”, en “Prólogo”, *La literatura nacional*, 2002, p. viii.

²⁹³ Altamirano señala en el “Prólogo a *El Romancero Nacional*, los textos históricos de “Bustamante, Mora, Zavala y Alamán”. Además se queja de los pocos monumentos de homenaje y de que fueran más conocidas la vida y obra de los santos que la de los primeros héroes. En Ignacio Manuel Altamirano, “Prólogo”, *El Romancero nacional* de Guillermo Prieto, 1988, p. 289.

²⁹⁴*Ibidem*, pp. 286 y ss.

Latinoamérica con sus respectivas particularidades.²⁹⁵ En el caso de México, Altamirano se acercaba, para algunos,²⁹⁶ al modelo propuesto por el francés Ernest Renan. Éste, en una famosa conferencia dictada en la Sorbona en 1882, remarcaba que ni lo étnico, lo religioso o lo lingüístico podían lograr, por sí mismos, que existiera una nación y así lo sostenía:²⁹⁷

El hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni de los cursos de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia moral que se llama una nación. Mientras esta conciencia moral prueba su fuerza por los sacrificios que exigen la abdicación del individuo en provecho de una comunidad, es legítima, tiene el derecho a existir.²⁹⁸

La conciencia moral que señalaba Renán tenía que ver con lo que denominaba “principio espiritual”, el cual se daba entre los individuos y era materializado a través del respeto a una herencia (un pasado) en común. Una suma de aciertos, errores y sacrificios que se unen con el presente por medio de la mitificación y remembranza a los próceres más distinguidos de etapas fundacionales y heroicas. Ese culto a un pasado glorioso y fundamental sería la senda que estaba en consonancia con lo que expresara Altamirano durante dos décadas. Si se concebía un propósito social a la novela mexicana, enunciado en 1867,²⁹⁹ todavía estaba vigente en la década de 1880 y era: una manera de moralizar a los sectores que no contaban con recursos para adquirir libros o una educación formal. Por lo anterior, el novelista en

²⁹⁵ Como señala François Xavier Guerra, la nación es un concepto central de la historia contemporánea y para el caso de las repúblicas latinoamericanas tiene que ver con el resquebrajamiento del Imperio Español y del Luso brasileño. Las naciones modernas no serían un ente atemporal ni tampoco invención, sino “una nueva manera de concebir una colectividad, como forma inédita de organización social [...] un nuevo modelo de comunidad política, síntesis de diversos atributos ligados entre sí; como una combinatoria inédita de ideas, imaginarios, valores, y por ende de comportamientos...”. En *Inventado la Nación...*, 2003, p. 8.

²⁹⁶ Esto lo sostiene Christopher Conway en “Altamirano y la Novela Nacional”, en *Doscientos años de narrativa mexicana siglo XIX*, 2010, p. 42.

²⁹⁷ “La nación, como el individuo, es el resultado de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de desvelos. El culto a los antepasados es, entre todos, el más legítimo; los antepasados nos han hecho lo que somos. Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria (se entiende, la verdadera), he ahí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer seguir haciéndolas aún, he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo”. Ernest Renan *¿Qué es una Nación?*, 2004, p. 10.

²⁹⁸ *Ibidem*, p. 12.

²⁹⁹ “La novela hoy [1867] ocupa un rango superior [al de las leyendas de caballerías] y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella, el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas.” Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas Literarias de México”. En *La literatura nacional*, 2002, pp. 17-18.

México no sólo asumía un deber literario, también uno pedagógico e ideológico y tenía mayores ventajas, según Altamirano, que los propios historiadores.

Por contraste, en lo tocante al discurso histórico la tarea fue menos exitosa. Debe recordarse que en aquel tiempo, sin una clara separación disciplinar,³⁰⁰ los textos históricos eran considerados parte de la *bella literatura*. Una cita de Altamirano puede ayudar a esclarecer el panorama historiográfico:

Es opinión muy frecuente que la historia de la insurrección desde 1810 a 1821, no está aún escrita, como debe escribirse, con todos los datos y con un criterio elevado e imparcial [...] Los libros de don Carlos María de Bustamante son como dice Guillermo Prieto, un nido de urraca... La falta de método, el estilo disparatado y chabacano de este autor, su credulidad pueril, su falta de “talento y de luces” como dice Zavala, eclipsan el mérito de los buenos datos que contienen [...] Así es: que el Cuadro histórico no es una historia. Pero todavía menos lo es la Historia de Alamán a pesar de su mejor orden metódico y de su buen estilo. Alamán escribió de mala fe, para halagar a los españoles, para denigrar a los padres de la Independencia.³⁰¹

Altamirano, además de ignorar versiones históricas de corte conservador, como la de Niceto de Zamañois ya totalmente publicada en ese tiempo, no dejaba de criticar otras visiones de la guerra de Independencia incluyendo a correligionarios liberales como Lorenzo Zavala o la de José María Luis Mora. Para él faltaba alguien con mejores informes y mayor serenidad de espíritu para esa misión patriótica. Además, en el mismo texto, sostenía que en México el escritor de estudios históricos tenía una desventaja frente al de temas literarios, ya que no se poseía una sola biblioteca que contara con una colección completa y en no pocos casos el escritor estaba obligado a recurrir a particulares los cuales mantenían en su poder documentos originales de la época;³⁰² sin dejar de mencionar que

³⁰⁰ Altamirano es uno de los que más deja en claro este tema, pero hubo otros que también lo señalaban, un ejemplo es el ensayo que presentara en varias sesiones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en 1865, el liberal moderado Manuel Larrainzar titulado “Algunas ideas sobre la Historia y manera de escribir la de México”. Ahí señalaba que la historia era un “ramo importante de la literatura”. El estudio es valioso en muchos sentidos, sobre todo porque permite apreciar la visión de la historia y los modelos para escribirla que todavía se consideraban válidos: lo clásico (Cicerón/Horacio) con lo romántico (Rousseau/Lamartine) y con un toque esperable de providencialismo. En *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la Historia*, 2001, pp. 171 y ss.

³⁰¹ Ignacio Manuel Altamirano, “Revista Literaria (1883)”, en *La literatura nacional*, t. II, 2002, p. 109.

³⁰² Según José Díaz Covarrubias en México sólo había veinte bibliotecas públicas, y en la capital sólo tres. Citado en *Historia de la lectura en México*, 1999, p. 141.

finalizada la obra no era menor el trabajo de buscar un editor que se arriesgara a publicarla, por la indiferencia del público.³⁰³

Así pues, destaca que al elaborar sus episodios Olavarría pareciera tener en mente algo similar a lo que señalara en 1883 su maestro Altamirano, ya que el hispano-mexicano criticaba a la obra histórica de Bustamante en un tono parecido. Entonces, es posible suponer la coincidencia, o influencia, del maestro en el discípulo. De lo anterior se puede entender que la visión histórica que Olavarría forjara en sus novelas no estaba, en lo general, en desacuerdo con opiniones liberales del momento. Entonces, si las obras propiamente históricas en el periodo eran ignoradas, escasas, inaccesibles o partidistas, no había versiones históricas con los méritos necesarios y uno de los pocos espacios que había para seguir imaginando, y construyendo la nación liberal era el que brindaban las obras literarias.

Un punto en el que es necesario detenerse por la relevancia en los episodios olavarrianos, es la apropiación y construcción de la condición social de criollo que existía entre los literatos en la época ya que esta es uno de los puntos sobre los cuales se inicia y sostiene tanto la trama como la visión sobre la historia ahí presente. La categoría de criollo a la que refiere el escritor hispano-mexicano no es la simplificada que comúnmente se considera hoy válida: los hijos de españoles nacidos en tierras americanas. A diferencia de lo que la historia oficial puntualiza sobre la mencionada condición social, en ese tiempo, no estaba ceñida a los hijos de padres españoles nacidos en América,³⁰⁴ o por extensión en la Nueva España. Muchos de los literatos de aquella época se apropiaban de la categoría con una libertad que muestra cómo los términos mantienen su propia historicidad.

Ejemplos de lo anterior hay varios; uno es la forma en la que el propio Altamirano utiliza el término: “Los primeros caudillos [de la independencia] habían nacido en el seno de las castas mestizas que los españoles llamaban con desdén criollas”.³⁰⁵ Otro se encuentra en voz de Vicente Riva Palacio que en la “Introducción” al tomo que escribiera de *México a través de los siglos* así se refería: “Los que se llaman criollos, pueblo nuevo y raza

³⁰³ Ignacio Manuel Altamirano, “Revista Literaria (1883)”, en *La literatura nacional*, t. II, 2002, p. 77.

³⁰⁴ Desde el análisis histórico actual se propone al criollo como “una persona cuyo centro de vida social y económica estaba en América” con lo que se incluiría a algunos de los funcionarios nacidos en España pero que ya tenían lazos y arraigo familiar; situación que era incluso conocida y aceptada por la propia Corona Española. Ver Horst Pietschaman, *Inventado la Nación*, 2003, p. 65.

³⁰⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *Revista Histórica y Política*, Obras Completas II, 1986, p. 22.

belicosa é inteligente, que formando una clase intermedia entre español é indios” fue la que consumaría la Independencia.³⁰⁶ Una concepción discordante en la época la aportaría Zamaçois que la omite y prefiere construir su versión histórica dividiendo a la población de origen o herencia hispana entre “europeos” y “americanos”.³⁰⁷ Lo relevante es destacar que la indefinición o aparente confusión tanto de Olavarría como de los otros literatos, más bien obedecería a que la propia identidad nacional estaba en una fase crucial de conformación.

En lo que respecta a la forma en que se representa, divide y clasifica ideológicamente a los grupos criollos que coexistían en la Nueva España en los episodios olavarrianos. Hay sectores sociales que claramente son identificables: hispánicos (es decir españoles de origen peninsular) y algunos ricos, aunque nacidos en América, se adhieren al partido “europeo”. Otro grupo estaba conformado por miembros de clase media y media baja: criollos que se organizaban para lograr una separación del virreinato y que son presentados al lector como opositores a los peninsulares que detentaban un virtual monopolio de los puestos públicos. Sin embargo, este grupo era diferente al que perseguía la emancipación, también perteneciente a los sectores medios, y en el cual se percibe un claro patriotismo apoyado en un sentimiento ilustrado, como el del propio Miguel Hidalgo, y de los que liderarían la insurrección de Dolores. Es decir, al lector le queda claro que dentro de los criollos había algunos que luchaban a favor de un estatuto más parecido a un reino separado, pero ligado a la Corona española, y otros que desde tiempo antes conspiraban a favor de una separación e independencia de España.

Es destacable que la separación étnica en los episodios vuelve a coincidir con la propuesta de Altamirano.³⁰⁸ Para él, entre los sectores criollos hubo miembros de una virtual aristocracia que no se identificaron con el movimiento emancipador, hijos de españoles, americanos que pertenecían a sectores acomodados y privilegiados: miembros del alto clero, algunos nobles, mineros y comerciantes ricos, los cuales “apenas” podían ser

³⁰⁶ Vicente Riva Palacio, “Introducción”, “El virreinato”, en *México a través de los siglos*, 2007, p. 24, versión digital en CD.

³⁰⁷ Zamaçois rehúye utilizar a los términos “criollo” y “gachupín” y señala que el antagonismo entre los términos fue inventado por las versiones históricas liberales como la de Bustamante y subraya en la época su utilización era solamente clasificatoria. *Historia de Méjico*..., T.V., Cap. VII., p. 85, 1876.

³⁰⁸ Ignacio Manuel Altamirano, “Revista histórica y política (1821-1882)”, en *Obras completas II*, 1986, p. 22.

supuestos como criollos.³⁰⁹ En la narración episódica se sigue una línea argumental que sostiene que el grupo de criollos que iniciaron la “insurrección de 1810” y al cual se uniría “el elemento popular” no fue el grupo que la consumó.

Llama la atención que en los episodios, los personajes que pudieran ser descritos como mestizos no toman parte activa en la primera parte de la insurrección, incluso la vanguardia de las huestes de Hidalgo: los indígenas y campesinos que tienen relevancia en los hechos no son presentados de manera muy favorable. El elemento mestizo sólo comienza a sobresalir en cuanto ingresa el personaje de Morelos a la narración.³¹⁰ A partir de lo anterior se puede entender por qué Olavarría construyó la trama poniendo tanto énfasis en el segmento criollo, apegándose al horizonte (ideológico liberal). Al final, este grupo social tiene una relevancia que no alcanzan ni las castas ni los mestizos, por lo menos en la primera parte de la insurrección. Es necesario resaltar que en la narración el otro grupo que compite en importancia es el español o europeo, un elemento que remite a una cierta intención de hacer “justicia” con los personajes hispanos, del tiempo de la independencia, que en el periodo de los episodios serían injustamente condenados al ostracismo.

2.3 UNA APROXIMACIÓN GENERAL A LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

Con base en lo anterior, este análisis parte de las posibilidades que nos brinda la teoría literaria que considera a los episodios como un tipo particular de novelas históricas. Así pues, y desde una perspectiva como la de Celia Fernández, la novela de tipo episódico se puede considerar como una subcategoría específica de la novela histórica³¹¹ que mantiene puntos en común con la novela realista,³¹² por lo cual no es extraño que los escritos por

³⁰⁹ *Ibidem*, p. 23.

³¹⁰ La excepción será el personaje del “Pípila” el cual pertenece al pueblo y sin mayor instrucción da muestras de lealtad, valentía y solidaridad tanto para su amigo el español Juan Antonio Riaño (intendente de Guanajuato en 1810) y su posterior líder el criollo Miguel Hidalgo. Este personaje es importante para el desarrollo de esta investigación por lo que será analizado, por separado, en el último capítulo.

³¹¹ “El *episodio nacional* significa una renovación de la novela histórica [en España] que opta por situar su diégesis en un periodo de la historia nacional próximo al presente de autor y lectores”. En Celia Fernández, *Historia y Novela: Poética de la novela histórica*, 1998, p. 115.

³¹² “La novela histórica se aproxima a la novela realista en la medida en que los dos géneros pretenden provocar un efecto de realidad, una descodificación o actualización realista por parte del lector, aunque de distinto tipo. En la novela realista, el lector es llamado a proyectar su visión del mundo y de la realidad sobre el mundo intencional creado en el texto. En la novela histórica, en cambio, el lector proyecta y confronta la imagen del pasado que posee con la que le ofrece el discurso narrativo”. *Ibidem*, p. 187.

Olavarría mantengan la estructura de un romance en el cual sobresale una relación amorosa conflictiva y con situaciones extremas que se van desarrollando al mismo tiempo que los sucesos históricos anclan el relato.³¹³ En lo relacionado al tipo de narración, por su propia estructura espacio-temporal, sujeta a un periodo específico de la historia de un país, en los episodios el tiempo narrativo es lineal y aunque desplaza al lector por diferentes dimensiones.

Destaca que los sucesos históricos no sean un simple telón de fondo como en la mayoría de las novelas históricas; conforman una parte esencial del universo narrativo en el cual se desenvuelven, por la intención explícita del autor-narrador de que al lector le quedara claro cuáles eran producto de las versiones historiográficas y cuáles de la imaginación, es decir hay una separación artificial en el universo diegético.³¹⁴ Asimismo, los acontecimientos y los personajes históricos toman preponderancia y se acercan al modelo “testimonial” de Vigny citado en la introducción de este análisis. Por lo anterior se entiende que los personajes históricos que aparecen en la diégesis no fueran meros referentes o símbolos que se queden alejados de la trama literaria en un segundo plano. Algunos de ellos, atípicamente, intervienen directamente en la solución de los obstáculos que se le presentan a la familia Arias, personajes centrales. Es decir, de forma inesperada hay dos esferas que por expresa intención narrativa se perciben como separadas en varios momentos de la narración y ofrecen al lector una mirada histórica y que permite conocer a los líderes de la rebelión insurgente en su faceta más humana y por ende hay mayor empatía con el lector. De tal combinación resulta que algunos de los principales personajes son elementos esenciales para el análisis historiográfico, y no sólo por su relevancia para

³¹³ Los recursos que utiliza el novelista son múltiples. Aunque los episodios olavarríanos son un tipo de novela histórica “contemporánea” el modelo deviene de las novelas románticas de ese tiempo y del cual se apropia lo que le conviene. Sobre este tópico Carlos Mata señala: “encontraremos en las páginas de estas novelas [históricas] desafíos y duelos, torneos, juicios de Dios, combates, singulares, batallas, asaltos a castillos, amores clandestinos, enfrentamientos entre padres e hijos, raptos, cuchilladas [...] bailes, banquetes, descripciones armas, vestidos y objetos lujosos, enfrentamientos raciales, persecuciones religiosas, bandidos, salteadores, votos y juramentos, hechicería, magia, agüeros, pasiones violentas, conspiraciones, intrigas palaciegas, venganzas, embozados, e incógnitos, etc.” En: “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”, en *La Novela histórica Teoría y comentarios*, 1998, pp. 120-121.

³¹⁴ Ver el apartado cuarto de la Introducción.

alcanzar la solución de la trama, ya que tiene un rol “testigos” clave de sucesos opacos en la historiografía.

El suceso con el que inicia toda la serie de episodios es la agitación, en 1808, que hay en la ciudad de México por las noticias recién llegadas de Europa, que daban cuenta del levantamiento en masa del pueblo español en contra de las tropas de ocupación napoleónicas, lo cual añadía un factor más de discordia entre los que la voz narrativa refiere como “europeos y criollos”.³¹⁵ Después, se pasa de un inicial suceso público y político para inmediatamente desplazarlo al plano individual; una buena relación personal y de afecto que va derivando en conflicto entre el criollo y empleado de una hacienda, ubicada en Cuernavaca, Benito Arias y su patrón: el español Gabriel de Yermo; éste, además, es tutor de la también criolla, María, pretendida por Benito. Llama la atención que antes de describir en mayor profundidad a los personajes principales, los futuros esposos Arias, el comentario recaiga sobre Yermo: “el vizcaíno más guapetón y sin tacha que se decía haber venido á esta Nueva España”³¹⁶ que además se puntualice que era generoso y liberal ya que en 1790 había liberado 400 esclavos con motivo del nacimiento de su hijo.³¹⁷

Un comienzo centrado en los sucesos históricos, antes que en los personajes, es un primer elemento que diferencia los episodios olavarrianos de otras novelas mexicanas que retoman los hechos de la Independencia. Por ejemplo, en *Gil Gómez el insurgente* (1858), hasta después de la segunda parte de la novela, y cuando los personajes principales y la intriga están esclarecidos para el lector, la trama recae en el conflicto social y la revuelta.³¹⁸ Otro caso parecido es *Sacerdote y Caudillo* de Juan A. Mateos (1869) que prioriza una explicación previa del origen familiar de Miguel Hidalgo, así como de sus años de rector del Colegio de San Nicolás en la entonces Valladolid, para después desarrollar una trama alrededor de sus amigos y enemigos; en los usos y abusos de la Inquisición en esos años;

³¹⁵ De Olavarría, 1ra, I. p. 12.

³¹⁶ Gabriel de Yermo fue un personaje histórico y es mencionado con encomio por Alamán en su versión de la guerra de Independencia, Olavarría tuvo como una de sus fuentes más respetadas en sus episodios la del líder de los conservadores mexicanos. Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, edición facsimilar de 1985, tomo 1, p. 238. Se reitera que en todos los documentos o textos de época se respeta la ortografía original, salvo en los casos en que se cuente con una edición moderna.

³¹⁷ De Olavarría, 1ra, I. p. 11.

³¹⁸ Hasta el capítulo IX de la segunda parte se da cuenta al lector de la situación de la Nueva España en 1810: “De lo que pasaba en el pueblo de Dolores la noche del 15 de septiembre de 1810”, Juan Díaz Covarrubias, *Gil Gómez el insurgente*, 1991, p. 89.

llevando las peripecias de un estudiante tonsurado que, pese a una supuesta vocación religiosa, se enamora de la hija de un acaudalado portugués al que se le acusa falsamente, ante la Inquisición, de practicar ritos fuera del canon católico.³¹⁹

El conflicto en la narrativa episódica comienza cuando Yermo, establecido en su casa de la ciudad de México, se reúne con Benito y le señala que tiene un par de miles de pesos correspondientes a su ahorro y los pone a su disposición para lo que él desee. Benito piensa que Yermo ya no lo considera ni fiel servidor ni amigo, por el contrario, el hacendado le reconoce su trabajo, pero le aclara que debido a los hechos ocurridos en España la división entre “europeos” y “criollos”³²⁰ se acentuará y ante esa situación, él le deja libre de apoyar al bando que prefiera. El diálogo cambia súbitamente y se centra en la venia de Yermo para el posible matrimonio de Benito con su protegida María, huérfana de un antiguo mayordomo español. Más adelante, otro personaje se unirá al trance: Miguel Garrido, que por codicia antes que por amor o pasión, desea casarse con María, dando lugar a un sinfín de enredos que suceden en los distintos planos, y que empalman lo literario con lo histórico. Así comienza el conflicto de intereses y sentimientos entre Benito, María, Yermo y Miguel. El amor entre Benito y María, así como las múltiples dificultades que enfrentan los amantes será el hilo conductor de los primeros episodios.

2.4 LOS REFERENTES HISTÓRICOS DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

2.4.1 ESPACIOS, LUGARES Y TEMPORALIDAD

En los episodios olavarrianos hay, esperablemente, muchos elementos que remiten a sucesos propiamente históricos y que tienen relevancia para la decodificación de lo narrado. Si se toma como ejemplo al primer episodio, *Las joyas de la Reyna Luisa*, ahí se da cuenta de lugares en los que se desarrolla la trama. Al lector se le describen espacios emblemáticos: el zócalo de la capital, los alrededores y los edificios que lo circundan. En otros espacios como los salones del Ayuntamiento y en el palacio virreinal sucedían

³¹⁹ Toda la primera parte de la extensa novela, que tiene una segunda parte (*Los insurgentes*) centrada en la figura de Morelos, muestra doctrinariamente, como era de esperarse en plena Restauración republicana, un ambiente lleno de abusos por parte de las instituciones eclesiásticas y de algunos de sus representantes, incluyendo algunos personajes históricos. Ver Juan A. Mateos, *Sacerdote y Caudillo*, 1986, pp. 313 y ss.

³²⁰ Tal separación social aparece desde el inicio del primer episodio. De Olavarría, 1ra, I. p. 25.

acontecimientos que se relacionaban tanto con los insurrectos como con la historia de amor entre Benito y María.

Después, la narración pasa al puerto de Veracruz, para dar cuenta de un motín contra unos supuestos representantes de José Bonaparte, que añade una larga explicación sobre la situación de España, para regresar los sucesos al Ayuntamiento de la capital y retomar el hilo conductor que en varias ocasiones se concentra en los salones de la casa de Yermo. Otros espacios que aparecen reiteradamente son los salones del palacio de gobierno, por ejemplo el vestíbulo de la Virreina, en los cuales crecía la intriga entre los que veían en la confusión imperante, una oportunidad de monopolizar el poder como el Virrey Iturrigaray, y otros que deseaban mantener el estado de las cosas vigentes. Desde luego, hay momentos en que más espacios son nombrados según sea su importancia en los sucesos: la cárcel de la “Corte”, lugar en el cual fuera apresado Benito resultado de las trampas de Miguel; la plaza de “El Volador”, un “Café de Medina”, lugar de la aprehensión de Benito; los portales de “Mercaderes y de las Flores”, sitios en donde se unieron los españoles que dieron un golpe contra Iturrigaray.

Aparte de los lugares señalados, hay una clara referencia y delimitación temporal que guía una narración, como antes se ha enfatizado, en mayor grado lineal que ayuda al lector para decodificar los diferentes lugares en los que se despliega la trama. La voz narrativa da cuenta de diversas fechas clave para comprender los sucesos: 29 de julio de 1808, inicio de los episodios; 3 y 5 de agosto, reunión de las autoridades en el Ayuntamiento de la ciudad de México para enfrentar el vacío de poder en la Metrópoli; 9 de agosto, junta general promovida por Iturrigaray; 13 de agosto, jura del nuevo rey Fernando VII; 1 de septiembre nueva junta, solicitada por el Virrey que desconocía a las que se formaron en España; 2 de septiembre, consulta para escoger el método en que deberían hacerse las elecciones de diputados a la Junta General o al Congreso de España; 15 de septiembre rebelión del partido español contra Iturrigaray; 16 de septiembre, proclama de los sublevados al pueblo explicando las causas de la aprehensión del Virrey. Además de estas fechas, en algunos momentos se hace referencia a otras anteriores o paradigmáticas, por ejemplo, 1789 por la Revolución Francesa, ya sea para contextualizar o sostener un argumento. La gran cantidad de fechas y sucesos que irrumpen en el relato,

pueden ser muestra de que la intención del narrador fue ofrecer al lector de la época un panorama general de los acontecimientos históricos.

2.4.2 BIOGRAFÍAS, DATOS, FECHAS, Y NARRADOR

Otros aspectos relevantes en la narración episódica son los datos históricos que destacan en ella. Así pues, se encuentran menciones biográficas de muchos personajes históricos de todo orden que tuvieron un papel destacado en alguna parte de los sucesos. Por ejemplo, el lector se entera, inmediatamente después de la descripción crítica del Virrey Iturrigaray, de quien fue Joaquina Aranguren, se explica su origen navarro y su matrimonio con un mexicano, y se le señala como “el instrumento de los malos manejos” administrativos de Iturrigaray.³²¹ Lo anterior parece un afán del narrador para brindarle al lector la mayor cantidad de datos sobre los personajes que rodearon a cada uno de los hechos o situaciones que considera determinantes para el desarrollo de la trama y de los propios sucesos históricos que corren detrás. Es decir, el apoyo contextual y documental que coadyuva a la decodificación por parte del lector tiene que ver con una intención persuasiva que pretende convencer, desde lo novelesco, en una forma similar al modelo de la historia retórica que propone María Luna para el siglo XIX mexicano.³²²

En lo referente a la voz narrativa, ésta resalta en la diégesis, mucho más que en otras novelas históricas del periodo,³²³ y de manera preponderante irrumpe con juicios que no solo son guías para el lector, son formas de apropiación de lo histórico. Un ejemplo:

A este hombre [el Virrey Iturrigaray] sórdidamente avaro, que veía en la desigual lucha de su patria con los ejércitos de Napoleón un medio de mantenerse en el alto empleo que tan pingües beneficios le producía, fué á quien trataron de ganar para el logro de sus planes los licenciados Azcárate y Verdad.³²⁴

³²¹ De Olavarría, 1ra, I. p. 25.

³²² María Luna, “La escritura de la historia y la tradición retórica (1834-1835)” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, p. 32, 2004.

³²³ En general y para evitar reiteraciones se hará referencia como narrador o voz narrativa al que cuenta la historia, a ese “locutor imaginario”. Ver voz “Narrador” en Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, 2006, p. 354

³²⁴ De Olavarría, 1ra, I. p. 25.

Persiste el afán por mostrar los mayores datos y sucesos que rodearon a los personajes que el autor considera claves. A partir de lo anterior, se logra la reconstrucción de segmentos de la vida pública y privada de muchos de ellos y por momentos alcanza un efecto de pretendida totalidad para el lector que, de forma atípica, conoce a los personajes históricos de forma más detallada de como los presentaban las novelas de la época.

2.5. UN ACERCAMIENTO DETALLADO A LA ESTRATEGIA NARRATIVA

Después de haber examinado los referentes históricos de la diégesis de los episodios olavarrianos conviene enfatizar algunos aspectos del armazón narrativo. La trama de los episodios comienza con la mención de la fecha exacta: “el viernes 29 de julio de 1808”,³²⁵ con una descripción y alabanza al zócalo de la ciudad de México, cuando en éste había balaustradas y la estatua de Carlos IV, y era colmada por los sectores sociales del país que son representados en la narración: españoles, criollos, mestizos e indios.

Desde el primer episodio es claro el énfasis en lo sucesos; el relato pasa de la relación amorosa entre Benito y María a los eventos que se desarrollan en los altos sectores del poder político; los personajes históricos son presentados al lector de forma parecida a los literarios. Por ejemplo, así describe María al antagonista Miguel Garrido:

Miguel no es de aquellos hombres que pueden conquistar simpatías de mujeres como yo. Ligerero en obras y carácter, ha dado fin su vida loca de aventuras solicitando y obteniendo una plaza en uno de los dos regimientos de dragones: su porvenir nada, pues, ofrece de seductor para una mujer; y si aun insiste en molestarme con sus pretendidos afectos, es porque ve en mi humilde dote un medio para rescatarse del servicio y lanzarse á una vida loca de holganza y disipación.³²⁶

En el caso de un personaje histórico, sobresale la relevancia en lo público de la descripción que ofrece la voz narrativa:

El Excmo. Sr. D. José de Iturrigaray, graduado Teniente general de los Ejércitos Españoles: nacido en Cádiz, se distinguió en Rosellón como coronel de Carabineros Reales, luchando contra los franceses en 1792; pero no á sus méritos militares sino

³²⁵De Olavarría, 1ra, I, p. 2.

³²⁶De Olavarría, 1ra, I, p. 22.

á su particular amistad con él, funesto a su patria, don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, debió Iturrigaray el virreinato de Nueva España. Su capacidad no pasó de la raya de lo común: en cambio su avaricia fué de lo más extraordinario.³²⁷

Como se nota, la descripción del personaje histórico es más crítica, con algunos referentes de la historia de España, signos que siguen mostrando lo que al narrador le interesa resaltar. Estos ejemplos sirven para conocer el tipo de registro presente en los episodios. Más adelante se analizan los personajes clave, su utilización y carácter alegórico; ahora lo importante es reconocer, en lo general, el tipo de juicios que aparecen en los episodios olavarrianos.

A lo largo de los primeros episodios, la trama amorosa se complica y por momentos puede apabullar al lector, que apenas decodifica la situación de los personajes que luchan por alcanzar su plenitud y tiene que conocer a los sucesos que se van dando en Europa y en la todavía denominada Nueva España. Las vicisitudes que enfrentan Benito y María pasan de una inicial felicidad, por un amor correspondido entre ellos, a una primera situación compleja que sorpresivamente no es el antagonismo de Miguel Garrido: María pide a Benito que salga de la casa de Yermo y se alíe al partido criollo sin importar los lazos que los unen. Ante las comprensibles dudas de Benito, ella le señala: “tú debes saber cumplir con tu conciencia, no deteniéndote ante ningún obstáculo, inclusive el de mi amor”.³²⁸ El patriotismo y conciencia política de María, además de sus cualidades físicas que recuerdan las virtudes de la heroína romántica, toda belleza e integridad, sorprenden a Benito que vacila por el apego y gratitud que debe a Yermo.

La narración y los hechos ahí vertidos se complican, tanto en lo individual como en lo social, los sucesos de los Arias se desarrollan y mezclan con los acontecimientos sobre la rebelión. El universo diegético se torna complejo, ya que desde las primeras páginas se ven repletas de nombres, biografías, descripciones de lugares, fragmentos de la historia local y europea, en medio de un amor que enfrenta muchos de los retos que generalmente conviven en las novelas románticas.³²⁹

³²⁷ *Ibidem*, p. 24.

³²⁸ De Olavarría, 1ra, I. p. 21.

³²⁹ Carlos Mata señala al respecto: “la protagonista está idealizada al máximo; es una mujer hermosa como un sueño y de bondad sin par, tierna y delicada [...] representa a veces el amor salvador típico del romanticismo”, en *La novela histórica teoría y comentarios*, 1998, p. 131.

2.6 LOS PERSONAJES CENTRALES: PRIMERO, EL ANTAGONISTA

Es conveniente iniciar el análisis a los personajes centrales con el mayor antagonista: el primo incómodo de la heroína, Miguel Garrido, ya que no sólo es el enemigo de los Arias, es fiel representante de la maldad prototípica en las novelas. Sin embargo, y en contra del modelo imperante, su personalidad ambiciosa, temeraria y libre de escrúpulos no corresponde al modelo fisonomista de asimetría física que generalmente correspondían a este tipo de personajes.³³⁰ Por el contrario, mantiene muchas cualidades aunadas a una inteligencia notable, sólo superada por su ambición.³³¹ A las dotes de seductor aplicada con las mujeres se unía la de saber manipular a los hombres. Sus trampas en contra de Benito son tales que la vida del líder del partido criollo se pone en varias ocasiones en peligro de muerte. Al ser tan encantador y lisonjero parece natural que sepa controlar a los personajes con los que se convive en la intriga. Un ejemplo ilustrativo sobre el actuar del infame personaje es un diálogo entre éste y el Virrey, en los días en que el gobernante jugaba con dobles cartas, al alentar al partido criollo, siendo líder cuasi natural del partido español. La charla versaba sobre un informe que le diera Garrido sobre dichos del padre Talamantes, que acrecentaban las dudas del gobernante sobre a cuál partido apoyar en definitiva, a las que el malvado respondía con argumentos como el siguiente:

La lucha no va á tener lugar entre los verdaderos hijos del país y los europeos, sino entre los europeos divididos en dos bandos, uno que quiere hacer de Nueva España un reino independiente de la metrópoli pero á la española; á este pertenecemos nosotros, otro que á toda costa quiere mantenernos dependientes de España, mande en ella quien mande y como quiera que se les antoje mandarnos. Tales son los verdaderos, los únicos contendientes; si los criollos y el Ayuntamiento se unen á

³³⁰ Juan A. Mateos, en la mayor parte de sus novelas describe a los personajes malvados acentuando sus defectos físicos hasta lo ridículo y más cuando se trata de personajes históricos. Un ejemplo, así describe al secretario de la legación francesa durante el Segundo Imperio, Alphonse Dubois de Saligny: “Este gracioso personaje tiene una fisonomía rara: ha enalvecido por secciones, y su cabeza presenta, por la falta desigual del cabello, el aspecto de un tablero de damas. Tiene la frente de un gato, un ojo cerrado y otro a medio cerrar, su nariz es igual al pico de un tecolote, su boca demasiado grande; su cabeza aplastada y deforme y una barba rala de color indefinido”, *El Cerro de las Campanas*, 1985, p. 53.

³³¹ “Miguel Garrido era famoso por su vida disipada y fastuosa de otros días, era de hermosa y varonil presencia, y por lo tanto muy conocido y apreciado por las mujeres, que son los mejores pregones para la nombradía de un hombre; hijas ó esposas, todas hablaban de él, unas á impulso de irresistible simpatía, otras para censurar la ligereza de sus amigas enamoradas de él, los padres y los maridos también de él hablaban, ya para defender la honra de su casa de las asechanzas del seductor, ya para lamentarse de haber sido sus víctimas”. De Olavarría, Ira, I. p. 43.

nosotros, es nada más porque esperan que S.E. Iturrigaray, hecho rey, les llamará a los empleos y puestos públicos que hoy les niega la voracidad de nuestros paisanos que todo lo quieren para sí.³³²

La cita no sólo deja ver la audacia e influencia sobre el Virrey que Garrido mantiene, sino que muestra una tesis algo vaga en la cual se informa al lector que había “unos verdaderos hijos del país” que no ganarían la Independencia. Se reafirma la idea de que entre grupos de criollos se definió la emancipación de la patria, dejando a un lado a otros sectores sociales que también pelearon.

La suerte del malvado Miguel parece cambiar y al final del primer episodio el lector cree que ha muerto por un disparo, en medio de la aprehensión de los virreyes. No obstante, en el episodio siguiente, el lector se dará cuenta de que por casualidad la bala que iba destinada a su corazón fue desviada por las propias perlas sustraídas que fungieron como coraza. En cambio, Garrido prefiere que lo den por muerto, ya que con Iturrigaray preso no tiene quien lo apoye. Al final decide disfrazarse de monje franciscano y hacerse llamar García Alonso y en su nueva personalidad “era hablador y pendenciero sobre toda ponderación, y seducía por su varonil presencia y hermosas facciones, que procuraba ocultar, en cuanto alguien se presentaba, entre los pliegues de su ondulosa capucha de franciscano”.³³³ Garrido/García Alonso, por su propio carácter y personalidad, sojuzgaba a sus subalternos a quienes amenazaba o corrompía, y fácilmente por su arrojo y valentía los controlaba. En la narración, siempre va un paso delante de los personajes que se le enfrentan o que lo odian. El *leitmotiv* de su vida es la ambición económica y el control de sus semejantes, especialmente de mujeres bellas, a las cuales comienza enamorando, para desprenderse de ellas cuando ya no las necesita o se aparece otra más hermosa.

Garrido se aleja poco a poco de los sucesos para florecer en la intriga e impedir que el matrimonio Arias sea feliz. Es hasta el final del séptimo episodio, *El treinta de Julio*, que finalmente moriría “atravesado por tres balas” y como puntualizara la voz narrativa “aquella vez había quedado bien muerto”.³³⁴ Su muerte coincide, casi de manera perfecta,

³³² De Olavarría, 1ra, I. p. 58.

³³³ De Olavarría, 1ra, II. p. 133.

³³⁴ De Olavarría, 1ra, VII. p. 763.

con la separación que el propio narrador hace de sus episodios iniciando una segunda época centrada en las batallas del cura Morelos.³³⁵

El personaje de Miguel Garrido es el que más atrapa al lector por ser tan inteligente y agraciado; sirve como complemento y contraparte perfecta a las virtudes de Benito y María, así como al sostenimiento y desarrollo de la narración que se torna más interesante. Sin él la trama no fraguaría, incluso después de su muerte al lector le queda duda si realmente no regresará por medio de un artilugio milagroso a la intriga novelesca. Más adelante, la estafeta de la infamia será retomada por otro personaje igual de seductor y ambicioso: el marqués Don Álvaro de Cervera.³³⁶

2.6.1 LA AVENTURA DE LOS ARIAS

Por su naturaleza pormenorizada, el género episódico, está formado por series de novelas, en las que hay personajes que se difuminan en la narración a un segundo plano. Algunas veces sólo aparecen en una o dos novelas, otras en una serie completa o en varias, y otros fungen como gozne entre dimensiones del universo diegético y entre personajes que son construcciones clave para el desarrollo de la trama.³³⁷ En el caso de los episodios que escribiera Olavarría los personajes clave son la familia Arias ya que la narración resulta de la suma de varias visiones; la más relevante es la de Benito que le cuenta sus memorias a su hijo Carlos Miguel, las cuales él complementa por necesidad, ya que tiene que describir hechos que no pudo atestiguar debido a que suceden cuando él era un recién nacido.³³⁸

Desde el inicio, una voz narrativa da cuenta al lector de quién es el criollo aludido en las “memorias” y quién es el encargado de narrarlos “Cansaría á mis lectores si hubiera de relatarles pormenorizadamente todos los sucesos de aquellos días que mil veces me

³³⁵ De Olavarría, 1ra, VIII. p. 845.

³³⁶ Este nuevo malvado llegaba a la Nueva España para reclamar la herencia de su hermano a su joven viuda. En general, se puede sostener que el máximo antagonista funge como instrumento para atrapar al lector, es el antihéroe por definición y como tal se une a otros de su tipo.

³³⁷ Por ejemplo, en los episodios galdosianos uno de los pocos personajes que interviene en varios de ellos es Santiago Ibero, en tres episodios de la segunda serie y en cuatro de la tercera. Federico Sáenz: “Censo de personajes galdosianos” en *Obras completas de don Benito Pérez Galdós, III Episodios Nacionales*, 1942, p. 1579.

³³⁸ Carlos Miguel Arias nace en la madrugada del 16 de septiembre de 1810.

refirió mi anciano padre, cuyas memorias me he propuesto escribir”.³³⁹ Si se considera, además, el papel de María como personaje clave, entonces se entiende que la visión de los episodios pasa por fuerza desde la perspectiva de sentido de la familia Arias.

Así pues, la versión que tiene el lector no es una directa sino una indirecta que forzosamente necesita, para que éste se entere de los sucesos, de un portavoz, en su sentido más literal. Por cierto, aunque las novelas históricas han esgrimido diferentes recursos para atrapar desde el inicio al que las lee, sobre todo el recurso del manuscrito “perdido” muchas veces anónimo, en los episodios olavarrianos se utiliza además un manuscrito “inconcluso” que necesita tanto de la experiencia del padre como del conocimiento histórico del hijo, tornándose en una versión de doble manufactura.

Es decir, por vía del pacto narrativo entre autor y lector, generalmente se entiende que si el narrador es omnisciente, él conoce todo lo que se desarrolla en el mundo diegético y su visión alcanza hasta donde ninguno de los personajes puede llegar y su voz será la que tenga primacía.³⁴⁰ Sin embargo, resalta que Carlos Miguel Arias, primero se proclama como un simple instrumento de las vivencias de su padre, el cual como se ha puntualizado, estaba impedido a escribirlas, y después sin el menor conflicto intervenga, interrumpa, juzgue y critique.

2.6.2 BENITO: CRIOLLO, TESTIGO Y AMANTE

El personaje que funge como héroe atribulado es Benito, él cuenta, y revive, sus memorias que a su vez las entrega al lector enriquecidas. Sobra señalar que es un testigo privilegiado de los sucesos que vive. No extraña que su actuar vaya del conflicto contra los obstáculos para realizar su relación con María a los sucesos históricos que le toca atestiguar y por situaciones que lo inmiscuyen en ellos. Destaca, en Benito, una característica que sobrepasa a otras de su personalidad: su apasionamiento y sus dudas con respecto a la causa criolla.

³³⁹ De Olavarría, 1ra, I. p. 10.

³⁴⁰ El modelo de narrador omnisciente era el que generalmente se utilizaba en las novelas de la época. La mayor parte de las veces se sitúa “fuera” de la diégesis y en un tiempo presente igual del lector. Además, hay un continuo “diálogo” con el lector por medio de diversas fórmulas: “como lo supondrá el lector” o alguna de este tipo. “Estructura narrativa de la novela histórica romántica española, (1830-1870)”, en *La novela histórica, Teoría y Comentarios*, 1998, p. 120.

Aunque lo cierto es que, pese a lo anterior, él lucha contra todo lo que se le presenta como obstáculo para consumar su amor.

Por otro lado, sorprende que al ser el personaje gozne, el que actúa en todos los niveles de la narración, Benito no es claramente descrito para el lector que no puede conocerlo tan bien como sucede con otros personajes que aparecen en el universo diegético. Se sabe que era empleado y cercano a su patrón Gabriel de Yermo, que amaba a María, que tenía veintitrés años y dejó “por sola herencia sus recuerdos y un corazón forjado a golpes de infortunio”.³⁴¹ De sus rasgos físicos, el narrador escuetamente señala que “aunque de familia humilde, era de lo más puro de la clase criolla, y caballero y guapo hasta donde puede serlo un hombre”.³⁴²

Benito se enfrenta a cada una de las trampas que le pone Miguel Garrido, en sus diferentes facetas o disfraces, y junto a su liderazgo en el partido criollo aparece como un valiente, que a veces casi se pierde en sus dudas e inseguridades; incluso su mayor enemigo reconoce en él cualidades de “bueno, honrado y valiente”.³⁴³ A diferencia de María, que claramente es partidaria de la causa criolla, Benito por momentos parece arrebatado por unos acontecimientos que sobrepasan su voluntad y lo arrastran con ellos.³⁴⁴ Es preso de un destino que lo orilla, poco a poco, al bando de los independentistas. Se sobrepone a sus errores y enfrenta las continuas pruebas a las que es sometido, así y cuando erróneamente supone mancillada a María, por parte de su enemigo Miguel, con dolor, busca un sacerdote y un juez para que los case, *in extremis*, ya que cree moribundo a su enemigo y lo supone ultrajador de la honra de su amada.

Si al inicio de la narración parece que su mayor motivación para unirse y liderar al partido criollo es el amor a su futura esposa, lo cierto es que conforme se desarrolla la trama hay una toma de conciencia y un aprendizaje político resultado de sus encuentros con personajes clave que conoce en la guerra. Se entiende, entonces que después del primer encuentro con Miguel Hidalgo, a Benito se le despierta una admiración por aquel hombre,

³⁴¹ De Olavarría, 1ra, I. p. 11.

³⁴² *Ibidem*, p. 13

³⁴³ *Ibidem*, p. 60.

³⁴⁴ Este rasgo de duda y remordimiento en la personalidad de Benito lo acerca al modelo del héroe romántico entre melancólico y desesperado, un héroe pasivo que no toma la iniciativa sino que reacciona a ella. Sin embargo, su brillo lo obtiene de su coraje y de su afán por entender a la causa de la Independencia por medio de su contacto con los líderes.

pero también por sus ideas. Un ejemplo, después de una larga disertación dada por el cura de Dolores sobre la validez religiosa que tendría el matrimonio de Benito y María, pese a la prohibición impuesta por la Inquisición, en la que éste esgrime argumentos en contra del despotismo de reyes y la alta curia, al final cierra su disertación dejando atónito a Benito que sólo alcanza a decir: “-Pero, en fin, señor, ¿quién sois? –Un criollo como tú y por lo tanto tu amigo”,³⁴⁵ las dudas sobre el grupo criollo al que debe unirse en definitiva se disipan por la convicción a sus causa por parte de los independentistas.

En otro sentido, es claro cómo los personajes de la trama se relacionan y conviven con los acontecimientos históricos en ámbitos tanto privados como públicos, intentando entregar un cuadro que al lector le cause la ilusión de que puede acceder a una versión más compleja y humana de los que se convertirían en héroes de la patria al mezclarlos con los problemas de los Arias. La relación es muy cercana, y por ello María puede enterarse en la casa de la Corregidora algo sobre los planes de la emancipación, o Benito se dedica a cuidar las moreras de la casa de Hidalgo en Dolores.

No obstante, y pese a la simpatía de Benito por la causa independentista y su líder, tiene que seguir enfrentando diferentes pruebas: junto a María busca a su hijo raptado por Miguel Garrido, bajo su segunda personificación de franciscano, por lo cual regresa a la ciudad de México, en donde es apresado en la cárcel de la Inquisición, pero gracias a la ayuda de otro criollo y a que María milagrosamente ha rescatado a su hijo, se une otra vez con Hidalgo al final del tercer episodio, *La derrota de las cruces*. De ahí en adelante, Benito seguirá de cerca a Hidalgo y por momentos actúa incluso como un amigo, pero quedará relegado a un segundo plano de la narración. A partir de ese momento destaca la cantidad de información biográfica, política e histórica que ingresa a la narración, y es tal, que la trama queda desplazada por lo que se esperaría como un telón de fondo histórico. Sin embargo, Benito atestiguará sucesos clave: los últimos momentos que vivió Hidalgo, preso y derrotado, para ofrecerle su cariño y solidaridad.³⁴⁶

En general, se puede sostener que conforme la trama se desarrolla, las dudas de Benito hacia la causa criolla, y posteriormente independentista, se van esfumando y se

³⁴⁵ De Olavarría, 1ra, II. p.161.

³⁴⁶ De hecho, comprende la difícil decisión de abjurar que Hidalgo bajo presión, remordimientos y dudas accede a llevar a cabo. Con lo cual alcanza una paz en sus últimos días. De Olavarría, 1ra, VII. p.742.

reconoce en él un verdadero patriotismo que se nutre del conocimiento de los grandes líderes, pero también de las ideas que éstos propagan; hay un claro crecimiento intelectual del héroe. Si bien su actuar se difumina por largos periodos, lo cierto es que resurge como la figura apasionada, que al igual que ama y lucha por su familia, lo hace por la causa insurgente. Después de la muerte de Hidalgo se aleja a un segundo plano del cual regresa dos episodios después y por medio de una misiva dirigida a María le señala, entre varias cuestiones, que ha conocido a “D. José María Morelos y Pavón” en la que le menciona que le “ha sorprendido. Así deben ser los héroes”.³⁴⁷ Aunque vuelve a quedar alejado de los acontecimientos. Para algunas perspectivas de teoría literaria suponen que ese ir y venir en la narración sólo puede ser aceptada por el lector si se considera como novelas “completas” cada una de las series episódicas.³⁴⁸

En resumen: el personaje es un testigo que vive de cerca las campañas, batallas y los sinsabores en la que la voz narrativa describe como segunda “época” de los episodios.³⁴⁹ Benito llega a espacios velados al historiador de la época; en sus acciones y en sus diálogos se percibe parte de la visión histórica del narrador que utiliza diferentes estrategias para poner en boca de personajes secundarios o incidentales algunos juicios que claramente pueden considerarse mensajes para el lector.

2.6.3 MARÍA, SÍMBOLO DE AMOR Y PATRIOTISMO

El hecho de que la heroína sea la que tome la iniciativa es hasta cierto punto frecuente en las novelas históricas decimonónicas, pero que lo haga por patriotismo, no lo es tanto. De todos los personajes femeninos que intervienen en la trama sólo María reúne belleza física, bondad, amor a toda prueba y una adhesión a la causa criolla que la separa de otros personajes femeninos. El lector sabe poco de sus características:

³⁴⁷ De Olavarría, 1ra, VII. p.773.

³⁴⁸ Hans Hinterhäuser, en este sentido, señala, para el caso de los episodios galdosianos, que bien puede aplicarse a los de Olavarría: “Por lo tanto, si después de varios cientos de páginas, como ocurre con frecuencia, uno de los personajes secundarios más importantes vuelve a colarse en el campo visual del lector, éste adquiere en tales ocasiones la impresión de característica de la novela cíclica, es decir, la de una profundidad cronológica y la percepción del proceso transformador del ser humano sometido a la acción del tiempo”. *Los “Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós”*, 1963, p. 279.

³⁴⁹ El propio narrador así lo hace saber al lector al finalizar el octavo episodio, *El cura de Necupétaro*: “El actual episodio debe considerarse como el lazo de unión y la clave de referencias que ha de ligar con la primera esta época segunda de la Independencia Nacional”. De Olavarría, 1ra, VIII. p.845.

Era María entreabierto capullo de azucena en mitad de un ramo de rosas blancas y bermejas; girón de cielo tachonado de estrellas reflejándose en mansísimo lago de cristalinas aguas; rayo de sol, penetrando entre las hojas de copudos árboles, ilumina un bosque virgen poblado sólo de bandadas de las pintadas aves de la América.³⁵⁰

Pese a lo escueto de la descripción física, la imagen se esclarece con las imágenes de ella que se insertan en el primer episodio.³⁵¹ De hecho, en la edición de lujo, correspondiente a 1886, aparece cuatro veces, de las cuales dos son escenas claves para la trama. Los retratos muestran una mujer joven de piel muy blanca y de tipo criollo o español: cabello largo y ondulado, facciones finas y delicadas, cuerpo con una marcada silueta femenina y un aire de preocupación adecuado a las tribulaciones que tiene que enfrentar.

Como se ha señalado, el primer gran dilema que María enfrenta no son las intrigas de Miguel Garrido, son las dudas de Benito con respecto a apoyar el partido criollo y el riesgo de perder la amistad con su patrón Gabriel de Yermo. Al final, Benito tiene que escoger entre el amor de María y su liderazgo en el partido criollo, y la lealtad a su antiguo patrón. En contraste, el sentimiento criollo y patriota de María no queda muy claro al lector que sólo puede suponer cómo lo desarrolló, lo que sí sabe es que además de su belleza, orfandad y origen, tiene diecinueve años.³⁵² En principio parece que su motivación es más mundana dada la posibilidad de mejora social como la esposa de un líder criollo y no la de un simple empleado. La explicación que ésta ofrece a Benito, poniendo en peligro la realización de su propio amor, va dejando entrever una mujer segura, inteligente y decidida:

Si no te dejase en absoluta libertad de obrar, algún día podrías culparme de haber estorbado tu porvenir, y no quiero que tal suceda, no sólo por ser el tuyo, sino mucho más por ser el de nuestros futuros hijos: no te extrañe que me exprese así: sólo Dios y tú me oyen, y ni ante Dios ni ante tí tengo, ni puedo, ni quiero tener secretos: dice D. Gabriel que la lucha va á ser cuestión de patria y deseo que tú, que

³⁵⁰De Olavarría, Ira, I. p.18.

³⁵¹Es necesario aclarar que muchas de las imágenes a las que se hace referencia, sólo aparecen en la versión en tomos de 1886 y posteriores. No sucede lo mismo en la primera edición de 1880 publicadas por *Dublan y Compañía Editores* los episodios se publicaron de manera individual en formato de 200 páginas en 14 centímetros de alto. Por ejemplo, se cotejaron las dos versiones del tercer episodio “La derrota de las Cruces” y en la de Dublan había cuatro imágenes, mientras que en la edición de lujo en dos tomos y cuatro volúmenes de J.F Parres y Cía, de 1886, hay más de 14 con mayor calidad. En el contenido son casi idénticas, salvo por contados cambios ortográficos.

³⁵²*Ibidem*, p. 13.

debes entender más que yo de estas cosas, les des á tus hijos lo que mejor pueda convenirles.³⁵³

Como se aprecia en sus palabras no sólo es el amor lo que motiva a María, también un sentimiento de patriotismo que incluso integra una visión de futuro; qué mejor regalo para un hijo que su padre haya luchado por una nueva patria. Desde luego el conflicto entre Benito y Yermo queda para después ya que entra en escena el malvado Miguel Garrido que entrapa a ambos y logra que el español desconfíe del criollo, incluso que lo apresen y encarcelen. María lo salva pidiendo clemencia a los virreyes, quienes la estiman y acceden.³⁵⁴ Sin embargo, continúa la actitud dubitativa de Benito, a la que responde María con argumentos como los siguientes:

Cualesquiera que sus causas sean, la idea de la independencia de estos reinos se ha desarrollado con pasmosa rapidez. Estas dilatadas comarcas están ya pérdidas para España. Más pronto ó más tarde, habrán de ser un reino independiente: si se logra hoy este proyecto, la independencia se hará sin efusión de sangre.³⁵⁵

A las continuas dudas de Benito se oponen la seguridad y los argumentos de María. En todo el primer episodio, es ella la que desafía los mayores retos: se enfrenta en varias situaciones con Miguel Garrido; obtiene la confianza de los virreyes y de algunas señoras de la corte; coadyuva a que las perlas de la reina Luisa no se pierdan; casi muere por vía de una puñalada que le da Miguel por defender las joyas; perdona las dudas de Benito que la encuentra en brazos de su enemigo y piensa lo peor de ella, cuando la verdad era que estaba herida. En fin, ella es la que brilla por arrojo, patriotismo y determinación, al inicio de la narración y en los subsecuentes episodios.

La intriga novelesca se torna más interesante y compleja resultado de la suma de los encantos físicos y virtudes personales de María, la cual siempre va empujando, tanto la causa criolla, como después la insurgente. Un ejemplo muy significativo es que a ella, en una plática privada con la Corregidora, se le haya ocurrido encomendar a la Guadalupana el buen éxito y desarrollo de la rebelión independentista. Tal situación parece una prueba más

³⁵³ *Ibidem*, p. 21.

³⁵⁴ Prácticamente al mismo tiempo en que el virrey accede al perdón de Benito, entra en escena Miguel Garrido y con artimañas que lo benefician, también pide lo mismo al Virrey Iturrigaray esgrimiendo motivos políticos que le redituarian en el corto plazo. De Olavarría, 1ra, I. pp. 47-49.

³⁵⁵ De Olavarría, 1ra, I. p. 71.

de la apropiación de una creencia de origen indígena por la cultura criolla novohispana.³⁵⁶

La corregidora considera ilusa e ingenua la propuesta, pero el propio Hidalgo así reaccionaría al conocerla:

-Llegamos á tiempo, padre Hidalgo, -le dijo D. Josefa,- María acaba de reforzar vuestras futuras huestes revolucionarias con una buena aliada. -Sepamos,-repuso el sacerdote viendo con extrañeza reír de buena gana á la corregidora:-¿quién es esa aliada poderosa? - ¡La Virgen de Guadalupe!- contestó la señora Ortiz sin cesar de reír. Hidalgo quedó un instante pensativo, y dijo después con grave acento: -No riáis, señora: quizás María tiene razón.³⁵⁷

Queda claro que María, a pesar de su convencimiento por la causa independentista, no mantiene un pensamiento radical que pudiera hacer peligrar su papel de mujer respetuosa de las creencias y tradiciones. Ni en lo privado ni en lo público pone en tela de juicio su papel de esposa y madre virtuosa. La función que tiene es la de haber sido la más sobresaliente de los personajes femeninos, por su patriotismo y su amor a toda prueba por Benito. Algunas otras alcanzarían por su desventura y sacrificio la categoría de heroínas, y forman parte de una trama que se subdivide y complica en varias historias que a veces es difícil seguir, por la continua aparición de personajes e historias secundarias.³⁵⁸

Conforme los acontecimientos históricos se desarrollan, María, al igual que Benito, queda en un plano alejado de ellos y de las nuevas intrigas que complejizan la narración. Después de ejecutado Hidalgo, los Arias se trasladarán de Valladolid a Guanajuato y ahí vivirán en paz ya que ella tendrá que cuidar a su recién nacido y comenzar a criarlo. Esta forma de virtualmente difuminar a la heroína principal tuvo su lado práctico, la crianza de su vástago significa que ella ha engendrado a un mexicano libre ya de la Metrópoli, con lo cual es la madre simbólica de una identidad que comenzaba su conformación.³⁵⁹ En definitiva, María sufre por alcanzar la plenitud de su amor y a su amado, el cual no siempre

³⁵⁶ Ver de Enrique Florescano, "En búsqueda de la identidad perdida: movimientos religiosos e insurrecciones indígenas" en *Memoria Mexicana*, 1988, pp. 181-246.

³⁵⁷ De Olavarría, Ira, II. p. 179.

³⁵⁸ Es relevante que el rol femenino que mantienen en los episodios olavarrianos favorece un sesgo hacia diversos tipos de amores inconclusos o tórridos con su contraparte masculina, y en la mayoría de los casos son mujeres jóvenes o en plenitud y bellas.

³⁵⁹ Justo Sierra, una década después de publicados los episodios olavarrianos, señalaba que el fundador de la nacionalidad mexicana había sido Hernán Cortés, pero al que le correspondía fundir como padre de la patria era a Miguel Hidalgo. En *Ensayos y textos literarios*, 1984, p. 194.

tiene la claridad consigo, ella forma esa parte idealizada del bando de los criollos y patriotas, según la visión entregada por el narrador.

2.6.4 CARLOS MIGUEL, EL NARRATARIO CON VOCACIÓN HISTÓRICA

El hijo del matrimonio Arias, Carlos Miguel, es uno de los personajes más importantes en los episodios. De su accionar el lector puede apreciar una visión histórica específica que conjunta la labor del simple transcriptor con la del narrador. Él es quien transcribe las memorias de su padre Benito, lo que lo torna en un virtual narratario,³⁶⁰ pero las perfecciona con una cantidad impresionante de documentos históricos que hace ingresar a la narración, muchos de ellos completos, con un aparente afán de enriquecer y sustentar la veracidad de los hechos que le contara su padre.³⁶¹

Su nacimiento es metafóricamente el de una nueva identidad: la mexicana. Aunque sus dos padres son criollos por convicción propia, éstos se asumen como parte de aquella clase media que se decantaba por una patria independiente a la metrópoli. Igual de significativo es señalar que Carlos Miguel se convierte en un narrador, que no sólo une a la trama con los sucesos históricos que su padre no pudo conocer, sino que se atreve a combinar la solución de la intriga con el desarrollo de los hechos que narra. Hay una vocación letrada que destaca de cualquier novela histórica mexicana sobre la Independencia en su época, e incluso deja de lado el modelo que creara el español Benito Pérez Galdós. En los episodios escritos por éste se percibe el equilibrio y la mixtura, entre lo histórico y lo literario que aparece como armónico y difícil de separar; en los episodios olavarrianos las

³⁶⁰ Receptor interno de la relación que hace el narrador. Por ejemplo, en un cuento el autor crea al narrador y éste comunica, dentro de la ficción, sucesos al narratario. Ver voz “narratario” en Helena Beristáin, *Diccionario de Retórica y Poética*, 2006, p. 358.

³⁶¹ De hecho, las facultades del narrador episódico olavarriano son las utilizadas en la época. Carlos Mata en “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)” señala al respecto: “el narrador se encarga de manejar todos los hilos del relato: nos ofrece al principio un cuadro general con la situación histórica de la época en que sitúa su novela e introduce de vez en cuando pequeños resúmenes para facilitar la ambientación; de la palabra a los personajes que hablen (normalmente por medio de diálogos largos y un tanto afectados, aunque siempre hay excepciones) o bien se recrea en largas y frecuentes descripciones (del paisaje, de armas, de vestidos) que ralentizan algún tanto el tiempo de la novela, acelerado por la sucesión de lances y aventuras; o introduce algún toque de humor (que no son muy frecuentes en este tipo de obras); o abandona a un personaje para seguir a otro; o introduce historias secundarias...” En *La Novela histórica Teoría y comentarios*, 1998, pp. 120-121.

dos esferas por intención del autor-narrador, y por necesidad pedagógica, se perciben distanciadas.³⁶²

Aunque no queda esclarecido de manera tajante qué parte son las memorias del padre y qué parte se enriquece con la reconstrucción del hijo, lo cierto es que conforme se va desarrollando la historia de los Arias se percibe un protagonismo de la voz narrativa que presume en cada ocasión posible que lo narrado es estrictamente histórico.³⁶³ Al principio de los episodios, y desde luego con la finalidad de atrapar al lector la estructura narrativa se concentra en la intriga. Pero, a partir del tercer episodio los eventos históricos van tomando relevancia. De igual forma, lo que al principio son tímidas referencias a las fuentes históricas en las cuales se ha basado el narrador, cambia a señalamientos concisos de los autores en los que se sustenta lo relatado.

Al transcurrir los episodios, el narrador va dando pistas de su persona y sobre la fecha posible en que le fueron contadas las memorias. Señala que su padre tenía veintitrés años en 1808 cuando comienza sus vivencias y la misma cantidad de años que tiene de haber muerto en relación al presente de la narración, y que en episodios posteriores se data con especificidad: 1880.³⁶⁴ De lo anterior resulta que la edad en que muere Benito es el paradigmático año del Congreso constituyente de 1857, a los 72 años; casi la misma edad que tiene el propio Carlos Miguel en el año de publicación de los primeros episodios, ya que nace el 16 de septiembre de 1810,³⁶⁵ y puntualiza que tiene setenta al momento de escribir los episodios.³⁶⁶ Entonces al lector se le entregan unas memorias de doble manufactura y con más de medio siglo de diferencia con los hechos que rememora. Este lapso de tiempo sirve para justificar uno de los criterios para las novelas históricas: que el novelista (se entiende como narrador) no haya vivido los sucesos. Además, es suficiente

³⁶² En las primeras series de los episodios nacionales galdosianos, los únicos que pudo haber conocido Olavarría por las fechas de publicación, los personajes literarios casi no conviven con los históricos y éstos no intervienen en la solución de la trama como sí lo hacen los personajes olavarrianos.

³⁶³ Esta forma recurrente de señalar la presunta veracidad de los hechos era parte del modelo que utilizaban los novelistas históricos, pero no iba más allá de unas pocas menciones, sobre todo al inicio de la novela. En cambio, en los episodios olavarrianos esta pretensión de apego al hecho histórico va más allá y se torna en un elemento que se analizará por separado en el siguiente capítulo.

³⁶⁴ De Olavarría, 1ra, V. p. 494.

³⁶⁵ De Olavarría, 1ra, II. p. 215.

³⁶⁶ De Olavarría, 1ra, IX. p. 883.

espacio para que haya fuentes historiográficas que ofrezcan diferentes versiones y se cuente con diversos documentos que ayuden a comprender el acontecimiento.

Conviene destacar que a partir de que la voz narrativa puntualiza que con la muerte de Hidalgo se inicia una segunda “época” de la Independencia, el narrador irrumpe en el texto de forma inusitada. Para lograr tal efecto se integra a la narración un personaje llamado el compadre “mascarita” que le cuenta segmentos de las campañas de Morelos, que ni él ni su padre atestiguaron, cuando Carlos Miguel era un adolescente. Además, el narrador va siendo más claro en sus juicios y explicaciones históricas conforme se desarrolla la campaña de Morelos.³⁶⁷ Pese a lo señalado, el narrador sigue sosteniendo, en cuanta ocasión considera adecuada, que sigue escrupulosamente las memorias de su padre. Aunque lo cierto es que la narración se percibe más como una construcción de varias memorias y no solamente la de Benito. El protagonismo de Carlos Miguel apabulla al manuscrito que tardíamente se le informa al lector fue la base para la narración que tiene en sus manos.³⁶⁸

El anterior análisis de los elementos más sobresaliente de la estructura y estrategia literaria presente en los episodios olavarrianos muestra algunos rasgos en los que se aprecia una visión sobre la Guerra de Independencia diferente a la de otras narraciones mexicanas. Con respecto al punto de vista de la narración, ésta es construida desde una perspectiva criolla en consonancia con la identidad del narrador Carlos Miguel que por momentos muestra una intención por dejar en claro, para el lector, que hubo criollos que deseaban la emancipación y otros que no. Hay un empeño en remarcar que fueron los criollos y no los mestizos, o los indígenas, los que iniciaron no sólo el movimiento de rebelión sino los que dieron un paso más en la conformación de un patriotismo que se fortalecía, por su acceso al conocimiento ilustrado. Lo anterior, no quiere decir que la visión presente en los episodios deje de lado a los demás grupos sociales que participaron en el proceso y la Guerra de Independencia, lo que destaca es el afán de recrear un evento tan fundamental de la historia mexicana desde la perspectiva de un grupo social tan complejo.

³⁶⁷ La gran cantidad de apreciaciones y juicios sobre los sucesos históricos y el protagonismo que con clara vocación historiadora del narrador son tan importantes que conviene analizarlos por separado en el siguiente capítulo.

³⁶⁸ La referencia al manuscrito aparece hasta el final de la primera serie.

El análisis de los personajes centrales realizado en este capítulo, ha servido para entender la trama de los episodios olavarrianos y comprender cómo se presentan dentro del universo diegético a los acontecimientos que de forma gradual van cobrando mayor relevancia y pasan del segundo al primer plano de la narración. Por lo anterior, la forma más idónea de analizarlos es hacerlo con los líderes de la insurgencia que ingresan al texto episódico, ya que sólo así se puede complementar el análisis. Aunque en el universo diegético de los episodios el primer plano, el de los Arias, va perdiendo relevancia por el segundo plano: el de los acontecimientos. Los personajes y sus vicisitudes funcionan para atrapar con la intriga novelesca que logra su mayor empatía con el lector al unificar la importancia del complot con los sucesos. Es decir, dentro de la diégesis hay un tipo de visión histórica que coexiste con lo novelesco, el cual claramente, y como sostiene el narrador no era una construida para especialistas, sino para aquellos que no podían acceder a los libros históricos o las bibliotecas.

CAPÍTULO 3. LAS FUENTES Y LOS HEROES PATRIOS DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

3.1 ENTRE TELONES DOCUMENTALES

En el capítulo anterior se examinaron los elementos básicos que se han considerado óptimos para el análisis de los episodios olavarrianos. Sin embargo, en la narración episódica ingresan, por diferentes artilugios, una gran cantidad de documentos históricos que no sólo ofrecen datos contextuales para el lector, son elementos que sobresalen y modifican la estructura del episodio como tipo específico de novela histórica, al pasar los sucesos históricos de los que se da cuenta del segundo al primer plano. Para potencializar lo anterior, los líderes y personajes relevantes de la guerra de Independencia adquieren un protagonismo inusitado e incluso algunos de ellos intervienen en la solución de las pruebas a las que se ven sometida la pareja de Benito y María. Esta característica peculiar de la narración olavarriana posibilita la comparación entre los episodios y los textos de pretensión histórica que inundan el texto, ya que ambos registros coinciden en su pretensión retórica, como lo ha expuesto María Luna.

Por lo anterior, la estrategia consiste en destacar aspectos no nítidos del universo diegético por lo cual se examinan a los episodios desde su horizonte documental, particularmente por vía del análisis a las dos primordiales versiones históricas que son citadas en la narración: *El cuadro histórico de la Revolución Mexicana* de Carlos María de Bustamante y *México y sus revoluciones* de Lucas Alamán. Se trata de examinar y confrontar cómo algunos pasajes y personajes heroicos de la guerra de emancipación fueron presentados al lector en una forma cercana a la visión liberal y triunfante de versiones históricas como *México a través de los siglos*. Por lo anterior, se incluyen algunos segmentos de esa narración que se publicó en el mismo periodo,³⁶⁹ junto a algunos fragmentos nodales de la versión conservadora escrita por Niceto de Zamaçois publicada, de igual forma, en esos mismos años, con la intención de contrastar ideológicamente lo vertido en los episodios olavarrianos.

³⁶⁹ José Ortiz Monasterio señala que *México a través de los siglos* fue un encargo por el gobierno dado como “compensación” a Vicente Riva Palacio que hizo del proyecto original –una historia sobre la guerra de Intervención– una de mayor alcance histórico. Ver “Una gran fábrica de historia” en *México eternamente...*, 2004, p.189.

La comparación de los líderes de la insurrección, y algunos otros de segundo orden, descritos en los episodios olavarrianos junto con las versiones historiográficas señaladas, servirá para seguir percibiendo la visión sobre el devenir mexicano presente en la diégesis y el rol que se da a los personajes más representativos de los diferentes bandos que lucharon en la guerra de emancipación, principalmente criollos, españoles y algunos mestizos. Todos forman parte de una narración histórico-literaria que mantiene una visión de matiz conciliador e incluyente que por momentos se adelanta y compite con las obras que se pretendían propiamente históricas.

3.2 EN MEDIO DEL ACTO CREATIVO: LA RELEVANCIA DE LA DIMENSIÓN HISTÓRICA EN EL UNIVERSO DIEGÉTICO OLAVARRIANO

A diferencia de otras novelas mexicanas que narran el periodo de la Guerra de Independencia nacional, por ejemplo las citadas en el capítulo primero de Juan Díaz Covarrubias y Juan A. Mateos, en los episodios olavarrianos, el universo diegético es más complejo. Ahí se encuentra tal cantidad de datos sobre personajes destacados que se nota una preocupación por dar espacio e inclusión a la mayor parte de la sociedad de ese periodo. Por lo tanto, es natural que se incluyera a sectores y personajes del pueblo muy representativos o que tuvieron una destacada en los sucesos históricos como fue el caso del *Pípila*, personaje hoy parte de los mitos fundacionales de la historia mexicana y sin embargo, algunos reconocidos historiadores del periodo lo omiten o incluso negaron su existencia.³⁷⁰

Asimismo, en los episodios escritos por Olavarría están representados los grupos sociales que había en ese tiempo en la entonces Nueva España, aunque la mayor parte de los que tienen un papel preponderante, como se ha mencionado, fueron criollos.³⁷¹ También hay una preocupación por ofrecer una visión panorámica que justifica el ingreso de gran cantidad de nombres, lugares y datos hoy poco conocidos. Como es sabido, las novelas

³⁷⁰ El historiador liberal José María Mora no lo menciona y Lucas Alamán señala que era un mito. La participación del “Pípila” no es sólo el hecho conocido en su actuar para derribar la puerta de la Alhóndiga: durante todo el tercer episodio olavarriano interactúa con Miguel Hidalgo y por momentos representa la voz del “pueblo” patriota que lucha de forma desinteresada por la libertad de su patria.

³⁷¹ En el capítulo anterior se hace referencia a lo complejo que era la delimitación social del criollo, por lo cual conviene recordar que tal categoría comúnmente se atribuye a los hijos de padres españoles nacidos en América. Sin embargo, Olavarría señala a diferentes sectores sociales que incluye a mestizos y hasta algunos representantes de las castas. Más adelante se abundará sobre el tema.

históricas se han preocupado por dar luz a los espacios que la historiografía no puede por carecer de fuentes documentales que soporten todo lo acontecido.³⁷²

Sin embargo, en los episodios olavarrianos hay una clara finalidad por ofrecer un cuadro en el que se exponen la mayor cantidad de datos y hechos posibles, que permitieran a cualquier lector, incluso aquel no familiarizado o ajeno a la realidad mexicana apreciar cómo fue el proceso que derivó en la Independencia. Es decir, hay un propósito por entregar una narración que revela espacios, personajes, usos y costumbres sociales, que incluye frases coloquiales y otras muestras populares que no sólo le podían interesar al lector local o nacional, sino al extranjero, principalmente al español peninsular. Prueba de lo anterior es que la versión de lujo y en cuatro volúmenes que se publicó de los episodios olavarrianos fue realizada por una casa editorial con sede en Barcelona. En el mismo sentido, se puede suponer que Olavarría en sus episodios sigue con su labor de propaganda y difusión de la literatura nacional como la había hecho años antes.

3.3 VISIONES ENCONTRADAS: LAS HISTORIAS SOBRE LA INDEPENDENCIA DE LUCAS ALAMÁN Y CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE EN LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

En los episodios escritos por Olavarría ingresan a la narración una gran cantidad de citas y referencias a textos y documentos históricos, tales fuentes son de variada manufactura y origen, lo mismo son misivas que documentos, claramente identificados algunos y a otros un cierto grado de misterio envuelve su origen. Como se ha señalado dos son las obras históricas más referidas: *Historia de México*, del conservador Lucas Alamán y el *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, escrito por Carlos María de Bustamante. Ambas versiones históricas son comparadas, criticadas y en ocasiones validadas por el autor-narrador. La estrategia para llevar los acontecimientos del segundo al primer plano fueron varios. El primero fue insertar una aclaración al lector, en una nota a pie de página, que muestra el sentido de una intencionalidad metaliteraria al explicar la forma en la que ingresan los documentos a la narración:

³⁷² Ver por ejemplo, de Celia Fernández, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 1998.

De ahora en adelante advierte el autor que cuantas frases entrecomilladas aparezcan en los *Episodios nacionales*, son originales de los personajes que las pronuncian, y extraídas de los libros, cartas ó documentos estrictamente históricos.³⁷³

La nota es una de las veces más notorias que el autor se manifieste para dirigirse directamente a sus lectores y para fundamentar una supuesta verosimilitud a la forma en que narra los sucesos. Después de la nota aclaratoria, ingresan una gran cantidad de referencias y citas históricas, siempre acompañadas por un recordatorio que subraya que fueron tomadas de fuentes válidas.

Otro aspecto que destaca, es que se mencione al historiador Alamán en los episodios al llegar las huestes de Hidalgo a Guanajuato, incluso se le hace participar brevemente en la narración, valiéndose de que el conservador fue testigo de los hechos. El lector se entera de cómo su casa y la de otros ricos de la ciudad fueron atacadas por lo que el narrador denomina “plebe”.³⁷⁴ Por su parte, así cuenta Alamán en su versión lo que consideró un desorden general:

El pillage no se limitó á las casas y tiendas de los europeos en la ciudad; lo mismo se verificó en las de las minas, y el saqueo se hizo extensivo á las haciendas de beneficiar metales. La plebe de Guanajuato, después de haber dado muerte en la alhóndiga á aquellos hombres industriosos [...] En toda esta ruina iban envueltos también los mejicanos, por las relaciones de negocios que tenían con los españoles.³⁷⁵

Y sobre los agravios que sufrió personalmente, así los describe:

Una porción de indios echó mano de mí en el descanso de la escalera de mi casa y me sacaban por el entre suelo que comunica con él, cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que me conocían, les hicieron que me dejasen en libertad.³⁷⁶

Y puntualiza cómo se resolvió la situación:

³⁷³ De Olavarría, III, 1ra, 1987, p. 223.

³⁷⁴ Ni en los episodios ni en las versiones de Alamán o Bustamante se aclara quiénes pertenecen a la “plebe”. Una definición de la época (1871-72) la aporta el conservador Arrangoiz que así señalaba: “la plebe de las grandes ciudades la forman las castas y los mestizos, y de ellos sale el servicio doméstico”. En *México desde 1808 hasta 1867*, 1996, p. 15.

³⁷⁵ Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1, p. 438.

³⁷⁶ *Ibidem*, p. 439, Ver nota.

En este conflicto mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenía antiguas relaciones de amistad y yo la acompañe. Grande era para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos sin embargo sin incidentes hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que antes se dijo estaba alojado Hidalgo.³⁷⁷

En cambio, los sucesos son narrados de la siguiente manera en los episodios olavarrianos:

Mientras los unos mantenían la disputa, los otros asaltaron la casa por el entresuelo, y en el descanso de la escalera se apoderaron del joven D. Lucas, entonces de diez y ocho años, y ya le arrastraban tras de sí creyéndole europeo, cuando los criados y algunos de la plebe de Guanajuato que le conocían, obligaron á los aprehensores á dejarle en libertad, conteniéndose por entones los asaltantes. Aprovechando la tregua la señora Alamán y su hijo D. Lucas, dirigieronse atravesando no sin peligro las calles, al cuartel del Príncipe, donde Hidalgo se alojaba [...] Recibió a la señora y á su hijo con agrado, y sabedor del suceso que los llevaba ahí, asegurándoles su antigua amistad, les dió una escolta.³⁷⁸

Queda claro que la descripción del asalto a la casa de Alamán y su aprehensión momentánea es casi idéntica en ambos registros, pero en el caso de los episodios se da a conocer al lector que Hidalgo rindió su amistad y protegió a la familia Alamán y se resalta que se controló a la turba. En cambio, el historiador conservador defiende el aspecto negativo de la insurrección y reafirma: “A este pillage desordenado de la plebe, siguió el más regularizado que Hidalgo hizo practicar”.³⁷⁹ Llama la atención que la clasificación social de Olavarría, un liberal, y de Alamán sean tan cercanas. Ambos consideran al conjunto de desempleados o trabajadores poco calificados de la ciudad de Guanajuato como “plebe” y también coinciden en suponer a los indígenas como faltos de civilización.

Por otro lado, si la versión de Alamán es citada por Olavarría, no lo es menos la de Bustamante, aunque la mayor parte de las menciones al texto del antiguo insurgente vienen acompañadas por alguna crítica soterrada o directa. Resalta que después de la advertencia al lector sobre la validez histórica de las fuentes que ingresan al texto, comienza una competencia discursiva en la cual, y en momentos específicos, la narración se torna en un campo de disputa entre las antagónicas versiones históricas de Alamán y Bustamante,

³⁷⁷ *Ibidem*, p. 439.

³⁷⁸ De Olavarría, III, 1ra, 1987, p. 295.

³⁷⁹ Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1, p. 438.

acompañadas de apreciaciones por parte del autor-narrador. Por cierto, la estructura episódica, al privilegiar lo histórico, y pasarlo al primer plano, respeta el protagonismo de los líderes de la insurgencia nacional como lo hacían las versiones históricas. En éstas, las acciones y decisiones de los hombres a los cuales se les atribuía ser el “motor” del devenir fueron las destacadas por los historiadores.

Por lo anterior, surge la necesidad de integrar a la investigación un análisis de cómo fueron presentados, al lector, algunos de los héroes insurgentes en los episodios, ya que en estos se fundamentan los grandes acontecimientos de la futura nación mexicana. Por otro lado, hay una preferencia del narrador en considerar la versión histórica del conservador Alamán como más rigurosa que la del antiguo insurgente, quizá, por el estilo y orden expositiva, así como el que éste señalara claramente el aparato crítico en el que se basó, lo cual demostraba una estructura más cercana al canon histórico.³⁸⁰ Esto no quiere decir que simplemente deseché una y se apoye en otra, más bien tiene que ver con la contraposición que se hace de las dos versiones históricas en la narración episódica.

3.4 DE CRIOLLOS, ESPAÑOLES Y PATRIOTAS: LA PREPONDERANCIA DE LOS PERSONAJES MEMORABLES DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

En los episodios escritos por Enrique de Olavarría tienen especial preeminencia los personajes heroicos³⁸¹ que lideraron el inicio, la continuación y la consumación de la guerra de emancipación. Es necesario remarcar que en términos generales los sucesos y los grandes personajes como los héroes, los reyes y otros de la misma relevancia, son parte de un telón de fondo o de un segundo plano de la trama en las novelas y que por efecto literario se “viven” para el lector como un todo inseparable. En contraste, en los episodios olavarrianos hay un afán por lograr que el lector identifique y separe lo literario de lo histórico, en especial en la forma en que los personajes le eran presentados al lector de la

³⁸⁰ Alamán, desde el principio de su narración histórica, va fundamentando lo señalado con citas precisas y con algunos comentarios de las obras y de los autores citados. Algunos en positivo como Prescott, Mier, Humboldt; otros con respeto como Mora o Zavala y algunos de forma muy crítica como ya se señaló de Bustamante.

³⁸¹ Por personaje heroico se está considerado a aquel que la historiografía de la época sostenía como probada su existencia documental y que tuvo una relevancia trascendental en la Guerra de Independencia. Huelga señalar que en la mayor parte corresponden al bando insurgente.

época de la publicación que tenía referentes, por lo menos generales, de los líderes y principales personajes de la Independencia.

No extraña entonces que el conjunto de este tipo de personajes varíe en cada episodio y en algunos casos ralentice la lectura y la torne, en algún grado, fatigosa. Otros, personajes de menor relevancia, son aludidos de manera accesorio y como apoyo contextual enfatizando el grupo social al que pertenecían y la causa por la que luchaban. Sin que lo anterior signifique que haya una pretendida intención por parte del narrador de construir una taxonomía social. Algo que incluso en la actualidad se considerara muy complejo de sostener por la pluralidad identitaria que había en el mundo novohispano.³⁸²

A los que se les otorga un mayor espacio y relevancia tanto en los eventos históricos como en algunos momentos clave del desarrollo de la trama son los líderes de las diversas etapas de la guerra, en la inicial resalta Miguel Hidalgo; entre los que continuaron y consolidaron la lucha, sobresale José María Morelos y sobre los que la consumaron, se enfatiza en Agustín de Iturbide, aunque aparecen otros que en mayor o menor grado fue acentuada su actuación e importancia para la causa insurgente por la historiografía de la época como Javier Mina o Vicente Guerrero.

En la narración ingresan datos y hechos de los personajes que las versiones patrióticas de la historia siguen validando. Además, se destaca que éstos no actuaron solos sino, en algunos casos, junto a familiares o miembros de sus propias comunidades, las cuales se unieron, por diferentes motivos, a la rebelión y en las diferentes etapas de la guerra. Así, son mencionados miembros de la misma familia: los Galeana, Los Bravo y varios más. Lo anterior sigue mostrando un afán de equidad, sobre todo si se toma en cuenta que la particularidad de los personajes incluidos en los episodios es que muchos de ellos no estuvieron del lado vencedor o fueron encumbrados como figuras por la historiografía. El parámetro para incluirlos en las series de novelas tuvo más que ver con el apego a sus ideales y con el comportamiento en la guerra o el trato que dieron a sus enemigos. Entonces, no resulta excepcional que en los episodios se les diera mucho espacio a personajes de origen o herencia hispana, y no sólo los afectos a la Independencia, por lo

³⁸²Esto lo señalan Alfredo Ávila y Luis Jáuregui en “La disolución de la monarquía hispánica y el proceso de independencia”, en *Nueva historia general de México*, 2010, p. 356.

que ingresan a la narración una gran cantidad de españoles, tanto peninsulares como hijos de estos nacidos en América, que estaban a favor de seguir ligados a la metrópoli y que actúan en conjunción con los representantes de otros grupos sociales.

Por ejemplo, al analizar los pormenores históricos que se le ofrecen al lector, en el primer episodio, se puede mostrar la gran relevancia de los datos históricos que recibe. Así pues, conoce datos biográficos imprescindibles del virrey José de Iturrigaray, y de su consorte; se da cuenta de cómo la casa del capitán del puerto de Veracruz, Ciriaco Cevallos, fue saqueada por una turba por creer que se escondía en ella un enviado de José Bonaparte. Igualmente, conoce los nombres y posiciones de los españoles Fagoaga y de Urrutia, alcalde y alguacil del Ayuntamiento de la capital; de los licenciados Verdad y Azcárate, síndicos del Ayuntamiento; de los oidores Aguirre y Bataller, del editor Cancelada, del arzobispo Francisco Javier Lizana y del inquisidor Bernardo de Prado; sabe pequeños datos sobre el intendente de Puebla, el Conde de la Cadena (Manuel de Flon), y de Juan Antonio Riaño, el cual se dice era protector del arquitecto Eduardo Tresguerras. Está al tanto que los líderes del partido europeo eran, además de Riaño, los españoles Santiago Echeverría y José Martínez, y que el alcalde de la corte se apellidaba Villa Urrutia y que el mariscal de campo, Pedro Garibay, era el posible sucesor del virrey en caso de que éste renunciara. Estos y más datos por el estilo inundan la diégesis.³⁸³ Todo, en medio de una trama novelesca del amor sufrido entre María y Benito.

A partir de lo anterior, el estudio a detalle de algunos personajes puede coadyuvar y dar soporte al análisis aquí planteado. Por ejemplo, un protagonista que estuvo a favor de la

³⁸³ Asimismo, escucha los argumentos a favor y en contra de la autonomía de la Nueva España por voz del Procurador Agustín Rivero y del regidor decano Antonio Méndez; conoce de los errores, según la voz narrativa, del virrey Iturrigaray al conferir el puesto de mariscal de campo a García Dávila y de administrador de las aduanas a José María Lazo; sabe que el virrey mandó llamar en su apoyo al regimiento de Dragones de Aguascalientes liderados por su amigo el coronel Ignacio Obregón; del mismo modo atestigua la conspiración que se trama alrededor del Virrey en la cual participan algunos de los españoles antes enlistados, incluidos un “mexicano” de nombre Juan Gil de la Torre, por contraste al español y capitán de la guardia del Virrey: Juan Gallo quien se niega a participar en la intentona, aunque promete bajo juramento que no delatará a los conspiradores. Posteriormente, conoce que será hasta un día después, el 15 de septiembre de 1808, que el capitán Santiago García, que al principio se negó a franquear la entrada al palacio virreinal, cedería ante los argumentos de su pariente Rafael Ondraeta el cual lo convence que debe fidelidad en primera instancia al rey. Finalmente, el lector accederá al desenlace de ese primer episodio en el cual se consigue la cooperación del capitán Luis Granados quien dejaría el paso libre a los rebeldes alcanzado un *clímax* en la narración de los sucesos históricos cuando arriban al palacio, liderados por Yermo, los sediciosos que lograran entrar a la recámara del Virrey, mientras su cabecilla se quedaría en una sala contigua, siendo los españoles Juan Antonio Salaverría y el relojero Ramón Roblejo los encargados de aprehender a Iturrigaray. De Olavarría, I, 1ra, 1987.p. 9-117.

causa independentista, y que sobresale por el trato que el narrador le otorga, fue el fraile Melchor de Talamantes. Éste aparece en el universo diegético en una escena clave en la cual el antagonista Miguel Garrido escucha una conversación entre el mercedario y el licenciado Primo Verdad en la cual se ponían de acuerdo en la forma en la que debía ser manipulada la ambición del virrey Iturrigaray. Tal situación derivaría en una cadena de sucesos que finalizará con la proclamación de la Independencia de la Nueva España. La descripción dada en los episodios es la siguiente:

Fué el padre Fray Melchor de Talamantes un religioso mercedario de no común instrucción, de entendimiento despejado, y de claro y sereno juicio: esto como hombre; por lo que al sacerdote respecta, era en cualidades el reverso de la medalla. Vestía el hábito porque lo llevaba encima, no porque su vocación le llamara á la senda marcada á los siervos de Dios. Su patria era el Perú, y tal fué su vida en ella, que se vió precisado á emigrar á fin de sustraerse al castigo que hubieran debido valerle los disturbios que allí provocó. Por incidencia había llegado a México, campo que, pareciéndole bueno para el desarrollo de sus artes, eligió como su residencia, sin perder calidad de transeúnte que le permitía vivir fuera de su convento, frecuentando las casas de juego y los lugares públicos y viviendo por cuenta y á cargo de los demás.³⁸⁴

Aunque en la descripción del fraile parece esconder una vedada crítica, al continuar leyendo el episodio ahí se narran diversas acciones del mercedario que muestran al lector el papel del clérigo en el proceso de Independencia y su papel de ideólogo; su enfrentamiento a la autoridad virreinal, así como el castigo que recibió por ello. Por otro lado, es destacable que la descripción de Talamantes se acerca a la que de él hace el historiador Alamán,³⁸⁵

³⁸⁴ De Olavarría, Ira, I, p. 51.

³⁸⁵ Así lo describe Alamán: “Era este un religioso mercedario, de aquellos que de su profesión no conservan más que el hábito: había venido del Perú su patria, para pasar á España por disturbios en su provincia, pero se había ido quedando en Méjico, en donde vivía fuera de su convento, frecuentando las casas de juego y petardeando para hacerse de dinero [...] Era hombre despejado, y tenía en asuntos políticos, aquella instrucción indigesta que dá la lectura de los libros de la revolución francesa, y que basta entre el vulgo para ser considerado por hombre ilustrado”. Más adelante señala que fue encarcelado y que moriría al estar presente en Veracruz en espera de un barco que lo llevaría a España para ser juzgado. Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1, pp. 182-183. Aunque los datos sobre el mercedario son similares, el trato dado por Olavarría y Alamán son muestra del claro sesgo ideológico del conservador sobre el escritor liberal. Por cierto, tampoco en la versión histórica sobre la Independencia de Mora se da mucho espacio a la persona y acciones de Talamantes, aunque se le describe de forma positiva: “Entre los que más influjo tenían en el partido mejicano se hallaba un fraile de la Merced cuyo nombre era Melchor Talamantes. Este hombre, de una vasta instrucción y de ideas bastante liberales para su época y estado”. José María Luis Mora, *México y sus Revoluciones*, t. 3, p. 529.

contrariamente a la dada por Bustamante.³⁸⁶ Incluso, el espacio concedido al fraile es semejante al que se le otorga en la obra histórica contemporánea *México a través de los siglos*,³⁸⁷ acción que puede considerarse como ejemplo de un reconocimiento a ciertos personajes en ese tiempo.³⁸⁸

Por contraste ideológico, uno de los personajes que la historiografía de la época sí resalta, es el líder del partido europeo, o español, Gabriel de Yermo, el cual funge como patrón de Benito Arias y padre putativo de María. No es casual que sea el primer personaje sobre el que se detiene la voz narrativa. Ésta ofrece al lector una gran cantidad de datos biográficos y juicios positivos sobre el actuar del español durante ese periodo de 1808 que precede al levantamiento de Hidalgo. De hecho, el personaje sigue apareciendo en la narración episódica y el lector se entera de las discusiones entre Yermo y Benito que no sólo sirven para dejar ver las diferencias ideológicas, pese a un cariño entrañable entre uno y otro, también fungen como explicación contextual del momento histórico que se está viviendo.

La voz narrativa deja entrever un personaje honorable que de forma sorpresiva, por su condición de español rico y partidario de la corona hispana, mantiene, en un primer momento, los lazos de amistad con Benito pese a que éste comienza a descollar como líder

³⁸⁶ “Fr. Melchor de Talamantes, mercedario de la provincia de Lima, que después murió preso en la cárcel en el castillo de S. Juan de Ulúa (Habiéndolo sacado de prisión sin quitarle los grillos hasta echarlo al sepulcro, situado en la puntilla del castillo)”. Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t.1., p. 7.

³⁸⁷ Así le describió Julio Zárate: “El padre Talamantes, cuyo nombre asentamos ahora por primera vez, era natural del Perú, y hacía algún tiempo que se hallaba en Nueva España con el objeto de pasar a la metrópoli por disturbios en su provincia. Su permanencia en México se había prolongado, y durante ella trabó relaciones amistosas con los hombres más distinguidos del naciente partido de la independencia. Era Talamantes de vasta instrucción y de carácter valiente y generosos arranques; pruébanlo primero, las comisiones que le confió el virrey Iturrigaray de fijar los límites de la provincia de Texas y de formar un plan de defensa del reino, y son muestras patentes de lo segundo su prisión y muerte en la fortaleza de Ulúa, víctima de sus profundas convicciones, cuando bien pudiera haber evitado tan triste destino, si disimulado hubiera sus opiniones políticas. Puesto en contacto con los propugnadores de la creación de un gobierno propio, escribió unos apuntes sobre el modo de convocar el congreso general del reino, y objetos de que éste había de tratar, con otras memorias en que examinaba con gran profundidad la misma materia. De estos escritos hizo circular copias con profusión entre los ayuntamientos del reino, contribuyendo así poderosamente a difundir ideas y principios que preparaban los ánimos a desear un cambio radical en el modo de ser político y social de la colonia. Preso primeramente en la cárcel secreta de la Inquisición y conducido luego a las playas mortíferas del Golfo, murió en el mes de abril de 1809, en la mayor miseria y triste desamparo en la fortaleza de San Juan de Ulúa”. *México a través de los siglos*, T., III, cap. V, 2002, p. 2. Versión en CD,

³⁸⁸ Un ejemplo de que la mayor parte de la información proporcionada por Olavarría tuvo un sólido sustento histórico lo posibilitan estudios recientes que corroboran el que Talamantes estaba más al pendiente de los sucesos políticos que de sus obligaciones religiosas, como prueban las quejas de sus compañeros. Ver Juan Pablo Pampillo. *El pensamiento independentista de Fray Melchor de Talamantes y su proyecto de organización constitucional*, 2009, p. 62.

del partido rival. Son pocas las veces que al personaje de Yermo se le otorga la palabra y más las que de él hacen referencia los personajes o el narrador. Al lector le queda muy en claro que el hispano es prácticamente intachable. Sin embargo, la visión idílica entregada en los episodios tiene algunas diferencias, si se compara con la historiografía que el narrador utilizó y la que era posible consultar en ese tiempo. Una visión positiva se encuentra en la versión de Alamán el cual presentaba así al personaje, después de explicar que al grupo español le faltaba un líder:

Estaba avvicinado en la capital un español natural de Vizcaya, de edad madura; respetado por su conducta y por el caudal muy considerable que había recibido de su muger y aumentado mucho con su industria y trabajo; de grande influjo en la tierra caliente del Valle de Cuernavaca, donde tenía extensas haciendas y en ellas gran número de esclavos, á quienes dio libertad [...] Llamábase D. Gabriel de Yermo, y sobre él fué sobre quien echaron los ojos los principales comerciantes que formaban el partido español.³⁸⁹

En el mismo tono positivo, aunque de forma breve, es retratado el líder del grupo español en *México a través de los siglos*.³⁹⁰ Sin embargo, en la versión histórica de Bustamante no sucede lo mismo, y así se daban pormenores sobre la conspiración:

Era el vehículo de esta conspiración D. Gabriel de Yermo, vecino rico de México, y altamente quejoso del virrey porque le había exigido los capitales de sus haciendas de tierra caliente, amenazándolo con que se las dividiría para vendérselas; y aunque Yermo trató de resistirse, y pudo haberlo castigado como cabeza de motín, le perdonó generosamente, y nunca pudo esperar encontrar en él un enemigo formidable.³⁹¹

³⁸⁹ Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1., pp. 237, 238 y ss.

³⁹⁰ “Entonces comprendió el partido español que era preciso adelantarse á la llegada de esas tropas, asestando el golpe de antemano tenían preparado y quitando de en medio al que consideraban como el principal apoyo [...] Pero faltaba entre aquellos ricos comerciantes y pretensiosos togados, que temblaban á la idea de pagar con sus cabezas la intentona, el hombre que condujese el movimiento con la energía y valor indispensables. Este hombre fue don Gabriel J. de Yermo, vizcaíno acaudalado, de edad madura, propietario de extensos y valiosos ingenios en el valle de Cuernavaca, y que era y tenido en grande estima entre sus compatriotas y los comerciantes de la capital por su vida laboriosa, su espíritu de empresa, y su notable acción de dar libertad á algunos centenares de esclavos que tenía en sus haciendas”. Como se nota, la crítica hacía los españoles no alcanza a Yermo y tampoco se menciona sus diferencias económicas y personales con el virrey Iturrigaray. Por cierto que Julio Zárate no señala la fuente de los datos que sobre Yermo asienta, pero en todo ese capítulo se nota que sigue la versión de Alamán. Julio Zárate, *Op. cit.*, p. 56-57.

³⁹¹ Carlos María de Bustamante, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, t., 1, p. 5. 1985

El dato sobre las desavenencias entre Yermo e Iturrigaray no es mencionado en los episodios aunque este hecho estaba validado por otras versiones históricas del periodo como la del ideólogo liberal Mora que así lo asienta: “era uno de los Españoles más ricos y de influjo entre sus paisanos y enemigo personal de Iturrigaray por haberlo apremiado a redimir los cuantiosos capitales que reportaban sus fincas rústicas”.³⁹² Entonces, es posible suponer que la versión favorecida por Olavarría es la de Alamán.³⁹³ Esto último, antes que una crítica, puede ser una muestra de que pese a las diferencias ideológicas en la década de 1880 la versión histórica sobre la guerra de independencia del líder de conservadurismo mexicano no quedaba fuera del canon hegemónico y prueba de ellos es que también Julio Zárate, aunque éste sí añade notas a pie criticando abiertamente algunos pasajes narrados por el conservador,³⁹⁴ incluye la versión histórica de Alamán entre las fuentes que dan soporte a su colaboración en *México a través de los siglos*.

3.4.1 MIGUEL HIDALGO Y LA COMPLICADA PRIMERA FASE DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

El primer gran personaje heroico sobre el que la voz narrativa destaca su inteligencia y virtudes fue el sacerdote Miguel Hidalgo. El cura entra en escena al final del segundo episodio, *La virgen de Guadalupe*, en una intervención sorpresiva cuando interrumpe una plática dada entre Benito Arias y otro criollo, el franciscano Fray Vicente de Santamaría, que se llevaba a cabo en la casa del religioso,³⁹⁵ en la antigua Valladolid, y que versaba

³⁹² José María Luis Mora, *op. cit.*, t.2., p. 340.

³⁹³ Por cierto, Alamán se toma un buen espacio para explicar, justificar o desmentir lo que señalaban otros, como Mora, sobre los motivos revanchistas que pesaron para liderar la rebelión contra el virrey Iturrigaray.

³⁹⁴ Por ejemplo, así se refería Zárate, inmediatamente después de citar al conservador “Hemos copiado el párrafo anterior para dar una idea del criterio con que el historiador Alamán juzga la revolución de independencia. Los juicios y opiniones de este autor son los mismos del partido conservador sobre esta importante materia [los motivos para la independencia]. Hemos subrayado las frases de que se forma el último argumento de Alamán, con el objeto de hacer resaltar ese arranque de sentimentalismo que parecerá sincero sólo á los que no conozcan los hechos del historiador.” Julio Zárate, *México a través de los siglos*, t. VIII, pp. 85-86.

³⁹⁵ A estas alturas se encuentra otro personaje que en la narración parece un nombre más, pero en realidad se trataba de un miembro muy importante dentro del grupo criollo que luchó por la independencia de la Nueva España, culto, con influencia en los círculos del poder eclesiástico y que formó parte de una rebelión que antecedió a la del cura Hidalgo. El personaje es hoy poco conocido y un buen estudio sobre él y un homónimo es el escrito por Ernesto de la Torre, “Fray Vicente De Santa María y Fray Vicente De Santa María”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, V. 2, 1967, p. 7-69.

sobre la imposibilidad de llevar a cabo el matrimonio entre Benito y María, por la prohibición que obraba en su contra. Santamaría fue uno de los promotores de la fallida conspiración de Valladolid, ocurrida en 1809, la cual estuvo conformada por oficiales militares, civiles y religiosos. Aunque la mayoría eran criollos, también se sabe que contaron con apoyo de diferentes grupos indígenas de los pueblos aledaños y con la tropa de algunos regimientos. Otros destacados líderes criollos destacados fueron José María García Obeso y los hermanos José Mariano y José Nicolás Michelena.³⁹⁶

El anterior paréntesis tiene la finalidad de puntualizar que la escena entre Benito, el franciscano e Hidalgo fue algo más que un incidente en la narración. Fue la solución literaria que la voz narrativa utilizó para unir en un mismo rumbo y fin a Benito y al proceso por la independencia que le tocó atestiguar. Además, el conocer al futuro líder del levantamiento insurgente llevaría a un nuevo nivel los valores e identidad criolla de Benito hasta que paulatinamente se despertaran en él sentimientos nacionalistas. Es decir, el haber conocido al cura de Dolores no era sólo importante porque le resolvía su situación legal y moral con María; fue el inicio del camino hacia la conformación de su identidad como mexicano por vía de las enseñanzas que le daría esa relación de amistad.

En el episodio, se señalaba que Hidalgo, desafiando el veto religioso, casaría a María y Benito.³⁹⁷ Inmediatamente después la voz narrativa presenta al sacerdote:

El recién venido era un hombre de mediana estatura, algo levantado de espaldas, vigoroso y bastante ágil a pesar de sus sesenta y dos años. Su rostro tenía la venerable belleza de la ancianidad en un cuerpo sano y fortificado por la vida y ejercicios del campo. Coronaba su cabeza esa calva extensa, limpia y bien cortada, propia de los cerebros pensadores y estudiosos, y blancos mechones de canas formaban marco natural á aquella fisonomía animada por unos ojos claros y expresivos. Vestía de negro por razón de su clase, chupa y levitón, calzón corto, media, zapatos con hebilla, capa y sombrero; con excepción de la chupa, que era de seda fabricada por él mismo, el resto del traje era de paño de lana.³⁹⁸

³⁹⁶ El nombre y participación del franciscano Santamaría es validada en las versiones de Alamán, Bustamante y en posterior de Julio Zárate. Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1., pp. 314-318; Carlos María de Bustamante le otorga un apartado en especial y cita una relación a un testimonio de Mariano Michelena, *op. cit.*, pp.12 y ss. Por su parte, Julio Zárate también detalla a la conspiración, *op. cit.*, pp. 74-76.

³⁹⁷ De Olavarría, Ira, II, p. 159.

³⁹⁸ *Loc. Cit.*

La descripción entregada al lector de los episodios no es cercana a la de Bustamante,³⁹⁹ sino es más próxima a la versión de Alamán. Muchos de los datos que asentara el historiador conservador sobre el futuro padre de la patria, su origen social, entorno familiar, desempeño como estudiante, sus antecedentes como clérigo e incluso su forma de vestir, fueron incluidos en diferentes formas y momentos en las novelas históricas olavarrianas. Por su parte, así le retrataba Alamán:

Era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba de sesenta años, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos: de pocas palabras en el trato común, pero animado en la argumentación á estilo de colegio, cuando entraba en el calor de alguna disputa. Poco aliñado en su traje, no usaba otro que el que acostumbraban entonces los curas de pueblos pequeños.⁴⁰⁰

En continuación con la escena del episodio, de ella se entiende cómo fue que Benito quedó prendado de la personalidad del sacerdote. El proceso de persuasión ideológica se dio en varios momentos. El primero surgiría por las dudas sobre la validez del posible matrimonio, entre el líder del partido criollo y María, a manos de Hidalgo, éste le expone, al igual que al lector, las causas morales que estaban de su lado, dejando arrobado a Benito, situación que se interrumpiría por el narrador que señalaba: “era un hombre superior á todos los hombres de la Nueva España; y era superior porque había leído, y leído en libros que los demás criollos no habíamos podido comprender”.⁴⁰¹ La voz narrativa deja ver todas las características positivas del sacerdote libertario, así como datos sobre sus ideas políticas, su ferviente apego a los más necesitados o sus tertulias junto a otros criollos que, como él, se adherían a la idea de alcanzar la autonomía de la patria.

³⁹⁹ En su versión histórica, Bustamante hace muy breve referencia a la biografía de Hidalgo cuando va narrando los hechos que anteceden la rebelión de 1810 y en cambio enfatiza que el cura de Dolores “tenía mayor ilustración que el de Carácuaro”, es decir, Morelos y que sentía “igualmente los impulsos de la venganza, mirando esclavizado á su pueblo querido”. En Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t.1., pp. 19 y 266, respectivamente. Más adelante y hasta que se describen los últimos días de Hidalgo, su prisión y condena se integra una breve semblanza del cura, que no tiene la riqueza y el orden presente en los episodios olavarrianos.

⁴⁰⁰ Lucas Alamán, *op. cit.*, p. t.1, 354.

⁴⁰¹ De Olavarría, 1ra, II, p. 161.

A partir de los sucesos de septiembre de 1810 fue un criollo como Miguel Hidalgo el que sobresale en los hechos históricos y sea parte de la solución de la trama novelesca.⁴⁰² Es decir, la conspiración delatada, la rebelión, el *grito*, el recorrido por el centro del país, las primeras batallas y hasta la muerte del líder rebelde vienen a ser una primera “época” que funciona como separación interna entre los episodios olavarrianos, lo cual se informa al lector, y coincide con la primera parte de la guerra. Si en los primeros episodios destaca la relación entre el español Gabriel de Yermo y el criollo Benito Arias, ya en el tercero, *La derrota de las cruces*, el protagonismo lo llevan personajes como Juan Antonio Riaño y el propio Miguel Hidalgo.

Así pues, la relación que se presenta al lector entre Hidalgo y Riaño, los cuales sobresalen por sus valores morales y honorabilidad, es la base de la visión que se quiere sustentar: era tiempo que una versión histórica sobre la Guerra de Independencia mexicana aquilatara el tamaño y valía de los personajes que estuvieron en cada bando en pugna. La victoria, entonces, sería contemplada como más meritoria y al mismo tiempo ofrece una versión reconciliadora. Por lo tanto, se entiende que ingresan al texto las cartas que intercambiaron ambos personajes, antes de que comenzara la batalla entre insurgentes y realistas en la ciudad de Guanajuato, para remarcar la amistad previa que los unía. No obstante, ninguno cedió en sus convicciones que derivaron en la primera victoria de relevancia para los independentistas, así como los primeros abusos y excesos de la denominada plebe.

Un aspecto que tiene relevancia para el análisis es cómo se presentó a Hidalgo en los momentos más críticos de la rebelión. Lo más notable del actuar del personaje se ajusta al desarrollo histórico de los eventos. El sacerdote rebelde siempre actuará en continua relación con otros personajes históricos que conformaron la cúpula insurgente de 1810, de los que también se aporta su biografía, en la mayor parte en términos de encomio. En ese

⁴⁰² El énfasis de la voz narrativa en reiterar al lector el carácter de criollo de muchos líderes de la rebelión insurgente de 1810 no parece accidental. Debe recordarse que, en efecto, en documentos de la época así se les consideraba e incluso algunos de ellos no había certeza sobre su identidad social. Una clasificación propuesta desde la actualidad quedaría así: criollos, Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Jiménez, Mariano Matamoros, Guadalupe Victoria, Mariano Abasolo, Leonardo y Miguel Bravo, Leona Vicario, Andrés Quintana Roo; mestizos José María Morelos, Vicente Guerrero; sin claridad entre su adscripción como criollo o mestizos estarían: Pedro Moreno, Víctor Rosales, Nicolás Bravo, Hermenegildo Galeana y el único español: Xavier Mina. En *Apuntes para la historia de los restos mortales de los héroes de la independencia*, Carmen Saucedo Zarco, 2010.

sentido, la voz narrativa va presentando a figuras canónicas de la historia patria como los corregidores de Querétaro: Miguel Domínguez y su esposa Josefa Ortiz.⁴⁰³ También se describe a otros como Ignacio Allende,⁴⁰⁴ a los hermanos Juan e Ignacio Aldama,⁴⁰⁵ así como otros personajes del partido realista con sus respectivos datos y se les hace un juicio similar al del Virrey Francisco Javier Venegas.⁴⁰⁶

En términos generales se puede enunciar que en los episodios olavarrianos a Miguel Hidalgo se le muestra como un hombre singular de miras amplias, seguro de sí mismo y con un empuje y determinación algo diferente a la imagen de anciano sabio y venerable que la historia oficial recoge. Sus palabras y voluntad son sus mejores cualidades. Es un ente que tiende a una especie de esfericidad, como la teoría literaria lo plantea; es decir no es plano ni en blanco y negro, es presentado como un ser humano con dudas, recelos, pero siempre firme con respecto a la emancipación.⁴⁰⁷

Este afán de plenitud es una de las posibilidades que le da al personaje histórico el actuar en varias dimensiones que lo muestran en facetas que la historia oficial concibe como adyacentes. Por ejemplo, ingresan al mundo narrado datos oscuros o desfavorables para la historia de bronce: el señalar que tenía una hija fuera de toda norma social y moral; y que se dedicaba más a la vida en sociedad o en tomar parte en conspiraciones políticas que en guiar a su ‘rebaño’. Tampoco son dejados de lado sus diferentes yerros durante los meses que duró esa fase de la rebelión: el cuasi nulo control sobre sus huestes que atropellaban, vejaban o asesinaban a los peninsulares en el recorrido libertario; su culto a la personalidad al aceptar el título de “alteza”; o sus desavenencias con Allende y con el grupo dirigente que llevan a éstos a intentar envenenarlo, y que al final, después de los fracasos militares, le quitarían el mando y lo relegarían de las decisiones hasta que todos caerían presos en su huida a Estados Unidos. Desde luego, la voz narrativa en muchos casos aporta pruebas documentales de la mayoría de los desatinos, pero siempre otorga algún grado de soporte a las acciones de Hidalgo por medio de esclarecimientos que llevan la intención de justificarlas, respetando a la figura heroica que se presenta al lector.

⁴⁰³De Olavarría, 1ra, II, p. 186.

⁴⁰⁴*Ibidem*, pp. 174-175.

⁴⁰⁵*Ibidem*, p.187.

⁴⁰⁶*Ibidem*, p.193.

⁴⁰⁷E.M. Forster, *Aspectos de la Novela*, 1961, p. 92.

Al personaje se le dota de un halo de sabiduría, gentileza con los desfavorecidos y empuje que no tienen otros personajes, a excepción de Morelos. Para el lector de los episodios olavarrianos Hidalgo se sabe diferente y cree en su proyecto liberador por encima de todas las cosas, aunque siempre tiene un grado de bondad y sensibilidad que lo tornan en una figura paternal y accesible al necesitado. Hay la intención de mostrar un ser complejo que igual hablaba de una justa venganza criolla, por los abusos que contra ellos habían cometido los peninsulares,⁴⁰⁸ que se refería, en la misma conversación, a las masas como listas a levantarse contra la tiranía pese a ser ignorantes y crueles.⁴⁰⁹

También, en boca del cura, la voz narrativa pone juicios que acusaban como enemigos de la patria más a los españoles que vivían en la Nueva España que a los que estaban en la península ya que a los primeros, según el narrador, los dominaba una sórdida avaricia y un supuesto afán de superioridad y desprecio por los criollos. En decir, hay una propuesta de conflicto social entre dos sectores con una herencia y tradición en común, hispana-criolla, pero con identidades en pugna. En lo que respecta a la relación del cura Hidalgo con su grey, son señalados los beneficios en industria: en seda, vino y miel, por ejemplo, que éste había logrado en Dolores. Estas acciones favorecían a las comunidades aledañas a las que se daba el tiempo de visitar delegando en subalternos su labor pastoral. Hidalgo parece más líder social que espiritual, opinión cercana –paradójicamente- a la vertida por el conservador Zamaçois en esos mismos años y opuesta a la de Lucas Alamán.⁴¹⁰

⁴⁰⁸De Olavarría, Ira, II, p. 181

⁴⁰⁹*Loc. Cit.*

⁴¹⁰Así pues, difiere de la negativa de Lucas Alamán y sorprende por el balance: “A la instrucción y al talento, reunía el cura Hidalgo la afabilidad con la clase menesterosa, la generosidad, el desprendimiento en materia de dinero, cualidades que le había conquistado el aprecio de todas la personas que le trataban, de sus feligreses y especialmente de los indios, cuyo idioma hablaba y de quienes se mostraba verdadero padre. Que D. Miguel Hidalgo era persona de positivo mérito, de nobles sentimientos y de comportamiento digno en todos sus actos, lo manifestaba la amistad íntima que con él tenía el Obispo electo de Michoacan Abad y Queipo.” El juicio es positivo y resalta por la defensa que incluso hace de algunas acusaciones que Alamán asienta en su versión. Niceto de Zamaçois, *Historia de Méjico...*, T. V., Cap. VI, 1878, pp. 168-169.

3.4.2 JOSÉ MARÍA MORELOS, LA FASE GLORIOSA Y HUMANA DE LA GUERRA

En la segunda fase de la guerra destaca José María Morelos y Pavón. Al igual que en el caso del cura Hidalgo, el número de episodios en los que aparece Morelos es de seis, incluyendo en ellos su captura y fusilamiento, con un espacio temporal entre 1811 y 1815. De hecho, el octavo se titula: *El cura de Nucupétaro*.⁴¹¹ El narrador inicia la diégesis con una amplia misiva entre Benito y María, a través de la cual el lector se enterará de algunos datos biográficos del líder rebelde, lo más sobresaliente ahí expuesto es lo que sigue:

Nació el 30 de Setiembre de 1765 en la ciudad de Valladolid: su origen ha sido de lo más humilde, pues su padre. D. Manuel Morelos fué carpintero, y su madre D. Juana Pavón, hija de un maestro de escuela. [...] Ni en su niñez ni en su juventud recibió el señor Morelos instrucción alguna, y su tío D. Felipe se hizo cargo de él, ocupándole en el cuidado de una recua de que era dueño y con la cual traficaba entre México y el puerto de Acapulco. Como un simple arriero pasó, pues, los primeros treinta años de su vida en el duro y penoso trabajo, ganando subsistencia y la de su madre á la cual profesó constantemente un entrañable cariño. Pero aquella vida servil y embrutecedora no era para él, y en 1795 se dedicó al estudio, ingresando de capense en el Colegio de San Nicolás de Valladolid [...] Se dedicó no obstante con tan infatigable celo al estudio, que en poco tiempo llegó a ocupar el primer en el curso de filosofía [...]; estudió después teología dogmática y moral, y en 1799 se ordenó de presbítero. [...] El Sr. Morelos no es lo que se puede llamarse un hombre instruido, apenas llegó á aprender lo muy indispensable para desempeñar las funciones de su ministerio: en cambio, es el hombre de más talento natural que he conocido, adivina las cosas y habla de ellas como si él las hubiera inventado: tiene el don de la palabra. [...] Es religioso, extremadamente religioso, pero sin preocupación, y cree que el amor á la patria en nada puede perjudicar al amor que le debe a Dios. Su rectitud es, sobre todo elogio, ejemplar, incomparable su energía y noble su corazón: es uno de esos caracteres que engrandecen cuanto les rodea y saben conocer a los hombres.⁴¹²

La elogiosa descripción resalta el origen humilde, temple y afán de crecimiento moral e intelectual del cura que corresponde a su accionar en las batallas de la guerra en las cuales, se remarca, no fue cruel en sus victorias, aunque sí inflexible y severo; no abusaba de su poder, pero tampoco perdonaba.⁴¹³ Además, se enfatizan sus habilidades innatas como

⁴¹¹El nombre utilizado por Olavarría era el que se encontraba en sus fuentes, pero el aceptado es: Nocupétaro, en lo que hoy es el estado de Michoacán.

⁴¹²De Olavarría, Ira, VIII, pp. 772-773.

⁴¹³*Loc. Cit.*

organizador en el campo de batalla. En lo que tiene ver con sus rasgos y origen étnico, el lector se entera de su mediana estatura, complexión robusta, su tono de piel morena y sus facciones gruesas, llamando la atención que no se delimite su adscripción social como sí lo hacen los historiadores de ese tiempo, parece que se trata de cuidar al personaje o librarlo de ataques por su origen. La caracterización es más detallada que en el caso de Hidalgo, resaltando el carisma y don de mando entre las tropas que lo admiraban y querían: “no es el amigo de sus soldados sino el padre”.⁴¹⁴

Es necesario puntualizar que Benito a esas alturas del texto queda en un segundo plano y, aunque reaparece en algunos segmentos de los siguientes episodios, es relevado en la narración de las campañas militares de Morelos por un personaje llamado el “compadre Mascarilla” que funge como testigo de primera mano. De él se aportan datos como el señalar que era un marinero de Cádiz; que había llegado a la Nueva España en el mismo barco que el virrey Iturrigaray; que un accidente en el puerto de Veracruz lo había dejado sin pierna y víctima del vomito negro; que sus paisanos lo habían rechazado, por lo que se internaría en el país para terminar al servicio de Morelos, primero en Carácuaro y después en la lucha contra las fuerzas realistas.⁴¹⁵ En otras palabras, en los episodios en los que se da cuenta de las campañas de Morelos aparecen varias voces narrativas que se van intercalando: Benito, “el compadre Mascarilla” y Carlos Miguel, siendo a veces complejo para el lector el delimitar cada caso.

Lo que importa es resaltar que se integra en los episodios olavarrianos la pretendida visión narrativa de un español, como supuestamente era el “compadre Mascarilla”, que se unió a la causa independentista por el agradecimiento y admiración que le tenía a Morelos y en algún grado por una adhesión a la causa; algo similar a lo que le ocurrió al criollo Benito con el cura Hidalgo. Hay un reconocimiento de las facultades superiores de los primeros caudillos, y de la causa por la que luchan, a través de este tipo de personajes. Es decir, al lector se le presenta cada época por medio de un supuesto testimonio que se pretende verídico y en la visión de un personaje que “aprende” y cambia su horizonte ideológico por

⁴¹⁴ De Olavarría, Ira, VIII, p. 774.

⁴¹⁵ Es posible que el personaje sea ficticio ya que no hay datos de él ni en la versión de Alamán ni en la de Bustamante.

el trato que tiene con alguno de los líderes de la revolución, reafirmando el carácter persuasivo de los episodios.

Otro punto que es necesario destacar resulta de comparar la descripción de Morelos presente en los episodios olavarrianos con las versiones históricas de Alamán y Bustamante, ya que se nota un intento de medida por parte de la voz narrativa. Hoy se puede comprobar que tanto Alamán, como Bustamante, se refirieron en términos positivos al cura Morelos. En el caso del historiador insurgente el elogio, defensa y glorificación sobrepasan la visión del conservador Alamán y en apariencia la del propio Olavarría. Por su parte, Alamán así lo presentaba:

D. José María Morelos y Pavón, nació en la ciudad de Valladolid de Michoacán [...] Fué su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro, aunque en sus declaraciones se califica él mismo de español [...] El ejercicio de Morelos en la primera y mayor parte de su vida fué de vaquero, y una señal que tenía en la nariz era efecto de un golpe que se dió contra una rama de un árbol, siguiendo á caballo un toro, habiendo caído a tierra aturdido. A los treinta y dos años emprendió la carrera eclesiástica, y no hizo mas que los estudios muy precisos para poderse ordenar, estudiando filosofía de día y moral de noche.⁴¹⁶

Aunque el apunte biográfico parece escueto y algo crítico, sobre todo en lo referente al nivel de instrucción y el acotar que el caudillo se considerase como español, lo cierto es que previo a la semblanza, Alamán ya había señalado que Morelos fue “el hombre más notable que hubo entre los insurgentes”. Asimismo, le otorga validez a sus juicios, ya que “los refirió [a los hechos en los que participó] con buen orden, claridad y verdad”.⁴¹⁷

En el mismo sentido se expresaría Bustamante de Morelos en su versión histórica, independientemente de que su *Elogio histórico del general Morelos* ya había sido publicado años antes que su *Cuadro histórico*, en 1827. Para el literato y diputado del congreso insurgente de Chilpancingo, el cura de Valladolid fue el que posibilitó, con su lucha y genio, el que la rebelión de Hidalgo siguiera adelante. Los datos biográficos que

⁴¹⁶Lucas Alamán, *op. cit.*, pp. 315-316.

⁴¹⁷*Ibidem*, p. 314. El respeto que como documento histórico le han otorgado al proceso, y por ende a las palabras de Morelos ahí vertidas, rebasa ideologías y temporalidades. Por ejemplo, Zamañós también subraya la validez histórica del documento e incluye juicios que señalan las respuestas del líder insurgente como “dignas y nobles”. *Historia de Méjico...*, t. IX, Cap. XVII, 1879, p. 734.

adiciona, después de narrar los últimos sucesos de su vida, se entretienen con juicios en contra de las que son asumidas como calumnias en contra del prócer de la patria. Bustamante así describía al Siervo de la Nación:

Nació en el rancho de *Tahuejo el Grande*, inmediato a Apatzingán, de padres humildes: parece que una desazón de familia hizo que su padre se ausentase de su casa y se fuese á vivir a S. Luis Potosí, donde ejercitó honradamente el oficio de carpintero. Morelos, desde pequeño se dedicó á mantener á su buena madre, y se aplicó a la arriería, donde hizo un corto principal en la carretera de Acapulco á México [...] Mayor de 25 años emprendió la carrera eclesiástica; vendió las mulas que tenía, y entró en el colegio de S. Nicolás de Valladolid, de capa. En breve aprendió la gramática latina, pues era constantemente aplicado [...] Ordenado presbítero, se aplicó á la enseñanza de gramática latina en el pueblo de Uruápam, y habiéndosele conferido el curato de Nucupétaro y su agregado de Carácuaro, pasó á servirlo: halló una iglesia de este totalmente arruinada, y *el con sus propias manos zanjó los fundamentos del edificio* trabajando de peón [...] Jamás se mezcló en asuntos políticos; pero apenas entendió que se trataba de sacudirse el yugo español, cuando he aquí á este hombre transformado: de los bosques de tierra caliente salió un tigre á arrancarle al león viejo de la Iberia una presa que por tres siglos tenía aferrada: entonces desarrolló sus talentos, y para lo que lo había guardado la Providencia hundido en la oscuridad o el silencio. Morelos era de un carácter modesto y reservado: tenía una penetración extraordinaria, y conocía al primer golpe de vista el fondo del hombre con quien trataba.⁴¹⁸

La anterior descripción sirve para demostrar que en los episodios olavarrianos hay una visión narrativa que se basa en las de Alamán y Bustamante, pero intenta lograr un cierto equilibrio en los juicios que presentaban al lector, cercana a la vindicativa y sostenida por una versión conservadora como la de Zamaçois.⁴¹⁹

Si se elige un punto clave de la guerra en la cual la historiografía ha destacado el papel de Morelos por ejemplo, lo relativo al sitio de Cuautla, la ruta narrativa en las dos versiones históricas y la episódica es cercana: los sucesos son presentados al lector siguiendo fuentes históricas similares (partes de guerra entre Calleja y el virrey Venegas,

⁴¹⁸Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 244-245.

⁴¹⁹ Igual sesgo favorable para Morelos subsiste en la versión de Zamaçois que incluso sostiene como equivocadas las versiones de sus correligionarios Alamán y Arrangoiz al señalar una supuesta debilidad o traición a la causa insurgente, al mostrar el caudillo del sur su intención de salir del país si le perdonaba la vida después de finalizar su juicio: “Su proposición no reconocía el sentimiento de flaqueza que se le ha llegado á atribuir, no; por la independencia hubiera dado la vida que mil veces la expuso gustoso en combates: no debemos creer, después de las patentes pruebas que dio de su amor á la emancipación de la patria”. En *Historia de Méjico...*, t. IX, Cap. XVII, 1879, p. 740.

sus conflictos personales que aparece como rivalidad, o las declaraciones del propio Morelos), sólo el matiz que les otorga la propia ideología de los autores parece gobernar el discurso. Además, es conveniente señalar que pese a la amplitud del décimo episodio, *El Sitio de Cuautla*, los acontecimientos pasan a primer plano. Un ejemplo de lo anterior se demuestra al contrastar las versiones de los dos historiadores y la del literato español cuando en ellas se describían las terribles condiciones a las que fueron sometidos tanto los asaltantes como los sitiados, considerando dentro del segundo grupo a los civiles que quedaron atrapados durante el conflicto, por lo cual los tres autores dediquen espacio discursivo en sus versiones a este tipo de hechos.⁴²⁰

A la par, es necesario subrayar que algunos sucesos que hoy parecerían anecdóticos fueron incluidos en las tres visiones de la guerra: la intrepidez casi suicida de Morelos al salir con una escolta menor a reconocer el campo que montaron los realistas fuera de Cuautla y que casi le cuesta la vida o caer prisionero, sino es por la valentía de Galeana que lo salva en el último momento; el duelo entre el mismo Galeana y un coronel realista de apellido Sagarra en el cual el insurgente llevaría la mejor parte y el español la peor. En contraste, algunas anécdotas sólo aparecen mencionadas por Bustamante y en los episodios olavarrianos: la falta de parque por parte de los insurgentes que llevó a Morelos a ofrecer dinero a cambio de los remanentes de obuses que les disparaban las fuerzas realistas; la acción valerosa del niño Narciso Mendoza que arriesgando su vida hizo fuego sobre un grupo de los sitiadores aunque saldría herido en la acción; la mención de una compañía infantil denominada “Compañía de los emulantes” liderados por un menor al que el

⁴²⁰ Alamán, escueto, describía: “la miseria había llegado al último grado: consumidos todos los alimentos, cuyos precios habían venido á ser exorbitantes, se había ocurrido no solo á echar mano de las sucias sabandijas, sino que también se habían arrancado de las puertas de las tiendas los cueros viejos de toro...”. Lucas Alamán, *op. cit.*, t. 2, p. 519. Con más dramatismo Bustamante narraba: “Una caja de cigarros llegó a valer veinte reales. Chupábanse las ojas de los arboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de Jarcía; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un gato valía seis pesos. Una iguana veinte reales. Las lagartijas y las ratas se vendían a precios altos. Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las pajarillas de puerco, y nuestros chicharrones que llaman de guitarra que en tanto aprecian los mexicanos. Acabados los cueros se comieron las patas de toro, tomando agua caliente como si fuera caldo de una rica gallina”. Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. 2, pp. 67-68. Desde luego que en los episodios olavarrianos el acento sobre el drama humano vivido durante el sitio de Cuautla es mayor.

historiador insurgente puntualiza como sobrino de Morelos,⁴²¹ pero en los episodios se acota con toda claridad que era el hijo de éste: Juan Nepomuceno Almonte.⁴²²

Entonces, se puede considerar como un ejemplo de la tonalidad específica de los episodios olavarrianos el que haya acontecimientos que no están de fondo, tornándola en una visión compleja, ya que se nota la intención de colorear y/o iluminar para el lector algunos hechos y el accionar de ciertos personajes. Lo anterior puede mostrarse al hacer una digresión para analizar el trato que se da en los episodios, y en las versiones históricas de Alamán y Bustamante, a dos personajes histórico de menor relevancia: el español Francisco Ayala y la del insurgente y supuesto traidor en Cuautla, Felipe Manso.

Tanto Bustamante como Alamán introducen en sus versiones históricas un apartado en el cual explican los motivos que llevaron al teniente de la Acordada en el valle de Amilpas,⁴²³ Francisco Ayala, a unirse con las fuerzas de Morelos. Ambos historiadores señalan que el personaje era honrado, que cumplía a cabalidad con sus deberes de combatir la delincuencia en aquellos lugares y que era querido y respetado en la comunidad. También, ambos dan por verdadero que el subdelegado de Cuautla, Garcilaso, y un comandante de apellido Moreno le quisieron aprehender porque le encontraron a un insurgente muerto unas cartas dirigidas a un tal Ignacio Ayala, y por error o mala fe al suponerlas para Francisco Ayala, porque éste no había querido en una primera instancia unir sus fuerzas para hacer la guerra a los insurgentes. Como resultado de lo anterior, fueron a la casa de Ayala y al intentar detenerlo le disparan sin herirlo; sí lo harían con su esposa, la cual morirá posteriormente en Cuautla. Al final, Ayala escapará con dos de sus hijos mayores, uno pequeño se quedaría bajo resguardo de amigos. Por lo anterior, Ayala se uniría a las fuerzas insurgentes, motivado principalmente por afanes de venganza.⁴²⁴

En el caso de Felipe Manso es similar. El historiador Alamán no le da espacio en su versión histórica, pero el historiador insurgente explica someramente los motivos que tuvo

⁴²¹ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. 2, p. 55.

⁴²² La anécdota completa destaca que los niños apresaron a un granadero realista después de haberlo derribado de su caballo y se lo presentaron a Morelos que le perdonó la vida. En los episodios se señala que “D. Juan Nepomuceno Almonte, hijo mayor de D. José María Morelos, amante entonces, como su propio padre, de su patria, por más que fuese un pequeñuelo”. De Olavarría, Ira, X., p. 1035.

⁴²³ De hecho, Alamán sostiene en nota a pie que tomó la anécdota de la historia de Bustamante y la dio por buena luego de hacer algunas pesquisas al respecto. Lucas Alamán, *op. cit.*, t. 2, pp. 427-428.

⁴²⁴ Bustamante le da mayor espacio al hecho y explica con detalle la odisea de Francisco Ayala en su versión histórica. ver de Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. 2, pp. 35-38.

para intentar traicionar a los insurgentes durante el sitio de Cuautla. Lo que sí resalta Bustamante en su narración es que Morelos no quiso creer en la traición de Manso y sólo lo hizo ante las pruebas irrefutables que le diera Galeana. Posteriormente, él formaría parte del complot para dejar entrar las tropas realistas a Cuautla las cuales al final perdieron muchos hombres en el fallido ardid. Sin embargo, el castigo para el traidor únicamente fue, según Bustamante, la prisión.⁴²⁵

En cambio, la forma en que los sucesos de Ayala y Manso son narrados en los episodios olavarrianos, respeta en lo general lo señalado por las dos versiones históricas que fungen como columna vertebral de su narración, con la salvedad de que ambas anécdotas son enriquecidas y ampliadas para entregar al lector una versión que permite unir a Manso, Ayala y Morelos de forma novelada en medio de un acontecimiento de la mayor importancia para las fuerzas insurgentes: pese a la derrota militar en Cuautla, Morelos y sus huestes habían quebrado el mito de invencibilidad del ejército realista y de su máximo exponente, Félix María Calleja. El espacio otorgado por la voz narrativa para que el lector entienda el accionar de Ayala y Manso es muy amplio. De hecho, la “historia” de Manso que se entrega al lector finalizará episodios después.⁴²⁶

El primero de los dos personajes que ingresa en la narración episódica es Ayala al que se describe como un hombre serio, taciturno, con arrojo, hasta la osadía; y en apariencia sólo preocupado por dispararle a los realistas con tino mortal.⁴²⁷ La actitud temeraria de Ayala llama la atención de Morelos que lo recrimina para que no fuera tan despreciativo de su vida y de esta forma se logra la solución literaria, traspasando a Morelos del segundo al primer plano. La relación personal entre el caudillo insurgente y el advenedizo rebelde se torna en un elemento para exponer el drama que se vivió durante los más de dos meses que duró el sitio de Cuautla, y para resaltar rasgos humanos y sentimentales del cura que el discurso histórico no puede explotar en la misma forma. Ayala cuenta su trágica historia a Morelos, y por ende al lector, luego de que el líder rebelde despidiera a su escolta y ambos se encaminaran a una plaza cercana. De la

⁴²⁵ *Ibidem*, pp. 56-57.

⁴²⁶ El desenlace de su vida sigue hasta el episodio XIV, *El 22 de Diciembre de 1815*, el cual narra los acontecimientos alrededor de los últimos días con vida de Morelos.

⁴²⁷ “Indiferente [Ayala] al parecer á todo, no lograban sacarle muchas veces de su abstracción ni la gritería de sus camaradas ni el estrépito de los disparos del enemigo, cuyas balas más de una vez cayeron á sus pies sin inmutarle en lo más mínimo”. De Olavarría, Ira, X., p. 1038.

conversación entre ambos, el lector se entera, en una forma mucho más detallada y extensa en comparación de lo contenido en la versión histórica de Bustamante, de las circunstancias que obligaron a Ayala a unirse a los insurgentes, y queda al descubierto una faceta muy humana de Morelos que virtualmente funge más como consejero y mentor que como jefe máximo de las fuerzas insurgentes, ya que lo convence que no es la venganza lo que debe guiar las acciones del antiguo teniente de la Acordada sino un afán de reparación por medio de la lucha en contra de los realistas, y para dotar de una patria a su hijo pequeño que había sobrevivido, hecho que Ayala supuestamente no sabía.⁴²⁸

El final de la escena entre Morelos y Ayala sirve como gozne para la entrada en el texto del segundo personaje de menor relieve que muestra parte del potencial de los episodios olavarrianos: Felipe Manso cuando éste escucha el final de la conversación entre ambos. Al personaje, como se mencionó, se le señala en la historia de Bustamante como traidor a la causa insurgente,⁴²⁹ pero en los episodios sirve para ejemplificar el sacrificio de los sitiados en que por hambre actuaban casi obligados a vender su puesto de vigilancia. Manso es presentado al lector como un hombre que enfrenta el dilema de entregar a su admirado Morelos y traicionar la causa a la cual es adepto, para salvar la vida de su esposa e hijo que mueren lentamente de hambre. El que instiga a la felonía a Manso es un espía realista, Juan, que se unió a la lucha por desquite de lo que la “chusma” de Hidalgo le había hecho al inicio de la rebelión: robando sus bienes, quemando su rancho y matándole a dos hijos. Juan le promete, además de pagos pecuniarios, el indulto y sobre todo la posibilidad de evitar la muerte de inanición de su esposa e hijo.

De una forma similar a lo ocurrido con Ayala, se entrega al lector una versión diferente a la histórica en la cual no se consuma la traición, con las posibilidades que otorga el discurso literario de un evento que involucra dilemas humanos que sucedieron durante el sitio. También se incluye la participación de Morelos, que es mostrado al lector como un hombre que se preocupaba por sus combatientes llegando a defender, por ausentarse de su puesto, a Manso del propio Galeana quien descubriría la falta y exigiría castigo por ello.

⁴²⁸Morelos le diría “Ese niño te dice, dame una patria que me ame si tu mueres; ese niño, en fin, te exige que vengues á [su madre] Salomé, cubriendo con las palmas conquistadas en la lucha santa y noble, el sepulcro en que descansa en tierra esclava hoy, tierra, mañana quizá, independiente y libre *Ibidem*, p. 1046.

⁴²⁹Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. 2, pp. 56 y ss.

Morelos recrimina a Manso y éste le contesta que antes de cumplirse la pena capital sobre su persona le permita enseñarle una misiva que Juan le pasó de contrabando en la cual se ofrecía el indulto para él, su familia y tres personas más, entre las cuales pensaba incluir al propio Morelos. En ese instante la esposa de Manso grita de dolor ya que su pequeño hijo acababa de morir. El dramatismo de la escena expone una faceta en extremo dolorosa de la guerra a través de actores hoy poco conocidos por la historia y pone el acento en mostrar a Morelos como un hombre de carne y hueso:

Mi general, si usted desea imponer á sus soldados con el espectáculo de mi justa ejecución, no pierda usted un instante: mi hijo, mi querido, mi pequeño hijo acaba de morir de hambre en este momento: mi Emilia, mi ángel idolatrado no tardará en seguirle a la eternidad, yo no puedo sufrir más de lo que ya sufro [...] mi general, no pierda usted un instante, quiero que mi muerte sirva siquiera de escarmiento. El general Morelos recibió como estatua aquel diluvio de palabras y nada pudo contestar, la voz se ahogó en su garganta y cuando Galeana entro en la sala y se llegó a él, retrocedió con asombro: Morelos, el general, el caudillo, el héroe, en fin, lloraba... como lloran los leones contra su voluntad.⁴³⁰

La escena concluye cuando Galeana apura a Morelos para que fusile a Manso, y el general insurgente lo ataja en seco diciendo que él lo protege y que nadie debería castigarlo. De manera inmediata, el lector se entera que la delación planificada por los realistas falló, y en una trampa concebida por Galeana sufren un número muy importante de bajas.

A estas alturas, el narrador emite juicios que apuntan a sostener que el verdadero padre de la Independencia fue Morelos y no Hidalgo. Un ejemplo es expresado, al inicio del décimo episodio, en una plática entre el “compadre Mascarilla” y el narratorio Carlos Miguel cuando el primero le informa a éste que la cuna de la patria fue Hidalgo pero el padre de ella fue Morelos.⁴³¹ La aseveración es más directa en el episodio que cuenta los últimos días de éste, ahí la voz narrativa señala: al “gigante D. José María Morelos” como “padre verdadero de la patria”, incluso se acota: “quizá y aun sin quizá, el único grande hombre de nuestra historia de aquellos días”.⁴³² Con lo anterior, se sostiene que la versión de la guerra insurgente en los episodios no sólo cumple con la tarea del novelista de colorear las partes sombrías del discurso histórico, también muestra una intención

⁴³⁰ De Olavarría, Ira, X. pp. 1088-89.

⁴³¹ *Ibidem*, pp. 988-989.

⁴³² *Ibidem*, Ira, XV, p. 1470.

metaliteraria que parte de una relectura a las fuentes históricas de forma semejante a como lo haría un historiador. En otras palabras, en algunos lapsos se confunde la verosimilitud literaria con la histórica.

3.4.3 DE 1815 A 1821: LA FASE FINAL DE LA GUERRA

La tercera fase de los episodios abarca desde la ejecución de Morelos hasta la muerte de Iturbide, es decir de 1815 a 1824, e incluye la fase final de la guerra, la consumación de la Independencia, el Primer Imperio, el regreso de Iturbide al país y su casi inmediata ejecución después de desembarcar en costas mexicanas. Al ser un lapso mayor de tiempo, los acontecimientos históricos se tornan enmarañados. Además, el acento no recae en algún personaje en particular sino en varios según el desarrollo de la guerra. Por lo anterior, la relevancia se reparte entre varios personajes que sobrevivieron a Morelos como Ignacio López Rayón, Guadalupe Victoria, Pablo Galeana o Vicente Guerrero. Destaca, sobre todos ellos, el espacio que se le da al español Javier Mina. Del bando realista en los episodios se enfoca la voz narrativa, igualmente, en personajes de relevancia como el virrey Juan Ruiz de Apodaca, Agustín de Iturbide o en Antonio López de Santa Anna, entre otros.

Por otro lado, a partir del noveno episodio, la voz narrativa da un paso más en su labor al identificar y comenzar a criticar de forma directa a sus dos fuentes principales: las historias de Alamán y Bustamante. De ahí en adelante la figura del autor-narrador que hemos delimitado antes se torna más presente. Es necesario señalar que ingresan al relato datos sobre la vida y obra de Carlos María de Bustamante y se sigue censurando su parcialidad como historiador.⁴³³ Este giro hace innecesario citar los escritos de Alamán y Bustamante ya que en la misma narración aparecen referidos y calificados como si de una obra propiamente histórica se trataran los episodios olavarrianos.

Es lo que corresponde a la fase final de la guerra se remarca la importancia que tuvo el primer emperador de la nación mexicana opinión que no es muy diferente a la que se le atribuye en versiones históricas como *México a través de los siglos*; aunque no se

⁴³³ Aunque la voz narrativa ya había hecho alusión al historiador insurgente, es hasta el doceavo episodio que comienza a introducir datos sobre su biografía y obra. De Olavarría, Ira, XII., p. 1259.

encuentra, el quizá justificado encono de Bustamante.⁴³⁴ En los episodios centrados en las campañas Morelos ya aparece algunas veces la mención al criollo Agustín de Iturbide para describir sus triunfos y se le reconoce cierto esplendor, pero se remarca su crueldad para con los insurgentes, e incluso se cita un documento en el que éste señalaba que la guerra no era entre europeos y americanos sino entre los propios americanos, es decir entre facciones de criollos.⁴³⁵ Será entre los episodios XV y XVIII en los cuales se aportan mayores datos y juicios sobre el fallido Agustín I.

Lo que resalta es cómo al lector se le presenta a Iturbide como un hombre ambicioso e inteligente, bajo cierto nivel de control de la Iglesia y de algunos criollos de clase alta que lo apoyan para evitar que los cambios derivados de la reinstauración, en 1819, de la constitución de Cádiz se llevaran a cabo en la Nueva España. Con lo anterior, se refuerza la tesis episódica de que la Independencia fue un pacto entre sectores criollos y peninsulares que resta importancia a los otros segmentos sociales, y sus representantes que sobrevivieron al final de la guerra, como Vicente Guerrero, el cual sólo toma relevancia a partir de la segunda serie de episodios. Esta opinión acerca a las novelas de Olavarría a visiones históricas de la independencia que sostenían que el segmento social que permitió y fue beneficiado con la emancipación fue aquella parte criolla, o que se asumía como tal, junto a ciertos personajes de la clase alta novohispana. Esta tesis fue sostenida en 1883 por Ignacio Manuel Altamirano en sus revistas históricas, quien incluso en algunos puntos específicos, sostuvo que Iturbide fue controlado por la alta jerarquía eclesiástica, y que coincide en versiones como la asentada en *México a través de los siglos*, particularmente la “Introducción” al tomo V sobre la Reforma escrita por José María Vigil.⁴³⁶

El trasladar el foco de la investigación a los personajes heroicos presentes en los episodios olavarrianos ha permitido la decodificación de elementos clave del universo

⁴³⁴El propio Bustamante al inicio de su versión histórica señala que Iturbide lo envió a prisión de manera injusta. Por obviedad la visión sobre el personaje es esperablemente sesgada.

⁴³⁵De Olavarría, Ira, XI, p. 1159.

⁴³⁶En este sentido: “La parte directa y eficaz que había tenido el clero en la formación del Plan de Iguala y en la consiguiente emancipación de México, dio a aquél una idea exagerada de su poder, idea que contribuyó a afirmar la actitud de Iturbide, que por sus convicciones personales y por los compromisos contraídos en la última revolución, se mostró desde los primeros momentos enteramente sometido a la influencia clerical, como lo indica uno de los actos de mayor trascendencia en los sucesos que después se desarrollaron”. José María Vigil, Introducción al tomo V, “Reforma e Intervención Francesa”, *México a través de los siglos*, p. XXXVIII, Versión electrónica en CD, 2007.

diegético como los diferentes documentos que ingresan en la narración y conforman un entramado que se agrupa en torno a los sucesos históricos. El lector es acorralado por lugares, fechas, biografías, espacios y documentos que invariablemente lo remiten a los sucesos históricos.

Asimismo, tanto la versión histórica de Alamán y Bustamante, y otras que ingresan al texto, son una muestra de pretendida neutralidad y sobre todo de un trabajo similar al del historiador que segmenta, delimita, compara, juzga y complementa un fragmento de la memoria documental mexicana a través de una estrategia que atrapa al inicio con lo literario y culmina enseñando historia. Un modelo narrativo que complejiza la intriga al pasar a un segundo plano lo literario. Asimismo, sobresale el ostracismo para una versión conservadora que también llevaba como gran preocupación el elaborar una versión actualizada de la guerra de emancipación nacional como la de Niceto de Zamañois que para la época de la publicación de los episodios en su parte medular (los sucesos entre 1808-1817) ya estaba publicada.

La relevancia de los elementos históricos, a partir del tercer episodio, coadyuva en la apreciación de una perspectiva particular que mantiene algunas pretensiones conciliatorias y con un claro propósito de abonar por la recuperación de los personajes históricos por encima de las ideologías que tradicionalmente los habían separado (liberal *vs* conservadora) o por las diferencias por adscripción social (criollo *vs* hispano, o criollo *vs* criollo). La conciliación no era sólo en lo ideológico, también se trataba de rescatar a los personajes de segundo, e incluso, algunos de tercer orden. Hay una intención por reconstruir un segmento de la historia de forma incluyente: no sólo los grandes héroes tenían destinada la gloria y un lugar destacado de la memoria social, también hubo otros que lo merecían, sin importar su origen social, circunstancia ideológica o género. Sobre tales personajes se centra el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 4. DE HOMBRES COMUNES Y DE HÉROES PENINSULARES: LA VISIÓN INCLUYENTE DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

4.1 LOS PERSONAJES CLAVE EN LA VISIÓN HISTÓRICA DE LOS EPISODIOS

El anterior análisis a los episodios olavarrianos sustenta la posibilidad de que la visión histórico-literaria de la guerra por alcanzar la Independencia presente en ellos está constituida con base en la glorificación de los grandes héroes muy en consonancia con los modelos históricos de la época. Sin embargo, hay varios elementos que muestran su enfoque específico. El más relevante es el sesgo por dar preeminencia a lo hispano, especialmente lo criollo. Éste se complementa con una intención por rescatar del ostracismo a figuras de segundo orden en la guerra, independientemente del lado en que lucharon y la forma que es construida la narración que por momentos se asemeja al discurso histórico. Aunque ejemplos de tales elementos han sido estudiados en el capítulo anterior, lo cierto es que falta hacerlo con detalle en algunos casos concretos. Tal estudio permite mostrar el valor historiográfico de escribir una narración que aspiraba al rescate de la identidad hispana, en un remanso de paz y progreso, como muchos de aquellos letrados consideraron, en lo general, al denominado porfiriato.

Por lo anterior, en este último capítulo del análisis se muestra la intención por ofrecer al lector una versión narrativa que rescata a figuras secundarias y, por contraste, considera como máximo sacrificio heroico el martirio de un extranjero, un español, que luchó por la emancipación de una nación que no era la suya y en ello le fue la vida: Javier Mina. Es otras palabras, la versión episódica de Olavarría apunta a rescatar y brindar homenaje al grupo que representaba, en su opinión, lo mejor de la herencia hispana. Para mostrar esa tarea, el capítulo se dividió en tres apartados, el primero enfocado en lo liberal, lo criollo y lo heroico como ejes dominantes. El siguiente se centra en cómo fueron desplegadas en la narración algunas figuras de segundo grado para vislumbrar la preocupación de la voz narrativa por recuperar en la conformación de lo histórico a esos personajes que no alcanzaron el grado de héroes, pero fueron muy importantes en cada uno de sus respectivos bandos. En la última parte se analiza con el apoyo de fuentes de la época

y algunas actuales a Mina, personaje que en la narración aparece como un héroe romántico a la altura de las figuras más destacadas de la guerra. Es necesario aclarar que continúa el soporte de las dos fuentes históricas predominantes en los episodios, junto a otras substanciales y publicadas en el mismo periodo, incluida la versión histórica del conservador Niceto Zamaño.

4.2 LO LIBERAL, LO CRIOLLO Y LO HEROICO EN LA VISIÓN DE LOS EPISODIOS OLAVARRIANOS

Uno de los aspectos que muestra la visión ideológica que se entrega al lector de los episodios olavarrianos tiene que ver la forma crítica en que fueron retratados los personajes eclesiásticos, sobre todo los de la alta curia, o en cómo son consideradas algunas instituciones como la Inquisición. No son pocas las veces que se remarca que los miembros del clero que estuvieron a favor de la Independencia fueron los que pertenecían a los estratos bajos, por contraste con los obispos o prelados que son caracterizados como cercanos a la clase que ejercía el poder y que varios literatos e historiadores de la época consideran una virtual *aristocracia* novohispana.⁴³⁷ Este segmento social no necesariamente estaba conformado por peninsulares o sus hijos, algunos pertenecían a familias que se habían asentado en el país una o varias generaciones antes, pero que su identidad estaba ligada tanto en su trato como en sus aspiraciones a la monarquía española, y por ende sus ideas y acciones estuvieron en contra de la Independencia.⁴³⁸

La forma en que son descritos esos representantes del sector religioso está claramente en consonancia con lo que otros liberales mexicanos sostenían en aquella

⁴³⁷ Por contraste, Niceto de Zamaño sostenía que las diferencias eran menores y que antes de los sucesos de 1808 reinaba la armonía entre las clases sociales y puntualizaba como falsa, la idea construida en versiones históricas liberales que señalaban que el pueblo se sentía “oprimido por sus gobernantes”. *Historia de Méjico...*, T. 6, Cap. I., p. 36.

⁴³⁸ Altamirano así describía en la década de 1880 a ese sector social: “las personas pertenecientes a esta última clase que se hallaban diseminadas en las provincias de la Nueva España, pero que en su mayor parte residían en la capital del virreinato y que formaban una especie de aristocracia colonial, apenas eran consideradas como criollas, pues sus intereses, sus hábitos y sus aspiraciones las unían estrechamente a los dominadores. El alto clero, es decir los obispos, las dignidades, los prelados de las órdenes regulares y cuantos tenían el gobierno superior de la iglesia mexicana, tan fuertemente arraigada en la Colonia, tanto por sus riquezas inmensas como por su influencia en la población, también formaban parte de la aristocracia colonial”. En Ignacio Manuel Altamirano, “Revista Histórica y Política (1821-1882)”, *Obras Completas*, T. II, 1986, p. 23.

época.⁴³⁹ Varias son las muestras de lo anterior que aparecen en la narración, ya sea por medio de los personajes o directamente desde la voz del autor-narrador, y ahí se señala con toda claridad a determinados religiosos que influyeron en la guerra y se ataca a instituciones como la Inquisición,⁴⁴⁰ al absolutismo de Fernando VII.⁴⁴¹ Así como todo lo que impida el progreso;⁴⁴² contrario a lo sostenido por versiones históricas conservadoras.⁴⁴³

En la narración episódica abundan gran cantidad de ejemplos que apuntalan la visión liberal: el mayor villano y antagonista de Benito Arias era miembro de corporaciones privilegiadas. Miguel Garrido fue capitán realista y se hizo pasar por franciscano; es decir, formó parte de la milicia y del clero regular, dos militancias que en ese tiempo mantenían prerrogativas, por ejemplo, los fueros, a las que los civiles no podían acceder. La crítica a diversos miembros de la alta jerarquía eclesiástica de ese tiempo también tiene su carga ideológica, así como el calificar a la reinstauración del tribunal de la Inquisición como algo odioso, equívoco y regresivo por parte de la voz narrativa. Por otro lado, también hay que enfatizar que miembros de esa misma “aristocracia” son descritos como patriotas o fieles a su identidad: hispana desde luego, lo que muestra un cierto matiz de otorgar validez y justicia histórica a parte de los peninsulares que lucharían de manera congruente por sus

⁴³⁹ Ejemplos de aquella época abundan: Julio Zárate así se refería al papel de la alta curia: “la causa de los dominadores, ardientemente defendida por el alto clero que lanzaba desde sus catedrales los rayos del anatema sobre las cabezas de los insurgentes”. Julio Zárate, “Introducción”, *México a través de los siglos*, t. III, p. V, Versión en CD, 2007.

⁴⁴⁰ Así, la voz narrativa después de señalar –con cierta aversión– que se revocaban las ordenanzas de la Constitución de 1812 en la Nueva España y con ello se regresaba al estado de cosas anteriores, entre otras la Inquisición, a la cual se califica como “mal resucitado y pestilente cadáver”. De Olavarría, 1ra. XIV p. 1530.

⁴⁴¹ Por ejemplo, el espacio que se da a las proclamas de Mina, en las que el navarro llamaba “tirano” en repetidas ocasiones a Fernando VII, y se enfatizaba que Mina considerase al rey español como traidor a los preceptos de la Constitución de 1812 y por ende nefasto al pueblo español. De Olavarría, 1ra. pp. 1626, 1987 y 1654.

⁴⁴² Unas de las críticas de la época que mejor expone la forma en que la historiografía liberal juzga el actuar y el modo de proceder que tuvieron los miembros del clero, tanto regular como secular, desde su llegada junto a los conquistadores, así como su papel en la dominación espiritual de las comunidades indígenas hasta el fin del Segundo Imperio fue la de José María Vigil. La forma en que explica cómo fue creciendo el influjo y el poder del clero a lo largo de lo que él denomina “tres siglos de dominación” y que llega a su cúspide con la entronización de Agustín de Iturbide, pieza fundamental para lograr una virtual contrarrevolución. Ver de José María Vigil, “Introducción”, tomo V, *México a través de los siglos*, pp. XVIII y ss., 2007.

⁴⁴³ Niceto de Zamañois consideraba calumnias contra España lo relacionado a la Inquisición Novohispana, propagadas por historiadores como Robertson que apuntalaban la denominada “Leyenda Negra”. Según sus números en dos siglos y medio, hubo poco más de cuatrocientos juicios en los cuales sólo se sentenció algunas docenas de personas, ninguna indígena, y se llevó a la hoguera a menos de diez. En *Historia de Méjico...*, T. V., Cap. 5, 1878. p. 166.

propias convicciones. El mayor ejemplo sería: Gabriel de Yermo del que tan ponderadas son sus virtudes en los episodios.

Por contraste, hay varios lapsos en los que se incluyen soliloquios que interrumpen la narración y en los que sigue la crítica a la alta curia, pero se valida el credo católico.⁴⁴⁴ Hay una intención muy precisa en separar el dogma de sus representantes y que al lector le quede claro. En consonancia con lo anterior, hay pequeñas pinceladas que aluden a un destino providencial de la patria y de los héroes que lucharon por su independencia, sobre todo en los momentos en los que la causa triunfaba. Uno de los hombres elegidos por la Providencia, según la voz narrativa, fue Morelos, del cual se decía:

Creado por Dios para combatir en campo raso y frente á frente, lo mismo al enemigo armado que al soberbio y al rebelde contra su autoridad, todo pudo hacerlo el gran caudillo menos triunfar de igual modo de las asechanzas de la intriga baja, ruin y miserable. Los hombres á quienes la Providencia ha dotado de recto y firme corazón no sirven para la diplomacia, siquiera sea esa mísera diplomacia que necesita el cortesano de las antecámaras de un gobierno.⁴⁴⁵

Así expuesto, el “destino” de Morelos formaría parte del devenir histórico de la nación que sería llevado a cabo por las acciones de este tipo de hombres extraordinarios que, de forma consciente o inconsciente, cumplían con su labor en el progreso de la patria.⁴⁴⁶ Por oposición, los reveses que sufrían tanto los insurgentes como sus líderes son presentados en la diégesis como obra de la Fatalidad, ente metahistórico heredado del pensamiento clásico.⁴⁴⁷

⁴⁴⁴ Al final del primer tomo de los episodios hay un intempestivo soliloquio, en primera persona, de Benito (como testigo y narrador) en el cual se defendían varios puntos, entre ellos el de separar la creencia religiosa de sus representantes que bien puede servir de ejemplo: “Además, yo aprendí la piedad de los autores de nuestra independencia, de la que hoy se aprovecha la generación actual [...] Y es que aquellos ilustres varones no confundían la religión con sus ministros, y podían, por lo tanto ser enemigos de éstos sin dejar de adorar á aquella”. Al final, el líder del partido criollo apostillaría: “la religión no se opone en nada a la civilización ni al progreso”. De Olavarría, 1ra. IX, p. 930.

⁴⁴⁵ De Olavarría, 1ra. XIV, p. 1522.

⁴⁴⁶ En este sentido, para los románticos la Providencia sería “un poder divino, que se encarga de premiar y castigar, sólo que ellos mismos se consideraban sus instrumentos clarividentes”. Jorge Ruedas, “La novela corta de la Academia de Letrán”, *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1998, p. 53.

⁴⁴⁷ El concepto de Fatalidad provenía del pensamiento clásico y era una “fuerza incontrolable e inesperada que se manifestaba en el momento oportuno para garantizar la solución trágica. La Fatalidad no pertenecía a la esfera de lo humano, sino que se entrometía en ella como mala jugada de los dioses, entretenidos con en el espectáculo inferior de los mortales”. *Loc. Cit.*

En el universo olavarriano cabía lo metafísico, a través del accionar de una fuerza externa a los personajes que intervenía y actuaba en determinados momentos para inclinar la balanza hacia uno y otro bando; convirtiéndose en un “actor” más, presente en la narración que coadyuva en la solución literaria. En otras palabras, la Providencia forma parte de la diégesis y como tal su función es contribuir al desarrollo histórico. Esta postura en el discurso histórico estaba en armonía con el dogma cristiano, pero lejano de otras de ese tiempo que consideraban otras las fuerzas que forjaban el devenir, uno muy claro: el materialismo histórico y su énfasis en la lucha de clases, o el positivismo y sus tres estadios, ya establecido en México por Gabino Barreda desde años atrás. Como se nota, hay una clara aceptación en la creencia de un destino y progreso histórico por parte de la voz narrativa. El progreso descansa en las obras de los grandes hombres que iluminados, por su entendimiento y su fe, se saben parte esencial del destino de la nación.

Asimismo, en la narración hay un énfasis sobre lo individual y heroico durante todo el proceso que llevó a la emancipación nacional que se entrega al lector y que no era tan lejano a la visión histórica y contemporánea de *México a través de los siglos*. Ahí también lo heroico y lo patriótico son relevantes. No es que la narración olavarriana no remarque el conflicto social entre grupos como uno de los motivos principales del cambio, de hecho lo subraya. Pero, lo que torna posible ese cambio social e histórico compete a decisiones clave de esos seres privilegiados, que en la diégesis se presentan como excepcionales. La mayoría de ellos son personajes con ilustración, o en vías de serlo como Morelos, muy cercanos a las injusticias sociales derivadas de un modelo de dominación colonial que se presenta como agotado, pese a los apenas perceptibles logros económicos que en conjunto tenía la Nueva España.⁴⁴⁸

La vieja tesis de la tensión social entre clases sociales, por las asimetrías en las posiciones laborales y el comercio que beneficiaban a los peninsulares en detrimentos de los criollos, principalmente la clase alta y media de la sociedad novohispana se hace presente, en contraste con la “armonía” social que pregonaba en el mismo periodo un

⁴⁴⁸ Una de las fuentes que más se empeña en remarcar el éxito económico del virreinato fue la del historiador Alamán que en varios anexos finales, que se incluyen en el primer tomo de su versión histórica, presenta un balance económico de la Nueva España antes del estallido de la Guerra de Independencia. Para el conservador, la independencia en las Américas sólo había traído “caos y confusión”, así como “desorden y miseria”, interrumpiendo un “orden progresivo”. Lucas Alamán, *op. cit.*, t.I, p. 83.

conservador Zamaçois.⁴⁴⁹ Como se ha mostrado, hay una clara intención por remarcar que aunque la guerra alcanzó a todos los sectores sociales, fue en los segmentos que el narrador califica como “criollos” en los cuales surgieron los hombres que cambiarían el modelo de gobierno. En el mismo sentido, hay pequeños segmentos de la narración en los que se da poco espacio a otro segmento social que habitaba en la Nueva España: los indígenas, y que juntos conformaban a los grandes sectores sociales de la sociedad novohispana, punto en el que hay consenso entre los historiadores de la época.⁴⁵⁰ Como se explicó en la Introducción de este trabajo, el grupo indígena no tiene una participación definitoria para alcanzar la Independencia, ya que según lo expuesto en los episodios su accionar parece incidental, poco reflexionado y algunos de ellos sobresalen por su revanchismo social y oportunismo. En general, el balance es negativo y se notan los prejuicios sociales del narrador que coincidía con los que sostenían algunos letrados mexicanos de ese periodo.⁴⁵¹

4.3 LOS HÉROES OLVIDADOS Y LOS HOMBRES DE VALOR

Una de las propuestas más establecidas en los episodios olavarrianos es la pretensión de sacar del olvido los nombres y las acciones de diversos participantes en la guerra, sin

⁴⁴⁹ Sobre el estado de la Nueva España entre 1800 y 1808, subraya que había armonía entre todas las clases sociales y entre europeos y americanos y que era falso que el pueblo se sintiese “oprimido por sus gobernantes”. En Niceto de Zamaçois, *Historia de Méjico...*, T. 6, Cap. I, 1878, p. 36.

⁴⁵⁰ Desde luego había una amplitud de adscripciones sociales en esa época los historiadores dividían a la sociedad novohispana de diferente forma. Por ejemplo, Juan de Dios Arias señalaba tres: “Destacábanse en primer término *los españoles netos*, que adueñados del país por el hecho de la Conquista, de mala gana veían romper los títulos de su dominación [...] Los peninsulares arraigados en México, cediendo al irresistible empuje de los sucesos, obedecían, además, al instinto de conservación, y sin que faltasen algunos que de buena fe y por más elevadas miras impulsados desearan la independencia [...] *Los criollos formaban la segunda agrupación: mezcla de indios y de europeos*, alcanzaban una educación igual o semejante a la de los españoles, con quienes tenían mayor afinidad por razón de la sangre, del idioma, de las creencias religiosas y de las costumbres; pero, con raras excepciones, alejados de los puestos públicos, sin representación importante en el gobierno [...] Formaban la tercera agrupación *los antiguos aborígenes, indios de las primitivas razas*, que ocupando en la escala social el último peldaño; reducidos a la servidumbre, perdida su autonomía; maltratados por los dominadores y aun por los mismos criollos; sumidos en la abyección; considerados como menores de edad; desheredados. *México a través de los siglos*, “Introducción”, t. IV, “México independiente”, pp. IV-V. Versión en CD, 2007, cursivas añadidas.

⁴⁵¹ Sobre este punto en específico se puede consultar María José Garrido, “Los episodios históricos mexicanos de Olavarría y Ferrari: la novela histórica y los indios insurgentes”, pp. 305-330, 2002 en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*

importar su filiación política; lo significativo era mostrar al lector su comportamiento, motivaciones y modo de enfrentar las condiciones de una época compleja y de cambios profundos en todos los niveles de la vida social. El olvido aludía a la falta de fuentes históricas recientes que reivindicaran a muchos de los personajes, algunos de menor relevancia. De hecho, las propias fuentes que continuamente son referidas eran prueba de qué, aunque escasos y costosos, había algunas versiones histórica. Sin embargo, tales fuentes no eran accesibles para muchos sectores de la población. Por lo cual los episodios venían a suplir, en parte, esa carencia que sólo podían cubrir las obras del segmento literato privilegiado.⁴⁵² En aquel tiempo la aspiración de una adecuada formación escolar masiva, vieja aspiración liberal no se consolidaba, a pesar de los esfuerzos y cambios en el modelo educativo. Un ejemplo, la instauración de la Escuela Nacional Preparatoria en un ya lejano año de 1867. Hay una suerte de denuncia en el discurso olavarriano que señalaba la necesidad de conferir facilidades para la adquisición de textos históricos.⁴⁵³ La memoria social lejos estaba de incorporar a la gesta fundacional de la patria y a los hombres excepcionales al imaginario social.

En el mismo sentido, es destacable el espacio que la voz narrativa otorga a muchos combatientes y participantes de segundo orden que lucharon a lo largo de todo el conflicto. Aunque, el que ingresen tantos personajes en la narración hace difícil la lectura que se torna cansada o compleja. En cambio, en la mayoría de los casos se logra diferenciar la filiación política, las tribulaciones que pasaron y las diferentes maneras en que estas fueron enfrentadas. La traición a los ideales o compañeros de armas era una constante, los actos heroicos y el sacrificio también. Sin duda, el esfuerzo por integrar en mismo nivel, sin importar el bando al que pertenecieron, a hombres, y algunas mujeres, que combatieron en

⁴⁵² Para algunos, la República de las letras fue instaurada por Ignacio Manuel Altamirano. Ver de Fernando Curiel y Virginia Guedea, “Justificación”, en *La República de las letras, Asomos la cultura escrita del México decimonónico*, V. I., 2005, p. 7.

⁴⁵³ Por eso las reiteradas quejas de Altamirano al respecto y especialmente al señalar que el pueblo llano poco sabía de los héroes de la Independencia y, en cambio, conocía más sobre la vida de los santos. En cuanto oportunidad tenía, ya por medio de escritos, ya por medio de discursos el literato mexicano enfatizaba la necesidad de rescatar del olvido social a los héroes. Un ejemplo, lo señalado en un artículo de *La República*, “semana literaria” del 18 de noviembre de 1883 en el cual reitera que pese a los avances, y a diferencia de Estados Unidos y otras repúblicas sudamericanas en las que el culto a los libertadores era algo consolidado, en México sólo había una “pobre estatua de Morelos, medio oculta entre los arbolillos de una plazuela abandonada”, remarcado que era obra de un extranjero: Maximiliano de Habsburgo. De igual forma se escandaliza que de Hidalgo ni siquiera estatua hubiera. En *Obras Completas, Obras Históricas, II*, 1986, p. 312.

esa gesta fundacional fue una marca de la tonalidad expresa del autor-narrador. Tal es la importancia de los personajes de segundo orden que pese al análisis de algunos de ellos, los casos de Francisco Ayala y Felipe Manso en el capítulo anterior, es necesario retomar otros por su valor simbólico y con ellos remarcar la intención conciliatoria de los episodios olavarrianos.

4.3.1 LOS AMERICANOS: EL AMO TORRES

En la narración participan muchos insurgentes criollos. Por ejemplo, uno de los líderes de la rebelión en el occidente del país: José Antonio Torres, conocido como el “amo” y laureado cuando ingresa a la narración a partir del quinto episodio, *El puente de Calderón*. El espacio que se otorga a Torres, así como la historia que se teje entre su vida privada y pública llama la atención. De hecho, el episodio inicia precisamente citando datos del caudillo:

Era el «amo Torres», el hombre más á carta cabal de toda la provincia de Guanajuato: administraba una hacienda inmediata al pueblo de San Pedro Piedragorda, de donde era nativo, y aunque escaso de instrucción, á todo suplía con su actividad, su viveza y su valor. Como buen criollo que era, había simpatizado desde luego con la atrevida causa del cura D. Miguel Hidalgo, y deseaba lanzarse a prestarle el concurso de sus fuerzas, no por odio a los españoles, sino por ver realizados planes que él creía de buena fe, convenientes a su patria.⁴⁵⁴

Torres tenía varias características que a la voz narrativa le interesa destacar: criollo, apolítico, sin mucha formación, y por simple sentido común, abrazó la causa independentista.⁴⁵⁵ No formó parte de la élite que por ideas ilustradas, ambición o cálculo personal se adhirieron a la causa. Su participación en la lucha armada estaba guiada, según el narrador, por sentimientos patrióticos. Se le presenta al lector como un criollo de clase

⁴⁵⁴ De Olavarría, 1ra, V. p. 431.

⁴⁵⁵ Algunos aspectos que remarca la voz narrativa, como la mediana preparación, autonomía económica, y genuino interés por la causa republicana son validados por historiadores tan opuestos como Alamán o Zárate. El conservador señala: “rústico y sin experiencia”; el liberal apunta: “la valiente rusticidad del valiente vencedor de Zacoalco”, y cita como prueba un parte de guerra que Torres dirige a Ignacio Allende. Sin embargo, ninguno le da mayor espacio a su vida personal y sólo se menciona que un hijo, con el mismo nombre, también luchó por la Independencia en ese momento, situación que bien parece explotar la voz narrativa. Ver Lucas Alamán, *op. cit.*, t.2 p.4. y Julio Zárate, *op. cit.*, t.III, Lib. 1ro, Cap. X, pp. 27 y 31 respectivamente, versión electrónica en CD, 2007.

media y se puntualiza que la ambición personal era lo que menos lo motivaba. De hecho se remarca “estaba contento de sí mismo y de su posición: de sí mismo, porque nada inquietaba su sana conciencia; de su posición; porque cubría con holguras la necesidades de su familia”.⁴⁵⁶ Sus cualidades y situación trágica familiar son idóneas para relevar a las tribulaciones amorosas de Benito y María, en esa parte de los episodios todavía sin resolver. La idea fue crear una historia secundaria con la finalidad de seguir atrapando al lector.⁴⁵⁷ Por cierto, la narración se centra en los acontecimientos ocurridos en Guadalajara y sus cercanías.⁴⁵⁸

La aventura libertaria de Torres inicia al reunir a numerosas, aunque mal preparadas y peor equipadas tropas armadas sólo con piedras, que no obstante, derrotaron a las partidas integradas por los jóvenes de la mejor sociedad tapatía junto a los realistas acantonados en Guadalajara. Al mismo tiempo, se desarrolla una desgracia que envuelve a su familia y que se entreteje con los sucesos de la guerra. Los dilemas que enfrentaría el *amo* comienzan después de su adhesión a la causa insurgente, la cual surgirá a raíz del conocimiento que tiene de las ideas emancipadoras del cura Hidalgo. Por cierto, su hijo, del mismo nombre, le solicitará a su padre que le permitiera ser voluntario en la causa insurgente. Las tribulaciones del “amo” comenzarían con dos sucesos: su retoño le comunica que está enamorado de la hija de un español muy prominente de la ciudad; otra pugna simbólica entre lo hispano y lo criollo. El segundo, que será determinante en el desarrollo de la tragedia, fue enterarse que un insurgente llamado Marroquín, del cual en la narración se subraya su pasado delictivo, logra convencer a Hidalgo, después del triunfo militar de Torres sobre unas dubitativas fuerzas realistas, de que aprese a los españoles ya que estos

⁴⁵⁶De Olavarría, Ira, V., p. 433.

⁴⁵⁷ Recuérdese que es la primera “época” de la guerra.

⁴⁵⁸ Dos ejemplos: el primero es la descripción del batallón “de la Cruzada”, por la cruz roja, que sobre el pecho portaban sus miembros, formado por estudiantes de la Universidad y comerciantes españoles, liderados por el Obispo de Guadalajara –montado en su caballo, con estandarte blanco y sable desenvainado-, cuyo grito era: “¡Viva la fe católica!”. O el que ante una inminente derrota, el realista Recacho hizo que el cura de La Barca sacara la figura del santo patrón del lugar y se vistiera como en procesión y colocando sus fuerzas detrás del cura pasara en medio de una gran cantidad de indígenas, “fanáticos”, apunta el narrador, que eran la fuerza de avanzada insurgente y que se descubrieron con respeto y devoción lo que permitió a los realistas escapar sin sufrir daño alguno. De Olavarría, Ira, V. pp. 439-441. Por cierto que la anécdota del batallón “cruzado” es validada por Zárate, con la salvedad de que puntualiza a los miembros como sacerdotes. Julio Zárate, *op. cit.*, Lib. 1ro, Cap. X, pp. 27 y 31 respectivamente.

planifican un complot en su contra para asesinarlo.⁴⁵⁹ El drama comienza con la disyuntiva del “amo” para obedecer la orden de Hidalgo, ya que entre los presos se encontraba el padre de la novia de su hijo.

La tragedia se va incrementando hasta el grado que la hija del español preso, Carmen, suplicaría a Marroquín, que salve a su padre. Ante la negativa, el terror y la desesperación hacen presa de la jovencita que cae desfallecida. En ese momento, sin reconocer a su enamorada, el hijo de Torres entra en la habitación en donde se desarrolla la escena, e igual suplica al mal insurgente que desista; pero, al conocer éste el nombre del español del que se pide clemencia, la niega tajante, ya que fue él quien lo había enviado a prisión. El drama crece al percibir el hijo de Torres que la que yace en el suelo es su novia y al intentar reanimarla se dará cuenta que está muerta. Marroquín aprovechará la situación para huir y apresurar su venganza. Al final, los asesinatos no se logran evitar y Torres hijo enloquece y su padre intenta consolarlo, pero en un arranque de locura desaparece y su progenitor comienza un peregrinar en su búsqueda que se despliega en varios de los episodios.

Al contraponer las tribulaciones de Torres y las fuentes históricas de la época, se percibe que el espacio otorgado es mucho menor en ellas y, aunque sí se valida lo que la voz narrativa señala del “amo”, especialmente su honradez, valor y cierta mesura para con los españoles de Guadalajara, en dos versiones históricas, opuestas ideológicamente, no son mencionados ni la supuesta novia española de Torres hijo ni la locura de éste,⁴⁶⁰ con lo cual se prueba que los problemas de los Torres formaría parte del entramado literario que funge como estratagema discursiva. En cambio, sí es validado en esas mismas versiones el

⁴⁵⁹Zárate señala quien llevó cabo la matanza fue “el torero Marroquín”, pero no señala que éste haya sido el que convenció al cura Hidalgo de la existencia del complot. Julio Zárate, *op. cit.*, Lib. 1ro, Cap. XI, p. 34.

⁴⁶⁰Ni Alamán ni Bustamante vierten una información parecida a la asentada en los episodios olavarrianos sobre José Antonio Torres, lo que se percibe del análisis sobre él resulta positivo. Alamán, *op. cit.*, T. 2, pp. 2-10. En el caso de Bustamante, aunque no se realzan de la misma forma las virtudes de Torres, se aclara que es necesario una reivindicación contra la “malignidad y orgullo de los españoles” que no sólo le restaron mérito a su comportamiento en la guerra y para con los españoles, sino que actuaron de manera despiadada y desmesurada. Como prueba, Bustamante toma los datos de la sentencia de muerte dictada a Torres en mayo de 1812, de la cual se cita este fragmento: “Condújosele á Guadalajara en un carro [tirado] de un *buey* y de un *burro* para darlo en espectáculo de irrisión; pero como tal pensamiento solo pudo tener lugar en la cabeza de un menguado furioso no se verificó. Mandósele poner un tentemoso ó argolla bajo el cuello para que llevase levatad la cara en alto y que todo el mundo lo viese [...] Ahorcósele el 23 de mayo (1813) en una horca de dos cuerpos; ejecutado en el primero, se elevó al segundo para darlo en espectáculo al público [...] Cortósele á vista del público la cabeza, que se fijó en un palo alto. Allí se descuartizó su cuerpo [...] La saña se llevó hasta mandarle derribar á Torres su casa ubicada en el pueblo de S. Piedra Gorda, cuya área se sembró de sal”. Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, t. 1, pp. 144-146.

comportamiento sanguinario del insurgente Marroquín contra los españoles presos, sus afanes para convencer a Hidalgo del complot y la sangre fría con la que se cometieron los asesinatos.⁴⁶¹

4.3.2 LOS HÉROES FUNDACIONALES, EL *PÍPILA*

Llama la atención que en los episodios olavarrianos en variadas ocasiones se haga referencia a sectores populares durante el desenvolvimiento de la guerra, pero en la mayoría de las veces la voz narrativa no se detenga en los personajes de este grupo. Los miembros de esas categorías sociales aparecen en la narración como parte del desarrollo de las historias secundarias que se van sumando. La visión de estos personajes de “a pie” le da una cierta perspectiva popular a la narración olavarriana, pero en no pocas ocasiones son retratados cerca del cinismo, del escarnio o del escepticismo por la causa independentista.⁴⁶² Hay una aparente problemática o duda por presentar a miembros de los sectores bajos del cuerpo social como dignos de estar a la altura de los grandes héroes.

Del otro grupo social relevante en la época, dado su número de integrantes, el indígena, igualmente hay pocos. Algunos son descritos en la narración y varios de ellos son presentados en blanco y negro: “buenos” o “malos”. Pero resalta que a ningún indígena se le considere digno de ser glorificado. En las diversas “épocas” en que se divide la narración episódica y al lado de los diferentes líderes de primer o segundo orden no aparecen muchos

⁴⁶¹ Esa matanza recuerda a la de españoles en Guanajuato, al inicio de la rebelión, al salir huyendo de las tropas realistas las encabezadas por Allende. Ahí el instigador fue un “negro platero llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, convencido como todos de que la derrota era inevitable, concibió el más horrible de los proyectos. Recorrió las calles y las plazas diciendo a la alborotada muchedumbre que al día siguiente entraría Calleja y que mandaría pasar a cuchillo a todos los habitantes de Guanajuato, ayudándole de seguro los españoles que estaban presos en Granaditas; que para librarse de estos enemigos preciso era matarlos antes de la llegada de los realistas victoriosos. Dióle oídos la enfurecida plebe, y un numeroso grupo le siguió a la Alhóndiga, donde se hallaban presos doscientos cuarenta y siete españoles...”. Julio Karate, *op. cit.*, t.III, Lib. I, Cap. X, pp. 17-18. En los episodios se cuentan los sucesos de una forma muy similar. De hecho, se da cuenta de dos sucesos parecidos en un mismo episodio, los asesinatos instigados por un “indio” llamado “Tata Vasco” en Valladolid y los del mencionado platero de Guanajuato: el negro Lino. De Olavarría, Ira, IV, pp.383-415. Desde luego, la narración episódica es mucho más dramática.

⁴⁶² En algunos fragmentos de la narración estas voces “populares” sirven como solución literaria ya que son voces “puestas” a los hechos que se van narrando y aportan datos o toman posiciones contrarias a las de los personajes históricos. Forman una especie de “coro” como el que se utilizaba en el teatro griego para remarcar, explicar o recordarle al lector datos que complementan el cuadro de hechos del que se da cuenta o para funcionar como un elemento de pretendida objetividad.

ejemplos de personajes del pueblo llano dignos de recuerdo que luchen a favor de la emancipación de la patria. Aunque se puntualiza varias veces que en las huestes de Hidalgo o de Torres, había gran número de indígenas. En cambio, hay múltiples menciones a líderes locales que bajo su propio riesgo y medios se lanzaban a la lucha en contra de las fuerzas realistas, algunos con genuino patriotismo y otros señalados como simples oportunistas que aprovechaban las condiciones para delinquir. Parece que la voz narrativa prefiere enfatizar o referir a miembros de los sectores medios y principalmente a los que considera “criollos” y en algunos casos a uno que otro mestizo.⁴⁶³

No obstante, hay un personaje que trasciende en la narrativa olavarriana y será un ejemplo paradigmático de la historia patria, y que la posteridad encumbraría: el *Pípila*. Quizá por lo anterior, ingresa un ente que resume el ideal popular: un minero pobre, pero sumamente convencido de la causa independentista y posteriormente glorificado en la historia patria.⁴⁶⁴ Éste se menciona a partir del tercer episodio, *La derrota de las cruces*,

⁴⁶³ Según opinión de María José Garrido, el que Olavarría presentara en términos más negativos que positivos a los indígenas en la diégesis es un signo de “negación del pasado indígena”. Ver “Los Episodios Históricos Mexicanos: la novela histórica de Enrique de Olavarría y Ferrari y los indios insurgentes,” en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?*, 2000, p. 330. A este respecto Eric Van Young elabora un amplísimo estudio que tomando como base datos duros, muchos del Archivo General de la Nación, sostiene que pese a lo sostenido por la historiografía, nacional y extranjera sobre la Independencia mexicana, los indígenas sí fueron un grupo representativo durante la guerra y no sólo al inicio. Lo anterior, para aclarar que no se trata de señalar que la visión histórica presente en los episodios olavarrianos fuera anti-indígena, lo cual sería demasiado exagerado. Lo relevante es aclarar que los datos sobre el desempeño de los indígenas no fue tomado en cuenta de forma óptima por la historiografía del periodo. En otras palabras, a los historiadores les ha tomado mucho tiempo reconocer el papel de los indígenas en la lucha independentista. Ver Erick Van Young, *La otra rebelión, la lucha por la independencia de México, 1810-1821*, 2006, especialmente las conclusiones, pp. 866 y ss.

⁴⁶⁴ Resulta muy interesante que haya dudas respecto de un personaje del que hoy existe un monumento en la ciudad de Guanajuato. En foros oficiales hay información como la asentada en la página del gobierno por el bicentenario de la Independencia: “Juan José de los Reyes Martínez Amaro (El Pípila) nació el 3 de enero de 1782, en la casa número 90 de la calle del Terraplén, de San Miguel el Grande, hoy San Miguel de Allende, en el estado de Guanajuato. Fue hijo de Pedro Martínez y María Rufina Amaro. Estudió en su ciudad natal, pero en su juventud entró a trabajar a las minas de Guanajuato, como barretero y después encargado de un grupo de barreteros, a los que manejaba como jefe inmediato. Fue, según la leyenda, compadre del Intendente Juan Antonio Riaño. Cuando llegó la insurrección de Independencia, con alguno de los mineros se enroló en las filas Insurgentes, abandonando su trabajo y las comodidades logradas [...] El Pípila tomó parte en muchas acciones guerreras más y volvió luego a sus minas, viviendo una larga vida; pues murió el 25 de Julio de 1863, en la ciudad de Allende, Guanajuato”. Al final se señala que algunos historiadores han puesto en tela de juicio su existencia. <http://bicentenario.guanajuato.gob.mx/personajes/5.htm>. Sin embargo, ya en esa época en algunas fuentes, tanto las que se ponderan en los episodios –aunque Alamán lo niega categóricamente– como en otras contemporáneas, se alude a un personaje del pueblo que logró la hazaña de incendiar la puerta de la Alhóndiga. Por ejemplo, Julio Zárate así lo narraba: “Entonces fue cuando Hidalgo, que montado á caballo y con una pistola en la mano había permanecido cerca del lugar de la acción, manifestó el deseo de que se consiguiesen barras para romper la puerta de la Alhóndiga, y un operario de la mina de Mellado, joven

cuando las tropas de Hidalgo arribaban a la ciudad de Guanajuato. La entrada en escena del futuro héroe popularizado se da después de que la voz narrativa describiera a los diferentes sectores sociales que estaban presentes en ese momento para puntualizar que había una gran cantidad de miembros de las clases populares, ciudadanas, a los que denomina llanamente como “plebe”.⁴⁶⁵ Parece que la impresión sobre esa masa ingente que seguía a Hidalgo y que se presenta en los episodios olavarrianos está en consonancia con la historiografía que consultó. Bustamante también llama “plebe” a los habitantes que desde Dolores se unen a Hidalgo en su marcha a Guanajuato y a los estratos sociales bajos de la ciudad. Sin embargo, se subraya que la indiferencia o renuencia de los habitantes obedece a las injusticias recibidas antes, como la leva, y a las condiciones inhumanas que muchos mineros sufrían día a día.⁴⁶⁶

Por otro lado, queda establecido que a través del minero insurgente el narrador construye un miembro ideal de extracción popular que sin muchas luces o ilustración intuye que la lucha insurgente es justa. Lo anterior, sería un ejemplo de esa parte del pueblo inculto que por inexplicables motivaciones reconoce la “verdadera” causa. Son pocos los datos que se aportan sobre la vida de él en el texto: era huérfano y no conoció a sus padres ni hermanos y que por esa falta de familia había “amado a todos los hombres” que nunca le hicieron “mal”.⁴⁶⁷ Por cierto, el historiador Zamaçois sostiene que fue un error de Alamán

de veinte años y de nombre Mariano, se ofreció á hacerlo sin ninguna clase de instrumentos. Cubriéndose con una larga losa y deslizándose á lo largo de la pared llegó hasta la puerta, y después de untarla con aceite y brea le prendió fuego”. Julio Zárate, *op. cit.*, p. 119.

⁴⁶⁵ Más crítica es la actitud de Alamán al referirse al pueblo. En su clasificación racial de la Nueva España, el conservador, en primer lugar puntualiza las ventajas legales que a su juicio tuvieron los descendientes de los vencidos durante la Colonia: “las leyes habían hecho de los indios una clase muy privilegiada” enfatizando que no tuvieran que cumplir con el servicio militar o diezmo y sólo pagaba un “moderado tributo personal” cada año. Del privilegio se pasa a ponderar que tanto “amigos como defensores” sostenían que los indígenas merecían un trato especial ya sea que para unos fueran inferiores y para los otros dignos de protección especial. Llama la atención que después de describir a los indígenas señala que los mestizos eran descendientes de españoles y aunque deberían tener los mismos derechos que ellos, la realidad era otra. Peor era para los que tenían sangre africana que denomina “castas”. Entre los pocos oficios que podían llevar a cabo de manera legal estaba el de minero o sirviente. La puntualización puntualiza que ese grupo formaba a la *plebe*. Tanto este grupo como el sector indígena le parecen a Alamán como atrapados en los vicios y la ignorancia y por ende así los califica: “Los indios propendían excesivamente al robo y á la embriaguez: culpábaseles de ser falsos, crueles y vengativos”. Peor era la opinión sobre una parte de las castas: “lo que en el indio era falsedad, en el mulato venía á ser audacia y atrevimiento; el robo que el primero ejercía oculta y solapadamente, lo practicaba el segundo en cuadrillas y atacando á mano armada”. Lucas Alamán, *op. cit.*, t.1, pp. 22-28.

⁴⁶⁶ Carlos María de Bustamante, *Op. cit.*, t.1, pp. 26-27.

⁴⁶⁷ De Olavarría, Ira., III, p. 318.

el señalar expresamente que no existió tal personaje. Él por su parte, de forma lacónica, narra la hazaña de la loza y la tea encendida, aunque al final apostillar su narración señalando que con un gran botín regresó a su casa en las zonas altas de Guanajuato y después de ahí no se le volvió a ver.⁴⁶⁸

Los sucesos en los que se ve inmerso el minero sobresalen a los acontecidos al matrimonio Arias en el tercer episodio; éste adquiere protagonismo y se alza como un representante heroico popular. El *Pípila* respeta y admira las virtudes del intendente Riaño, pero es implacable con otros españoles que son calificados como explotadores. Además, se convierte en una voz que parece representar la conciencia popular: arenga a los indecisos para que reconsideren su posición y les aclara que están luchando a favor de sus amos, así como les recuerda que ellos mismos no son sino esclavos de sus propias condiciones:

-Y ¿qué tienen ustedes que les puedan robar? ¿Dónde están sus barras de plata? ¿dónde sus talegas? Jornaleros miserables, pasan la semana debajo de tierra presos en las minas, y el salario que reciben en la tarde del sábado se lo beben en la mañana del domingo, único día de libertad y expansión para ustedes. ¿Y para quienes llevan esta vida? para los ricos y los gachupines que les explotan y á los cuales van á defender para que sigan explotando á los que queden vivos. Dejen de ser salvajes alguna vez, y no piensen en resistir al hombre que llega á darles la libertad.⁴⁶⁹

Ese espíritu de rebelión es percibido por los españoles que concluyen que al arribar las tropas de Hidalgo, las masas de Guanajuato se les unirán. Incluso, algunas de estas preocupaciones son reproducidas en un diálogo entre el intendente Riaño y el jefe militar de la plaza, Berzábal. Éste reconoce al *Pípila* como un peligro y como agitador, pero el primero, que lo conoce de tiempo, lo considera hombre honrado y leal, y no cree que se le deba castigar. La plática entre los españoles derivará en que se saben odiados por el pueblo y en las tácticas que debían seguir dado lo anterior. Sin embargo, escenas adelante, el *Pípila* se verá frente a Riaño acusado de asesinato, hecho cierto pero motivado por impedir un atentado contra la vida del mismo intendente y para evitar que algunos oportunistas se

⁴⁶⁸ Da como posibilidad que lo hayan asesinado para robarle el supuesto botín el mismo día. Niceto de Zamañois, *Historia de Méjico...*, t. VI, Cap. IX, 1876, p. 397.

⁴⁶⁹ De Olavarría, Ira., III, pp.259-260.

apoderasen de las riquezas que todos sabían resguardadas en la Alhóndiga. De la plática sostenida entre ambos personajes, el intendente confirma que es muy posible la conspiración en contra de los españoles, apenas lleguen las tropas de Hidalgo. Ni siquiera la medida, a última hora, de abolir el pago de impuestos lograría recomponer la situación.

El *Pípila* será perdonado y puesto a prueba por Riaño, el cual le comisiona a que rompa el cerco que las fuerzas de Hidalgo han puesto a la ciudad y sea el mensajero que lleve la misiva para pedir auxilio al brigadier Calleja. Después de una acalorada protesta, terminará el minero por aceptar. El relato sigue sobre los sucesos en Guanajuato y el lector se entera de pormenores de la defensa y de algunos datos biográficos de “europeos” que el narrador considera destacables, entre otros, al hijo del intendente: Gilberto. La batalla comenzaría con un desafortunado inicio para los defensores, que en las primeras horas pierden a su líder de un certero balazo. Por cierto, la valía y liderazgo de Riaño son ponderados tanto en la versión de historiadores antagónicos como Alamán y Mora.⁴⁷⁰

Otro suceso en el que resalta el *Pípila*, ya como parte de las fuerzas de Hidalgo, se dará cuando éste actúa como brazo justiciero y mata al asesino del intendente y de su hijo llamado “el Roto”. Nuevamente será perdonado, ahora por Hidalgo que exclamaría que no puede castigar al “más honrado y valiente soldado de mi ejército”.⁴⁷¹ El episodio culmina, por un lado, con la victoria de las fuerzas insurgentes sobre las que resguardaban la ciudad de México en el Monte de las Cruces y, por el otro, en la inesperada decisión de Hidalgo de no atacar a la debilitada capital, y que el narrador atribuye al “libro del destino”; no sin antes rendir tributo al *Pípila* que después de proteger al capitán Allende caería herido de muerte alcanzando todavía a reconocer en el campo de batalla a Benito que acababa de llegar a la zona. Éste le pregunta al moribundo si tiene familia a la cual dar parte, contestándole el valiente minero que a pesar de no haber conocido a sus padres o hermanos consideraba su familia “a la humanidad entera” y recomendando a Benito que enseñara a su hijo a que no olvidara los hechos recién acontecidos y que no dude en despertarle el amor a

⁴⁷⁰ Alamán dice: “Así terminó con una muerte gloriosa una vida sin mancha, el capital de fragata D. Juan Antonio de Riaño”, Lucas Alamán, *Historia de México...*, 1985, t. 1, p. 427. Por el mismo tenor y sobre el intendente de Guanajuato, Mora señala: “Pero lo que hará eternamente honrosa y grata su memoria, será la integridad de su conducta como funcionario público en un país en que la venalidad ha sido el vicio característico”. José María Luis Mora, *México y sus revoluciones...*, 1986, t.3. p. 39.

⁴⁷¹De Olavarría, Ira., III, p. 319.

la patria.⁴⁷² Después de lo anterior, expira con la bendición de Hidalgo, que llega a la escena para implorar a la divinidad: “Yo te lo ruego, abre las puertas de tu bondad infinita á el alma de este hombre bueno”.⁴⁷³

4.4 EL ÚLTIMO GRAN HÉROE INSURGENTE: EL ESPAÑOL JAVIER MINA

Llegados a este punto del análisis, es ineludible señalar que la propuesta de considerar al español Mina como un héroe de relevancia deviene de los propios episodios. Claramente la voz narrativa propone al triunvirato de Miguel Hidalgo, José María Morelos y Javier Mina como los grandes héroes de la Independencia,⁴⁷⁴ y se deja de lado al criollo Iturbide,⁴⁷⁵ a los que continuaron la lucha, como Ignacio López Rayón, e incluso el más reacto al indulto y la rendición: Vicente Guerrero.⁴⁷⁶ Así, de Hidalgo se encomia su arrojo, carisma, cercanía con los necesitados y se le considera un individuo “adelantado” a su época por los frutos del estudio y algunas ideas ilustradas. De Morelos se enaltece su disciplina y un genio militar innato, su don de mando, pese a una mediana preparación y sobre todo su falta de ambición personal. Y en el caso del navarro Mina, se admira la suma de cualidades semejantes a las que tenían los dos primeros, y se remarca el que fuera culto, liberal y español, así como su juventud y desinterés por gloria o fama, que le sobraban cuando llegó a la Nueva España.⁴⁷⁷

⁴⁷² Anheló que Benito no olvidaría y sería uno de los motivos para dictar sus memorias a su hijo. Cumpliéndose lo señalado por el pípila.

⁴⁷³ De Olavarría, Ira., III, p. 319.

⁴⁷⁴ De Olavarría, Ira, XVI, p. 1682.

⁴⁷⁵ Como se ha visto al final del capítulo anterior, en los episodios olavarrianos Iturbide brilla por su habilidad política, su ambición y no por un genuino patriotismo. Ni siquiera se considera como sincero su planteamiento político plasmado en el Plan de Iguala, con el cual el Imperio Mexicano se proclamaba como una monarquía moderada -“con arreglo á la Constitución, peculiar y adaptable del Reino”, (artículo 3ro.)- al estilo de la proclamada en Cádiz, en 1812, aunque en la española se señalaba que el tipo de gobierno de la “Nación española” sería “monarquía moderada hereditaria” (Cap. 3 art. 14). Iturbide es retratado en los episodios como un líder que supo utilizar las fuerzas políticas (de la susodicha aristocracia novohispana) y los tiempos a su beneficio, encima de los intereses de la patria.

⁴⁷⁶ Hasta ese momento de la narración son lacónicas las referencias al caudillo del sur; aunque siempre respetuosas. Por ejemplo, se dice que a la muerte de Morelos y el posterior desorden entre los insurgentes Guerrero seguía la lucha con esfuerzo y se le llama “valiente caudillo” y se especifica que la relación de “sus campañas” se hará posteriormente. De Olavarría, Ira, XV, p. 1654.

⁴⁷⁷ Según Robinson podría haber recibido por parte del Gobierno Británico una renta de 2,000 libras esterlinas anuales. William Robinson, *op. cit.*, V. I., p. 89

Sin duda, lo que parece más admirar la voz narrativa es que Mina haya combatido tanto en la guerra española contra los franceses como en la de emancipación mexicana, paradójicamente contra las fuerzas monárquicas de Fernando VII; el personaje se representa desinteresado a fama, y posible fortuna. Por cierto, es necesario puntualizar que en este apartado se enriquecen las fuentes históricas contemporáneas a los episodios que han servido de apoyo al estudio aquí presentado con la inclusión de dos textos biográficos sobre el insurgente hispano con la idea de remarcar que pese al lapso temporal que los separa de los episodios olavarrianos, esas visiones modernas mantienen coincidencias que no sólo sorprenden sino que incluso se acercan en algunos de sus juicios sobre aquel suceso histórico.⁴⁷⁸

Por otro lado, en los episodios finales de la primera serie que escribió Olavarría se integra una historia secundaria, la historia de la familia Gayangos, que sirve tanto seguir atrapando el interés del lector como para incorporar los hechos históricos que se remarcen. La voz narrativa inicia con un apunte contextual relativo a la situación de la guerra después de la muerte de Morelos. Es decir, inicia la tercera época de la guerra que corresponde al decimoquinto episodio, *El Conde del Venadito*, en el cual se narran sucesos entre 1816-1820. Desde el comienzo, el lector se entera que reinaba la desunión, “la envidia y la intriga” entre los principales jefes insurgentes,⁴⁷⁹ lo que derivaría en derrotas, como la de Guadalupe Victoria en Puente del Rey, y desavenencias entre fuerzas de Manuel Mier y Terán y de Nicolás Bravo, que incluso pudo haber llevado al enfrentamiento a los dos grupos de insurgentes. En el mismo sentido, son develadas las intrigas entre los líderes del Congreso de Chilpancingo, destacando las ambiciones y la lucha por el poder de éstos: “En cuanto á unión, ninguna existía entre ellos, antes bien, odiábanse los unos á los otros”.⁴⁸⁰ También, se destaca que una gran cantidad de insurgentes, de tropa y de jefes, habían

⁴⁷⁸ Los textos son: la biografía –novelada– escrita originalmente con el título de *Javier Mina: héroe de España y de México* en 1932, por Martín Luis Guzmán, y que en versiones actuales se recorta el título: *Javier Mina*, 2001. La biografía fue elaborada en España, se centra en la vida de Mina en España y casi no relata los hechos de México. Es necesario aclarar que la versión del escritor mexicano no señala claramente sus fuentes, aunque al inicio de la biografía se incluyen agradecimientos a personajes que le dejaron consultar material de archivo muy valioso. Además, se cita la biografía, *Xavier Mina, Fronteras de Libertad*, del especialista en Mina, el español Manuel Ortuño del año 2003.

⁴⁷⁹ De Olavarría, Ira, XV. p. 1583.

⁴⁸⁰ *Ibidem*, p, 1584.

aceptado el indulto ofrecido por la autoridad virreinal, algunos de ellos integrándose de inmediato a las fuerzas realistas para luchar en contra de sus antiguos camaradas.

El panorama presentado en los episodios sobre la posibilidad de éxito de los rebeldes en ese lapso de la guerra era francamente desolador y coincidente con otras versiones históricas de la época, incluso conservadoras.⁴⁸¹ El apunte aportado en los episodios sigue puntualizando hechos sobresalientes entre 1816 y 1817: más desavenencias entre jefes de insurgentes, la dada entre Terán y Guadalupe Victoria por la exigencia de derechos de paso del armamento comprado por el segundo, que derivó en la pérdida de tropas, y en varias aprehensiones: entre ellas la del comerciante e historiador norteamericano William Davis Robinson. Este último que después de preso en San Juan de Ulúa y España se escaparía para después escribir el primer texto que narra la expedición de Mina: *Memorias de la Revolución de México*.⁴⁸² Al lector le queda claro que reinaba la desunión y la discordia entre los insurgentes. Paradójicamente, también se señala el desorden que había entre las tropas realistas ya que los jefes “sólo veían en la guerra un modo de enriquecerse, estorcionando y arruinando al país y su comercio”.⁴⁸³

La guerra no finalizaba, pese a la debilidad de los insurgentes, por falta de medios de los afectos a la Corona y porque ésta se había convertido en un negocio para muchos

⁴⁸¹ Un panorama semejante lo describe Niceto de Zamaçois. La gesta del navarro se narra en dos capítulos del Tomo X, y se señala que la causa independentista estaba a punto de sucumbir en 1816 y que el gobierno virreinal se aseguraba de finiquitar la rebelión cuando llegó un nuevo “campeón de la causa de la Independencia”. *Historia de la Guerra de Méjico...*, T, X, Cap. V, 1879, p. 243.

⁴⁸² Hoy puede parecer extraño que Robinson haya sido primordialmente un comerciante en varias regiones de la América española, lo cual no demerita su papel como historiador, especialmente de la gesta de Mina. Tan válida es su narración histórica que fue una de las principales fuentes retomadas por historiadores como Alamán, Bustamante o Zárate por su testimonio de primera mano, apego a los sucesos y que tácitamente es vindicada en los episodios olavarrianos. De hecho, historiadores actuales como Manuel Ortuño la utiliza y valida en buena parte de su biografía *Xavier Mina, Fronteras de libertad* (2003). La primera edición de las “Memorias” de Robinson es de 1820 y fue publicada en Filadelfia. La necesidad de traer a cuento la versión del norteamericano, de la cual se citan pequeños fragmentos, tiene que ver con la forma integrada por la voz narrativa de los episodios olavarrianos, la cual parece llegar a un mismo juicio que posteriormente será explicado. El título completo del texto es: *Memoirs of the Mexican revolution; including a narrative of the expedition of General Xavier Mina. To which are annexed some observations on the practicability of opening a commerce between the Pacific and Atlantic oceans, through the Mexican isthmus, in the province of Oaxaca, and at the Lake of Nicaragua; and the vast importance of such commerce to the civilized world*. La calidad de su prosa, detallada y bien sustentada muestra un hombre preparado y con oficio a la hora de escribir. Ciertamente es que en cada oportunidad deja entrever un cierto resquemor en contra de algunos españoles o de algunas instituciones, como al criticar los altos ingresos de la alta jerárquica eclesiástica en contra de la pobreza de los curas de pueblo. Un ejemplo muestra el oficio narrativo cuando se da cuenta de una de las victorias más importantes de Mina: la toma de la hacienda de *Peotillos*. William Robinson, *Memoirs of the Mexican revolution...*, 1821, V. 1, pp. 173-182.

⁴⁸³ De Olavarría, 1ra, XV. p. 1587.

jefes realistas. Son citados los nombres de los diferentes comandantes que se enriquecieron: Madrid, Samaniego, Armijo y sobresale de todos ellos el de Iturbide. El escándalo fue de tal magnitud que el propio Calleja, se subraya, suspendió de sus labores militares al que sería el primer Monarca del efímero Primer Imperio mexicano, pese a sus logros y el afecto que por él sentía. También se otorga relevancia al ambiente de fiesta que reinaba en el país por la aparente derrota insurgente, el restablecimiento de la orden de los jesuitas, así como por el arribo del nuevo Virrey, Juan Ruiz de Apodaca, quien sustituyó a Calleja.

El impase de la guerra, terminaría con el ingreso del español Javier Mina,⁴⁸⁴ también llamado el “estudiante”,⁴⁸⁵ al texto por la mención que de él se hace, en el intercambio epistolar de los primos Pascual y Carlos Gayangos durante los sucesos trágicos en los que su familia se ve envuelta. En la narración se especifica que los hechos acontecidos a la familia Gayangos fueron muy conocidos en ese tiempo, aunque no se dan mayores datos o se devela una fuente histórica que lo sostenga.

Se trató de una desgracia familiar que comienza con la semblanza de Pascual: en sus cuarenta años, natural de Tulancingo e hijo de un “barretero criollo”, casado con Manuela, una viuda mayor que él y “extraordinariamente hermosa” con lo que acrecentó su fortuna.⁴⁸⁶ Sin hijos de alguno de sus matrimonios Manuela se la pasaba en tertulias y fiestas en su casa, o en frenar las galanterías de los hombres que se prendaban con su belleza. Ésta, evidentemente, le atraía envidias e insidias. Uno de los hombres que se enamorará perdidamente de ella es nadie menos que el primo de su marido Carlos Gayangos que cometerá todo tipo de errores de tacto que ponen en entredicho, en lo público y lo privado, a la pareja y a él mismo. De lo anterior resultaría en que se le termina prohibiendo la entrada a la casa del matrimonio. El triángulo se complica con la llegada de

⁴⁸⁴ En los episodios se le denomina Javier Mina, aunque su nombre real fuera Martín Xavier Mina Larrea. La adición del “Francisco” pudo haberse debido a que durante la guerra de independencia española, y a la prisión de Mina, su tío Francisco Espoz tomaría el liderazgo de las guerrillas que el héroe navarro lideraba y como muestra de reconocimiento añadiría “y Mina” a su nombre con lo cual daría pie a gran cantidad de confusiones en la época entre el tío y el sobrino, amén de que sólo había siete años de diferencia en sus respectivas edades. Al respecto ver Manuel Ortuño, *Xavier Mina, Fronteras de libertad*, pp. 65-66, 2003.

⁴⁸⁵ Así le llamaban por haber liderado a un grupo de universitarios en protestas contra la invasión napoleónica en España en 1803. De hecho, en los textos españoles de historia se le conoce con el apelativo con el que fue registrado en su prisión francesa de Vincennes: “Xavier Mina, estudiante”. Manuel Ortuño, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁸⁶ De Olavarría, Ira, XV. p. 1593 y ss. En el episodio no se señala con claridad que al momento de la boda él tendría un poco más de 20 y ella 32 aunque “parecía de 16”. Sin embargo, en el presente de los sucesos Manuela tiene 50 -aunque aparenta la mitad- y ya han pasado 20 años de matrimonio, por lo que Pascual tiene un poco más de 40 al momento de ocurrir los hechos de los que se da cuenta.

la hermana menor de Manuela: Luisa igual que ella; viuda y muy bella, pero mucho más joven, a la cual, de forma esperable, cortejará Carlos.

Las situaciones entre los cuatro personajes se enredan por culpa de los celos, las rivalidades que pasan de lo cómico a lo trágico; la extraña situación termina con el regreso a España de Luisa sin despedirse de su hermana con la cual había reñido en grado superlativo. Ocho días después desaparecería inexplicablemente Manuela, dando lugar a varias posibilidades desde su posible fuga con algunos de sus enamorados, hasta que su propio esposo la hubiera asesinado; no obstante, las investigaciones judiciales no darían resultado en su contra, absolviéndose de toda culpa a Pascual. Al final, el misterio se resuelve de la manera más lógica: pese al tiempo transcurrido, Pascual le confiesa el crimen de Manuela a Carlos, el cual ha regresado, y va uniendo los cabos sueltos y no entiende el extraño proceder de su primo que rayaba en la locura. La voz narrativa aclara que el crimen fue accidental y el miedo de la propia Manuela actuó como detonante. El pavor y la culpa habían obligado a Pascual a desaparecer el cuerpo por los medios conocidos por él. Pese a lo anterior, Carlos enfrenta el dilema de denunciar a su primo o ser cómplice de lo que él cree un asesinato sin atenuantes. Al final, el propio Pascual terminará con su vida por medio de un disparo. Tal fue la historia, expuesta de manera sucinta, que se integra a los episodios olavarrianos y que sirve para cobijar los sucesos y las campañas de Mina.

Las mencionadas cartas entre los primos Gayangos fueron varias. En una primera, y muy amplia, Carlos presentaba a Pascual, y al lector, a Mina:

Este D. Francisco Javier Mina es hijo de un propietario de Monreal, de la provincia española de Navarra, y nació en el mes de Diciembre de 1789, de modo que cuenta de edad con unos veintisiete años. A pesar de su corta edad es un hombre que ha llenado con la fama de su arrojo y valor la comarca en que nació. Dedicábase en Salamanca á la carrera del foro cuando tuvo principio la invasión de España por los franceses y haciendo á un lado los libros se alistó con fervor patriótico en el ejército del Norte: desbaratando éste por el enemigo, Mina volvió a Navarra, cuyas fragosas montañas conocía palmo á palmo, efecto de su diversión favorita que es la caza: en ella invitó a doce jóvenes camaradas á formar una guerrilla con que molestar al enemigo. [Tuvo tanto éxito que la] Junta central lo nombró coronel y la de Zaragoza comandante en jefe de Aragón, á pesar de que por su edad era entonces casi un niño. La fatalidad, que muchas veces no respeta ni la justicia de una causa ni el patriotismo con que se defiende, hizo que Mina cayera en un acción prisionero de los franceses, quienes admirados de su valor y su juventud no quisieron fusilarle

como a tantos otros jefes españoles y le enviaron preso a Francia, encerrándolo en el castillo de Vincennes. Allí supo hacerse simpático a sus mismos carceleros y nada menos que el general Lahorie tomó a su cargo dar al prisionero una completa instrucción militar. [...] Concluida la guerra con Francia, Mina regresó a España; pero no queriendo sufrir el restablecimiento del régimen absolutista planteado por Fernando VII, combinó con su tío [D. Francisco Espoz y Mina] una conjuración que abortó, no habiendo sido aún madurada, y obligó a emigrar a sus autores. Mina pasó a Inglaterra, cuyo gobierno, atendiendo a su relevante mérito, le asignó una cuantiosa pensión. Allí conoció y trató a muchos mexicanos y entre ellos y sobre todos al doctor D. Servando Teresa de Mier, quien le indujo a trasladarse a América y luchar por su independencia.⁴⁸⁷

Esta primera misiva, resume muchos de los datos que aparecían en la historiografía de la época, principalmente la de Robinson,⁴⁸⁸ pero la versión que parece seguir la voz narrativa en los episodios es la historia de Alamán, aunque el historiador conservador también valida y se apoya en la versión del norteamericano. Esto no significa, por otro lado, que se haga de lado la de Bustamante, sino que en general, se otorga mayor jerarquía a la del conservador mexicano por mostrarse más imparcial con Mina y porque el historiador insurgente criticará de manera frontal algunos actos de Mina.⁴⁸⁹ Es necesario considerar que la animosidad a la

⁴⁸⁷ De Olavarría, Ira, XV. pp. 1604-1605. La idea de que Teresa de Mier fue el agente principal que convenció a Mina para que luchara en tierras americanas estaba presente en algunas versiones históricas de la época. Alamán da a entender que Mier se unió a Mina cuando se preparaba la expedición mexicana, la cual se aclara, estaría instigada por “algunos comerciantes ingleses” ya sea por “miras liberales o por fines interesados”. Alamán, *op. cit.* t.4, p. 550. En cambio Julio Zárate señalaba, al respecto: “La amistad con Mier y la comunicación frecuente con varios comerciantes ingleses que deseaban fomentar, en beneficio de sus intereses, la separación política de las posesiones de España en América, le indujeron a elegir el virreinato de México para combatir el despotismo de Fernando y desplegar su actividad auxiliando a los que en este suelo luchaban por conquistar sus derechos de hombres libres. Parece que en la resolución de Mina y en aquel su espíritu cosmopolita de libertad de que estuvo siempre animado, entraban por mucho los dogmas fundamentales de la francmasonería, de la cual era ardentísimo adepto. Introducida en España por los franceses, esta institución había atraído a su seno a hombres de elevada posición o de avanzadas ideas, bien por afición a la novedad, bien por los principios de beneficencia, de tolerancia y de libertad que constituían su emblema”. Julio Zárate, *op. cit.*, t.III, Cap. V, p. 4. Lo cierto es que, según versiones actuales como la de Ortuño, desde agosto de 1815, todavía vivo Morelos, existen documentos que postulan a Mina como convencido de ir a hacer la guerra a la Nueva España. Parece que lo más probable es que fueran varios los personajes que influyeran en su decisión, algunos reconocidos liberales exiliados en Londres como los españoles Blanco White y Flores Estrada; políticos ingleses liberales; mexicanos con contactos en sociedades pro liberales (como los de la sociedad secreta los “Guadalupes”) e incluso representantes del gobierno insurgente como José María Fagoaga que, desde 1815, buscaban a “un líder capaz de encabezar una Expedición” que ayudara a Morelos. Manuel Ortuño, *Op. cit.* pp. 99-105

⁴⁸⁸ Es necesario precisar que en los episodios hay huellas que prueban que también consultó la versión de Bustamante, la cual resalta sus fallas con cierta acritud.

⁴⁸⁹ Como se ha mencionado en los capítulos anteriores, desde un inicio la versión histórica de Bustamante es criticada por su parcialidad o inexactitud, pero es hasta el quinceavo episodio que se critica de manera directa algunos de sus dichos. Adelante, en este mismo apartado, se cita en extenso la forma en que la voz narrativa irrumpe en contra del historiador insurgente.

versión insurgente, presente en los episodios, tiene que ver con las críticas que se vierten sobre el propio Robinson en el *Cuadro Histórico*.⁴⁹⁰

Sobresale que en algunos momentos de la narración episódica se pondera una versión histórica contra la otra. Igualmente, la inclinación por una u otra fuente tendría que ver con que se nota cierto grado de simpatía por parte de Alamán cuando narra las acciones del héroe navarro. Por cierto que el respeto y una tenue admiración podría deberse, entre otros motivos, a que el propio conservador mexicano estuvo en Londres cuando Mina estaba exiliado, incluso se pudieron haber conocido.⁴⁹¹ Alamán le dedica un capítulo completo a la gesta del español libertario en su versión histórica que incluye una imagen a página entera, al parecer tomada de la versión de Robinson.⁴⁹² Aunque justo es señalar que Bustamante también le dedica varias de sus “cartas” en el tomo cuarto de su interpretación histórica.

Así pues, la larga misiva de Carlos Gayangos, además de lo citado, aporta detalles que logran entregar al lector una opinión positiva: retrata a Mina como un hombre valiente, arrojado y, sobre todo, un convencido de la causa de los llamados americanos. Abandona un cómodo exilio para luchar por un ideal antes que por fama o fortuna y decide liderar una guerrilla a favor de la Independencia mexicana. Asimismo, el lector se entera por las cartas, y por la propia voz narrativa, de los pormenores de la expedición de Mina ya que las cartas no daban cuenta de ésta. La ruta escogida en este episodio no es fácil de entender, sea por la amplitud temporal de casi a un lustro, en comparación con los episodios anteriores que el lapso fue menor, o por la necesidad de incorporar una historia secundaria a los sucesos que

⁴⁹⁰ Por ejemplo, y después de acusarlo de inexactitud de datos, de omitir otros trascendentales de la independencia y enumerar un gran número de supuestas fallas, incluso sutilmente emparentar a las memorias de Robinson con las historias de otros extranjeros que estaban “llenas de mentiras”. De hecho señalaba: “Confieso que me es sensible el impugnarlas: yo fui amigo de este escritor, á quien aprecio en el fondo de mi corazón, y siento doblemente verme en este caso, así porque mi amistad fué sincera, como porque yo le instruí con la exactitud que pude, de todo lo ocurrido en la primera y segunda época, leyéndole la historia que tenía escrita hasta la muerte de Morelos en Tehuacán; por lo que es inexcusable tachar los equívocos en que involuntariamente ha incurrido”. Carlos María de Bustamante, *Op. cit.*, t. 4., p. 312.

⁴⁹¹ Lo señala Manuel Ortúño, *Op. cit.*, p.106. Aunque parece extraño imaginar que Alamán estuviera junto a otros mexicanos, como Fray Servando Teresa de Mier, en la logística para una expedición contra la Corona Española. Aunque en ese tiempo el conservador mexicano sí estaba en Europa.

⁴⁹² Específicamente el capítulo VI del tomo 4, se detalla la biografía, circunstancia, motivos de su incorporación al Ejército español; su apresamiento, traslado a Francia y exilio en Inglaterra; los motivos para renegar de Fernando VII y para unirse a los americanos exiliados, como el padre Mier, así como amplios detalles de su ejército de voluntarios de diferentes nacionalidades y sus hazañas en la Nueva España. Ver Alamán, *Op. cit.*, t. 4., pp. 547-638.

se cuenta. Lo cierto es que los acontecimientos se perciben en primer plano que, no obstante lo predecible, se disfruta y le sirve al narrador para seguir afirmando, en cuanta oportunidad tiene, las amplias virtudes del futuro héroe nacional.

En el mismo sentido, se nota un respeto por la figura de Mina que de manera sorprendente casi nunca pasa de un segundo plano en la diégesis, como fue en el caso de personajes relevantes como Hidalgo o Morelos. Hay un claro afán por cuidar al personaje y sólo se habla de él o se le hace hablar por medio de segmentos de sus proclamas o en determinados momentos en que sus palabras fueron recogidas por el canon histórico. La narración, algo compleja por estar mezclada con la historia de la familia Gayangos, entorpece la claridad de algunos párrafos. En contrate, muchos pasajes de la gesta del navarro recogidos como excepcionales por la historiografía de la época son incluidos o aludidos en los episodios.⁴⁹³ Asimismo, se afirma que Mina era “arrojado” y “grande y joven guerrero”, que combatió “siendo niño aun y con doce amigos” a los ejércitos “aguerridos y épicos” de Napoleón.⁴⁹⁴ Todos sus éxitos son claramente puntualizados y explicados al lector: ya como organizador de ejércitos y flotillas marítimas; ya como genio militar que pese a escasas fuerzas y medios lograba derrotar a las diferentes fuerzas que el Virrey Apodaca mandaba contra él. Se recalca su carácter para enfrentar en la primera línea de la batalla en lances casi suicidas que le granjeaban el respeto de propios y extraños.⁴⁹⁵

Otro rasgo, varias veces destacado en los episodios, es la forma magnánima en que Mina trataba a los enemigos que caían prisioneros y a los que les invitaba a unirse a sus fuerzas;

⁴⁹³ Así y mientras Mina ganaba fama por su triunfo en la batalla de Peotillos se daba la rendición del fuerte de Soto la Marina que Mina, bajo el mando del español José Sardá que con un centenar de hombres resistió un asedio de las fuerzas muy superiores –“dos mil hombres y diez y siete cañones”- hasta que el español Andreas, que había salido en busca de víveres y al verse sorprendido por fuerzas realistas, traicionó la causa y dio pormenores de las fuerzas y vituallas del fuerte. En la batalla y al grito de “«¡viva el Rey!»” los sitiados contestaban “«¡viva la libertad! ¡viva Mina!»”. Al final treinta y siete hombres sobreviven a la decorosa capitulación que pactaría Sardá. El comandante Arredondo no podía creer que ese pequeño número de hombres hubiera resistido el asedio de un grupo tantas veces superior. De Olavarría, 1ra, XV. pp. 1627 y ss.

⁴⁹⁴ De Olavarría, 1ra, XV. p. 1608.

⁴⁹⁵ Todo esto es compartido por versiones convergentes como la de Julio Zárate, lo que refuerza que pese a la clara admiración del narrador de los episodios por Mina hay consenso en sus grandes cualidades. Zárate afirma: “Apareció, en efecto, a continuar la grandiosa lucha por la independencia un guerrero, cuyas proezas llegan a lo fabuloso, y que en una campaña de siete meses hizo temblar a los dominadores y estuvo a punto de apresurar cuatro años el término de la ensangrentada contienda que se abrió en 1810. Valor intrépido, increíble audacia, inteligencia en el arte de la guerra, nobles y levantados sentimientos, y ardiente culto a la libertad de los pueblos, son los rasgos más prominentes de ese ilustre joven a quien México cuenta en el número de sus más denodados campeones”. Julio Zárate, *México a través de los siglos*, T.III, Lib. 3ro, Caps. VI, p. 2, versión electrónica en CD, 2007.

aquellos que no lo hacían eran dejados en libertad con lo necesario para subsistir.⁴⁹⁶ Este comportamiento caballeroso y que respetaba el honor militar le atraerán admiración y respeto entre sus heterogéneas tropas de europeos, norteamericanos y novohispanos. El narrador da cuenta de una sola acción que considera reprochable: ante la falta de recursos económicos para continuar la guerra, Mina ordenaría el asalto de la Hacienda del Jaral logrando para la causa un botín de 140,000 pesos.⁴⁹⁷

El carisma del navarro no pasa desapercibido y algunos líderes insurgentes, como Pedro Moreno, quedarían fascinados por su personalidad y las hazañas militares que con tan pocas fuerzas había logrado desde su arribo al país.⁴⁹⁸ Sin embargo, la fama y fortuna despertarían una supuesta envidia entre otros jefes rebeldes como fue, puntualiza la voz narrativa, el famoso Padre Torres.⁴⁹⁹ La vertiginosa campaña de Mina es expuesta con

⁴⁹⁶ Por ejemplo, y después de la batalla del fuerte del sombrero ganada por las fuerzas de Mina, se puntualiza en los episodios: “Mina dispuso que los prisioneros realistas fueron puestos en completa libertad y se les facilitaron recursos y bagajes para que se marcharan a donde mejor le acomodase, caso de que no quisieran unirse á sus fuerzas, en las que habían de servir con lealtad, so pena de ser fusilados á los primeros indicios de traición. Sólo un escaso número admitió la libertad; el resto de los prisioneros pidió permanecer al mando de tan extraordinario caudillo”. De Olavarría, Ira, XV. p. 1614. La honorabilidad de Mina en las acciones de guerra ha sido una de las facetas por la cuales se le valora y recuerda, incluso en la historiografía actual. Por ejemplo, cuando es tomado prisionero por los franceses y al enterarse Napoleón ordenaría al gobernador de Navarra, en ese tiempo de guerra, Dufour “«¡Cuidad de que Mina sea pasado por las armas lo más pronto posible!»”. Sin embargo, muchos españoles “afrancesados” e incluso algunos militares franceses hicieron peticiones para que no fuera ajusticiado. Ya sea por respeto militar, o cálculo político –ya que Mina podía ser canjeado por prisioneros franceses- el navarro fue enviado posteriormente a Francia. Ver Manuel Ortuño, *Op. cit.*, p. 33.

⁴⁹⁷ En contraste, Zárate remarca otro exceso, aunque justifica en cierto grado la acción ya que Mina se acababa de enterar días antes y con profundo dolor que sus hombres que estaban sitiados en la posición del cerro del Sombrero habían sido masacrados sin piedad: sólo sobrevivieron para reunirse con Mina dos docenas de cuatrocientos cincuenta que eran. Por lo anterior, el navarro, escuchando voces que lo incitaban a la revancha, ordenó el fusilamiento de algunos prisioneros después de ganar la batalla, setenta hombres que custodiaba la hacienda del Bizcocho, que no se quisieron rendir. Al final treinta y uno fueron fusilados y la hacienda quemada. Zárate sostiene claramente que fue la única vez que se le puede “echar en cara una severidad excesiva”. Julio Zárate, *op. cit.*, pp. 23-24. Robinson describe el suceso de la misma forma y aclara que la mayor parte de los que pedían venganza eran los sobrevivientes del sitio del Sombrero. El norteamericano da una larga explicación de los motivos que tuvo Mina para acceder al pedido de sus hombres y así reflexiona al final: “but it is the only act, bearing the apparent impresion of cruelty or severity, with which his name can be charged”. William Robinson, *Op. cit.*, V. 2, pp. 61-62.

⁴⁹⁸ Medio siglo después de publicados los episodios olavarrianos un entonces ya muy famoso Martín Luis Guzmán narraba con admiración el tamaño de la gesta, después de explicar que al enterarse Mina de que la fuerza que se le mandaba era de más de 2,000 hombres y ante la defección de algunos oficiales y soldados - por miedo resalta el escritor-: “El 24 de mayo Mina se puso en movimiento al frente de 300 hombres. Con aquella minúscula fuerza iba a desafiar todo el poderío de los virreyes de la Nueva España. ¿Se daba cuenta de su verdadera situación? Al aventurarse hacia el corazón de México era evidente que se lanzaba a una de las más audaces empresas militares que jamás se han concebido”. *Op. cit.*, Javier Mina, 2001, p. 216.

⁴⁹⁹ La posibilidad de que el padre Torres, y otros jefes insurgentes, se haya sentido desplazados por una figura que se incorporaba con fama y fortuna militar no es algo menor. Es muy importante este punto ya que es lo

detalle, aunque algo enmarañada, en los episodios y contrasta al compararla con la bien ordenada versión histórica de Alamán, que como antes se ha subrayado, parece seguir de muy de cerca.⁵⁰⁰

Algunos otros datos sobre Mina que son destacados son la forma en la que enfrentó la incompreensión o tibieza por parte de los jefes insurgentes y que al final resultaron en los distintos descalabros militares que culminarían con su prisión. Resalta que pese a toda regla de guerra vigente, y por orden directa del Virrey, los rebeldes fueran tratados con excesivo rigor y muchos ejecutados de manera sumaria aun estando enfermos o heridos.⁵⁰¹ De hecho, cuando Mina es apresado se afirma que fue insultado y golpeado en la espalda por el jefe realista Orrantia, y citando el narrador sus palabras,⁵⁰² el navarro contestaría: “Siento haber caído prisionero; pero este infortunio, me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado”.⁵⁰³ De manera similar exclama al ser cargado con grilletes en los pies: “Bárbara costumbre española: ninguna otra nación usa ya este género de prisiones; más horror me da verlas que cargarlas”.⁵⁰⁴

Por contraste, en la historia de Zamaçois, coincidente en muchos de los juicios y opiniones vertidas en los episodios olavarrianos, se señala que una supuesta carta de Mina, en la cual se retracta de la causa independentista, era verdadera y no falsa como lo aducía

que permite apreciar la visión que el lector de los episodios recibe sobre los éxitos y fracasos de Mina, acrecentando el sentido de incompreensión del héroe navarro que está – en lo moral y en lo ideal- por encima de muchos de los jefes insurgentes más preocupados, según la voz narrativa, por destacar o sacar provecho de la propia guerra. No obstante, Mina sigue con denuedo en la lucha y aunque los éxitos llegaron igual de rápido que las derrotas no se arredra y nunca pierde sus valores, aun en la prisión o el cadalso. Caso contrario a lo que sucede con algunos insurgentes y sobre todo con los militares realistas que son presentados como crueles y despiadados –con las naturales excepciones-. De hecho, Robinson considera como cierta la envidia de Torres. William Robertson, *Memoirs of the Mexican revolution*, 1821, V. 2, p.131.

⁵⁰⁰ Es necesario advertir que si bien la versión de Alamán sobre las hazañas de Mina es muy organizada y en muchos casos con cierto afán de admiración o neutralidad, la versión de Julio Zárate en *México a través de los siglos* no desmerece el esfuerzo, con el plus de que utiliza con mayor claridad sus fuentes y se apoya de más documentos, así como va explicando tanto los sucesos como los errores que el autor atribuye a la ideología pro monárquica de Alamán. Sin embargo, es poco probable que Olavarría la conociera ya que todavía estaba en proceso de escritura.

⁵⁰¹ Estos hechos fueron validados por historiadores tan opuestos como Alamán y Zárate.

⁵⁰² Es importante remarcar que en el texto se entrecomillan ciertas frases de Mina con el afán de verosimilitud, apego documental y para que el lector supiera sin dudas que lo citado eran palabras del guerrillero insurgente. Es decir, se trata de lograr un mayor impacto y empatía con el héroe.

⁵⁰³ De Olavarría, Ira, XV. p. 1620. La frase ha sobrevivido a las versiones históricas y los distintos géneros discursivos y siguen presentándose como muestra tanto del tipo de hombre que fue Mina como del que fue su captor en la Nueva España. Ejemplos de lo anterior se encuentran en la biografía de Manuel Orduño, *op. cit.*, p. 342, y en la novelada de Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, p. 235. El recurso traspasa géneros, épocas y nacionalidades.

⁵⁰⁴ De Olavarría, Ira, XV. p. 1621.

Robinson en sus *Memorias*. Aunque el conservador español sí coincide en describir cómo afrontó el insurgente hispano sus últimos momentos: actuó con “tranquilidad y compostura” y “serenidad y valor”. El navarro es presentado con todas sus virtudes por Zamaçois pero sin tanta relevancia para la causa insurgente como es descrito en los episodios.⁵⁰⁵

Otro aspecto muy enfatizado en la narración fue la intención por mostrar los altos sentimientos y profundidad moral del navarro aun en la fase de su desgracia. Por cierto, también se explica que cuando Mina fue presentado al realista Liñán muchos de los soldados españoles que desde antes habían llegado a la Nueva España, para combatir a los insurgentes eran conocidos, e incluso anteriores amigos del navarro, lograron que le quitara los grilletes. Asimismo, se da por bueno otro posible motivo: el que tanto Mina como muchos de los españoles que combatían eran masones.⁵⁰⁶ Esto último no puede considerarse algo banal en la vida y forma de actuar de Mina, ya que valiéndose de las palabras de “Otro de sus biógrafos”, sin especificar cual, el narrador señala que en su cautiverio, y suponiendo el final que le aguardaba, el navarro “inició en los secretos de la masonería escocesa” a uno de los propios guardias que lo custodiaba, haciendo con ello “*un último favor a México*”.⁵⁰⁷

Como se dijo antes, Mina no actúa en primer plano, siendo un gesto de respeto, pretendida objetividad y, quizá, protección del personaje histórico por parte del narrador. Sus palabras son citadas en momentos cruciales como fue el caso de fragmentos de sus proclamas. Es decir, el mensaje por parte del narrador puede ser considerado un gesto de conciliación y revaloración con el pasado. Especialmente se trataba de reconsiderar la importancia del grupo social de españoles o criollos que luchó por la independencia;⁵⁰⁸ era una invitación para mirar al futuro y reconciliar a vencedores y vencidos.

Después de que son narrados los últimos momentos de Mina la voz narrativa se aboca, en buena parte de lo que resta del episodio a defender al navarro por medio de citas

⁵⁰⁵ El balance de Zamaçois sobre Mina es positivo, pero no es tan determinante para la causa insurgente, mayor es la importancia que el conservador le da en la última fase de la guerra a Agustín de Iturbide o Vicente Guerrero. *Historia de Méjico...*, T. X, Cap. VI, 1879, pp. 374-376.

⁵⁰⁶ Este dato es igualmente validado por Alamán y Zárate.

⁵⁰⁷ De Olavarría, Ira, XV. p. 1626. Cursivas del autor.

⁵⁰⁸ Eric Van Young señala que el porcentaje de “españoles”, es decir criollos, en las fuerzas insurgentes era de un 24% a nivel nacional. *La otra Rebelión...*, 2006, p. 112.

a proclamas y misivas que fueron públicas antes o después del arribo a Nueva España. Un ejemplo esclarecedor fue transcribir parte de la dada en Galveston el 27 de febrero de 1817 de la cual se retoma un fragmento muy importante:

Permitidme, amigos americanos, permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptando la colaboración de mis pequeños esfuerzos a favor de vuestra noble empresa, contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, ó sacrificando por ella mi existencia. Entonces decid a lo menos á vuestros hijos que en recompensa: esta tierra feliz fué dos veces inundada en sangre por españoles serviles y esclavos abyectos de un rey; pero hubo también españoles amigos de la libertad que sacrificaron su reposo y vida por nuestro bien.⁵⁰⁹

Esta cita no sólo permite apreciar que la idea principal del narrador es mostrar al lector que Mina fue congruente con sus acciones en todo momento, también deja ver un resquicio de, si se permite suponer, un orgullo implícito por un español que luchó, codo a codo, por la libertad nacional. En consonancia con lo anterior, se argumenta que parte de la derrota de Mina fue porque muchos de los insurgentes de ese periodo “no tenían fe en la nobleza de los propósitos del insurgente español”. Incluso se remarca que hubo “envidiosos y mal intencionados”, así como “incapaces e indignos”.⁵¹⁰

La tesis de que el fracaso de la expedición del navarro la tuvieron, en buena parte, los jefes rebeldes mexicanos no es desde luego compartida por otras versiones históricas que achacan al mal cálculo del líder español el haber sido uno de los mayores motivos de su final.⁵¹¹ Alamán sí considera que la falta de valor de algunos jefes insurgentes fue, en parte, motivo del fracaso del navarro y afirma que el propio Mina siempre supo que entre los

⁵⁰⁹*Ibidem*, p. 1624.

⁵¹⁰De Olavarría, 1ra, XV. p. 1623.

⁵¹¹Aunque Zárate, cuando narra los sucesos de Mina remarca que esta idea no fue cierta. “Justo es decir que el ilustre Mina no tuvo el decidido y eficaz auxilio que debieran impartirle los demás caudillos de la independencia. Los que más distantes se hallaban del territorio en que aquel valiente jefe se colocó para combatir a las tropas del rey, no pudieron apoyarle más que con sus votos y esperanzas, pero los que como Torres peleaban en la misma zona, anduvieron remisos y mezquinos en socorrerle y secundarle. El historiador de la expedición de Mina [Robinson] llega hasta acusar a aquel jefe de haber causado el vencimiento y lúgubre fin del general navarro. La relación que hemos hecho de los sucesos demuestra, a nuestro juicio, que sí hubo de parte de los caudillos independientes falta de diligencia patriótica para apoyar la acción vigorosa del adalid que se presentó a sostener la causa común, no puede afirmarse que éste fue víctima de la envidia de Torres ni de ningún otro jefe de la revolución”. Ver Julio Zárate, *Op. cit.*, t. III, cap. VI, p. 35.

insurgentes faltaba convicción.⁵¹² Pese a ello el navarro prosiguió una lucha que, desde la visión de Alamán, estaba perdida de antemano.

Un segmento del quinceavo episodio olavarriano que sobresale es cuando la voz narrativa irrumpe, después de referir el valeroso final de Mina, para intempestivamente criticar algunas fuentes que no habían, en su opinión, hecho justicia al héroe navarro:

Mina no fue bien comprendido ni mucho menos secundado por los jefes insurgentes que en la época de su llegada al país procuraban mantener calientes las cenizas de la grande obra iniciada por Hidalgo, y llevada al apogeo por el inmortal D. José María Morelos. Desde que se tuvo noticia de su expedición, diéronse en circular los mayores absurdos, ya por aquellos que no tenían fe en la nobleza de los propósitos del insurgente español, ya por los envidiosos y mal intencionados, incapaces e indignos de una honrosa emulación. El mismo D. Carlos María de Bustamante, que en sus diversas obras vistió con ropaje de héroes á simples bandidos y salteadores de caminos, si bien no pudo sustraerse a la admiración de los hechos del joven navarro, dijo en uno de sus escritos: «No era Mina el destinado para hacer la aventura de América; su venida traía por objeto robarle sus riquezas y hacer que por medio de ellas se fomentase la revolución en España, y venciese el partido liberal».⁵¹³

Como se nota, la indignación del autor-narrador llega al extremo de verter en el texto juicios como los acostumbrados en los textos propiamente históricos de la época.⁵¹⁴ Incluso, remarca algunos en contra de Bustamante al apostillar: “Pero la opinión de Bustamante acerca de Mina no lo fue afortunadamente más que suya”.⁵¹⁵ Sin embargo, la voz narrativa no especifica que el propio Alamán, al que tantas veces valida, también daba como cierta la desconfianza que tenían en Mina los insurgentes; y en un determinado momento especifica que el uso de un sello personal del navarro con la forma de un león

⁵¹²“Las ilusiones de Mina comenzaron, no obstante, a disiparse, desde que estuvo en contacto inmediato con los insurgentes: no veía en ellos más que ignorancia y anarquía, y en lugar del ardiente entusiasmo que esperaba encontrar a favor de la libertad; en vez de un pueblo valiente y atrevido excitado por nobles motivos; solo había hallado desórdenes y las más bajas pasiones en juego”. Alamán, *Op., cit.*, p. 588.

⁵¹³De Olavarría, *Ira*, XV. p. 1623.

⁵¹⁴ Un ejemplo, el caso del propio Alamán que con frecuencia refuta a la versión histórica de Bustamante o el de Julio Zárate que por los mismos años critica continuamente la obra del propio Alamán, al que no en pocas veces descalifica por su orientación ideológica. Aunque, paradójicamente, en muchos casos da por buenos los juicios del conservador.

⁵¹⁵De Olavarría, *Ira*, XV. p. 1623.

entre cuatro “fasces romanas” que iba impreso en sus misivas fue considerado como indicio de que el navarro tenía la consigna de “conservar” para “siempre el país a España”.⁵¹⁶

Es necesario aclarar que la forma de contrastar a varios autores sobre un mismo punto de la expedición de Mina no era, desde luego, exclusiva de los episodios o de los propios textos históricos de la época como los que se han citado y comparado. Lo que destaca es que esa comparación, acompañada de una crítica más propia del historiador, se hiciera dentro de la narración episódica. De hecho, hoy se sigue utilizando, como lo muestra la biografía sobre Mina del español Manuel Ortuño que en lo respectivo a la posibilidad de que la “envidia” del padre Torres para con Mina fuera cierta, señala:

La postura del padre Torres no era tan decidida ni estaba tan clara. La narración de *Robinson* parece confirmarlo: “Después de la conferencia, cuando todos se habían separado, el coronel Young dijo a uno de sus compañeros “Me parece que debemos confiar en todos los gefes patriotas excepto en el P. Torres, veo la envidia estampada en su rostro; nos engaña; es menester desconfiar de él y tenerlo por un enemigo de nuestro valiente general”. El mismo *Bradburn* parece coincidir con estas apreciaciones: “Aun Torres por una vez quizá sintió un real entusiasmo y un desinterés patriótico, si bien reclamó que militarmente era superior Mina y que, como una condescendencia, serviría a las órdenes del joven general [...] Si esto fue hecho en un momento de sinceridad, pronto desapareció para dar paso a otros más egoístas. La subordinación prometida fue meramente nominal...”. *Bustamante*, buen conocedor de sus paisanos, tampoco se ahorra un comentario muy crítico respecto del padre Torre: “Llegó el momento de acordar el método de subordinación y orden que debería seguirse en la empresa... El padre Torres dijo que en consideración á los talentos militares y fama de Mina, no tenía inconveniente en ponerse a sus órdenes. Torres no era capaz de hacer una buena acción, era un indecente en toda la extensión de la palabra y muy luego se reconoció que lo hablaba era de dientes para afuera [...] *Lucas Alamán* llegará mucho más lejos: “Las ilusiones de Mina comenzaron no obstante á disiparse, desde que estuvo en contacto inmediato con los insurgentes: no veía entre ellos más que ignorancia y anarquía, y en lugar del ardiente entusiasmo que esperaban encontrar a favor de la libertad...sólo había hallado desórdenes.”⁵¹⁷

En el ejemplo se muestra lo complicado que es intentar comprobar la tesis de la envidia o rivalidad de algunos insurgentes hacia Mina, sobre todo por parte del padre Torres.

⁵¹⁶ Alamán, *Op., cit.*, p. 628. El sello es reproducido en Julio Zárate, *México a través de los siglos*, T.III, Lib. 3ro, Caps. VI, p. 17. Versión en CD. 2007.

⁵¹⁷ Manuel Ortuño, *op. cit.*, pp. 290-291. Cursivas añadidas.

Aunque, resalta que en biografías tan actuales como la citada consideren como posible ese hecho.

Con el cierre de la anterior digresión, y retomando la validez que en los episodios se otorga a la versión de Alamán, se puede afirmar que a ésta se le da mayor espacio y por ello reiteradamente se le vindica en los episodios. Además, algunos juicios del autor-narrador están en consonancia con la narración del historiador Alamán en considerar a Mina como un héroe romántico, en su sentido lato que muere por una causa que sabe perdida, y que pese a sus buenas cualidades y dotes personales no pudo vivir para ver logrado su objetivo: la independencia novohispana. La importancia que tuvo Mina para la reactivación de la guerra fue crucial y aceptada por todos los historiadores aquí citados, incluso por Zamacois.⁵¹⁸ Pero, el que da un paso más fue Alamán al aseverar:

Su expedición fué un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte mejicano: sin plan, sin relaciones, y hasta sin noticias del país, se arrojó á la ventura en una empresa cuyo objeto él mismo ignoraba, pero por su valor y su habilidad y por la clase de tropa que lo acompañó, pudo comprender que si hubiera llegado algún tiempo antes, ó si hubiera traído 2.000 hombres en vez de los 300 que con él desembarcaron, habría cambiado enteramente el aspecto de las cosas; habría decidido a muchos á declararse por su causa, y habría sido acaso el que hubiese hecho la independencia de Méjico.⁵¹⁹

No extraña que Alamán apostille sus palabras al afirmar que la expedición de Mina fue un breve episodio pero “el más brillante de la revolución mejicana”. Sin exagerar, se puede argumentar que la expedición de Mina fue considerada en los episodios olavarrianos como la muestra más lograda de heroísmo desinteresado de cuño liberal. Al lector se le presenta un personaje de Mina con todas las cualidades posibles que pese a todo, y a muchos, logra un primer gran objetivo: revivir las fuerzas insurgentes que estaban en un impase en el que la derrota se veía impostergable. Sin duda, las irrupciones el texto son muestra de que la voz narrativa proponía que en las nuevas versiones de la historia mexicana se incorporara a todos los personajes sin importar su nacionalidad, ideología o circunstancia. Se trataba de presentar a la guerra en todos sus niveles en un cuadro lo más completo posible en el que

⁵¹⁸ *Historia de Méjico...*, T. X, Cap. V, 1879, pp. 243 y ss.

⁵¹⁹ Alamán, *Loc. Cit.*

los personajes principales fueran presentados en una dimensión humana con todas las contradicciones, aciertos, anhelos y errores

El claro homenaje que se brinda al insurgente español en los episodios olavarrianos es muestra de que si alguien merecía estar encumbrado como héroe de la patria ese era Javier Mina. El navarro por su trágico final y altas cualidades es señalado a estar a la altura de Hidalgo o Morelos. Se trataba de reconciliar el pasado con ese presente de la década de 1880 y escribir una versión de la historia inclusiva que desde la opinión de la voz narrativa no la había. Semejante a la que en esos mismos años se publicaba: *México a través de los siglos*. Una versión sesgada por un liberalismo triunfante, pero al fin con ciertas aspiraciones nacionales. Se vivía en un periodo de paz inusitado, en el periodo de Manuel González y cuando aún la figura de Porfirio Díaz gozaban de cabal salud. Como tantas veces reiteraría la voz narrativa en los episodios olavarrianos, era justo recordar que no sólo los grandes hombres eran a los que se debería incluir en las páginas de la historia, también estaban los de segundo nivel e incluso los anónimos del pueblo llano. Por eso, el espacio y cuidado con que son tratados hombres como Gabriel Riño, el “amo” Torres o el más popular de todos los combatientes de la insurgencia: el *Pípila*, con la incógnita de su existencia no aclarada suficientemente y como una deliberada forma de recordar a los que la historia no reconoce.

A partir de lo anterior, se torna pertinente señalar que la preeminencia de los elementos históricos sobre los literarios, en los episodios olavarrianos, lleva al género hacia una vertiente que deja ver su finalidad pedagógica y doctrinaria. La forma en cómo se va constituyendo el universo diegético y la relevancia de lo histórico sobre lo literario, así como las diferentes estratagemas para atrapar al que incluyen las deliberadas irrupciones del autor-narrador en una faceta de historiador, han permitido el análisis comparativo de una visión de la historia presente en una serie de novelas con diferentes versiones de la historia que en ese mismo tiempo se publicaban y que claramente muestra cómo la forma y la estructura de ambos relatos mantiene semejanzas.

También ha quedado establecido que los personajes destacados forman parte de una visión histórica en auge que tendría su obra más representativa en *México a través de los siglos*. Las fuentes documentales que ingresan a los episodios son deliberadamente contrapuestas y en algunos casos complementadas por la voz narrativa. La forma en que el

autor-narrador irrumpe y pone en entredicho las propias versiones históricas, a las cuales pondera o desacredita, enseña cómo desde la diégesis ingresan estrategias y formas de apropiación del suceso histórico cercanas al taller del historiador y que coadyuva en algunos segmentos muy específicos en la construcción de una historia patriótica. Ésta se constituía al mantener un énfasis en las acciones de los grandes personajes en un tiempo que no se integraban al imaginario social, a figuras como Miguel Hidalgo o José María Morelos.

De hecho, como varias veces lo señalara Altamirano, faltaban monumentos y versiones históricas que permitieran la identificación de los grandes sectores populares con los sucesos, pero sobre todo, con las acciones de los ya considerados héroes patrios. Asimismo, el elemento hispano-criollo que tanto le interesa destacar al narrador encuentra su máximo representante en la forma en la cual se presentan al lector las acciones y la campaña militar del español Javier Mina, que desde la perspectiva de la narración logra sacar del impase a las fuerzas insurgentes casi aniquiladas. El retrato y la forma cuidadosa de integrar al personaje histórico a la trama y el proceso de cómo es llevado de un idealismo libertario, casi prístino, hasta un martirio heroico y romántico apunta en dos sentidos: tanto merecían ser recordados y glorificados los hoy considerados mexicanos como los que se señalaban españoles y que lucharon por la libertad de la nación.

El análisis a los *Episodios históricos mexicanos* de Enrique de Olavarría ha logrado reconstruir partes esenciales de su horizonte enunciativo; objetivo general planteado desde el principio, concentrado en tres categorías: autor, obra y género. Tal horizonte, dentro de un espacio y temporalidad particulares, se enriqueció por las diferentes tareas literarias que el letrado hispano-mexicano desarrolló por décadas en México. Su estilo tan amplio en matices, juicios y descripciones logra que el lector de sus episodios acceda a una forma narrativa que mantiene un espacio reflexivo que parece construido con la finalidad de explicar al que lee sobre un periodo definitivo de la nación mexicana. Aunque, también se distingue un cierto grado de asombro que sólo puede percibir el que no es nativo. Es decir, su visión, pese a los años de integración en la elite literaria mexicana, es la del otro, un extranjero, que no se cansa de descubrir el pasado de la sociedad a la que por decisión propia se unió.

El que la carrera de literato de Olavarría iniciara en el momento en que los letrados pasaban de un sentimiento opaco de pesadumbre a uno de esperanza, resultado del triunfo de las fuerzas liberales sobre los resabios de conservadores y monárquicos, fue una coincidencia que se dio en su beneficio. El fin de la última guerra de colonización europea en tierras mexicanas, en el complejo siglo XIX, coadyuvó a que el talento narrativo de Olavarría fuera apoyado por sus coterráneos, especialmente Anselmo de la Portilla, y por un líder de la comunidad letrada nacional como Ignacio Manuel Altamirano. Esas amistades le permitieron el acceso tanto a la comunidad de emigrados hispánico como al selecto grupo letrado, especialmente en la capital del país. En otras palabras, el resurgimiento de las letras nacionales después de 1867 ayudó al desarrollo del literato hispano-mexicano en un espacio que algunos percibían como esperanzador, pese al periodo de desajuste político y rebeliones que va de la denominada República Restaurada al primer gobierno de la que sería la dictadura de Porfirio Díaz.

Al analizar con mayor detalle los antecedentes, prácticas y usos de la comunidad letrada mexicana, desde la segunda parte del siglo XIX, se comprende cómo esa elite bregaba por un proyecto cultural de aspiración nacionalista y que tuvo detrás el apoyo a los

diferentes proyectos políticos en pugna: conservador y liberal. Tal proyecto crece después de 1868 con diversas acciones: el empuje a los productos literarios y medidas de política social como el crear algunas paradigmáticas instituciones educativas, como la Escuela Nacional Preparatoria, de espíritu moderno y secularizado. Al mismo tiempo, se dieron las condiciones favorables para que surgieran una gran cantidad de asociaciones y sociedades literarias que de forma preeminente se situaron en el ámbito republicano y liberal. Aunque los derrotados conservadores también establecieron las suyas, con énfasis en los valores católicos. Por su parte, Enrique de Olavarría participó en espacios cultos hoy considerados paradigmáticos, las veladas literarias o sus escritos en *El Renacimiento*, que le permitieron relacionarse con literatos como Altamirano. Éste fungió como guía y maestro del hispano-mexicano y fue uno de los personajes relevantes con el cual le unieron lazos de amistad, junto a otros miembros de la pequeña sociedad política y letrada mexicana, relaciones que supo aprovechar en su beneficio.

Otra casualidad positiva para los escritos de Olavarría fue que la novela de tema histórico fue exitosa en ese periodo, 1868, y coincidió con la escritura de las dos primeras que logra publicar. Ambas con una temática que por naturaleza le interesaba sacar a relucir: el lugar de la herencia hispana en el imaginario de México. Aunque sus episodios históricos estaban a décadas de publicarse, el ibérico indudablemente notó el éxito comercial de las primeras novelas centradas en los recientes acontecimientos bélicos y políticos, el fin del Segundo Imperio y el ajusticiamiento del archiduque Maximiliano. Más aún, probablemente las leyó, e incluso pudo haber conocido a sus autores; liberales de fama recién adquirida como Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio. Literatos que con su estilo fueron precursores de un tipo de literatura patria que glorificaba a los nuevos héroes laicos, como Benito Juárez, y que tuvo cierto éxito comercial, considerando lo pequeño que era el número de lectores. Tal proyecto literario sirvió para potenciar las carreras de ambos escritores, situación que no debió de pasar desapercibida al hispano-mexicano. Sin embargo, esas novelas patrióticas, y otras más que se publicaron en esos años, no destacaron el papel de la herencia hispana. Un hueco en la identidad nacional que Olavarría se encargó de rescatar.

Al estudiar el archivo personal del hispano-mexicano se nota una sencillez, educación y cortesía que mucho debió abrirle puertas en una sociedad que con frecuencia

tenía sus brotes de antihispanismo. La riqueza y variedad de sus epístolas ofrece una oportunidad de conocer a muchos personajes centrales de la elite de ese tiempo que merecería un estudio mayor. Su vocación y genuino interés por la literatura y la historia de su nueva patria lo llevó a investigar y escribir textos especializados que se publicaron en su país natal, como parte de su periplo europeo entre 1874 y 1878. De regreso en México le otorgaron un reconocimiento, que le sirvió en lo intelectual y social, y mejoró su relación con el gobierno por las investigaciones que sobre límites territoriales realizó en España. Tal esfuerzo personal tuvo como recompensa el haber sido naturalizado por vía expresa del presidente Porfirio Díaz, y la entrega de una posterior diputación, que como señala uno de sus biógrafos fungió como virtual beca, muy útil si consideramos las quejas sobre su inestable situación económica que dejó Olavarría en misivas y algunos prólogos.

Una dimensión del horizonte olavarriano que tiene que ver con su tonalidad definida -también un objetivo específico planteado- fue la gran influencia que tuvo el nacionalismo literario de Ignacio Manuel Altamirano y el apoyo que le brindó el paladín de la causa y herencia hispana en México, Anselmo de la Portilla. Tal contraste potenció una visión mexicanista que no renegaba de su pasado hispano y por el contrario creó diferentes rutas para tender puentes que acercaran a las dos identidades. Su ideología liberal, con base en el catolicismo hispano, no fue obstáculo para que el hispano-mexicano se adhiriera al proyecto literario surgido del triunfo republicano. Las diferencias ideológicas que pudo haber tenido con liberales más recalcitrantes, en lo relación a cierto jacobinismo imperante, no dejaron huella en él o en sus textos en los que supo distinguir el culto religioso de algunos malos representantes del mismo. Por cierto, a los que se les ve retratados críticamente en algunos de los personajes de sus episodios. En contraste, el aparente “olvido” o ignorancia para las obras de otro español que por los mismos años también estaba en la tarea de conciliar lo hispano y lo mexicano, Niceto de Zamaçois, permiten suponer que las pugnas ideológicas, o las diferencias personales, sí tuvieron un impacto en su horizonte. No es posible, dado el pequeño número de letrados españoles en México, que no conociera tales textos si se considera que los dos luchaban por rescatar del ostracismo a personajes hispanos, desde el punto de vista de ambos, injustamente tratados en las obras históricas mexicanas. El prejuicio, ejemplificado en la nula mención de las versiones

históricas de un conservador Zamaçois, muestra algunas limitantes y características específicas de su ser histórico.

Al examinar con detalle el estilo episódico de Olavarría se pudo comprender las posibilidades del género -otro objetivo específico planteado- tanto en su análisis literario como historiográfico. Lo anterior se posibilitó al considerar a la novela histórica, y al episodio como un subtipo específico de ella, como un modelo narrativo que permite identificar el horizonte cultural de una sociedad en un tiempo y espacio delimitado. Tal horizonte no sólo permite apreciar modos de relectura y autocomprensión del pasado, también es una forma de apropiación de un relato sobre acontecimientos nodales de la historia nacional que se reflejan en algunas propuestas históricas que traslucen en el actuar de un grupo de personajes relevantes de la insurgencia mexicana en la narración episódica. Por esto, algunos de los canonizados como héroes patrios tienen un papel divergente al señalado por las versiones históricas de la época y que no tiene que ver sólo con la licencia poética del narrador sino con un esfuerzo crítico cuya propuesta se relaciona con una relectura de los acontecimientos y no sólo con toques de “colorido local”.

En el mismo sentido, no se puede olvidar que en la época de publicación de los episodios olavarrianos (1880-1884) la conformación de un canon historiográfico estaba en constitución y las narraciones históricas sobre sucesos como la Guerra de Independencia no adquirirían una relevancia, casi galvanizada, que mantuvieron interpretaciones triunfalistas como *México a través de los siglos*. Es decir, la versión inmaculada, aurea, de la historia nacional recién se consolidaba. Por lo anterior, y por la falta de versiones históricas de acceso popular, la narración novelesca olavarriana suplió, en algún grado, el papel que se esperaba de un sistema educativo formal, pero prácticamente en ciernes en una sociedad mexicana mayormente analfabeta. Tampoco se debe olvidar que en ese tiempo, los letrados en México afanosamente buscaban fraguar un modelo literario que sirviera de piedra angular a un modelo de nación que se definía en lo político con base en el liberalísimo pragmático de la dictadura de Porfirio Díaz. Tal modelo imaginado e impulsado por líderes intelectuales como Altamirano fue una aspiración legítima que se replicó, con sus respectivos enfoques políticos y particularidades, en las diversas comunidades letradas de varias regiones en América Latina.

Sin duda, la dimensión que en mayor parte exhibe el ser histórico de los episodios escritos por Enrique de Olavarría fue su rescate y vindicación del segmento criollo en su narración histórico-literaria: un modelo *sui géneris* en las versiones noveladas de la historia patria mexicana. La relevancia y preocupación por este grupo social que se remarca en los personajes centrales, la familia Arias: Benito, María y Carlos Miguel, se entiende con mayor amplitud y profundidad si se considera que esta labor ya estaba presente en la obra de otros españoles llegados, décadas antes, a tierras mexicanas. La vindicación de lo hispano, y por ende de lo criollo, fue una tarea que varios españoles tomaron como parte de su misión personal como fueron Anselmo de la Portilla y Niceto de Zamaçois. Las diferentes tonalidades ideológicas no impidieron que hubiera un grupo de letrados que defendieron lo que puede denominarse pensamiento español en tierras mexicanas, el cual se entiende mejor al comparar las novelas del propio Olavarría con las escritas por Zamaçois y publicadas en un periodo en el que se encontraba en España, por ejemplo, *El capitán Rossi* (1864) sobre la fallida expedición de reconquista liderada por Ignacio Barradas en 1829. En el caso de los episodios olavarrianos tal defensa se muestra con la preponderancia en el segmento criollo. Asimismo, es relevante la forma en que este grupo social es considerado en la narración, la cual no corresponde a lo que la historia de corte oficial ha legado en versiones escolares.

En otras palabras, hay una tesis histórica defendida en los episodios que coincide en algunos puntos con lo señalado por los mismos años por Altamirano. En ésta se señalaba que hubo una virtual aristocracia novohispana que no se identificó con el movimiento emancipador, en su mayoría miembros de clases acaudaladas, hijos de españoles y novohispanos que pertenecían a sectores privilegiados, extrañamente considerados criollos, y que junto a integrantes del alto clero se encargaron de darle un giro al movimiento insurgente. Se entiende en la narración episódica como una especie de contrarrevolución que no quería cambiar la estructura de dominación presente hasta antes de la crisis de la Metrópoli en 1808.

Además, la decodificación de los elementos fundamentales de los episodios olavarrianos ha permitido entender la estrategia literaria que de forma *sui generis*, como el mismo autor defendía en su prólogo, ofrecía una narración que pretendía que al lector le quedara claro que unos eran los acontecimientos históricos y otros los elementos

ficcionales. Tal modelo transgredía el equilibrio depurado del fundador del género, Benito Pérez Galdós, que se concentraba más en la explicación y en ofrecer una versión histórica algo divergente sobre los sucesos; esto fue lo que el canon literario consideró un desequilibrio estructural. Sin embargo, en ese periodo muchos de los literatos que publicaron novelas de tipo histórico, como lo señala Brushwood, integraron a sus textos documentos “probatorios” con el afán de ofrecer mayor soporte a lo narrado. En otras palabras, la estrategia desarrollada en los episodios de Olavarría se va modificando y pasa de un cierto equilibrio a una narración que da prioridad a lo acontecido, aproximándose al modelo “testimonial” de Vigny señalado en la Introducción. De hecho Benito, por su situación de testigo privilegiado, conoce a muchos personajes relevantes de las fuerzas insurgentes, de primero y segundo orden, lo que le ayudará a documentar mejor sus memorias— supuesta base de los episodios- ya que vive muchos sucesos de primera mano y, por ende, accede a una dimensión vedada al lector.

Tal espacio está relacionado con la vida íntima de los héroes patrios a los cuales conoce en situaciones que complementan lo que la historiografía de la época señalaba conocer. Por lo tanto, fue acertada la estrategia de edificar una narración que emocionara con los continuos encuentros y diálogos, cara a cara, entre Benito y los líderes carismáticos de la insurgencia. Así pues, se logra una empatía con el lector que se ve inmerso en una narración que se percibe, la mayor parte, en primer plano. Además, sobresalen los actos valerosos, heroicos y, por contraste, las acciones perversas, desleales y cínicas, pero no sólo de los antagonistas de la pareja de criollos enamorados, también de los personajes relevantes en la guerra. Asimismo, resalta que el narrador tanto alaba o critica a los personajes del grupo insurgente como a los que pertenecen a fuerzas realistas; es decir a españoles y criollos no adeptos a la emancipación. Lo anterior, otorga un sentido particular a su perspectiva que separa al segmento criollo y establece que muchos de los que lucharon por la Independencia pertenecían a tal grupo social, razón suficiente para ser considerados como parte de la memoria histórica de la nación mexicana.

En otro sentido, el que se establezca desde el inicio una separación artificial de los referentes narrativos resulta en un modelo episódico que atrapa al principio con una relación afectiva entre una pareja de criollos, de clase media, que tiene que atravesar un sinfín de pruebas para la realización de su amor. Junto a esto se desarrolla un marco de

sucesos que atípicamente no es sólo un referente espacio-temporal de la narración, sino parte del entramado, ya que algunos de los grandes personajes que aparecen en el relato toman partido por la causa amorosa de Benito y María. Por ejemplo, Miguel Hidalgo casa a la pareja criolla pese a la prohibición impuesta contra ellos. De forma inversa, los amantes se vuelven fervorosos patriotas de la casusa insurgente al conocer las razones de los líderes de la rebelión, uniendo el “destino” de la pareja al desarrollo de los acontecimientos; María se convierte en cercana de personajes como Josefa Ortiz de Domínguez y Benito en un amigo, confidente del padre Hidalgo y testigo privilegiado de los sucesos que después va a dictar para que su hijo escriba sus “memorias”.

Asimismo, llama la atención que por privilegiar lo criollo e hispano en la narración se deje de lado lo indígena e incluso se minimice lo mestizo. Aunque no es obligación del novelista integrar una taxonomía social en su relato, lo cierto es que en el universo episódico olavarriano, en particular la primera serie de episodios, la mayor parte de los personajes en los que recaen las acciones, son los que pertenecían al grupo criollo y al antagónico grupo español o peninsular. No hay mayor vocación del narrador por rescatar, o destacar, a los demás grupos sociales. Por ejemplo, el espacio y la forma en que son descritos los indígenas y el mestizo son breves, incidentales o muy puntuales. En gran cantidad de escenas desarrolladas en sitios urbanos de relevancia, como plazas o edificios emblemáticos, los grupos que se reúnen en la calle son más prontos a la rapiña o al chisme que a la adhesión honesta por la casusa insurgente. Sólo destacan contados personajes no criollos en la narración episódica como José María Morelos y Vicente Guerrero, que algunos hoy señalarían más como afrodescendientes, aunque en la época, como señalara Altamirano, eran parte de las castas despectivamente llamadas criollas. Lo anterior, apunta a un desequilibrio que sigue mostrado el horizonte del autor, y por ende su ideología, la cual es compartida por otros literatos, tanto de cuño liberal como conservador, y especialmente se acerca a lo que el grupo de españoles radicados en México sostenían sobre los indígenas.

Un aspecto muy notable del universo episódico olavarriano que ha permitido su análisis historiográfico es la gran cantidad de referentes históricos que inundan la narración y, como se ha explicado antes, forma parte de un entramado que tanto sirve para saber qué le ocurre a Benito y María, como para recibir lecciones de historia patria. Esta pretensión

pedagógica se torna más nítida al examinar variados datos historiográficos (fechas relevantes, biografía, espacios históricos, documentos, misivas, pasquines, versos, etc.) que se ofrecen al lector. Al seguir la aventura y el devenir de la familia Arias es forzoso “atestiguar” los principales acontecimientos de la guerra, desde el paradigmático “grito” de Dolores hasta los detalles de las diferentes batallas que iban aconteciendo conforme la rebelión se extendía por el centro de la Nueva España. La descripción minuciosa de lugares como Guanajuato y de espacios claves como la Alhóndiga, o las continuas referencias que describían cómo estaba el orden de cosas antes del estallido rebelde, son muestra de que había una preeminencia en explicar y al mismo tiempo enseñar. No fue casual el detenerse en tantas acciones y retratos de una gran cantidad de personajes, tanto los canonizados por las fuentes históricas decimonónicas como otros de menor relevancia, que cumplían con lo que al narrador le interesaba resaltar: eran criollos o peninsulares con una participación honorable en la guerra. La intención expresa de Olavarría de crear una versión histórica accesible fue muy clara, debe recordarse que en el prólogo de 1886 señalaba que el origen de sus episodios fue primordialmente ofrecer una versión histórica de su patria a su primogénito.

En relación a la estrategia analítica de separar a los personajes en centrales y heroicos fue resultado de la propia estructura de la narración que comienza enfocándose en las peripecias, desgracias y desventuras de Benito y María. Por esto, el primer personaje que destaca por sus características, entre seductor, perspicaz y genio del mal es el mayor antagonista de los enamorados, Miguel Garrido. Éste logra con sus acciones atrapar al lector que desea saber cómo fue que la pareja de aciagos enamorados se libra de todas las trampas que les tiende. En otro sentido, la separación también ha servido para entender la forma en que se constituyeron los episodios. Es decir, al ser unas “memorias” contadas por Benito a su hijo Miguel décadas después de terminada la guerra, la transcripción de los recuerdos del padre son enriquecidos documentalmente por el hijo que entrega al lector una versión más sustentada. Ésta se percibe como una pretensión por fortalecer dos posiciones ideológicamente opuestas: el incipiente y tímido patriotismo de la nueva nación que se conformaba lentamente entre la población general novohispana que poco sabía de los recovecos de la lucha para la Independencia; y por otro lado, revalorar al sector hispano-criollo al dar a conocer que muchos de los que dieron su vida por la causa pertenecieron a

ese grupo. Por lo anterior, se esclarece porque Benito y María eran criollos y porque sea en ellos precisamente en quienes crezca un patriotismo que les era ajeno al inicio de la rebelión contra el virrey Iturrigaray de 1808, punto inicial de los episodios olavarrianos. Ninguno de los dos contaba con la formación y simpatía ideológica de otros criollos ilustrados que se convirtieron en figuras destacadas en la insurgencia después de 1810. Entonces, se entiende que Benito atestigüe muchos acontecimientos determinantes en el conflicto y por lo mismo conozca a los líderes de la rebelión con los cuales se identifica y en el trayecto adquiere un aprendizaje que lo acerca, ideológicamente, a los insurgentes conforme se desarrolla el conflicto armado. Por su parte, María es una heroína que sin entendimiento profundo de la causa convence a un dubitativo Benito de que su lugar estaba entre los criollos, primero, y después junto a las huestes de Hidalgo, al lado de los otros grupos sociales que querían una alternativa al modelo virreinal. La mezcla de apego y patriotismo de la heroína son sus mejores armas para alcanzar su amor y para que su prometido deje sus cavilaciones y siga adelante.

El tercer miembro de la familia Arias, Carlos Miguel, tiene una relevancia destacable por otras razones, no sólo representa metafóricamente una nueva identidad que nace con él, la mexicana, también por ser el poseedor de las memorias de su padre y que al principio sólo señala que las transcribe. Sin embargo, y ante la imposibilidad de que Miguel pudiese haber atestiguado todos los sucesos relevantes de la guerra, su papel se torna complejo, ya que su voz narrativa se suma a otras que se intercalan en la narración episódica y no siempre le queda claro al lector quien es el que narra los sucesos. Lo que se establece es que su versión no sólo es resultado de lo que su padre le cuenta, es la suma de esa experiencia más otras que viven personajes episódicos, como el compadre “mascarita”, y es fortalecida por fuentes documentales que hace ingresar al texto. Tal forma de narrar muestra una vocación narrativa que lo acerca al estilo argumentativo de la historia de tipo retórico, expuesta en la primera parte de este análisis. Carlos Miguel no es un simple portavoz de las diferentes experiencias que toman forma en los episodios, es un narratorio que enriquece lo que le cuentan testigos privilegiados, como su padre, y toma parte en estructura narrativa al incluir versiones históricas y documentos considerados válidos en ese tiempo.

A partir de lo anterior, se entiende la preeminencia de las fuentes documentales en el relato y el enfocarse en las acciones de los personajes considerados heroicos en la Guerra de Independencia. Los documentos de carácter histórico, como se ha mencionado, no son meros referentes para “probar” lo que el narrador va señalando. Son parte de un entramado que obliga al lector a aprender historia, al mismo tiempo que sigue el desarrollo de las peripecias de la familia Arias y de otros personajes secundarios que se van incorporando a los episodios. Las estratagemas que se despliegan en la narración, para que se perciba como “natural” el ingreso de los documentos al texto, muestran la preocupación del narrador por considerar elementos “duros” que sustenten lo que está narrando. Además, se puede apreciar que el lector al que originalmente iban dirigidos los episodios olavarrianos era uno no necesariamente ilustrado. Por contrapunto, destaca que la voz narrativa se detenga, a veces con demasiado empeño, en aspectos que parecen dirigidos a otro tipo de lector, al cual algunos lugares o formas de comportamiento social no le eran conocidos o relevantes. Entonces, se puede suponer que el letrado hispano-mexicano no sólo escribió sus novelas pensando en el mercado local, también vislumbró que entre sus posibles lectores estaban sus coterráneos. No debió de ser casual que la versión en tomos de los episodios, la más cuidada y con mejor acabado, haya sido publicada en España. Hay que recordar que casi una década antes, Olavarría había logrado publicar dos ediciones en su patria de *El arte literario en México*. Así, su labor de promover la literatura nacional tomaría otra faceta al llevar al lector europeo versiones pedagógicas de la historia mexicana amenizada, con toques costumbristas y detalles notables para la mirada del extranjero.

La esfera documental en la narración episódica se concentra en dos fuentes: las versiones sobre la Guerra de Independencia del antiguo insurgente Carlos María de Bustamante y la posterior, en parte escrita para refutar lo señalado por éste, y más organizada versión del ícono del pensamiento conservador del siglo XIX mexicano, Lucas Alamán. Ambos autores, casualmente, pertenecían al segmento criollo, lo que pudo haber incidido en la decisión de escoger sus visiones históricas como soporte a los episodios. Aunque son expuestos al lector, y citados, otro tipo de textos documentales en la narración, son las versiones del insurgente y del conservador las que aportan sentido a la narración episódica. Incluso antes de que el narrador develara sus intenciones, vía nota a pie, de respetar lo que históricamente se consideraba como válido sobre los dichos y proclamas de

los grandes personajes, se puede inferir que la versión histórica de Alamán es la que más resuena en los episodios. Desde luego, llama la atención por la diferencia ideológica con Olavarría que se inclinaba por los preceptos liberales, pero lo anterior debe entenderse a la luz de un esfuerzo crítico que hoy se diría hermenéutico. Es decir, el narrador en muchos aspectos concuerda con lo contado por Alamán, pero en otros no. De hecho, hay una relectura y actualización en los episodios que no se puede dejar a un lado. Un ejemplo es la forma en la que se construye el personaje de *El Pípila*, el cual aparece como un actor central, incluso con mayor relevancia para el desarrollo de la guerra en Guanajuato que lo descrito en las versiones históricas del momento. Por contraste, hay espacios narrativos en los que se nota la coincidencia ideológica con la visión de Alamán; el concebir a un segmento de la población urbana pobre y con poca formación como “plebe”, la cual es descrita en ambos registros como más propensa al oportunismo, la revancha social y a la rapiña que a unirse a la lucha por sentimientos patrióticos. Por ejemplos como el anterior, se filtran los prejuicios históricos en toda la narración y no debe de parecer extraño o contradictorio, debe recordarse que el propio Alamán en muchos aspectos parecía más cercano al sentir y al imaginario peninsular que al novohispano.

En el caso del texto de Bustamante, éste es igualmente citado y funge como una segunda visión, que tanto le da soporte documental como permite la incorporación a un aspecto clave de este análisis: la noción de autor-narrador. Tal concepto lleva al género episódico a un nivel en el cual se puede apreciar las bases centrales del horizonte del autor y una pretensión metaliteraria que lleva a la narración al extremo de sus posibilidades al desequilibrar los elementos de la trama. El concepto de autor-narrador, tomado de la teoría de la novela histórica, separa la voz narrativa presente en el texto con una deliberada intención o toma de posición del autor sobre los acontecimientos que va narrando. Por lo general, se trata de juicios sobre eventos y personajes que normalmente no tiene relación con lo novelesco. Tales apreciaciones se perciben como “rupturas” en la narración; no son meras opiniones al aire, se develan como juicios del tipo que hacen los historiadores para remarcar y establecer un punto crítico o relevante; incluso para defender o atacar una causa específica.

Esa dimensión crítica es más esperable en los textos de la historia de tipo retórico a la que varias veces se ha estado aludiendo en este trabajo. Entonces, se entiende que aunque

la versión de Alamán es coincidente en aspectos clave con el imaginario del narrador, lo cierto es que la de Bustamante, pese a las continuas críticas que se señalan de ella, obliga al autor-narrador a que éste “salga” de su protector espacio en las alturas de la diégesis para ir un paso más y entrar en una “discusión” con ambas versiones históricas. Incluso, se propone que ni una ni otra fueron lo suficientemente adecuadas en la forma en cómo juzgaron algunos sucesos en opinión del autor-narrador, uno muy relevante: la campaña del español Javier Mina. Esta pretensión metaliteraria es pieza fundamental en la decodificación historiográfica de las novelas históricas olavarrianas, ya que permite apreciar su ideología (liberal católica) y sentido de la historia (providencialista) sin llegar a un catolicismo exacerbado o ultramontano de otros letrados mexicanos, por ejemplo, el estilo muy cercano al golpe de pecho de un Victoriano Agüeros.

En otro sentido, la comparación entre las fuentes documentales que recibe el lector, permitió integrar al análisis otras versiones históricas del momento, ya que éstas mantienen una misma vocación histórica y afán persuasivo que las presentes en la diégesis. La comparación entre lo señalado en los episodios, incluyendo lo citado por Alamán y Bustamante, con otras narraciones históricas del mismo periodo, ha permitido exponer la similitud discursiva en ambos tipos de registro, la cual resultó muy cercana, incluso en la base ideológica que les daba el catolicismo hispano; independientemente de su tonalidad conservadora o liberal. Otro punto en común que rebasa los dos tipos de registro y las adscripciones políticas fue el considerar como muy relevante el papel de los grandes personajes. Por lo anterior, es lógico que subsista la idea de establecer que el motor de la historia se exhibe a través de las acciones de hombres excepcionales, y con ello se revela el plan de la Providencia. Los grandes hombres de la insurgencia, santificados en héroes, son fieles a sus preceptos y convicciones; siguen adelante en la lucha por imponer cambios sociales que consideran justos y necesarios, aunque en ello les vaya la vida. Incluso ese martirio de algunos formaría parte del desarrollo y devenir de la patria. Como los primeros mártires cristianos que se sacrificaron por imponer la nueva fe en tierras americanas, lo mismo pasa con los nuevos héroes que abogan por un cambio para los sectores desfavorecidos.

Pero no todos los hombres merecían entrar al nuevo Olimpo de las naciones surgidas con la ruptura del Imperio Español. En el caso de México, sólo a determinados

criollos y mestizos que ofrecieron su vida por la causa independentista se les glorificó; incluso, algún ibérico alcanzó tal honor. Aunque en los padres de la patria recae mucho del protagonismo en los episodios, lo cierto es que otros personajes subalternos son reconocidos en el texto y les son imputadas características dignas de mención y alabanza. Como se ha señalado, el mayor atributo fue su apego a sus ideales así como su comportamiento y respeto a las leyes de la guerra, sin importar a qué bando pertenecieran. Pero tal criterio de facto lleva a la narración a un espacio reflexivo que seguramente no fue cómodo para todos los lectores, sobre todo para los mexicanos. Igual de respetable, señalaba la voz narrativa, fue el accionar de criollos como Miguel Hidalgo para la causa insurgente, como el comportamiento que mostró, por lo menos el que se remarca en los episodios, un español como José Antonio Riaño por la causa realista, en particular en los preliminares de la toma de la Alhóndiga en Guanajuato. Tal forma de considerar en el mismo plano moral a insurgentes y realistas apunta a una intensión por revalorizar la guerra al hacerla más meritoria, no sólo por las causas políticas por las que se combatía sino por la calidad humana de muchos de los participantes, de ambos bandos, y que el lector percibe como un apego a sus ideales. Igualmente, subsiste otro nivel de inclusión y homenaje que se muestra al dedicarle espacio a muchos combatientes de segundo orden. En el mismo sentido, otros aspectos de la narración no resultan ociosos, sino ilustrativos para el lector lego, un ejemplo: el que se describan cómo fue que familias enteras, como los Galeana o los Bravo, se unieron a la insurgencia siguiendo a un líder como el cura José María Morelos, máximo representante del sector americano o mexicano.

La parte más sobresaliente de la narración, en lo que respecta al crecimiento, éxito militar y adhesión a la causa insurgente fue la segunda fase de la guerra, la que se da al morir Hidalgo y los primeros líderes criollos del movimiento. En contraste, el mejor retrato y el insurgente al que mayor espacio se le dedica para establecer sus cualidades y su rol destacado fue el de un hombre que no pertenecía al tal sector social, el cura Morelos. El lector conoce al sacerdote-general en aspectos que las versiones históricas validaban, como su don de mando y genio militar, pero también en espacios y situaciones de la esfera privada que sólo la licencia literaria posibilitaba. Aunque no se puede señalar que la versión episódica pretendiera quitar el brillo que los textos históricos del momento ya le atribuían, a los próceres, más a Hidalgo y menos a Morelos, sí hay un sutil intento de mostrarlos en

facetas y situaciones más humanas. Por ejemplo, el deslizar la posibilidad de que ambos personajes hayan tenidos hijos, pese a su carácter de clérigos. Incluso la relectura y propuesta histórica se torna nítida al aseverar, el narrador, que Morelos debería de ser considerado el verdadero “padre” de la Independencia. Para apuntalar ese tipo de juicios se incluyen incidentes dramáticos como algunos de los ocurridos durante el sitio de Cuautla, las tragedias del realista Francisco Ayala y del insurgente Felipe Manso o las ocurrencias del entonces infante, e hijo del cura-general, Juan Nepomuceno Almonte y su compañía de “emulantes”.

No obstante, poco es el espacio para los hechos de la insurgencia después de muerto Morelos, la estructura se debilita al no encontrar la voz narrativa, entre 1815 y 1824, una figura a la altura de los iniciales próceres. Incluso la fase final de la guerra en la que destacan figuras como Vicente Guerrero o Agustín de Iturbide son casi anecdóticas, salvo la expedición del español Javier Mina con el cual se nota un trato muy diferente. A Guerrero se le minimiza en la narración y a Iturbide se le considera traidor y bajo el control de los estamentos dominantes. La estrategia política de las clases aristocráticas se mostró con el apoyo, y posterior control de Iturbide. El resultado de tal maridaje fue el estridente, exótico y efímero Primer Imperio mexicano. Esta tesis sobre el rol del alto clero en la insistencia por instaurar un modelo monárquico desde el momento mismo de la Independencia es coincidente con lo vertido en versiones históricas liberales como la Introducción al quinto tomo (La Reforma) de *México a través de los siglos*, escrita por José María Vigil en esos mismos años. Entonces, lo planteado en los episodios y la idea de una conspiración de los sectores dominantes de la sociedad novohispana, que debilitaron el movimiento independentista para luego apropiárselo apunta a una coincidencia ideológica con Altamirano que no puede ser simple casualidad.

En el último capítulo de este análisis se destacaron dos elementos que nítidamente muestran otros prejuicios históricos de Enrique de Olavarría; en el sentido Gadameriano, es decir su ser histórico. El afán de incluir a personajes olvidados, muchos de ellos de segundo orden; y el audaz homenaje al español que dio su sangre por la Independencia de un país ajeno, y que según se desprende de la narración episódica los líderes de la insurgencia mexicana no supieron valorarlo y menos comprenderlo: Javier Mina. Tales elementos atraviesan tres ejes que son los pilares ideológicos del relato: lo criollo, lo liberal

y lo heroico que conforman su mayor propuesta y relectura del suceso que se recrea: librar del ostracismo a los hombres que lucharon por la causa libertaria de una nación que no tenía un rumbo ni modelo definido. Por esa tarea reivindicativa, el relato episódico destaca a hombres de segundo orden, como el padre Torres y el *Pípila*, que sin apenas ilustración se entregan a una causa, más por un sentimiento de patriotismo inusitado que por un frío cálculo político o pragmático. Ambos se unen a una rebelión que parecía tener mejor fin después de los triunfos vertiginosos desde el inicio en Dolores. En otras palabras, en la narración se señala que hubo hombres de segmentos no ilustrados que lejos del estigma de clase, como el pertenecer a la “plebe” o al sector pobre del criollismo, se elevaron de su condición para dar su vida por una causa que percibieron como justa y necesaria.

Sin embargo, el mayor sacrificio personal y mayor pureza de ideales lo tendría un hispano que se presenta en la narración como superior en lo moral, en lo carismático y en el grado de su genio militar; el navarro Javier Mina. Tal reconocimiento en la década de 1880 no fue una exageración o despropósito si se considera que años después y durante los festejos del Centenario de la emancipación nacional, en septiembre de 1910, se erigió un monumento que revalorizaba a los próceres de la patria. Olavarría con seguridad miró con regocijo que en la columna de la Independencia nacional uno de los cuatro personajes que hacen guardia al padre de la patria era Mina, hecho que coronaba simbólicamente su labor de reconocimiento por todos los criollos y españoles que murieron en el proceso de la emancipación mexicana. En este sentido, el mayor acierto para la Independencia de Mina fue el reconocer que su labor en tierras novohispanas era revitalizar un movimiento rebelde que estaba, según la voz narrativa de los episodios, dividido, agotado y al punto del colapso a manos de las fuerzas realistas. El español insurgente es presentado como un hombre privilegiado en todos los sentidos que supo mirar más allá de su propia circunstancia para sacrificarse como un mártir laico. Aunque esta visión no permea otras de cuño liberal del momento, como *México a través de los siglos*, coincide con mucho de lo sostenido por Alamán, en especial una marcada admiración por sus dotes personales y su origen ibérico.

En los episodios olavarrianos hay una versión sobre los acontecimientos que llevaron a la emancipación nacional que pone el acento en señalar que no era posible dormirse novohispano y despertar mexicano, que hubo un proceso de interiorización de la causa insurgente que llevó tiempo y permeó lentamente entre las diferentes clases sociales.

Aunque el malestar social que había en la Nueva España tenía que ver con el vacío de poder de la Casa Real Española, lo cierto es que la narración episódica propone como punto detonante los abusos contra los criollos, antes que los sufridos por los indígenas o los mestizos. La visión de un conflicto entre grupos del mismo sector social no sólo remitía a una especie de pureza de sangre, sino a desajustes e inequidades de los criollos y peninsulares acomodados en detrimento de otros criollos menos pudientes que desembocó en un conflicto por el nuevo vacío de poder, ahora en el virreinato, que no pudo regresar al estado de cosas imperantes previo a la invasión napoleónica a España. En este sentido se entiende la toma de conciencia ideológica de Benito, animado en esto por María. Hay un cambio de mentalidad en el personaje que al inicio duda sobre cuál causa debe adherirse y pasa de apoyar al partido que por naturaleza le correspondía: el criollo, cuando éste se enfrentaba al partido peninsular, a integrarse a una lucha que parece ajena a sus intereses menos radicales. Sin embargo, tal postura se modifica al conocer a líderes como Miguel Hidalgo y deduce que se debe ir más allá hasta lograr una plena autonomía de la Metrópoli. El horizonte de Benito se expande al continuar la guerra y es resultado, tanto de su “aprendizaje” ideológico, como del atestiguar los actos valerosos de hombres pertenecientes a otras adscripciones étnicas, como *El Pípila*, y en el admirar el liderazgo y genio de aquellos que tomaron el relevo a la muerte de los primeros insurgentes como José María Morelos.

A este punto, resta hacer una puntualización sobre los alcances y límites de esta investigación. En principio se puede sostener que se logró reconstruir el horizonte de un español emigrado y que por voluntad propia se integra a una sociedad mexicana en un momento definitivo para su conformación como país en búsqueda de paz, modernización y progreso. Los sucesos que atestiguó el hispano-mexicano seguramente influyeron en su decisión de cambiar un trabajo, en el cual hubiera podido encontrar mejor situación financiera, por otra labor que le permitió desarrollar sus capacidades literarias durante décadas. Pese a las preocupaciones pecuniarias que deja entrever Olavarría en su archivo personal pudo contribuir en la consolidación del pequeño grupo de españoles, que desde su modesta trinchera abogaban por que los mexicanos reconocieran partes valiosas de su herencia hispana.

En cuanto a los episodios, falta estudiar la segunda serie de novelas que los conforman y en la cual se nota un cierto sentimiento anti norteamericano que da para otro análisis. Si se optó por sólo llevarlo a cabo con la primera fue por respetar, en lo posible, la argumentación narrativa de las novelas y por escoger los puntos que se consideraron nodales para su decodificación historiográfica sin dejar de lado el horizonte del propio Olavarría. Éste se hace nítido al revisar su versión narrativa, la cual resulta tanto de su circunstancia personal como de una forma de pensar y entender el devenir establecido en las comunidades letradas mexicanas que se enfrascaron en un propósito nacionalista en literatura que estuvo muy cercano al proyecto político. Aunque tal proyecto a veces parecía desmoronarse por las luchas internas y por las invasiones injustas o “bien intencionadas” que las potencias europeas del siglo XIX llevaron a cabo no sólo en México sino en varios países de América Latina.

En este sentido, el valor que puede tener este trabajo tiene que ver con el rescate del denominado “pensamiento español” y por el recobrar, incluir y comprender, desde la actualidad, su forma particular de concebir lo mexicano. Su punto de vista se constituyó desde el propio país al que por voluntad propia se acercaron como un grupo de emigrados que aportaron su visión, desde varias formas de registro, privilegiando el relato histórico y literario. Aunque pocos, hay análisis que se concentran en tal pensamiento, pero son los menos los que lo llevan a cabo desde las propuestas noveladas, hay un olvido por esas versiones literarias que intentaban ofrecer respuestas a los lectores, de ambos lados del Atlántico, sobre cuestiones conflictivas para las dos naciones en pasajes oscuros de su historia en común y que se han hecho a un lado por un sentimiento de antihispanismo que la historia oficial ha reproducido desde la educación básica. Quizá el reconsiderar esta y otras narraciones sobre la historia mexicana apunten a la aspiración decimonónica de un conservador como Niceto de Zamañois el cual señalaba, en su versión de la historia sobre México, que para comprender ese periodo conflictivo que iba de la Conquista a la Independencia era necesario hacerlo desde un punto de vista que concibiera el devenir de ambas naciones como surgidas de una mismo árbol que con el tiempo se separó en dos ramas. En otras palabras, los episodios de Enrique de Olavarría, sin detrimento de su horizonte liberal, señalaban la necesidad de comprender lo mexicano a contraluz de lo

criollo y, por ende, de lo hispano; renegar de una parte de la identidad era tanto como renegar del origen, por muy complejo y, a veces doloroso, que fuese.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA O CITADA

A) CITADA

Alamán, Lucas. “Prólogo” a *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Edición Facsimilar, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1985. t.I.

Algaba Leticia. “La semilla y la cosecha. Los escritores mexicanos del siglo XIX ante las poéticas y las retóricas”, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azcapotzalco, CONACyT, 2004 (Cuadernos de Debate 3), pp. 107-133.

_____. Algaba, Leticia. *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, serie Literatura, 1997, 151 pp.

Altamirano Ignacio Manuel. “Prólogo”, *El Romancero nacional* de Guillermo Prieto, 1988, p. 289. Obras completas XIII, Escritos de literatura y arte. T2. México, Secretaría de Educación Pública, 1988, pp. 191-196.

_____. “Revista histórica y política (1821-1882)”, en *Obras completas II, Obras históricas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986 p. 22.

_____. “Revistas literarias de México (1821-1867)”. En *La literatura Nacional*. Prólogo de José Luis Martínez. México, Editorial Porrúa, 1949. T.I, 520 pp.

_____. Manuel, *El Libre pensador*, México, 1870

_____. *El Renacimiento, periódico literario*, Edición facsimilar de los dos tomos de 1869. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993

Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Editorial Gredos, 2000, (Biblioteca Básica Gredos núm. 31) 626 pp.

Arrangoiz, Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1867*, México, Editorial Porrúa, sexta edición con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996. (Sepan cuantos núm. 82) 966 pp.

Ávila Alfredo y Luis Jáuregui. “La disolución de la monarquía hispánica y el proceso de independencia”, en *Nueva historia general de México*, México, El Colegio de México, 2010, 818 pp.

Barreda, Gabino. *Estudios*. Selección y prólogo de José Fuentes Mares, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 26) 165 pp.

Beezley, William. “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”. En *Historia Mexicana*, Núm. 26, octubre-diciembre 2007, México, El Colegio de México.

Beristáin Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, UNAM, 2006.

Bermúdez María Teresa, “Las leyes, los libros de texto y la lectura”, 1857-1876, en *Historia de la lectura en México*, 1999, pp. 127-152

Bono María. “Los conservadores y los indios: Anselmo de la Portilla”, en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?*, México, UNAM, 2002, pp. 237-260.

Brading David. “Nacionalismo criollo y Liberalismo mexicano”. En *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, 1993, pp. 96-138.

Bronislaw Baczko. *Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas*, 1991, p. 28

Brushwood, John. *México en su novela, una nación en busca de identidad*. México, traducción de Francisco González, Fondo de Cultura Económica, 1973, (Breviarios núm. 230) 437 pp.

Carlyle Thomas, *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la historia*. México, Editorial Porrúa, 2000 (Sepan cuantos núm. 307) 195 pp.

Carrera Germán, “Del heroísmo como posibilidad al héroe nacional-padre de la patria” en *La construcción del héroe en España y México*,

Cicerón, *La invención retórica*, Madrid, Gredos. 1997. 322p.

Conway Christopher, “Altamirano y la Novela Nacional”, en *Doscientos años de narrativa mexicana siglo XIX*, 2010, p. 42

Covarrubias, José. *Niceto de Zamaçois: Vindicación de México*, Antología, UNAM, 2007

Croce Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Curiel Fernando y Guedea Virginia, “Justificación”, en *La República de las letras, Asomos la cultura escrita del México decimonónico*, V. I., 2005, p. 7.

De Bustamante Carlos María, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1985.

De la Portilla, Alfonso. *Historia de la revolución de México contra la dictadura de Santa-Anna, 1853-1855*. México, INEHRM, 1987. Edición facsimilar de la de 1856.

De la Torre Ernesto Villar. “Fray Vicente De Santa María y Fray Vicente De Santa María”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, V. 2, 1967, p. 7-69.

_____. *La conciencia nacional y su formación, discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1988.

De Olavarría y Ferrari Enrique. *México a través de los siglos México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México. UAM-Azcapotzalco, et.al., 2007. Versión CD.

_____. “Prólogo”, edición en tomos y de lujo de los *Episodios históricos mexicanos*, 1886, p. V.

_____. “Traducción castellana”, *La iberia*, martes 30 de noviembre de 1867, p. 2.

_____. *Archivo personal*, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

_____. *El Renacimiento, periódico literario*, Edición facsimilar de los dos tomos de 1869, UNAM, México.

_____. *México a través de los siglos*, tomo IV, libro 1ro., Capítulo XVII

_____. *Reseña histórica del teatro en México*, México, Porrúa, 1987.

Díaz Covarrubias, Juan. *Gil Gómez el insurgente*, México. Editorial Porrúa, 1991, (Sepan cuantos núm. 604) 223 pp.

Escalante Gonzalbo Fernando, *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana*, El Colegio de México, 2002, 287 p.

Fernández Prieto, Celia. *Historia y Novela: Poética de la Novela Histórica*, Pamplona, segunda edición de la Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del Rilce Núm. 23) 248 pp.

Ferraris Mauricio, *Historia de la hermenéutica*, México, Siglo XXI, 2002, 365 p.

Florescano Enrique, “En búsqueda de la identidad perdida: movimientos religiosos e insurrecciones indígenas” en *Memoria Mexicana*. 1988, México, Joaquín Mortiz, 337 p.

Forster, Edward. *Aspectos de la novela*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras) 210 pp.

François Xavier Guerra y Antonio Anino (coords.), *Inventando la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 694 p.

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Editorial Sigueme. 1988, 432 pp.

Gallego, José Andrés. “La historiografía española sobre la Edad Contemporánea”, en *Historia de la Historiografía española*, 2003, p. 189-290.

Garner Paul, *Del héroe al dictador, una biografía política*, México, Planeta, 2003.

Garrido María José, Los episodios históricos mexicanos de Olavarría y Ferrari: la novela histórica y los indios insurgentes”, en *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros ¿un estado-nación o un mosaico plurinacional?* México, UNAM, 2002.

González Acosta Alejandro, “Introducción” a *El enigma de Jicotencal*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Tlaxcalteca de Cultura, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997, 242 pp.

Guerra François Xavier (coordinador). *Inventando la Nación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Guzmán, Martín Luis, *Javier Mina: héroe de España y de México* en 1932,

Hale Charles A. *Las transformaciones de liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 447 p.

Hans Hinterhäuser. *Los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1963, 398 p.

Harwich Nikita, “La historia patria”, en *Inventando la Nación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Herrejón Carlos, “La imagen heroica de Morelos”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003, p. 247

Koselleck Reinhart, *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos modernos*, Barcelona, Paidós, 1993.

La fragua José María, “Carácter y objeto de la literatura, en *La Misión del escritor*, 1996, p. 69.

Larrainzar Manuel. “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días”, en *Polémicas y Ensayos Mexicanos en torno a la Historia*, Selección, introducción y notas, Ortega y Medina, Juan A. México, UNAM, 2001

Lempérière Annick, “De la república corporativa a la nación moderna. México (1821-1860)”, en *Inventado la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, 2003, p. 317.

Lorenzo de Zavala, “Polémica epistolar entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza” en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, pp. 79-150, 2001.

Lorenzo de Zavala, “Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2001, p. 31.

Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura” en *La Misión del escritor*, 1996, p. 87.

Luna, María. “La escritura de la historia y la tradición retórica, (1834-1885)”. En *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2004, (Cuadernos de debate núm. 3) 139 pp.

Martínez José Luis, “Prologo”, en *La literatura nacional*, t.1., 1949, p. XXI.

Mata, Carlos. “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15) 193 pp.

Mateos, Juan Antonio. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, novela histórica*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868, 757 pp.

_____. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, México, tercera edición, Editorial Porrúa, 1985, (Sepan cuantos núm. 193) 427 pp

_____. *El sol de mayo, Memorias de la intervención*, México, Editorial Porrúa, 1993, (Sepan cuantos núm. 197) 347 pp.

_____. *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la insurrección*, México, Editorial Porrúa, 1986, (Sepan cuantos núm. 514) 527 pp.

Matute Álvaro, “Prólogo” a la edición facsimilar de 1987 de los *Episodios históricos mexicanos*, pp. VIII- IX.

Mendiola Alfonso, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentación y/o narrativa?”, en *Historia y Grafía*, 2005.

Mínguez Víctor, “Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen”, en *La construcción del héroe en España y México, (1789-1847)*. Universitat de València, El Colegio de Michoacán, Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 2003, 220 pp.

Monsiváis Carlos, “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en *La república de las letras*. Vol. I, 2005, p. 89.

Monsiváis Carlos, “La República de las letras y la Ciudad Letrada”, en *Las esencias viajeras*, 2012, pp. 210.

Monsiváis Carlos, “La República de las letras y la Ciudad Letrada”, en *Las esencias viajeras*, 2012, pp. 217-218.

Mora, José María Luis. *México y sus revoluciones*, facsimilar en tres tomos de la edición de 1856, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1986.

Moreno, Alfredo. *Horizontes que se cruzan La historia de la Guerra de Méjico y El Cerro de las Campanas*, México, UAM-A, 2010.

Novo Salvador, “Prólogo” a *Reseña histórica del teatro en México, 1538-1911*, 1961.

Núñez Salvador, “Introducción” a *La invención retórica*, p. 13, 1997.

Ortiz Monasterio José, *México eternamente, Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, FCE/Instituto de Investigaciones, Dr. José María Luis Mora, México 2004, 407 pp.

Ortuño Manuel, *Xavier Mina, Fronteras de libertad*, pp. 65-66, 2003.

Palti Elías, “El “giro lingüístico” y la dinámica de la reflexividad de la crítica”, en *Reflexiones en torno a la historiografía crítica*, UAM, 2002.

Pani, Erika. *El Segundo Imperio, Pasados de usos múltiples*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1987, 177 pp.

Perales, Alicia. En “Introducción”. *Las Asociaciones Literarias Mexicanas*, T. I, 2000. pp. 31-32

Pi Suñer, Antonia. “El acercamiento entre dos pueblos: la historiografía, la prensa y las conmemoraciones”. En *México en el mundo hispánico*, Vol. I, p.101, 2000, Colegio de Michoacán, Óscar Mazín, editor.

Pietschaman Horst, “Los principios rectores de organización estatal” en *Inventado la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX.*, Guerra François Xavier y Annino Antonio coordinadores, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Rabasa Emilio, *La evolución histórica de México*, 1986, pp. 122-123.

Ramírez Fausto, “Hidalgo en su estudio”, en *La construcción del héroe en España y México*, 2003.

Ramírez Ignacio, discurso del 16 de septiembre de 1871, en *La conciencia nacional y su formación, discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, 1988, p. 346.

Renan Ernest, *¿Qué es una Nación?*, Madrid, Alianza, 2004.

Riva Palacio Vicente, “Introducción”, “El virreinato”, en *México a través de los siglos*, 2007, p. 24, versión digital en CD.

Riva Palacio, Vicente; Martínez de la torre, Rafael; Mateos, Juan Antonio; Payno, Manuel. *El Libro Rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, (Cien de México) 235 pp.

Rivera y Río José. “Prólogo” en *El Cerro de las Campanas*, 1868, p. III.

Roa Bárcena José María, “Recuerdos de la invasión norteamericana”, en *Lecturas Universitarias 12, México en el siglo XIX, fuentes e interpretaciones históricas*, 1973, p. 487.

Ronzón, José, *et al. Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea, Objetos, Fuentes y Usos del pasado*. México, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco, 2002, 384 pp.

Ruedas Jorge, “La novela corta de la Academia de Letrán”, *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1998, p. 53.

Ruedas Jorge, “Por los caminos de la retórica. El tránsito del siglo XVIII al XIX” en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, pp. 11-12, 2004.

Sainz de Robles Federico, “Censo de personajes galdosianos” en *Obras completas de don Benito Pérez Galdós, III Episodios Nacionales*, Madrid, M. Aguilar Editor, 1942.

Saucedo Zarco Carmen, *Apuntes para la historia de los restos mortales de los héroes de la independencia*, 2010.

Sommer Doris, “La historia de Carne y Hueso”, en *Ficciones fundacionales*, 2004, pp. 23-46.

Sommer Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004, 429 p.

Sotelo Inclán Jesús, “Prólogo”, en *Obras Completas XXI, Epistolario (1850-1880)*, tomo I, 1992, pp.17-52.

Spang Kurt, “Apuntes para la definición de la novela histórica” en *La novela histórica. Teoría y comentarios*, 1998, En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15) 193 pp.

Tornel José María, “Oración” en, *La conciencia Nacional y su formación, discursos ptembrinos (1825-1871)*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1988, p. 50.

Urbina Luis G. *La vida literaria en México*. 1965. pp. 89-124.

Van Erick, *La otra rebelión, la lucha por la independencia de México, 1810-1821*, 2006, pp. 866 y ss.

Vigil, José María. “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México. UAM-Azcapotzalco, et.al., 2007. Versión CD.

William Robinson, *Memoirs of the Mexican revolution...*, 1821, V. 1, pp. 173-182.

Zamaçois, Niceto *El Museo Universal*, Núm. 14, pp. 106-107.

Zamaçois, Niceto. *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos no publicados todavía, tomados del Archivo General de México, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en la de los conventos de aquel país*. Veinte tomos publicados, entre 1876 y 1882, por J. F. Parres y Comp., en Barcelona y México.

Zárate, Julio. *La independencia, México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México, UAM-Azcapotzalco, et. al. 2002, Versión CD.

B) CONSULTADA

Adame Goddard, Jorge. *El pensamiento político social de los católicos, 1867-1914*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 198, 276, pp.

Alamán, Lucas. “Carta de Lucas Alamán a Santa Anna” en *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental*, tomo primero (1810-1859), introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 313-316.

_____. “Prólogo” a *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Edición Facsimilar, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1985. t.I.

Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional*. Revistas, Ensayos, Biografía y Prólogos. Edición y prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949. (Escritores Mexicanos núms., 52, 53, y 54).

_____. *El Renacimiento*, periódico literario, Edición facsimilar de los dos tomos de 1869. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

_____. “Revistas literarias de México (1821-1867)”. En *La literatura Nacional*. Prólogo de José Luis Martínez. México, Editorial Porrúa, 1949. T.I, 520 pp.

_____. *Escritos de literatura y Arte. Obras completas*. Selección y notas de José Luis Martínez, vol. XIII, México, Secretaria de Educación Pública, 1988, 356 pp.

_____. *Clemencia*. México, Editorial Porrúa 1980. (Sepan cuantos núm. 62) 210 pp.

_____. “El cinco de Mayo”. En *Discursos*, Obras completas, México, Secretaria de Educación Pública, 1949, p. 70-81. Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1865 en Acapulco. T.I. 520 pp.

_____. “Glorificación de los héroes”. En *Discursos*, Obras completas, tomo I, México, Secretaria de Educación Pública, 1949, p. 100-106. Discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1867 en la Alameda de la ciudad de México.

_____. “Arteaga y Salazar, Mártires de la república”. En *Discursos*, Obras completas, México, Secretaria de Educación Pública, 1949, p. 107-120. Discurso pronunciado por encargo del Poder Ejecutivo de la Unión el 17 de julio de 1869 en el panteón de San Fernando al depositarse las cenizas de los generales Arteaga y Salazar. T.I.

_____. “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, novela histórica, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868. 757 pp.

_____. “Juicio crítico” a *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.* México, Imprenta de J. Fuentes, 1868. 296 pp.

_____. “Boletín bibliográfico”. En *El Renacimiento, periódico literario*, México, Edición facsimilar de la original de 1869, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. T.I. 520 pp.

Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, (Colección Popular Núm. 498) 313 pp.

Arango y Escandón, Alejandro. “Discurso a Bazaine”. En *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental*, tomo segundo (1860-1926), introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, 402 pp.

Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Editorial Gredos, 2000, (Biblioteca Básica Gredos núm. 31) 626 pp.

Arrangoiz, Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1867*, México, Editorial Porrúa, sexta edición con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996. (Sepan cuantos núm. 82) 966 pp.

Beezley, William. “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”. En *Historia Mexicana*, Núm. 26, octubre-diciembre 2007, México, El Colegio de México.

Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales, Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, 1991, 197 pp.

Brading, David. “Clemente de Jesús Munguía: Intransigencia ultramontana y la reforma mexicana”. En *Memoria del I Coloquio Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, Miguel Ramos, coordinador. México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/CONDUMEX, 1998, 435 pp.

Brushwood, John. *México en su novela, una nación en busca de identidad*. México, traducción de Francisco González, Fondo de Cultura Económica, 1973, (Breviarios núm. 230) 437 pp.

Carlyle, Thomas. *Los héroes, el culto de los héroes y de lo heroico en la historia*, México, Editorial Porrúa, 2000 (Sepan cuantos núm. 307) 195 pp.

Chateaubriand, René de. *El genio del cristianismo*. México, segunda edición, Editorial Porrúa, 1990, (Sepan cuantos núm. 382) 405 pp.

Cicerón. *Sobre el orador*, Madrid, Editorial Gredos, 2002, 509 pp.

Cirujano, Paloma; Sisinio Juan; Elorriaga, Teresa Planes. *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, Editores: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, 206 pp.

De Aguiar e Silva, Vítor. “Pre-romanticismo y Romanticismo”. En *Teoría de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1986, 547 pp.

De la Rosa, Luis. “Utilidad de la literatura en México”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección Ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.

De la Torre, Ernesto. “La política americanista de Fray Servando y Tadeo Ortiz”. En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, v. 8, 1980, p. 67-84.

_____. *La conciencia nacional y su formación, discursos septembrinos (1825-1871)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1988.

_____. “Prólogo” a *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*. Edición facsimilar de la edición de 1867, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica (1996)/Fundación Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación Miguel Alemán, 1994, 464 pp.

De Solís, Antonio. *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, México, Miguel Ángel Porrúa, edición facsimilar, 1988. 639 pp.

De Zavala, Lorenzo. “Prólogo del autor”. En *Ensayo Histórico sobre las revoluciones de México*, México, Imprenta de Hacienda, 1918.

Díaz Covarrubias, José. *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México. Edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993, 218 pp.

Díaz Covarrubias, Juan. “Al lector”. En *Gil Gómez el insurgente*, México. Editorial Porrúa, 1991, (Sepan cuantos núm. 604) 223 pp.

Esparza, Xavier. *El coronel Nicolás Romero Benemérito del Estado de México*. Villa Nicolás Romero, Comunicación, 1991, 188 pp.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El periquillo sarniento*, México, 1987, (Sepan cuantos núm. 1) 472 pp.

Fernández de Castro, Ignacio. *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo 1808-1966, ensayo de interpretación política de la España Contemporánea*. Madrid, Ruedo Ibérico, 1968, 400 pp.

Fernández Prieto, Celia. *Historia y Novela: Poética de la Novela Histórica*, Pamplona, segunda edición de la Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del Rilce Núm. 23) 248 pp.

Forster, Edward. *Aspectos de la novela*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras) 210 pp.

Escalante, Fernando. *Ciudadanos imaginarios, Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mejicana –Tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 2002, 308 pp.

Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Editorial Sígueme. 1988, 432 pp.

Genette, Gérard. *Umbrales*, México, Editorial Siglo XXI, 2001, 366 pp.

Giron Nicole. “La idea de ‘Cultura Nacional’ en el siglo XIX”. En: *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Indigenista, 1976,

_____. “Historia y Literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo”. En *El historiador frente a la historia, Historia y Literatura*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie divulgación 2000.

González Acosta, Alejandro. *Miscelánea, periódico crítico y literario, José María Heredia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. (Colección ida y regreso al siglo XIX) 701 pp.

Hernández, Jorge. “Texto introductorio” a *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México. Edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993, 218 pp.

Heródoto, *Historia*, Madrid, Editorial Gredos, 2005. T.I. (Biblioteca Clásica Gredos núm. 3) 495 pp.

Herrejón, Carlos. “Construcción del mito en Hidalgo”. En *El héroe entre el Mito y la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos, 2000, 356 pp.

Hugo, Víctor. “Prefacio” en *Cromwell. Drama en cinco actos*. Obras Completas, España, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2005. T.IV, 542 pp.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos modernos*, Barcelona, Paidós básica, 2003, 368 pp.

Juárez, Benito. *Flor y látigo, ideario político liberal*. Selección de textos de Andrés Henestrosa, México, Chanti Editores, 2005, 125 pp.

_____. *Documentos, discursos y correspondencia*. Selección y notas de Jorge L. Tamayo, versión digitalizada y coordinada por Cuauhtémoc Hernández, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/El Colegio de San Luís Potosí, 2006.

Lafuente, Modesto. *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, continuada de dicha época hasta nuestros días por don Juan de Valera*. Edición facsimilar y digital, 1889, Universidad de Alicante.

Larrainzar, Manuel. “Algunas ideas sobre la Historia y manera de escribir la de México”. En *Polémicas y Ensayos mexicanos en torno a la Historia*. Selección, introducción, estudio y notas de Juan A. Ortega y Medina, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, 540 pp.

Lesbre, Patrick. “Nezahualcoyotl, entre historia, leyenda y divinización”. En *El héroe entre el Mito y la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro francés de estudios mexicanos y centroamericanos, 2000, 356 pp.

Luna, María. “La escritura de la historia y la tradición retórica, (1834-1885)”. En *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2004, (Cuadernos de debate núm. 3) 139 pp.

Lores, Vicente. *Liberales y Románticos, una emigración española en Inglaterra*, Madrid, Editorial Castalia, 1968, 710 pp.

Martínez, José Luis. “México en busca de su expresión”. En *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2002. T.II.

Mata, Carlos. “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15) 193 pp.

_____. “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15) 193 pp.

Mateos, Juan Antonio. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, novela histórica, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868, 757 pp.

_____. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, México, tercera edición, Editorial Porrúa, 1985, (Sepan cuantos núm. 193) 427 pp.

_____. *El sol de mayo, Memorias de la intervención*, México, Editorial Porrúa, 1993, (Sepan cuantos núm. 197) 347 pp.

_____. *Sangre de niños, (una página de Chapultepec)*, Novela Histórica. México, Imprenta de los periódicos “El Mundo” y “El Imparcial”, 1901, 134 pp.

_____. *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la insurrección*, México, Editorial Porrúa, 1986, (Sepan cuantos núm. 514) 527 pp.

_____. *Los Insurgentes, continuación de Sacerdote y Caudillo*, México, Editorial Porrúa, 1988, (Sepan cuantos núm. 573) 362 pp.

_____. *La majestad caída*, México, Secretaría de Educación Pública, colección, 1982, (La Matraca núm. 10) 175 pp.

_____ y Vicente Riva Palacio. *Las lirás hermanas (Obras dramáticas)*, Obras escogidas, tomo III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997, 450 pp.

_____. “Leandro Valle”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaría de Educación Pública/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 18-26 (Cuadernos Mexicanos). Episodio ilustrado con reproducciones pictóricas de batallas así como imágenes de Miguel Miramón y Tomás Mejía. Tomado íntegro de *El Libro Rojo* de 1870, 153 pp.

_____. “Santos Degollado”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaría de Educación Pública-Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 27-32 (Cuadernos Mexicanos). Episodio ilustrado con imágenes de Santos Degollado y Valentín Gómez Farías. Tomado íntegro de *El Libro Rojo* de 1870, 153 pp.

May, Georges. *La Autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, (Breviarios núm. 327) 420 pp.

Mazín, Oscar. *Una ventana al mundo hispánico*, Ensayo Bibliográfico. México, El Colegio de México, 2006, 377 pp.

Mínguez, Víctor. “Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen”. En: *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Universitat de València, El Colegio de Michoacán, Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. 2003, 220 pp.

Miranda, Celia. “Estudio preliminar”. En: *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, ensayo de Jorge Ruedas de la Serna. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, 190 pp.

Montemayor, Carlos. “Prólogo” a *El Libro Rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, (Cien de México) 190 pp.

Mora, José María Luis. *México y sus revoluciones*, facsimilar en tres tomos de la edición de 1856, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1986.

_____. “Advertencia preliminar” a *México y sus revoluciones*, facsimilar de la edición de 1856, México, Fondo de Cultura Económica/ Instituto Cultural Helénico, 1986. T.I, 558 pp.

O’Gorman, Edmundo. *La supervivencia política Novo-Hispana*, México, Universidad Iberoamericana, 1974, 120 pp.

_____. *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, 1960, 220 pp.

Ortega y Medina, Juan A. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (Guillermo de Humboldt-Leopoldo Ranke), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 273 pp.

Ortiz Ayala, Tadeo. “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 150 pp.

Ortiz Monasterio, José. *México Eternamente, Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia, México*, Fondo de Cultura Económica/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, 407 pp.

_____. “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía...biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999, 301 pp.

Olea, Rafael. “José María Roa Bárcena: literatura e ideología”, en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico, Galería de escritores*. Edición a cargo de Belem Clark y Elisa Speckman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. V. III (Colección ida y regreso al siglo XIX) 705 pp.

Palti, Elias. *El tiempo de la política, el siglo XIX reconsiderado*, Argentina, Siglo XXI editores, 2007, 327 pp.

_____. *La nación como problema, los historiadores y la cuestión nacional*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2003, 159 pp.

Pani, Erika. *El Segundo Imperio, Pasados de usos múltiples*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1987, 177 pp.

Payno, Manuel. “Melchor Ocampo”. En *Mártires de la Reforma*, México, Secretaría de Educación Pública/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970. p. 3-15. (Cuadernos Mexicanos). Episodio tomado de *El Libro Rojo* de 1870.

Paz, Ireneo. *Los hombres prominentes de México, Les hommes éminents du Mexique, The prominent men of Mexico*, edición trilingüe, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1888. 2 vols.

Perales, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1957, 275 pp.

Picard, Roger. *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 363 pp.

Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva, estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI editores, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005, 191 pp.

Prieto, Guillermo. “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura”. En *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.

Pruneda, Pedro. “Prólogo” a *Historia de la guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*. Edición facsimilar de la edición de 1867, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica (1996)/Fundación Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación Miguel Alemán, 1994, 465 pp.

Quirarte, Martín. “Prologo” en *México desde 1808 hasta 1867* de Francisco de Paula de Arrangoiz, México, Editorial Porrúa, 1996, sexta edición en Porrúa con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996, (Sepan cuantos núm. 82) 966 pp.

_____. “Prologo” en *Calvario y Tabor, Novela Histórica y de Costumbres*. Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. VI.

Quirarte, Vicente. *Vergüenza de los héroes, Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, problema religioso en México, México, Libros del Umbral, 1999, 78 pp.

_____. “La formación de la figura del Héroe”. En *México en tres momentos: 1810-1910-2010*. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas. Coordinación de Alicia Mayer, prólogo de Juan Ramón de la Fuente, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2007. T.II.

Ronzón, José, et al. *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea, Objetos, Fuentes y Usos del pasado*. México, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco, 2002, 384 pp.

Ramírez de Aguilar, Fernando. *Nicolás Romero, un año de su vida, 1864-1865*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, 16 pp.

Ramírez Ignacio. *Ensayos*. Selección y prólogo de Manuel González Ramírez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 28)190 pp.

_____. “Discurso Cívico”. En *Obras Completas, discursos, cartas, documentos, estudios*, México, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A.C., p. 53 y ss, 1985. T.III. Discurso pronunciado en el Teatro Nacional el 15 de septiembre de 1867 en la ciudad de México, por encargo de la junta patriótica.

Riva Palacio, Vicente; Martínez de la torre, Rafael; Mateos, Juan Antonio; Payno, Manuel. *El Libro Rojo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, (Cien de México) 235 pp.

Riva Palacio, Vicente. *Las lirás hermanas (Obras dramáticas), Obras escogidas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. III, 450 pp.

_____. *Clavario y Tabor, Novela Histórica y de Costumbres*. Obras escogidas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. T. VI, 555 pp.

_____. “Introducción” y “Conclusión” a el Virreinato de: *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México*, desde la antigüedad hasta la época actual. México, primera versión electrónica de la imprenta y publicada de 1884 a 1889, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Instituto Nacional de Astrofísica Óptica y Electrónica, El Colegio de Jalisco, 2007. T. II.

_____. “Discurso que pronunció en la Alameda de la ciudad, el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la junta patriótica el 16 de septiembre”. En *Periodismo, primera parte, varios periódicos. Obras escogidas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002. p. 133-146. T. X.

Rivera y Río, José. *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.* México, Imprenta de J. Fuentes, 1868, 296 pp.

Rodríguez, Jaime. “De súbditos de la corona a ciudadanos republicanos: el papel de los autonomistas en la independencia de México”. En *Interpretaciones de la independencia de México*. Coordinación de Josefina Vázquez, México, Nueva Imagen, 1997, 227 pp.

Roa Bárcena, José María. “La Quinta Modelo”, *Novelas y Cuentos*. México, Factoría Ediciones, 2000, 321 pp.

Ruedas de la Serna, Jorge. “Presentación” de *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.

Salado Álvarez, Victoriano, “Capítulo III, Nicolás Romero”. En *Episodios Nacionales, Santa Anna-La Reforma-El Imperio*, México, Editorial Porrúa, 1985, (Sepan cuantos núm. 468) 303 pp.

Santacilia, Pedro. *Del movimiento literario en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868, 128 pp.

Spang, Kurt. “Apuntes para la definición de la novela histórica”. En *La novela histórica, teoría y comentarios*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE núm. 15) 193 pp.

Soto, Mónica. *La España Isabelina*, Madrid, Altalena Editores, 1978, 215 pp.

Souto, Arturo. “Introducción” en René de Chateaubriand, *El genio del cristianismo*. México, segunda edición, Editorial Porrúa, 1990, (Sepan cuantos núm. 382) 405 pp.

Vázquez, Josefina. *Historia de la historiografía*, México, Ediciones Ateneo, 1980, 174 pp.

Sordo, Raymundo. “De la difícil constitución de un Estado”. En *La fundación del Estado Mexicano, 1821-1855*, Coordinación de Josefina Vázquez, México, Editorial Patria, 1994, 187 pp.

Vico, Gianbattista, *Ciencia Nueva*, Madrid, Editorial Tecnos, 1995, 529 pp.

Vigil, José María. “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México, Editorial Cumbre, 1987. Tt. XIV-XVI.

_____. “Introducción” a “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*. México, Editorial Cumbre, 1987. T. XIV.

Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, 250 pp.

White, Hayden. *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 432 pp.

_____. *El artefacto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003, 252 pp.

_____. *El contenido de la forma, narrativa discurso y representación histórica*. Paidós, Barcelona, 1992, 229 pp.

Zavala, Iris. *El texto en la historia*, Madrid, Editorial Nuestra Cultura, 1982, 259 pp.

Zavala Iris. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Anaya, 1972, 362 pp.

Zarco, Francisco. *Textos políticos*. Selección e introducción de Xavier Tavera Alfaro, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 75) 156 pp.

_____. “Fin del ensayo monárquico”. En *Artículos periodísticos desde el exilio. Nueva York, 1865-1867*, 2. Obras Completas, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993, p. 34-41. T. XIV. Artículo enviado desde Nueva York el 11 de octubre de 1866 al redactor de El Nacional de Lima, Perú.

Zea, Leopoldo. *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, Secretaria de Educación Pública, 1985, (Lecturas mexicanas núm. 81) 191 pp.